



FRANCISCO ZÁRATE RUIZ
CUENTOS DE HORROR Y DE LOCURA
EN EL DECADENTISMO MEXICANO
ESTUDIO Y ANTOLOGÍA

DOLORES PHILLIPPS-LÓPEZ & CRISTINA MONDRAGÓN

ÉDITIONS ORBIS TERTIUS

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ
CUENTOS DE HORROR Y DE LOCURA
EN EL DECADENTISMO MEXICANO
ESTUDIO Y ANTOLOGÍA

Éditions Orbis Tertius

© Éditions Orbis Tertius, 2017

© Les auteurs, 2017

Éditions Orbis Tertius, 28, rue du Val de Saône F-21270 BINGES

ISSN : 2265-0776

DOLORES PHILLIPPS-LÓPEZ

CRISTINA MONDRAGÓN

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ

CUENTOS DE HORROR Y DE LOCURA

EN EL DECADENTISMO MEXICANO

ESTUDIO Y ANTOLOGÍA

Éditions Orbis Tertius

Índice

INTRODUCCIÓN.....	9
Presentación del volumen	11
En la órbita de Poe: traducción, reescritura, invención.....	15
Francisco Zárate Ruiz y lo fantástico decadente	29
Obras de Francisco Zárate Ruiz: libros, cuentos sueltos y textos atribuidos	39
Créditos.....	43
ANTOLOGÍA.....	45
I. <i>Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito</i>	47
I. El idiota.....	49
II. Yo, cura	52
III. El loco pacífico	53
IV. El pelele.....	55
V. El moscardón.....	61
VI. El murciélago.....	64
VII. El cuentista.....	67
VIII. Crucificado	69
IX. Un ingrato	73
X. El albañil.....	76
Por una obsesión	81
II. <i>Cuentos sueltos</i>	87
Cuento blanco	89
¿Quién soy yo?.....	94
La defunción de la muerte.....	101
Cuentos del manicomio. Amnesia.....	107
Cuentos del manicomio. ¿Homicida?.....	115
Cuentos del manicomio. Walpurgis (?).....	124
Cuentos del manicomio. Adulterio.....	131
Dos veces muerto.....	139
Amor de gato.....	148

¡Miedo!	153
Una venganza.....	163
La cabeza del muñeco	173
Cuentos del manicomio. El creador de hombres.....	180
El tuerto.....	188
La cabeza parlante.....	194
La bruja	201
Gusanos	211
El río hondo.....	217
Cuentos del manicomio. [¿]Farsante?	222
Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito. La enfermera	227
La muerte artificial.....	231
<i>III. Traducciones, cuento y semblanza-crónica ficticia.....</i>	<i>241</i>
El corazón revelador. Edgardo Poe.....	243
La embriaguez. Musa trágica	249
El último cuento de Edgard Poe. Mi pesadilla	263
Edgardo Poe.....	266
CRONOLOGÍA Y RESEÑA	269
BIBLIOGRAFÍA	295
ILUSTRACIONES	305

INTRODUCCIÓN

PRESENTACIÓN DEL VOLUMEN

Sin contar la temprana publicación de 1893 titulada *¡Suicida!* e indicada en 1926 por Juan Bautista Iguíniz con todo lujo de detalles¹, el periodo en que se enmarcan las publicaciones literarias del periodista y escritor mexicano Francisco Zárate Ruiz (CDMX, c.1875-1907) se reduce a unos escasos diez años: 1896-1906. A estas fechas extremas de apertura y cierre de su —malograda— trayectoria literaria corresponden dos cuentos sueltos firmados por él y publicados en dos revistas de renombre en México: la primera es la *Revista Azul*, que marcó el inicio del modernismo mexicano, bajo la dirección de Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo, siendo la última *Savia Moderna*, «puente entre los ya consolidados modernistas y los nacientes ateneístas» (Pineda Franco 2005: 229), «Revista mensual de arte» fundada por Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón y dirigida, en el momento en que se incluye el cuento de Zárate Ruiz, por el joven Pedro Henríquez Ureña. En medio de estas dos fechas se atropellan otros 21 cuentos sueltos firmados por nuestro autor en revistas no menos memorables: la *Revista Moderna* recogió uno de sus cuentos en 1898 (con dedicatoria a su fundador Bernardo Couto Castillo) y en *El Mundo Ilustrado* —publicación «nutrida en composiciones literarias originales y en traducciones de famosos escritores extranjeros» (Carter 1959: 126) fundada y dirigida por Rafael Reyes Spíndola— encontró salida la gran mayoría de sus demás creaciones cuentísticas sueltas.

1. «*¡Suicida!* Ensayo escrito por Francisco Zárate y Ruiz. México, Imp. de J. F. Jens. San José el Real, núm. 22. Calle Sur 3, números 41 y 43, 1893. En 4º, de 23 p.» (Iguíniz 1926: 400). La misma indicación —abreviada— se repite en Leal (1958: 157).

De este total de 23 cuentos sueltos localizados en las señeras publicaciones periódicas evocadas, recogemos 21 cuentos de orientación fantástica para la presente antología, dejando de lado tan sólo el cuento realista-costumbrista «Historias vulgares. Pobre» y «La oveja», un cuento ideado para un libro de textos escolares «de moral».

En Morelia, Zárate Ruiz logró asimismo publicar dos libros de cuentos en 1903: *Manicomio. Los que no llegan a San Hipólito*, que consta de un total de 11 cuentos —y que recogemos aquí en su totalidad—, y *Cuentos funambulescos* compuesto por 7 cuentos². Junto a estas creaciones literarias, Zárate Ruiz editaría 2 álbumes descriptivos abundantemente ilustrados dedicados a *Toluca antigua y moderna. Álbum del Estado de México* en 1901 y a *Hidalgo moderno. Álbum descriptivo del Estado* en 1903.

«Distinguido literato», «conocido literato y periodista», «apreciable caballero, distinguido escritor de la Metrópoli», cuando no «estimado y fino amigo» de quien se reconoce la «inteligencia» y la «caballerosidad»: éstas son las elípticas fórmulas referidas a Francisco Zárate Ruiz que nos depara la prensa, los escasos datos que poseemos acerca de su estatus, carrera y personalidad. Sobre sus relaciones con algunos pujantes literatos mexicanos de la época, sólo nos constan sus participaciones en actos solemnes junto a poetas como Anselmo Alfaro y José M. Bustillos (a 18 de julio de 1894) o junto a Heriberto Frías (a 24 de diciembre de 1895 y a 22 de agosto de 1902), así como su asistencia en una velada literaria en Toluca (a 18 de julio de 1901), en compañía de Francisco M. de Olaguíbel y Efrén Rebolledo.

En Toluca precisamente —donde Zárate Ruiz había permanecido entre 1900 y 1901— Domingo S. Trueba publicó tardíamente una reseña de *Manicomio* y de los *Cuentos*

2. Según indicamos en nuestra bibliografía del autor, cinco relatos de cada uno de estos libros cuentan con una anterior publicación en revista. A propósito de su interés por los temas y personajes circenses de sus *Cuentos funambulescos*, anticipemos que en 1899 y luego en 1902, Francisco Zárate Ruiz desempeñaría la función de «Agente general de la empresa (circo) Orrín» en México, como consta en nuestra «Cronología».

*funambulescos*³ que comienza con el siguiente —siempre lacónico— retrato del artista: «Al acabar de leer dos tomos de cuentos de este bohemio de abundante cabellera lacia, de este literato melancólico, que ha colaborado en las principales revistas ilustradas del país, me he sentido bruscamente invadido por una dulce tristeza» (1920: 110).

Queriendo paliar la ausencia de mayores noticias biográficas centradas en este autor, hemos formado una «Cronología» que enlaza la mayor parte de las menciones del olvidado periodista y escritor encontradas en la prensa de la época y que se cierra con la citada «Reseña» de Domingo S. Trueba. Las proponemos al final de este volumen.

En 1937, buscando refutar la autoría de Edgar Allan Poe en el caso de un cuento publicado en México en 1902 que se presentaba como «el último cuento de Edgard Poe», John Eugene Englekirk, especialista de la recepción de Poe en las letras hispánicas, editó «My nightmare» (traducción de «Mi pesadilla») y, tras nutridas explicaciones, atribuyó este cuento sin firma a Francisco Zárate Ruiz. Para construir su argumentación, Englekirk mencionaba además tres de sus cuentos firmados, ubicados en tres números de *El Mundo Ilustrado* de 1898, a saber: «¿Quién soy yo?», «Homicida» y «Amnesia». La brecha estaba abierta.

Un ulterior rescate realizado hacia mediados del siglo XX correspondería a José Mancisidor Ortiz. Los estudiosos del cuento mexicano del siglo XIX y principios del siglo XX sin duda conocen su antología de *Cuentos mexicanos del siglo XIX* que, junto a «nombres famosos», reúne a otros «excelentes cuentistas» a quienes se deben «joyas muy bellas en ese difícil género literario», como consta en la solapa de su libro. Acudiendo, entre otras «libertades», a su «gusto de lector» (1946: 10-11), entre los

3. Principalmente recordado por sus *Cuentos trágicos* (1921) «que tratan de la revolución constitucionalista» (Leal 1960: 105), Domingo S. Trueba es autor de «Francisco Zárate Ruiz», reseña redactada en 1904 y recogida en su volumen de *Prosas frívolas* (1920). La consulta de esta reseña ha sido posible gracias a la ayuda del bibliotecario Dr. Michael Hironymous (*Benson Latin American Collection*, University of Texas).

relatos antologados, Mancisidor ofrecía entonces al «anhelo del lector, mexicano, o no» (11) dos cuentos de Francisco Zárate Ruiz, «La cabeza del muñeco» y «El río hondo», sin fecha ni precisión de fuente. Ahora bien, como detallaba el mismo Mancisidor en su prólogo, le fue indispensable buscar en no pocas fuentes hemerográficas mexicanas de aquel entonces, «sobre todo, [en] el semanario ilustrado *El Mundo*» (1946: 7). De los 36 textos aquí reunidos, de hecho, 22 proceden de esa misma publicación periódica emblemática en el Porfiriato.

En 2001, Rafael David Juárez Oñate reeditó a su vez las dos narraciones de Zárate Ruiz seleccionadas por Mancisidor para su *Antología del cuento siniestro mexicano*, sin especificar fecha de publicación, ni fuente. Por nuestro lado, partiendo explícitamente de la antología de Mancisidor, incorporamos «La cabeza del muñeco» (entonces sin fechar) a la colección de *Cuentos fantásticos hispanoamericanos del modernismo* (Phillipps-López 2003: 207-212), puntualizando la precursora contribución de Englekirk (1937) al estudio de la «influencia de Poe en determinados cuentos de Zárate Ruiz» (207) e interpretando que como «[f]ruto de la razón pesimista, la extra-ordinaria lucidez del muñeco-pisapapel en el cuento de Francisco Zárate Ruiz, “La cabeza del muñeco”, se resuelve, tras el *crescendo* de la desesperación, en la autodestrucción final que literaliza hasta el paroxismo el “desmembramiento de la mente humana” y la escisión» (36).⁴

La presente antología —que consigna todas las referencias bibliográficas correspondientes— suma pues un total de 32 cuentos originales de Francisco Zárate Ruiz, a los que se añaden 4 textos más atribuidos por Englekirk al cuentista mexicano (dos traducciones de cuentos de Poe, un *falso* cuento de Poe y una semblanza o crónica ficticia también relacionada con la figura y el universo fantástico del escritor estadounidense).

4. Confirmando el valor y el atractivo de su cuentística para los estudiosos de la literatura fantástica, podemos consignar dos investigaciones recientes que colaboran al comentario crítico de algunos cuentos de Francisco Zárate Ruiz: cfr. López Martín (2009) y Hernández Roura (2016), cuyas tesis se pueden consultar en línea.

Desde el estudio pionero realizado en 1937 por el hispanista estadounidense John Eugene Englekirk, «*My Nightmare. The Last Tale by Poe*», la nutrida serie de relatos de horror y de locura publicados por el mexicano Francisco Zárate Ruiz ha quedado inextricablemente vinculada al universo de los cuentos fantásticos de Edgar Allan Poe, designados como incontestable fuente de inspiración.

Es admirable este estudio específico de Englekirk que sucede al conocido *Edgar Allan Poe in Hispanic Literature* de 1934. Siguiendo los pasos y el procedimiento de la investigación que realizó ya en 1931 a propósito de «The Song of Hollands, an Inedited Tale Adscribe to Poe»⁵ —relato hallado por él en la famosa revista española *La América: crónica hispano-americana* del 8 de octubre de 1883—, Englekirk parte de algunos materiales anónimos, muy periféricos, encontrados esta vez en la revista mexicana de finales del XIX y principios del XX *El Mundo*⁶, y en particular de «El último cuento de Edgard Poe. Mi pesadilla» (1902) adjudicado al autor norteamericano. El relato en cuestión se acabará juzgando incuestionable «mistificación» (1937: 512)⁷ o «*superchería*» (516, cursiva del original): su autor, con toda evidencia, no era Poe, sino, según Englekirk, Francisco Zárate

5. En una interesante (y poco conocida) reseña de este artículo de Englekirk titulada «Poe, traducido... del español» y publicada por Enrique Díez-Canedo en *El Sol* de Madrid (1931, 22 de noviembre), algunos años antes de su salida definitiva para México, leemos la siguiente anécdota: «Un estudioso americano, mister John E. Englekirk (jr.), vino a España cosa de un año ha, para seguir las huellas que en nuestra literatura haya podido dejar el gran ingenio, capital en las letras de los Estados Unidos, de Edgar Poe [...] y llena la cartera de notas, volvió a su Universidad de New Mexico».

6. Titulada a partir de 1900 *El Mundo Ilustrado*.

7. Las traducciones de Englekirk (1937) son nuestras.

Ruiz, «un escritor que consistentemente siguió el estilo del horror y la locura poescos» (516). La atribución de un texto apócrifo, y lo que es más, a una pluma tan desconocida, siempre puede suscitar perplejidad, pues deja sin resolver un sinfín de interrogantes. En esta ocasión, sin embargo, entre otros argumentos pertinentes, nos ha parecido bastante atendible la equiparación sostenida por Englekirk entre el retrato del niño monstruoso de «cabeza abultada» y ojos capaces de despertar «el torpe afán del crimen» en «Mi pesadilla» y el de aquel pequeño monstruo de circo con «cabeza abultada» y «ojos arredondados, grandes, saltados un tanto fuera de sus órbitas» que figura en un cuento ulterior de Zárate Ruiz⁸.

Pero lo que aquí nos ha interesado sobremanera, se entiende, es que al empeñarse en desmentir la autoría de Poe en el caso de este hipotético «último cuento» traducido al español, Englekirk logra *identificar* —o sea poner nombre, sacar del olvido— al asiduo colaborador de la revista y cuentista fantástico, Zárate Ruiz, autor signatario entre 1898 y 1904⁹ de reiterados relatos poescos por sus temas, personajes y estilo, así como señalar su volumen de la misma vena titulado *Cuentos del manicomio. Los que no llegan a S. Hipólito* y publicado en Morelia en 1903, traducir al inglés dos de los cuatro textos anónimos que examina y, también, ajustar en apéndice (524-527) una bibliografía de «las versiones mexicanas de Poe» (1868-1926) y de la crítica mexicana sobre este autor (1894-1936)¹⁰. A esta inflexión mexicanista de la ingente investigación de Englekirk en torno

8. Véase «El monstruo», cuento que no pertenece al volumen *Cuentos de manicomio* —como erróneamente lo indica Englekirk (1937: 520)— sino a *Cuentos funambulescos* (1903: 50).

9. Como consta en nuestra bibliografía, hemos podido ampliar esta zona de fechas a 1896-1906.

10. Tras verificación, conviene enmendar dos de las indicaciones de Englekirk (1937, «Appendix IV»: 526): el artículo publicado dos veces con títulos diferentes por Miguel Bolaños Cacho, «Después de la lectura. Edgar Poe», *El Renacimiento* y «Edgard Poe», *El Mundo*, son del 1 de enero de 1893 (y no de 1894), el primero, y del 16 de mayo de 1897 (y no de 1896), el segundo.

a Poe se refirió Ernesto Mejía Sánchez, el reconocido narrador y poeta nicaragüense afincado en México, profesor en la UNAM, en una breve contribución titulada «Edgar Allan Poe en México» firmada en 1950, un año tras el centenario de la muerte de Edgar Allan Poe. En ella, documentando la profunda «huella de Edgar Poe [...] en la producción bibliográfica de México», Mejía Sánchez precisamente recordaba (1951: 144) el hallazgo de aquel anónimo e «improbable cuento de Poe (*The Last Tale by Poe*) [...], un ingenioso pastiche, aparecido en *El Mundo Ilustrado*» del año 1902, atribuido por Englekirk a Zárate Ruiz, y que se añadía a otros tantos homenajes de celebrados poetas mexicanos como fueron Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo o Enrique González Martínez y de los menos celebrados «Balbino Dávalos, Laura Méndez de Cuenca, Rafael Lozano, Gómez Robelo, Santiago Sierra, José Pablo Rivas [... que habían] traducido, imitado, criticado, en fin, difundido a Poe por toda la literatura mexicana, desde fines del siglo pasado hasta nuestros días» (*id.*). Mejía Sánchez acierta al encumbrar la mediación de los reescritores¹¹ mexicanos en las diversas áreas de refracción de la obra de Poe —traducción, imitación, crítica— pues, al fin y al cabo, de esta reconfiguración pasada por el filtro individual y contextual de sus conceptores se desprende la imagen específica del original a la que, en México, accederán los lectores; así lo explica André Lefevere:

[...] translations create the “image” of the original for those readers who have no access to the ‘reality’ of that original. Needless to say, that image may be rather different from the reality in question, not necessarily, or even primarily because translators maliciously set out to distort that reality, but because they produce their translations under certain constraints peculiar to the culture they are members of (1996: 139).

11. Sobre la noción de reescritura (con sus variables de subjetividad, necesaria infidelidad, ideología, etc.) —que no se limitará a la traducción, pero que sí la incluirá como caso paradigmático—, cfr. por ejemplo: Lefevere (1997).

Dejemos a un lado el examen del cuento «My Nightmare» («Mi pesadilla»), traducido al inglés y minuciosamente estudiado por Englekirk en el artículo ya citado, para concentrarnos en los tres anónimos que quedan. Al decir de Englekirk, las dos traducciones sin firma de los cuentos de Poe «The Tell-Tale Heart» y «The Black Cat» publicadas en *El Mundo* bajo los títulos respectivos de «El corazón revelador» (1896) atribuido éste a «Edgar Poe» y «La embriaguez. Musa trágica» (1898)¹² sin asignación, bien pudieron ser obra de Zárate Ruiz quien habría querido aprovechar la «excelente oportunidad de sondear la reacción del público mexicano ante un cuento poesco» (Englekirk 1937: 516), o sea, de cierto modo, rentabilizarla, cuando ya se disponía a publicar los suyos propios, concebidos al estilo de los de Poe. Improcedente sería pretender rebatir aquí esta hipótesis seductora de un Zárate Ruiz inicialmente traductor, pues nuestra documentación tampoco permite establecer lo contrario. Lo que sí queda comprobado es que este periodista y literato mexicano fue atento lector de los cuentos de Poe —«fanático lector» según Englekirk (1937: 516)—, así como autor confirmado de un conjunto de más de treinta cuentos originales, de temas fantásticos, de locura y de horror, muy afines a los del maestro americano¹³. En todo caso, estas consideraciones de Englekirk sobre la traducción supuesta de Zárate Ruiz como antesala de una creación literaria por lo demás altamente tributaria o imitativa —calificadas como «flagrantes imitaciones de Poe» (1937: 516)— refleja el estado de la cuestión en el terreno de la reflexión sobre la traducción y sus derivaciones hacia la primera mitad del siglo XX: los criterios de fidelidad, literalidad o, al contrario, de desvío respecto de un original cuya autoridad no se discute, predominan en las posturas normativistas y prescriptivas de entonces¹⁴.

12. Véase «Traducciones, cuento y semblanza-crónica ficticia» en esta antología.

13. Obviamente, su producción cuentística no se agota con este conjunto, pues hay que añadir los ocho *Cuentos funambulescos* (1903), así como algún que otro cuento suelto, de otra índole.

14. Es más: la práctica traductiva refuerza incluso la prevalencia del original. Hermans (1999) habla, en este caso, de traducción concebida como «a

Primeras traducciones anónimas, reproducción (reimpresión, con o sin modificaciones) de alguna traducción ya en circulación, así como re-traducción a un segundo idioma (cuya fuente traductiva, en dicho caso, resulta difícil cuando no imposible establecer), se revelan prácticas comunes en la prensa de la época, y a este contexto nebuloso —y probablemente poco reglamentado desde un punto de vista jurídico, o mejor dicho: poco controlado— corresponden las traducciones atribuidas a Zárate Ruiz. A pesar de estas inseguridades, puede hacerse hincapié en algunos pormenores sugestivos que en estas dos traducciones asientan y diferencian la práctica globalmente literal (con tendencia, no obstante, a la «normalización» o allanamiento estilístico) observada en el caso de la primera traducción, de la versión más emancipada que elabora el segundo ejercicio, y donde se advierte la curiosa incorporación —en la que no llegó a reparar Englekirk— de fragmentos ajenos al texto original de Poe.

De hecho, una simple revisión contrastiva de los primeros párrafos de “El corazón revelador” muestra una preferencia por la coordinación:

observe how healthily — how calmly (555)¹⁵

con cuanta calma y cordura;

You fancy me mad. Madmen know nothing (*id.*)

Me creéis loco; pues bien, los locos no saben nada;

with what caution — with what foresight — with what dissimulation (*id.*)

con qué precaución, con que previsión y disimulo;

la eliminación de repeticiones:

I move it slowly — very, very slowly (*id.*)

Movíala lentamente;

I undid the lantern cautiously — oh, so cautiously — cautiously (*id.*)

vicarious object, a substitute» (37), «disdained as second-hand and second-rate» (31).

15. Todas las citas de Poe proceden de E. A. P. *Poetry and Tales* (Patrick F. Quinn, ed.), New York, Literary Classics of the United States, 1984.

abría la linterna con precaución, ¡oh, con qué
precaución [...]!

how stealthily, stealthily (557)

tan suavemente;

y la condensación:

the wind in the chimney [...] a mouse crossing the floor, [...] a cricket which has made a single chirp (*id.*)

el viento que suena en la chimenea o un ratón que corre por el entarimado, (omitiéndose el ejemplo del grillo).

Asimismo, en la traducción de las líneas finales del relato de Poe, incidiendo ahora de manera perceptible en la trepidante y eficaz gradación dispuesta por el autor, vuelven a operarse algunas elisiones llamativas

they suspected! — they knew! — they were making a mockery of my horror! (559)

¡Sabían, se burlaban de mi espanto!

para concluirse con gritos estilísticamente más articulados, y más explicitantes (“*again!*” es ahora “el ruido”), que atenúan el pulso frenético de la seca repetición original: la secuencia paroxística

*I felt that I must scream or die! — and now — again!
— hark! louder! louder! louder! louder!* (*id.*),

se condensa en el giro

y entretanto el ruido, ¿lo oís?, escuchad, más alto, siempre más alto. ¡*Siempre más alto!*¹⁶.

Traducción publicada en 1898, tan sólo cuatro meses antes de «¿Quién soy yo?», «primer cuento poesco original de la pluma de Zárate Ruiz»¹⁷ (Englekirk 1937: 517), y en la misma revista, «La

16. Esta propuesta final (con interrogación seguida de imperativo, que sustituyen al lacónico imperativo «hark!») parece acercarse a la de Baudelaire, quien traduce: «et maintenant encore, l’entendez-vous? — écoutez! plus haut! — plus haut! — toujours plus haut! — *toujours plus haut!*» (1966: 513).

17. Efectivamente lo es, pues de los dos cuentos anteriores que pudimos encontrar, sólo «Cuento blanco» (1897) es, por así decirlo, fantástico,

embriaguez. Musa trágica» ofrece una versión disimulada¹⁸ —y algo tergiversada, como ahora veremos— del relato de Poe «The Black Cat». En la modificación radical que impone, y ahí donde impera el enigmático gato negro, «La embriaguez» que da título a la traducción incide en un aspecto que, como recuerda entre otros David Roas al estudiar la recepción de Poe en la literatura española del siglo XIX, «se convirtió en lugar común en las diversas críticas y valoraciones, tanto positivas como negativas, que se hicieron de la vida y la obra del autor norteamericano: su afición a la bebida» (2011: 65), llegándose con frecuencia a confundir al autor con sus personajes ficticios. El nuevo rótulo parece pues enfatizar la sola explicación racionalizante de los desvaríos perversos y criminales del narrador, que en el relato de Poe se reparten por igual locura, alcoholismo y fuerzas demoníacas, o el así conocido «demonio de la perversidad», decisivo en la suscitación del efecto fantástico. En consonancia con el enfoque de su título, los rellenos o digresiones que libremente incorpora la traducción¹⁹ recalcan la incidencia del alcohol en los impulsos crueles y violentos del protagonista: «Con incesantes vasos de *gin* ya en la taberna, ya en casa, avivaba yo la hoguera de mis crueles y sanguinarios pensamientos», o aún: «Pero le tenía yo mucho amor a la taberna cercana; en mi casa misma no me faltaban algunos toneles de *gin*, y eso me detenía haciéndome ver como ilusorio todo peligro». Asimismo, en uno de los libres pasajes incrustados en la traducción, antes de matar al gato ahorcándolo, como lo dispone Poe en su cuento, el narrador difiere su acción, se regodea y baraja diversas modalidades de aniquilamiento (veneno, pistoletazo, puñal, palos), buscando las más aptas a satisfacer su «bárbaro deseo [de] saborear el placer de herir» y la «voluptuosidad salvaje del asesinato [transmitida] por el puñal, desde los miembros sangrientos y palpitantes de la víctima

aunque no «poesco».

18. Visualmente hablando lo es menos: en la revista, los grandes grabados que acompañan este texto representan una figura femenina junto a un imponente gato negro difícil de obviar.

19. Para señalar los pasajes ajenos al texto original de Poe, en nuestra edición utilizamos corchetes dobles en negrita **[[]]**.

hasta lo más profundo de mis entrañas», exacerbándose así la nota decadentista —o quizás: aplicándose sin más la «receta» de una formulación *fin-de-siècle* entonces muy en boga— mediante la exposición del meticuloso y horripilante raciocinio criminal de su mente insana y alcoholizada, por cuyos desconcertantes recovecos transita el lector. Y es que en los años de la última etapa del Porfiriato en que nos movemos, la confluencia de alcoholismo, locura y crimen también cuajaba, por supuesto, en los discursos científicos (el biologicismo positivista) de entonces: recuérdese la elaboración en México de sonados estudios psiquiátricos y criminológicos aplicados a los contextos locales como fueron *Fisiología del crimen. Estudio jurídico-sociológico* (1885-86) del veracruzano Rafael de Zayas Enríquez, *El alcoholismo en México* (1895) de Nicolás Ramírez de Arellano, *La génesis del crimen en México: estudio de psiquiatría social* (1901) de Julio Guerrero o, más popular aún, *Los criminales en México, ensayo de psicología criminal* (1904), de la serie «Por los mundos del delito», de Carlos Roumagnac²⁰. Al igual que los trabajos influyentes y polémicos de un Cesare Lombroso que hacia los mismos años circularon en traducciones, reseñas, compendios o ecos puntuales en los círculos científicos y en la prensa finisecular de México, estos estudios mexicanos de medicina mental y de antropología criminal aplicada al derecho penal forman un paisaje científico-ideológico de referencia obligada, cuyas más inquietantes aristas de locura y crimen se encuentran movilizadas en diversos cuentos de Zárate Ruiz, en particular, los más poescos.

20. Sobre estos asuntos, cfr.: Sacristán (1991), Barrón Cruz (2003), Ramos Velázquez (2013) y Muñoz (2014). Para cifrar el impacto popular de la obra de Roumagnac, baste aquí referir esta observación de Robert M. Buffington (2000: 67): «Despite the Porfirian obsession with crime and criminality, the pedantic treatises of late nineteenth-century Mexican criminologists [...] had done little to disseminate new ideas about crime and criminals. The stage was set for a popularizer, for someone who could convey basic criminological concepts along with their attendant ideological baggage to an uninitiated if eager reading public. Roumagnac was admirably suited to the task».

Si la traducción —en su nuevo título— así como las interpolaciones que en ella comentamos pudieron haber menguado la fantasicidad del relato original de Poe, su *coda* —también postiza, y, desde luego, muy poco verosímil— reactualiza inesperadamente el escalofrío fantástico, al insinuar que la persecución del gato tuerto no ha acabado aún, sino que ha invadido el presente de una persecución que creíamos finalizada:

Detalle horroroso. Acaban de notificarme mi sentencia de muerte, y debo morir ahorcado. En toda mi causa no hablé ni una sola vez del gato origen de todas mis desdichas, y sin embargo, en la carátula del expediente algún escribano ocioso había dibujado a pluma un gato negro al cual, ¡le faltaba un ojo!

Con el atractivo —aunque engañoso— título de una semblanza del escritor norteamericano, «Edgardo Poe» se publicó sin firma en *El Mundo Ilustrado* del 29 de junio de 1902. Se trata de la crónica de un episodio contado por Poe —protagonizado por él mismo— a un «gran amigo» suyo, «capitán de marina mercante americana», en una de las tabernas favoritas del gran poeta en Baltimore, «la noche antes de morir»: Poe relata su invitación y asistencia a un terrorífico baile de máscaras y de esqueletos, de donde los concurrentes salen, así como entraron, con «envoltura de vivos», tras endosar los elegantes «paletós» y «abrigos de pieles» dejados en el vestíbulo; el espantoso ritual acaba con la sustitución de un abrigo inicialmente «de raso blanco», por otro, ajeno, «de raso amarillo», que de inmediato encarna en «otro cuerpo» viejo y enfermo a la joven despreocupada que lo reviste.

Traduciendo este relato al inglés (1937: 514-516), Englekirk designa a Zárate Ruiz como autor más que probable, habida cuenta de la convergencia de propósitos entre la presente crónica y «Mi pesadilla», publicados tan sólo a tres meses de intervalo y en la misma revista: «Zárate Ruiz debe también ser considerado como responsable del artículo anónimo —«Edgardo Poe», pues hemos sugerido que [...] el deseo de contar los *últimos* momentos de Poe en la tierra y de traducir su *último* cuento, parecen apuntar hacia una común autoría» (520, cursiva del original).

La hipótesis es aquí insostenible: la publicación anterior tanto en España —como también en México— de numerosas versiones de la misma anécdota (a veces resumida), con diversas variantes (y hasta firmas, como veremos), inevitablemente desautorizan la propuesta de Englekirk en cuanto a la paternidad del cuentista mexicano. Son tres las ocurrencias de esta misma historia en la prensa española de finales del XIX señaladas por Roas (2011: 54) en el estudio ya citado: dos de ellas se publicaron en 1883 con firma «del escritor francés Aimé Giron» (*id.*) y la tercera en 1888, ya con la firma hispanizada de «Amado Girón», como lo hemos podido verificar. Observa Roas que «[e]l cuento de Giron debió tener gran impacto, puesto que también sirvió como base para una crónica política» (2011: 55). En efecto, a la serie ya identificada por Roas en la prensa española, podemos añadir algunas publicaciones más que, siempre en el mismo terreno de recepción, corroboran «el interés del público español por la vida y la obra de Poe», tal y como se manifiesta en la persistente difusión de este relato en que «el propio Poe aparece como protagonista» (2011: 53); éstas son: «Un baile de Edgard Poe. (Traducción inglesa)», firma «Aimé Giron», en *La nueva lucha. Diario de Gerona* (Eco de las aspiraciones del partido liberal), 25 de junio de 1887; «El baile de Edgard Poe», sin firma, en *Diario oficial de avisos de Madrid*, 17 de diciembre de 1890; «Un baile extraordinario. Lo que vio en él Edgardo Poe», sin firma, *El País*, Madrid, 1 de julio de 1892 y «Un baile de Edgard Poe», *El Álbum Ibero-Americano*, firma Nicolás Díaz y Pérez²¹, Madrid, 30 de junio de 1895²². Díaz Pérez repite el conocido relato y lo divide en tres apartados, a los que añade su muy peculiar punto

21. Curiosamente, el nombre del hijo de Nicolás Díaz y Pérez, o sea Viriato Díaz-Pérez (1875-1958), quien vivió largos años en Paraguay, sí ha quedado asociado al de Edgar Allan Poe: fue traductor, comentarista y ensayista en torno a su obra (Englekirk 1934: 67, 79, 149 y 489).

22. Aún no se agotan las noticias de este texto: en la *Crónica de Badajoz*, periódico de intereses morales y materiales, de literatura, artes, modas y anuncios del 23 de julio de 1887 se anuncia el reparto del «núm. 14, del año XXI, del acreditado periódico del bello sexo: *La Guirnalda*», y el

de vista sobre Poe y su obra en un cuarto fragmento que es, en rigor, el único que corresponde a su firma:

Mucho se ha fantaseado acerca de los caracteres estrafalarios en Poe [...]. Y sin embargo, el famoso escritor francés [*sic!*], solo conocido por su personalidad literaria, y si acaso, por sus aficiones a ciertos líquidos, tiene una tercera personalidad oculta hasta hoy: la de químico. Poe, si no inventó, presintió, al menos [en «Aventuras de Hans Pfaal»], el gas “argón”, cuyo descubrimiento se atribuye a los químicos ingleses lord Raíleigh y sir Ramsay.

Episodio fantástico «realmente» vivido por él, recuerdo confuso de alguna pesadilla suya o puro cuento improvisado por el mismo Poe en vísperas de su muerte, para la ocasión de su encuentro con el capitán, la ingeniosa —y afortunada— historia de aquel «baile extraordinario», inventada ¿por Aimé Giron?, queda enmarcada en el relato del capitán, a su vez referido al narrador responsable del testimonio que *in fine* leeremos (y que firma el escritor francés): es fácilmente reconocible aquí el dispositivo del «relato enmarcado», donde sucesivas instancias narrativas aseguran el relevo para «colabora[r] en el efecto de “verdad”, todavía necesario para un público con cierta prevención hacia la libre efusión de lo fantástico» (Roas 2011: 116).

Con una frecuencia y duración casi sorprendentes, las reproducciones del mismo relato o crónica ficticia en acreditados periódicos y revistas mexicanos de la época confirman la masiva aceptación y la fortuna de este texto (con las usuales variantes) en la México finisecular, y todas llegaron a publicarse en fecha anterior a la pseudo-semblanza de 1902 que Englekirk atribuyó a Zárate Ruiz. Con el paso de los años, va cayendo en el olvido Aimé Giron, y asistimos al borramiento definitivo de toda autoría, así como lo atestiguan en México: «Un baile extraordinario. Lo que vió en él Edgardo Poe», firma «Amado Girón», en *El Monitor Republicano*, 18 de noviembre de 1888; «Un baile extraordinario.

sumario que sigue indica, entre otros: «Un baile de Edgar Poe, por Aimé Girón». No hemos podido consultar el número en cuestión.

Lo que vió en él Edgardo Poe», firma «Amado Giron», en *El Cronista*²³, 2 de diciembre de 1888; «Un baile extraordinario. Lo que vió en él Edgardo Poe», firma «Amado Girón», en *Diario del Hogar*, 3 de agosto de 1890; «El baile de Edgard Poe», sin firma, en *El Siglo Diez y Nueve*, 23 de enero de 1891; «El baile de Edgard Poe», sin firma, en *El Siglo Diez y Nueve*, 30 de junio de 1896 y «El baile de Edgar Poe», sin firma, en *La Patria*, Diario de México, 24 de febrero de 1901, seguido por el «Edgardo Poe» de 1902 erróneamente atribuido por Englekirk a Zárate Ruiz.

Suele considerarse que la difusión de la obra de Edgar Allan Poe en México se efectuó primero por la vía de la poesía, y que se inauguró con la traducción de su impactante poema narrativo, «El cuervo» («The raven», 1845), realizada en 1867 por Ignacio Mariscal: en el número inicial de *El Renacimiento*, el famoso periódico literario fundado en 1869 por Ignacio M. Altamirano, precediendo «El cuervo», se reproduce la carta de motivación de Pedro Santacilia —a quien Mariscal dedicó su traducción «hace dos años»— para que la versión en español de «la obra fantástica de Poe», «inédita aún», fuera publicada. En las dos décadas siguientes, las alusiones a la figura o a los textos de Poe se multiplican en la prensa. Así, invocado en *El Bien Público* a 6 de agosto de 1876, el lúgubre dictamen de «El cuervo» se ha vuelto ya *cliché* que se desvía ahora hacia el terreno de la sátira política: favorable a la próxima elección de Porfirio Díaz, José Patricio Nicoli, no sin gracia, escarnece la negligente política de turno observando: «El México de la poesía pertenece al arte; el México del tifo pertenece al Ayuntamiento y al Ministerio de Fomento. ¿Cuándo abrirán una profunda herida en las venas del enfermo, para que arroje todos esos gases inmundos que lo asfixian? El Ministerio de Fomento lo mismo que el Ayuntamiento responden como el cuervo de Edgar Poe: ¡Jamás! ¡Jamás!». En otras ocasiones, se trata de citas tangenciales, citas cómplices que los lectores habrán de captar al vuelo y que nos muestran la indudable popularidad alcanzada en México

23. A diferencia de los demás periódicos o revistas aquí citados, todos de la capital, el diario *El Cronista* se editó en Puerto de Matamoros (Tamaulipas).

por este maestro de lo fantástico: «¿no le ha robado V. la vida a esa señora, para trasladarla al lienzo, como nos asegura Edgard Poe que sucedió una vez?» escribe Nicolás Azcárate²⁴ en *El Eco de Ambos Mundos*, a 31 de octubre de 1876, refiriéndose a «El retrato oval»²⁵; o aún, en «Crónicas de la ópera», firmadas por Manuel Gutiérrez Nájera, encontraremos la siguiente mención de otro relato de Poe («El hombre de la multitud»): «No es el hombre de Edgard Poe que sigue a la multitud por curiosidad» (*El Nacional*, 27 de diciembre de 1882).

Si en diferentes cuentos de Francisco Zárata Ruiz se encuentran claras resonancias de determinados cuentos de Poe, como ya lo sugirió Englekirk, una única alusión explícita descubriremos al hilo de sus relatos, de cierto modo, una como «confesión involuntaria» (Englekirk 1937: 519) de aquella prestigiada fuente de inspiración, de aquel insoslayable ascendente. Recordémosla para terminar: «Yo no tendría temores de que viniese como en el *Gato Negro* a retratarse la figura de la víctima en la pared que estaba a la cabecera de la cama. No me arrepentiría como Poe en su personaje, de haber ejercido esa venganza justa»²⁶.

D. Ph.-L.

24. Abogado y escritor cubano, temporalmente exiliado en México, redactor regular durante el año 1876 para el diario mexicano *El Eco de Ambos Mundos*. El artículo aludido está firmado con las siglas que le corresponden: N. A.

25. Recordemos que la primera versión de este relato al castellano es la de Manuel Cano y Cueto que figura en *Historias extraordinarias*, volumen publicado en Sevilla en 1871 (Englekirk 1934: 479).

26. En la presente antología, véase «Cuentos del manicomio. ¿Homicida?».

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ Y LO FANTÁSTICO DECADENTE

La corriente modernista latinoamericana, entre otras cosas, legó un importante trabajo cuentístico y periodístico que en buena medida consolidó el género del relato corto en español. Como bien afirma Ignacio Díaz Ruiz, «el cuento durante el periodo modernista propone una serie de elementos, procedimientos y recursos que contribuyen a la consolidación del género» (2006: IX), muchos de los cuales fueron resultado de la estrecha relación entre el periodismo y la literatura: semanarios y periódicos como *El Mundo Ilustrado*, *El Diario del Hogar*, *El Nacional*, *La Patria*, *Diario de México* y *El Siglo XIX* dedicaron parte de sus páginas a traducciones y publicaciones originales de los escritores en boga, tanto nacionales como extranjeros, lo que derivó en un notable desarrollo del género y, por supuesto, en la estética cosmopolita tan propia del Modernismo. Estas publicaciones fueron, por así decirlo, el laboratorio donde una generación de jóvenes escritores pudo experimentar con la traducción, la reseña, la crónica, la crítica satírica —no olvidemos el *Gil Blas. Periódico joco-serio ilustrado*—, la «gacetilla» y, por supuesto, el relato largo de la novela por entregas y corto, el cuento de pocas columnas; en convivencia y debate constantes —baste como ejemplo, entre otros, el intercambio entre José Juan Tablada, Jesús Urueta y Alberto Leduc en *El País*, y José Primitivo Rivera Fuentes desde el *Diario del Hogar* y las respuestas que obtuvieron de sus colegas en *El Universal* y *El Demócrata* entre enero y febrero de 1893 respecto del término «Decadentismo», en *La construcción del Modernismo (antología)* de Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (2002)—, estos escritores se familiarizaron con las tendencias literarias y filosóficas francesas, inglesas y norteamericanas, lo que «explica los procesos de contaminación, aproximación, semejanza y copia de temas e ideas en el género» (Díaz Ruiz 2006: XVI), así

como sus adecuaciones formales y temáticas al gusto del lector mexicano.

Un caso particular que muestra este mosaico de influjos lo encontramos en la producción de Francisco Zárate Ruiz. Poco conocida y menos estudiada, en su obra confluyen las atmósferas de la *weird story* a lo Edgar Allan Poe²⁷, la estética decadentista-modernista²⁸ de José Juan Tablada y el discurso fantástico de Guy de Maupassant, Villiers de l'Isle-Adam o Théophile Gautier, en los escenarios urbanos del México del siglo XIX. Zárate Ruiz recupera los problemas sociales propios de la época y los reelabora con el tono morboso, poesco, del decadentista²⁹:

Un estado de espíritu especial, forma el romanticismo; un estado de espíritu especial, forma el naturalismo; un estado de espíritu especial, forma el decadentismo. [*sic*] La notación literaria de los estados morales constituye las diferentes formas del arte, las diferentes escuelas estéticas. El *decadentismo* literario es, pues, la *notación literaria* del decadentismo moral,³⁰

escribe Jesús Urueta en 1893, y es esta notación literaria la que une buena parte de la obra de Zárate. En ambientes oscuros y a veces sórdidos, personajes *suprasensibles*, que diría Tablada, confunden lo imaginario y lo real, narradores poco confiables revelan crímenes cuyo origen se encuentra en la neurastenia; la

27. Véase, aquí mismo, «En la órbita de Poe: traducción, reescritura, invención», de Dolores Phillipps-López.

28. Considérese que Amado Nervo declaró muerto al decadentismo en 1898, mismo año en que Tablada anunció la publicación de la *Revista Moderna*.

29. Con todo lo ambiguo de este movimiento, que no llega a definirse claramente a sí mismo como bien muestran Clark de Lara y Zavala Díaz: «desde que se aplicó el término decadente en el ámbito de la literatura estuvo cargado de connotaciones ambiguas» (2002: XXV) que gravitaron entre el refinamiento cultural y la artificialidad incomprensible.

30. Urueta, Jesús: «Hostia. A José Juan Tablada», en Clark de Lara y Zavala Díaz (2002: 111-118).

enfermedad, la abyección, la miseria y la muerte forman la red temática que une los relatos de este escritor.

Ahora bien, uno de los aspectos más interesantes en los cuentos que se presentan en esta antología es, sin duda, su filiación con la tradición gótica y con el discurso fantástico. Si bien no encontraremos los motivos aristocráticos o la mimesis alta usuales en la novela gótica del siglo XVII, la impronta de Edgar Allan Poe lleva a Zárate a un gótico que el norteamericano había heredado de los escritores del siglo XVIII, aquél que «is progressively turned inwards to concern itself with psychological problems, used to dramatize uncertainty and conflicts of the individual subject in relation to a difficult social situation» (Jackson 1981: 97). Así por ejemplo, en la senda poética encontramos el motivo de la locura resultado del conflicto entre el hombre hipersensible y la miseria humana en relatos como «El loco pacífico», cuyo protagonista prefiere el suicidio a ser uno más de una Humanidad (con mayúscula) que no comprende, o «El idiota», que enloquece cuando conoce el fondo del alma humana con toda su perversidad. Siguiendo a Rosemary Jackson, en esta derivación del gótico el personaje no confía en su percepción de la realidad, «Gothic narrates this epistemological confusion: it expresses and examines personal disorder, opposing fiction's classical unities (of time, space, unified character) with an apprehension of partiality and relativity of meaning» (*id.*), así los personajes de «El loco pacífico» o «El idiota» se separan de una sociedad que no comprenden (o que comprenden demasiado bien) y prefieren enajenarse antes que asumirse como parte de ella.

En «Cuentos del manicomio. ¿Homicida?», Zárate Ruiz va más lejos por este mismo camino: el narrador-personaje describe con detalle su percepción hiperestesiada del entorno para defenderse de una acusación de asesinato: «¿Que si me empeño en seguir sosteniendo eso que ustedes llaman fábula? ya lo creo; es la verdad: yo no he dado muerte a una mujer. He estrangulado eso sí —una venganza justa, exquisita, dulcísima— a mi gata morisca; pero yo lo sé bien, no hay en el Código un artículo para castigar el asesinato de una gata», y hace explícita la diferencia

lógica: el tamaño no permite que se pueda confundir a una mujer con ese animal. Sin embargo el propio narrador lo equipara constantemente con una mujer, lo que, sumado al resto de la información que brinda, deja abierta la duda final no tanto sobre su culpabilidad como sobre su cordura. Aquí es la construcción del relato la que permite la confusión epistemológica: el discurso del personaje lo retrata como obsesivo, maniaco, claramente sádico pero no necesariamente alienado, como el protagonista de *The Black Cat* de Poe; mientras que las comparaciones —casi metafóricas— que hace de la gata con una amante enferma, de belleza mórbida, permiten sospechar que se trata, en efecto, del asesino de una mujer. La duda, incluso, aparece desde el momento en que la adscripción del relato a la serie «Cuentos del manicomio» indica la posible locura del personaje, pero las interrogaciones entre las que aparece el título «¿Homicida?» no aclaran si lo es o no. En resumen, estamos en el terreno de lo fantástico.

En general son pocos los relatos de Francisco Zárate Ruiz que pueden considerarse plenamente fantásticos y un análisis en este sentido excede por mucho los límites de esta breve introducción, sin embargo sí podemos encontrar una importante presencia de motivos y rasgos propios de este modo de discurso. El tema de la locura no aparece sólo con relación a lo gótico poesco y a la hipersensibilidad decadentista, también funciona como umbral para una posible transgresión fantástica. En «Por una obsesión», relato en forma de carta, una mujer explica por qué debe abandonar a su esposo alegando «una enfermedad de los nervios que tiene un nombre muy raro que yo no recuerdo», y que comienza a desarrollar a partir de la muerte de la hija de ambos. Esta enfermedad «de nombre muy raro», según la narradora, le provoca alucinaciones en las que ve el cadáver de su hija y que podrían explicarse como resultado natural del dolor —se refiere constantemente a sí misma en tercera persona como «la madre ya sin hija», como en una disociación psicótica de la realidad—; sin embargo ya muy al inicio del relato alude a *algo* que nunca aclara: «pienso que somos tú y yo, unos amigos falsos, unos irrespetuosos ante lo desconocido, unos profanadores de

cadáveres, unos criminales». Más adelante, confiesa que estas imágenes fantasmagóricas del cadáver mutilado le recriminan ser una «profanadora»; ¿es sólo el dolor de la madre que ha perdido a su hija, es la conciencia que reprocha una profanación de la tumba o es el fantasma que la visita por este mismo hecho? El texto no lo aclara.

Como recurso para lograr la *hésitation* fantástica, tan cara a Todorov³¹, el narrador loco aparece, además de los cuentos ya mencionados, en «¿Quién soy yo?», «Cuentos del manicomio. Amnesia» y «La cabeza parlante». Éste último acude también al motivo del miembro separado del cuerpo que mantiene vida propia³² muy usual tanto en lo maravilloso como en lo fantástico. Ahora bien, es necesario destacar que en éstos y otros cuentos como «¡Miedo!» o «Cuento blanco», la fuerza del relato descansa más en las descripciones y los juegos del lenguaje que en las acciones relatadas. Sin llegar al preciosismo de otros prosistas pero en concordancia con su época, Zárate Ruiz brindó prioridad a las descripciones y a la creación de la atmósfera por encima, a veces, de la anécdota: «Con frecuencia, la fábula o historia se ve disminuida por la densidad e intención del lenguaje poético; de manera asidua, la secuencia o encadenamiento de las acciones del relato aparece subordinada a los recursos y procedimientos de la poesía» (Díaz Ruiz 2006: XXI), y en el caso de Zárate Ruiz, subordinada también a la búsqueda del efecto de extrañeza propio de la *weird story*. Así, los relatos que no necesariamente aluden a la sobrenaturalidad y cuyo argumento no es en absoluto complejo, como «¡Miedo!», «La Bruja» o «La muerte artificial» pero cuyas descripciones —con isotopías tonales disfóricas,

31. «[...] y esto se relaciona con la definición misma de lo fantástico, la primera persona «relatante» es la que con mayor facilidad permite la identificación del lector con el personaje, puesto que, como es sabido, el pronombre «yo» pertenece a todos. [...] Esta es la forma más directa de penetrar en el universo fantástico» (Todorov 1998: 69). Quizás esta identificación coadyuvó a la animadversión que algunos críticos de la época mostraron a los relatos de narrador ebrio o loco, o ebrio y loco.

32. *Vid* Vax 1974: 27 y ss.

patéticas— buscan generar inquietud, concuerdan bien con la definición de H. P. Lovecraft:

The true weird tale has something more than a secret murder, bloody bones, or a sheeted form clanking chains according to rule. A certain atmosphere of breathless and unexplainable dread of outer, unknown forces must be present; [...] Atmosphere is the all-important thing, for the final criterion of authenticity is not the dovetailing of a plot but the creation of a given sensation (1973: 15-16).

Un proceso similar encontramos en «Cuentos del manicomio. Walpurgis», cuya anécdota sucumbe ante la fuerza de las imágenes y la maravilla. Con una sobrenaturalidad asumida en el relato, nuevamente gracias a la intervención de un narrador aparentemente enajenado, se describe el baile de los muertos, al que asiste el narrador protagonista, un escéptico, como invitado de honor.

Mención aparte requieren dos motivos recurrentes en los relatos de Zárate Ruiz que presentamos en esta antología: el bestiario fantástico y los seres inanimados que cobran conciencia de sí.

Sobre los primeros, el catálogo de animales va desde los más cotidianos hasta las mutaciones más extravagantes. El moscardón tiene su propio relato, quizás el único que presenta una veta de humor negro; como motivo asociado a la muerte, aparece también en «Una venganza» y «La enfermera», en ambos anunciando la muerte de un personaje. En «Una venganza», relato sobre la extraña muerte de un naturalista, el catálogo de insectos resulta abrumador: luego de matar a una lagartija para incorporarla a su colección de ejemplares raros, el personaje codifica las señales con las que comienza la gradación hasta el clímax, un grillo silba y otro le responde, un moscardón negro le revolotea alrededor —«Quién sabe qué le dijo en su lenguaje y con una voz ronca y solemne, como la de un fiscal acusador ante los jueces»— y mientras escucha cómo aumenta el sonido de los insectos, piensa en lo que sucedería «si los deudos de los animales muertos por los naturalistas, se vengasen»; siente cómo comienzan a caer pequeños pesos desde el techo sobre su cuerpo, pasos de

pequeños cuerpos que corren por sus piernas, voces, murmullos, y cuando quiere levantarse ya las arañas han tejido una red que le inmoviliza. Grillos, moscardones, alacranes, arañas, ratones, abejas, langostas, aviones, salangos (quizás el ave salangana, una especie de golondrina), mosquitos, cantáridas, élitros, escorpiones, aligátos, tortugas, hormigas, cuervos, golondrinas y una tórtola brindan a la retórica inquietud del personaje una respuesta literal: le muestran cómo cobrarían venganza. Primero le reducen, luego con el aguijonazo de una abeja comienza una tortura más digna de humanos que de animales; finalmente aparece la lagartija y, con el mismo cortaplumas con el que la mató, mata, auxiliada por las hormigas, al naturalista. Este relato, de *tempo* ligeramente más acelerado que el resto, con esta profusión de bestezuelas logra una atmósfera inquietante que, si bien permanece en el ámbito de lo maravilloso, hace de él uno de los cuentos de horror mejor logrados.

La animalería fantástica se encuentra en «Cuentos del manicomio. Amnesia». Aquí el narrador protagonista, cuando logra vencer al insomnio —acto precedido por la entrada de un moscardón, lo que nos ofrece ya una pista—, entra al mundo del sueño donde se encuentra con seres aborrecibles, comenzando con rocas animadas y plantas vestidas «a la europea» para preparar la llegada de un lagarto «grandísimo, antediluviano, [que] se me acercaba a paso lento para mayor martirio, saboreándome de antemano, luciendo sus bien alineados dientes, dientes *goliates*, amarillentos, sucios y afilados entre lágrimas y sollozos, contra las osamentas de sus víctimas» y en cuyas entrañas diablillos, duendes, tragos y vampiros lo atormentan. Más cotidianos, pero no por ello menos inquietantes, son el perro de «Un ingrato» que critica duramente a los hombres y aconseja al narrador: «nunca confíes en los hombres, desconfía siempre de las mujeres», y «El murciélago». Es en este animal nocturno, al que el imaginario occidental ha relacionado con la muerte, la maldad y la oscuridad durante siglos, en quien reencarna un sacerdote para advertir a un su amigo y colega sobre el castigo ultra terreno para quienes se dejan llevar por los vicios: vivir en el cuerpecito «enlutado»

del animal y ver sin filtro alguno en el corazón de los hombres, «¡Mira si es desdicha, mira si es castigo!».

Estos animales, iconizados como el moscardón, humanizados como el perro o el murciélago, enajenantes como los gatos o justicieros como la lagartija, funcionan en la obra de Zárate como vehículos que sacan a la luz lo peor del hombre, no como diatriba social sino desde la introspección de quien no comprende la realidad en que le tocó vivir. La miseria humana del ebrio consuetudinario que con el aliento alcohólico logra matar al mensajero de la muerte, del borracho que oficia el rito de una religión en la que ya no cree, del que asesina en nombre de la ciencia aunque mate a un ser bello. Los animales son testigos y víctimas involuntarias de los vicios del hombre, pero no son los únicos: son los seres inanimados quienes, desde su calidad de objetos, testimonian lo peor de la humanidad.

He dejado para el final dos relatos que, desde mi perspectiva, resumen el acercamiento a lo fantástico y lo extraño más característico de Francisco Zárate Ruiz: «El pelele» y «La cabeza del muñeco». Como ya he mencionado, el estilo decadentista —o, si se prefiere, modernista— del escritor brindó prioridad a los aspectos formales sobre las acciones relatadas, lo que aunado a la introspección en tono gótico dio como resultado relatos con argumentos aparentemente simples; entonces, de igual forma que con los animales, podría parecer que Zárate usa el motivo de los objetos inanimados que cobran conciencia y una anécdota sencilla como un pretexto para la reflexión, pero no es así. Tomemos por caso «El pelele»: un monigote de papel y aserrín es enterrado en lugar de una persona cuya muerte se quiere fingir, tiempo después se exhuma el «cadáver» y se descubre la farsa. La anécdota sí es sencilla, lo interesante es la forma en la que se relata con una focalización interna centrada en el pelele: si bien no es él quien narra, sí es su perspectiva la que se sigue, su toma de conciencia, su diálogo con el ataúd y, lo más importante, la percepción de la realidad que describe minuciosamente desde su condición de cosa-viva: «Y no; él no estaba muerto; él no sabía a quién había pertenecido el alma que entonces tenía; él no sabía si antes había vivido, pero en esos momentos vivía, con la vida

de las cosas extrañas e incomprensible para los hombres». Su condición de cosa, inanimada pero consciente, le otorga un lugar privilegiado pues en principio todo lo humano le es ajeno, se encuentra separado por completo de la condición de hombre y puede erigirse como juez: una idea simbolista que aterriza en las apreciaciones del personaje. El pelele no siente, no simpatiza con lo que le rodea ni sufre por permanecer enterrado como cómplice de un fraude³³: todo, salvo el desprecio por los hombres, le resulta indiferente.

En cambio, en «La cabeza del muñeco», éste tiene una conciencia sufriente, atrapada en la cabeza de plomo. A lo largo del relato, la cabeza presencia los avatares de una familia burguesa de clase media, nada más, y sufre por su inmovilidad de pisapapeles, padece la pesadez y los estremecimientos que le provocan una pieza suelta de plomo y la «varilla delgada y larga que, como espina, tenía clavada en mitad del cráneo». Al contrario del pelele, indiferente a su destino, la conciencia atrapada en la cabeza del muñeco describe la desesperación del encierro y la inmovilidad; por un lado, alude a los relatos con el tema de la catalepsia y el horror de sentirse encerrado en el propio cuerpo, usual entre sus contemporáneos y no desconocido para Zárate, tanto por sus lecturas de Edgar Allan Poe como por lo usual del tema: incluso menciona esta enfermedad en «El pelele» como contraste entre la indiferencia del muñeco y el pavor que despierta en los hombres. Por el otro, lleva al extremo la agonía que ya ha trabajado en «La cabeza parlante». En aquel relato, la cabeza del decapitado describe a su amante el dolor en el cuello y la extraña sensación de sentir un cuerpo del que ha sido separada, pero la ilusión de realidad no puede mantenerse por mucho tiempo pues la muerte llega pronto; en «La cabeza del muñeco», la naturaleza inerte del motivo donde se encierra esa conciencia

33. La catalepsia y el miedo a ser enterrado vivo fueron temas de cuentos y leyendas. Contemporáneo de Zárate Ruiz, Rubén M. Campos se vale del tópico también de moda en la época, la sesión espiritista, para relatar la experiencia del muerto por asfixia en el ataúd, en «El dictado del muerto», y sobra recordar los relatos donde Poe usa también este motivo: «The Premature Burial», el vampírico «Berenice» o «The Fall of the House of Usher».

le brinda el tiempo suficiente para crear la atmósfera inquietante, claustrofóbica que permite la irrupción de lo sobrenatural.

Con «La cabeza del muñeco», Francisco Zárate Ruiz logra uno de sus mejores relatos, quizás el más acabado ejemplo de discurso fantástico en su obra. Como he tratado de esbozar en estas páginas, la obra de este escritor es un ejemplo de la búsqueda en el terreno de lo fantástico, lo inquietante y lo extraño en medio de una generación de escritores con inquietudes semejantes. Sin gozar de la fama de Carlos Díaz Dufoo o de Bernardo Couto, asiduos también a lo macabro, los cuentos de Zárate Ruiz aún esperan un estudio amplio y el rescate cuyo comienzo esperamos sea esta antología.

C. M.

OBRAS DE FRANCISCO ZÁRATE RUIZ
Libros, cuentos sueltos y textos atribuidos

Libros

ZÁRATE RUIZ, FRANCISCO. *¡Suícida!*, México, Imp. de J. F. Jens, 1893, 23 p.³⁴

———. *Toluca antigua y moderna*; álbum del Estado de México; la administración del general Villada. Toluca, 1901. [198] p. incl. illus.

———. *Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito*. Morelia, Talleres de la Escuela Industrial Militar Porfirio Díaz, 1903 (con varias dedicatorias). [contiene: I. El idiota. II. Yo, cura. III. El loco pacífico. IV. El pelele. V. El moscardón. VI. El murciélago. VII. El cuentista. VIII. Crucificado. IX. Un ingrato. X. El albañil. Por una obsesión].

———. *Cuentos funambulescos*. Morelia, Talleres de la Escuela Industrial Militar Porfirio Díaz, 1903 (libro con dedicatoria «Para Don Bartolomé Carbajal y Serrano»). [contiene: Los Lithuani. Viva México. Toto. El beneficio. El monstruo. La familia de hule. La muerte del cómico].

ZÁRATE RUIZ, FRANCISCO & GARCÍA Y ALVA, FEDERICO. *Hidalgo moderno*; álbum descriptivo del Estado. Pachuca, Oficina Tipográfica del Gobierno de Hidalgo, 1903.

Cuentos sueltos (firmados)³⁵

ZÁRATE RUIZ, FRANCISCO. «Historias vulgares. ¡Pobre!» (con dedicatoria «A Bartolomé Carbajal Rosas»), *Revista Azul*, México, Tomo V, núm. 2, 10 de mayo de 1896. Cuento

34. Iguíniz precisa: «Ensayo escrito por Francisco Zárate y Ruiz» (1926: 400). No lo hemos podido encontrar.

35. Los cuentos precedidos de un asterisco * aparecen publicados también en los correspondientes libros de F. Zárate Ruiz: *Cuentos de manicomio* y *Cuentos funambulescos*, ambos de 1903.

- publicado luego –sin dedicatoria– en la sección «El lunes literario», *El Imparcial*, México, 9 de mayo de 1898.
- . «Cuento blanco» (con dedicatoria «Al licenciado Don Vidal Castañeda y Nájera»), *El Nacional*, México, 4 de julio de 1897.
- . «¿Quién soy yo?», *El Mundo*, México, 28 de agosto de 1898.
- . «La defunción de la muerte» (con dedicatoria «Para Bernardo Couto Castillo»), *Revista Moderna*, México, 1 de octubre de 1898, pp. 77-79.
- . «Cuentos del manicomio. Amnesia», *El Mundo*, México, 9 de octubre de 1898.
- . «Cuentos del manicomio. ¿Homicida?», *El Mundo*, México, 4 de diciembre de 1898.
- . «Cuentos del manicomio. Walpurgis (?)», *El Mundo*, México, 22 de enero de 1899.
- . «Cuentos del manicomio. Adulterio», *El Mundo*, México, 9 de abril de 1899.
- . «Dos veces muerto», *El Mundo*, México, 6 de agosto de 1899.
- . «Amor de gato», *El Mundo*, México, 1 de octubre de 1899. Cuento publicado luego póstum. en *El Diario del Hogar*, 22 de noviembre de 1907.
- . «¡Miedo!», *El Mundo*, México, 29 de octubre de 1899.
- . «Una venganza», *El Mundo*, México, 26 de noviembre de 1899.
- . «La cabeza del muñeco», *El Mundo Ilustrado*, México, 4 de febrero de 1900.
- . «Cuentos del manicomio. El creador de hombres», *El Mundo Ilustrado*, México, 1 de abril de 1900.
- . «El tuerto», *El Mundo Ilustrado*, México, 20 de mayo de 1900.
- . «La cabeza parlante», *El Mundo Ilustrado*, México, 15 de julio de 1900.
- . «La bruja», *El Mundo Ilustrado*, México, 26 de agosto de 1900.

- . «Gusanos», *El Mundo Ilustrado*, México, 21 de octubre de 1900.
- . «El río hondo», *El Mundo Ilustrado*, México, 2 de junio de 1901.
- . «La oveja»³⁶, *Semanario Literario Ilustrado (El Tiempo)*, «Dedicado especialmente a las familias católicas de la República», México, 3 de febrero de 1902.
- . * «La muerte del cómico. De un horrible natural», *El Mundo Ilustrado*, México, 6 de abril de 1902.
- . «Cuentos del manicomio. [¿]Farsante?», *El Mundo Ilustrado*, México, 22 de junio de 1902.
- . * «Cuentos funambulescos. ¡Viva México!», *El Mundo Ilustrado*, México, 30 de noviembre de 1902.
- . * «Cuentos funambulescos. Los ‘Lithuani’», *El Mundo Ilustrado*, México, 18 de enero de 1903.
- . * «Cuentos del manicomio. Los que no llegan a S. Hipólito. I. El idiota. II. ¡Yo cura! III. El loco pacífico», *El Mundo Ilustrado*, México, 1 de marzo de 1903.
- . * «Cuentos funambulescos. El beneficio», *El Mundo Ilustrado*, México, 22 de marzo de 1903.
- . * «Cuentos del manicomio. Los que no llegan a S. Hipólito. IV. El moscardón», *El Mundo Ilustrado*, México, 19 de abril de 1903.
- . * «Cuentos funambulescos. Toto», *El Mundo Ilustrado*, México, 26 de abril de 1903.
- . * «Cuentos de manicomio. Crucificado», *El Mundo Ilustrado*, México, 24 de enero de 1904.
- . «Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito. La enfermera», *El Mundo Ilustrado*, México, 3 de abril de 1904.
- . «La muerte artificial» (con dedicatoria «Para Salvador C. Sifuentes»), *Savia moderna*, Revista mensual de arte, México,

36. Una nota al pie indica: «Del libro (inédito) “Cuentos mexicanos de Moral”, aprobado por la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública para uso de las escuelas oficiales, escrito por Francisco Zárata Ruiz».

Número 5, 1 de julio de 1906. [Secretario de redacción del núm. 5: Pedro Henríquez Ureña].

Traducciones, cuento y semblanza-crónica ficticia atribuidos (sin firma)

- . «El corazón revelador. Edgardo Poe». *El Mundo*, México, 8 de noviembre de 1896. [traducción atribuida a FZR].
- . «La embriaguez. Musa trágica», *El Mundo*, México, 17 de abril de 1898. [Traducción y cambio de título atribuidos a FZR].
- . «El último cuento de Edgard Poe. Mi pesadilla», *El Mundo Ilustrado*, México, 9 de marzo de 1902. [Autoría atribuida a FZR].
- . «Edgardo Poe», *El Mundo Ilustrado*, México, 29 de junio de 1902. [Semblanza-crónica ficticia atribuida a FZR].

BIBLIOTECAS / FONDOS DIGITALES

CRÉDITOS

Benson Latin American Collection, University of Texas at Austin
<<http://www.lib.utexas.edu/benson>>

Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España
<<http://www.bne.es/es/Catalogos/HemerotecaDigital/>>

Hemeroteca Pública Universitaria «Mariano de Jesús Torres», Biblioteca
de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia
<<http://www.dgb.umich.mx>>

HNDM / Hemeroteca Nacional Digital de México
<<http://www.hndm.unam.mx/index.php/es/>>

Ibero-Amerikanisches Institut, Preußischer Kulturbesitz, Berlin: Bibliothek
<<http://www.iai.spk-berlin.de/startseite.html>>

ANTOLOGÍA

I

*Cuentos de manicomio.
Los que no llegan a San Hipólito*

(... «ni son todos los que están,
ni están todos los que son»)

I

EL IDIOTA³⁷

Para Donato Arenas López³⁸

Aquel día volvió más triste que de costumbre a su casa; había asistido a una velada durante la cual pudo observar cuando leía sus versos, que se abrían bostezos tras los abanicos y se fruncían sonrisas bajo las manos. Hasta sus oídos llegó esta frase: ¡Pobre soñador!

37. Incluyendo el epígrafe, los siguientes cuentos numerados del I al X, a los que se añade «Por una obsesión» (sin numerar), reproducen en su integralidad el volumen *Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito*, Morelia, Talleres de la Escuela Industrial Militar Porfirio Díaz, 1903. La copia consultada gracias a la ayuda del bibliotecario Dr. Michael Hironymous procede de la sección «Benson rare books. García collection», en la *Benson Latin American Collection*, University of Texas. Su correspondiente ficha bibliográfica indica: «Author's autograph presentation copy to Ángel Garrido».

En la presente antología: se ha actualizado la ortografía y se han corregido, en la medida de lo posible, los errores tipográficos. Hemos optado por conservar la puntuación *sui generis* de los originales. En muy contados casos, hemos corregido obvias erratas en la puntuación; y en los demás, nuestras intervenciones se indican con los habituales corchetes. Se conservan, sin señalarlos, los frecuentes neologismos utilizados por Zárate Ruiz (por ejemplo: aliénico, esqueletudo, alacranizarse, dualizarse, comatosidad, craqueteo, etc.). Salvo mención contraria, las cursivas son del original.

38. «ARENAS LÓPEZ, Donato (1878-1907). Poeta. N. en Panindícuaro, Mich. Cursó sus estudios en la Piedad y en su pueblo natal, y más tarde en Morelia, en el Col. de S. Nicolás. Fundó la sociedad literaria Martínez de Navarrete. Colaboró en diversas publicaciones. Con su poema *Sursum* ganó la flor natural en los primeros Juegos Florales efectuados en la capital michoacana. Se hizo famoso otro poema suyo, *Último caliz*. Sus poemas aparecieron en Morelia, 1962» (*Diccionario Porrúa...* 1986).

—¡Tienen razón! esto de vivir «entre las nubes» es tonto; estudiaré a la Humanidad.

Al día siguiente salió a la calle, y entró en el aprendizaje.

Cuando volvía de sus excursiones, llenaba unas veces dolorosamente muchas cuartillas y las guardaba; otras veces creyente de que no debería haber *hecho* lo escrito, rompía con desdén, para la basura, muchas hojas emborronadas; otras noches enrojecido de vergüenza, encendía en la vela, porque creía que la destrucción debía ser completa, los papeles manchados.

Una noche, al llegar a su recámara, harto de callejear, más que cansado físicamente maltrecho moralmente, lo esperaba agazapado el Insomnio —¡maldito!— que rio del muchacho cuando él entraba con la esperanza de un sueño consolador.

Apenas cerraba los ojos, y un grito, un quejido, una increpación, le provocaban el salto en la *cama*, y le hacían abrir desmesuradamente los *ojos* en medio de la oscuridad de su triste alcoba.

Volvía a plegar los párpados, y una mujer horriblemente empalidecida, gritaba: soy madre, que me lo devuelvan; es criminal, pero es mi hijo; y una señora muy seria le decía desde una silla alta y con brazos, como las sillas en que colocan a los niños para que alcancen a la mesa: «no; sería una injusticia». Un hombre bien fuerte, pasaba rezando que necesitaba limosna para vivir. Una vieja arrebatava a un chiquillo, injuriándole: «marido». Una niña blanca llevaba el vestido manchado con sangre. Un hombre que corría empalidecido y sudoroso, llevando en la mano sacos de dinero, era detenido por un guardián que le decía: señor, no se canse yo llevaré los sacos. Un anciano rodaba muerto sobre el campo que araba en unión de dos bueyes, sus compañeros, y un borrico gordo que vestía muy seriamente, tomaba asiento en una amplia butaca hecha con pieles de hombre, ante los saludos ceremoniosos de un grupo de sombreros.

El sueño era tan horrible que abajo de la cama dos hombrecitos, dos títeres, descuartizaban una figura, mezcla humana y divina, temblando por respeto a su amo muy grande que los azuzaba: ¡adelante, adelante!

Después ¡naturalmente! no dormía, y dejó la cama: fue al bufete, y buscó las cuartillas escritas. Las leyó con avidez.

Cuando concluyó, descomponía su rostro una mueca extraña.

Clavó la cabeza sobre las palmas de las manos y dejó que se le cerraran los párpados.

Ante su vista pasaron muchas rojeces y desfilaron muchas negruras; se miró profundamente malo. ¡También en su corazón había la huella de Crimen! y se largó con los borrones que estrujaba entre las manos.

—No: decididamente no; es una tontería, me voy a las nubes.

Llegó hasta el zaguán, y el portero somnoliento le salió al paso:

—¿Esperan a Ud. si lo buscan? ¿vuelve Ud. pronto?

—Vuelvo dentro de unos días; creo que bajaré pronto.

Corrió hasta una tienda que abrían en frente de la casa, y de donde salía la tos del mozo madrugador, y se escapaban los últimos bostezos de unas lámparas de petróleo.

El dependiente le gruñó un feo: «¿qué va a tomar?».

—Dispense usted, ¿conoce a la Humanidad? ¿A qué hora sale el tren para las nubes?

El dependiente le volvió la espalda, bostezándole:

—¡Pobre idiota!

Desde esa madrugada, vaga por las calles, sin rumbo, mirando a las nubes. Unos le miran con lástima, otros le ven con burla; algunos le dan un centavo, y todos dicen: ¡Pobre idiota!

II
¡YO, CURA!

Cuatro enormes cirios me amarilleaban el rostro pálido, como de muerto, y rasurado, como de clérigo.

Había mucho silencio en la habitación, y mucho luto en los cuerpos de los presentes.

Yo estaba muy serio cumpliendo con mi deber de muerto; estaba bien muerto, y como si vistiera luto por la muerte mía, estaba bien negramente ensotariado, porque había sido Cura; todo lo que vestía yo era negro, desde los calcetines —no me habían puesto zapatos, porque pensaron en que los muertos por más decentes que sean, no necesitan llevar calzado, porque ¡al fin no andan!— hasta el listón que me ataba las manos para procurarme, aún muerto, la actitud beatífica, [¡]pues creían que yo había sido Cura bueno!

Todos sentían, según decían, que yo hubiera muerto; unos sollozaban; otros suspiraban.

Las campanas de la Parroquia, de la que había sido mi Parroquia, doblaban por mí. En la calle no se hablaba de otro suceso más que de mi muerte, y muchos me elogiaban entre copa y copa.

En muchas casas había ceras encendidas, en mi honor, aunque yo no lo necesitaba, porque «¡había sido tan bueno!»[.]

¡Yo Cura, y yo bueno!

¡Cuánta mentira sueña uno!, ¿verdad?

III
EL LOCO PACÍFICO

Para Justo Sierra (Jr.)³⁹

«El loco pacífico» estaba sentado sobre la barda del pozo; la familia se había acostumbrado ya a sus locuras inofensivas, y lo dejaba que anduviese por toda la casa, y se olvidaba de él.

¿Quién sabe si alguna vez llegaron a desearle que muriera «para que dejase de sufrir, para que descansara»?

Allá abajo las aguas retrataban las negruras de su espalda —el traje y la cabellera— entre las cuales blanqueaban dos renglones que se llamaban cuello de la camisa, y en gradación descendente de color blanco, cuello del cuerpo.

Repitió: «tenían razón; yo estaba equivocado; se me ocurrió que la Humanidad estaba loca; pero, ¡Diablo! puesto que la Humanidad y yo no estamos de acuerdo, puesto que la numerosa Humanidad y yo tan solo, no hemos podido ponernos a vivir juntos y a vivir bien, y la Humanidad sigue tan acompañada y yo sigo tan triste; yo soy el loco; tenían razón los parientes que lo murmuraban tan hipócritamente; tenían razón la Luna que me veía compasiva cuando yo la preguntaba tantas cosas y las estrellas que se han guiñado el ojo cuando me han visto; tenían razón los hombres que, como

39. «SIERRA MÉNDEZ, JUSTO (1848-1912). N. en la cd. de Campeche. Hijo de D. Justo Sierra O'Reilly [...], jurista yucateco, iniciador del periodismo literario en la península y de la novela romántica de reconstrucción histórica. [...] En el *Monitor Republicano* (1846-1890) publica sus "Conversaciones del domingo", cuya parte medular son los relatos que forman el libro *Cuentos románticos*. [...] [Fue] ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes (1905-1911). [...] La obra de Justo Sierra es una de las mas ricas y caudalosas de su tiempo. Registra las manifestaciones espirituales y culturales más significativos de la época de grandes cambios en que le tocó vivir. [...]» (*Diccionario Porrúa...* 1986).

todos los monos, imitando a los que están más alto, imitaban a las estrellas y con los ojos se reían de mí, cambiándose la idea de que estaba yo loco; lo estoy, y para no fastidiarlos más o para no hacerlos reír más, gratuitamente, de mí; y por mi parte, para no exponerme a sus carcajadas, me voy.

¡Pobres ranas si llego todavía con palabras en la boca! ¡Pobres sapos si aún pueden, como los hombres, comprender que estoy loco, y fastidiarse con mis manifestaciones aliénicas!».

Y el loco que hablaba ya de pie sobre la barda del pozo, gritó despidiéndose con el ademán:

—¡Adiós; que sean felices, cuerdos; yo, el loco, me voy, porque no puedo soportarlos!

Y se arrojó tranquilamente al agua.

IV
EL PELELE

Para Leopoldo Palacios (Ing.)⁴⁰

Ya tenía completo el cuerpo, ya sentía la flacura de sus brazos y sus piernas de carrizo y de cartón; contemplaba y en el espejo que estaba frente a la mesa en donde había sido construido, su triste aspecto, su grotesca figura de «pelele» y aún no se explicaba para qué lo habían hecho, para qué le habían dado vida (muchos hombres también se hacen la misma pregunta: ¿para qué se les ha dado la vida?), si vida podía llamarse su miserable presencia de «cosa» en el mundo; porque «él» vivía, pero vivía sólo para él, sólo él sabía que viviera, y los demás lo tenían por «no nato», por muerto, ¿por muerto? Sí: en la ojeada que lanzó fuera de sí a la pieza donde se hallaba, en la mirada que tendió a su alrededor, pudo distinguir en aquella habitación regada de recortes de papel y moldes para miembros humanos, moldes en los cuales había sido conformado, pudo ver en el suelo de aquella habitación espolvoreada de serrín, con que lo llenaran, un ataúd negro, brillantemente barnizado.

¿Era para «él»?

Seguramente; «él» en la habitación tenía el aspecto de persona muerta que son a las únicas a las cuales sepultan los hombres, por más que crean en que todas las cosas están muertas.

Y no; él no estaba muerto; él no sabía a quién había pertenecido el alma que entonces tenía; él no sabía si antes

40. Ingeniero agrónomo, Leopoldo Palacios promovió el uso de la ciencia y la tecnología en el sector agrícola (Weiner 2004: 84-85). Recordemos que Zárate Ruiz registró en *Toluca antigua y moderna* (1901) los avances en ésta y otras materias.

había vivido, pero en esos momentos vivía, con la vida de las cosas extrañas e incomprensibles para los hombres.

En su lenguaje de cosa, aunque parecía hombre —hay muchos hombres que no son sino cosas— preguntó al ataúd si sabía algo de los destinos de ellos, porque parecían unidos sus destinos.

Sí, el ataúd sabía algo; allá en la «Agencia Funeraria» a donde habían ido los enlutados para arreglar la inhumación, había podido escuchar algunas palabras: un hombre muerto, víctima de enfermedad contagiosa y que necesitaban sepultar ese mismo día; y luego habían pedido las esquelas sin invitar al sepelio; «sólo para anunciar al día siguiente, a los buenos amigos, la triste noticia».

Iban pues a ser compañeros, el «pelele» y ataúd de una misma sepultura; iban a podrirse juntos en una misma fosa.

La noticia hizo gracia al «figurín» que rio sobre la barba negra fabricada con cabello de mujer; era curioso el caso y era sospechosa la historia; para algo aquellos hombres malos, como todos los de la especie, habían hecho aquella farsa.



Decididamente las cosas son mejores que los hombres, pues ellas sirven incondicionalmente a éstos, sin pedir explicaciones de para qué van a ser útiles, y si son tratadas así, como útiles, y el «pelele» seguía pensando, y eso lo entristecía un poco, en que las cosas aunque piensan (porque las cosas piensan; «él» tenía en sí mismo la prueba) son juguete siempre de los hombres; «vamos a ver: ¿Por qué voy a ser instrumento de estos hombres? ¿Por qué voy a servirles sin saber con qué fin, representando a un hombre muerto? Y eso sin obtener provecho alguno; en tanto que los hombres, éstos de quienes soy juguete, y como éstos, todos los demás, buscan siempre en ellos mismos y en las cosas alguna utilidad; son todos egoístas... me conformo con mi calidad de cosa».

Los enlutados llegaron, procuraban apagar el ruido de las pisadas, para fingir mejor su respeto al muerto; eso porque estaban muy cercanos a las puertas de las demás viviendas, las vecinas y los chicos curiosos.

Todavía el ataúd hizo alguna observación, y al ruido imprudente del mueble, uno de los enlutados preguntó «qué era» y el otro contestó que la madera reseca que se abría.

Metieron en el féretro el cuerpo «muerto» y lo colocaron en medio de una cama desnuda; pusieron a los lados los cirios, y después cubrieron todas las otras cosas que en la habitación quedaban con lienzos negros, como si no quisieran que los viesan las sillas, el «buró», la mesa, como si presintieran la existencia de las cosas, como si no quisieran que los espejos les devolviesen sus antipáticos rostros llenos de fingimiento.

El «pelele» reía de toda aquella comedia, y pensaba en la diferencia de su situación con la de un hombre en aquel caso; un humano se habría desesperado en aquellas circunstancias: ¡ya encajonado, y vivo, en aquella catalepsia!! —«creo que así llaman los hombres a un estado de inmovilidad del cuerpo, cuando todavía hay conciencia del ser»— agregó él, en aquel encierro que iba a ser definitivo; si no tenía algún interés en la vida, si no le dolía dejar para los supervivientes una herencia más o menos cuantiosa, si no le dolía dejar alguna carne suya, esposa o hijos, al menos el horror a la muerte, la aterradora idea de ser enterrado vivo, le habría provocado una desesperación inmensa; mientras que a «él» nada le importaba, nada le preocupaba; si por aquel medio iba a la putrefacción le era indiferente; de cualquier modo [¡]habría sido la disgregación de su cuerpo!

Y reía, reía con la burla de los hombres...



Después llegaron unos desconocidos, todos con caras muy bien fingidamente entristecidas —según le dijo el ataúd en voz

muy baja para no ser descubierto—. Algunos lloraron, él los oyó sollozar.

Y él reía, reía grandemente, con burla de los pobres hombres.

Decididamente valen más las cosas que sienten al igual que los hombres, y no tienen manifestaciones ridículas de sus dolores.

Más tarde oyó más ruidos: de sollozos, de rezos, de choque de trastos, de pasos apagados, de toses, de bostezos, de conversaciones en voz baja, y... ¡hasta de ronquidos!

Después, cantos de gallos, los ruidos de la calle... y lo levantaron en peso.

Entonces lo golpearon contra las varias piedras que, para que pesase más, le habían puesto junto a la cabeza y junto a los pies, bien envueltas en lienzos.

¡Pobres hombres! ¡Cuántos trabajos, cuántas aficciones para lograr su fin, un fin malo seguramente!

Por último, el ruido de la carroza en que lo llevaban.

Ya solos «él» y el ataúd, solos «él» y su envoltura, hablaron con tranquilidad.

El ataúd le refirió: en un momento en que habían estado solos en la pieza dos de los enlutados, uno de ellos había hablado «de la muerte de un hermano» y de ¿quién sabe cuántos miles de pesos!

¡El dinero! —pensó el «pelele»— ya se lo imaginaba; uno de los más poderosos móviles de las acciones de los hombres...

Llegaron al Panteón y lo bajaron en peso; así lo golpearon contra la caja hasta que llegaron a la fosa.

Oyó rebotar[,] contra la tapa de la caja, tierra que le arrojaban en paladas enormes; el golpe de la «cuchara» contra las piedras de la bóveda; y por fin ya nada oyó.

Quedó con la mirada fija en la tapa del ataúd, aquella mirada de los ojos muertos, no porque «él» hubiera muerto, sino porque nunca habían vivido, porque eran de vidrio.

Y en aquella perpetua catalepsia —vida de muñeco— pensaba muy tranquilamente en que algunos de esos hombres irían riendo de los otros, porque los habían engañado, pero «él» podía reír de todos, porque a «él» sí que no lo engañaban los hombres.

¿Quién sabe cuánto tiempo pasó en aquella perpetua noche, dormido con su sueño de cosa, que entonces supo aprovechar, el cual han de envidiar los hombres, porque es sueño sin ensueños?



Pero un día, un rayo de luz y una ráfaga de aire vinieron a despertarlo.

¿Qué era eso? Que, ¿había pasado ya «la temporalidad» y lo iban a «exhumar» para echar sus restos a la fosa común?

No; había unos hombres con pañuelos aplicados a la nariz ¿tan mal olería «él»?

De unas retortas se escapaban unos gases.

Había un carrito especial de espera.

¡Todo muy extraño!

Alguien dijo algo en voz baja, cuando hicieron la exhumación, y luego se acercaron al ataúd todos los presentes, y lo rodearon ya con las narices al viento.

Todos tenían un semblante de asombro.

Unos —eran traviosos y bien humorados repórters— rieron con disimulo.

Los señores más graves fruncióron el entrecejo con pena...

¡Gran sorpresa!

Y en el mismo ataúd lo llevaron nuevamente fuera del Panteón.

De seguro el enredo había sido descubiertto.

Y el «pelele» que volvió a oír en el trayecto risas sofocadas, rio también de todos los hombres.

¡Estaba vengado del ridículo por que había pasado!

Y en su calidad de muñeco, se burló de los hombres: [¡]el
«pelele» hallaba risible a la Humanidad!!

V
EL MOSCARDÓN

Para Alfredo Iturbide⁴¹

El muchacho que no había conseguido pasar de escribiente —ya por que no tuviera aptitudes, como todo el que le favorecía con hablar de él, gritaba muy alto, o bien, como él murmuraba temerosamente muy bajo porque tenía vergüenza— también hacía literatura, también era borracho, y también iba, como el Jefe de la Sección, camino de la muerte por el alcoholismo.

Aquella mañana tomó asiento ante el bufete, todo —así, ¡todo!— tembloroso, y aún oliente al alcohol que lo había tambaleado, que lo había peleado, que lo había llorado, que lo había ridiculizado en fin, la noche anterior, y empuñó la pluma que de seguro le bailarían entre los dedos —dedos maltratados, dedos de uñas rotas y falanges adoloridas—.

Llegó el moscardón, un moscardón verde hasta el lustre, como el viejo traje del muchacho, y regordote y grande, hembra antigua y fuerte que habría sorbido al consorte.

Fue primero la mano la elegida para el cosquilleo burlante; se le clavaba, le caminaba por sobre todo el enrojecido dorso, y después se alejaba riendo a carcajadas —¿no era risa de burla ruidosa, aquel zumbido que levantaba al empinarse rumbo al cielo raso azul?— de las injurias que el agredido elevaba con rapidez para ver si le alcanzaban.

Juan, como era natural que se llamase un escribiente, buscaba que ella, que lo veía enormemente agrandado como ven todos los moscardones a los hombres, según proclama naturalista, oyese también agrandadas sus protestas por la agresión.

41. «ITURBIDE, Alfredo (1881-1906). Periodista y escritor. N. y m. en Morelia, Mich. Su monólogo *Nieves tempranas* le dio fama. Fue fundador del periódico *La Actualidad*» (*Diccionario Porrúa...* 1986).

Fue después la nariz la que tomó para lugar de sus burlescos paseos y efímeras vanidades, y todavía inconforme, en su ascendiente befa a un hombre, fue a prenderse a la cabeza que —¡también eso hace el alcohol!— empezaba a encalvecer.

La desesperación escribientil aumentó, como en mañana de sed de agua, entonces dañosa, y de odio a sí mismo, también peligroso, aumentan las impresiones, cualesquiera que reciban.

Pero temió al ridículo si perseguía al moscardón, y esperó.

Otras veces siguió el verde animalillo, con la idea del contacto ridiculizador y molesto para la cara, víctima de un enrojecimiento febril, y para la empobrecida cabeza calva.

Entonces el muchacho sosegó sus nervios, ordenóles una quietud harto difícil, y ¡a pesar de su alcohol, consiguió la tranquilidad!

Volvía el moscardón, y lo cosquilleaba, lo pinchaba, lo calofriaba más y más, para volar después, siempre con la risa zumbante —como de censor balbuenesco⁴²— en la trompilla agresora.

El escribiente —¿Juan no?— seguía quieto, —y cuando el moscardón llegaba, él le soplabla suavemente.

Sólo en un momento en que se le alacranizó enfrente el limpiaplumas, limpiaplumas cortado y cosido por una prima de segundo orden, arrojó la mano sobre el bufete.

Y siguió quieto, con nervios extraordinariamente tranquilizados.

El moscardón probablemente cansado de su burla, porque muchas veces se fastidiaba antes que el burlado, volvía más de tarde en tarde a la inmóvil cabeza, y sentía cierto entorpecimiento, ciertos vértigos, pero volvía raramente atraído por aquella cabeza y recordando a sus parientas las falenas por el entorpecimiento y la atracción que al mismo tiempo sienten ante las flamas, pero pensando en que en aquella cabeza no había flama alguna; ¡ni podía haberla en la cabeza de uno que era escribiente y borracho!... Su desvanecimiento y su torpeza

42. ¿Antonio Mira de Amezcuea, censor de Bernardo de Balbuena?

progresaban, y seguía llegando menos alto y rodando más bajo cuando tropezaba con la cabeza que ya no quería perseguir, pero que la atraía.

El escribiente siguió soplándole con suavidad, cada vez que se le prendía el obstinado moscardón.

El muchacho apenas parpadeaba, con resistencia tenaz a moverse...

De repente rodó el moscardón sobre la mesa, y quedó tendido con el vientre hacia arriba, agitando locamente las patitas.

Juan se puso en pie de un salto, y gritó, riendo ruidosamente, entre la silenciosa admiración de sus compañeros que tenían quietos en las manos los portaplumas e inquietas en los ojos las miradas: se lo di a gustar, por vengarme en alguno de mi desgracia; el alcohol mata ¡ya lo creo!!

VI
EL MURCIÉLAGO

Después de azotar las alas contra las cinco paredes del gabinete —porque el buen cura podía darse el lujo de construir casas a su sabor y le repugnaban justificadamente las vulgares piezas cuadradas y había hecho, probablemente para sus tardes de ocio y de fastidio, el pabellón poligonal[—], acercóse el fúnebre animalejo al oído del que más que dormir, descansaba en el mullido lecho, y le habló así: [«Yo que, porque ya no pertenezco a los humanos y que tengo sobre ustedes la superioridad de las alas, que puedo revolotear sobre sus cabezas y que sin el temor a sus venganzas, sin el miedo a sus manifestaciones de odio, puedo juzgarlos, puedo estimarlos, y para ello tengo la facilidad de profundizar sus pensamientos, de mirarlos hondamente al corazón en donde según ustedes radica el sentimiento, vengo como te lo ofrecí a visitarte, a darte mi idea de lo que hay después de la Muerte, y tras ese paso poco doloroso para el cuerpo y muy sensible para el alma, hay una serie infinita de desengaños, porque hay un conocimiento completo de lo que son los hombres. Asistí a mis funerales; ya entonces podía verles a ustedes, podía revolotear por los llorones sauces del panteón sin que ustedes se enteraran de que el espíritu que había animado al cuerpo que enfosaban ceremoniosamente, habitaba ya en este cuerpo raquíptico, y que por mi pequeñez les pasaba inadvertida mi observación de sus semblantes y mi profundización de sus almas.

Entonces he asistido a los elogios que como a todo muerto hacen los hombres —yo ya dejé de serlo afortunadamente— y también a las justificadas censuras que, algunos más francos, hicieron de mi vida. Tenían razón; fui malo, pero también fui bueno; tuve en mis actos de vida, es decir de verdadera vida,

no cuando para mis actos me impulsaba el homicida alcohol, muestras que yo, ahora que no pertenezco ya a vuestro mundo, puedo juzgar imparcialmente, y que reconozco que fueron de verdadera Bondad; en cambio las antitéticas fueron de verdadera Maldad, de Maldad sincera, de Maldad sentida.

Así, juzgando no erróneamente, porque no he juzgado a todos ustedes por mí mismo, sino porque como te digo, asistí a mi entierro, he pensado muy mal de los hombres —cree que un murciélago puede pensar mal de los hombres cuando lleva en su cuerpo ligero el alma de uno que fue hombre. También es verdad que entre los humanos hay purezas y hay bondades. ¡Conocí a tu madre y vive la mía! pero obsérvate, piensa en todas tus hipocresías, recuerda todos tus engaños: te digo que asistí a mi entierro y te impongo con todo el imperio de un murciélago que tiene alma de hombre y al cual por más que pretendieras hacerle mal, no podrías más que quitarle de un golpe de toalla la efímera vida, y eso acaso constituiría el servicio de la reencarnación en algún cuerpo mejor que el perpetuamente enlutado que yo traigo, que pienses, que reconozcas, que confieses que eres malo, que eres falsario, que has engañado a esos reverentes fieles a quienes por tu “coronación” haces creer que tú crees en un Dios y a él dedicas tu existencia, cuando la malgastas en aras de otros Dioses que pertenecen a la Mitología.

Ahora que me he convencido de la falsedad de los sentimientos tuyos y de mis enterradores que *cursimente* lagrimeaban, puedo venir a darte con mi puntiaguda ala negra el duro reproche que todos los murciélagos que somos los animales en quienes de preferencia encarnan las almas de los desengañados, acostumbran dar principalmente a los débiles, neurópatas, asustadizos, como tú.

Vine a cumplir la promesa que un día te hiciera de volver a este mundo a decirte cómo es el otro que tienen las almas. Ése es el mundo para ellas. Ésa es la flotación constante para las almas de los que fueron malos en la tierra; ese es su castigo;

observar perennemente a los que como ellos han adorado la Maldad y han practicado el Vicio. Mírame; también como tú, visto ahora un traje profundamente negro. Piensa ahora en que por rápido camino que juntos seguimos, y que solo sigues ahora, vienes a acompañarnos en la región de los murciélagos. Piensa en que la vida noctámbula, revoloteante y golpeada contra las paredes de todos los edificios que encontramos, es profundamente castigadora de los males que causamos en el mundo de los hombres. Además, no olvides que vemos desde aquí los corazones de toda la humanidad. ¡Mira si es desdicha, mira si es castigo!...[».]

El visitado despertó y su amigo muerto hacía tres días, y transformado en murciélago, habría salido probablemente por el agujero de la llave; porque en la habitación no había murciélago alguno, y sólo una vela que cansada de velar se acababa por agotamiento, que cumplida su misión —triste misión; asistir a un insomnio— se moría despidiendo su llamarada última, como el suspiro de luz con que muchas almas buenas alumbran a los hombres, cuando se extingue una existencia que fue útil y que fue buena.

VII
EL CUENTISTA

Llegó el día; estaba harto de Cantinas y harto de amistades de Cantinas, de hombres que se le acercaban en tono dulzón: «Yo conozco a usted ya mucho; lo he leído, y tenía deseos de ofrecerme a sus órdenes, siempre, incondicionalmente a sus órdenes, ...etc. etc.».

Resolvió que era mejor conocer a los hombres, sin que ellos lo conocieran y que era mejor hablar a los hombres sin tener la necesidad —¡penosa necesidad!— de contestarles, y se encerró en el pobre cuarto, del cual para nada volvió a salir, solo entre sus libros y solo con su pensamiento. Amante de la noche, enamorado como la Luna del Planeta, al que no cesa de perseguir, abotonó las aldabas de las ventanas y encendió la luz de su quinqué de pantalla verde.

Todas las noches renovaba el gas del quinqué y el alcohol de su lámpara (ésta la llevaba en el cerebro) y a la luz de las dos flamas, vivía ignorando si allá en la calle había luz del regio Sol o de los plebeyos focos eléctricos.

Pretextó para los amigos que lo buscaran: siempre en los momentos precisos en que llamaban a su puerta los escasos que se acordaban de él, «acababa de dormirse»; el Doctor había recomendado que durmiera mucho y que durmiera tranquilamente (¡se pasaba las noches leyendo, y dormía algo cuando el Sol asomaba, y lo saludaban alegremente los felices!).

Había que llamar a la puerta de su recámara para llevarle las pruebas de sus artículos, y el sirviente que las llevaba le entregaba también todos los días el salario para su sostén; y él seguía trabajando, leyendo, escribiendo... ¡y bebiendo para vivir!

Decía la cocinera —¡mentira!— que el médico había prohibido al enfermo que viera la luz solar y que conversara

con visitas, y que —¡verdad!— hacía mucho tiempo que no necesitaba cocinar, porque cuando su amo tomaba alimento, eran huevos crudos y sangre de res. El médico no había podido prohibirle que trabajara intelectualmente, porque de ese género de trabajo vivía, pero sí trabajaba poco (quería decir la mujer que escribía poco; él no dejaba de trabajar cerebralmente ni en sueños, porque los ensueños le azotaban la cabeza contra la almohada y le magullaban el cuerpo contra el duro colchón del raquíptico lecho).

Siguió su vida de lectura y de Cognac.

En la calle preguntaban ¿dónde está el autor de los cuentos raros?...

Nadie supo, hasta que un día, en lugar del cuento de Luis apareció la noticia de que aquel autor había muerto.

¿Fue un suicidio?

¡Quién sabe!

Él ingería mucho alcohol, tomaba pocos alimentos, y luego... escribía en una forma tan rara, [¡]y se le ocurrían unas «cosas» tan locas!...

VIII
¡CRUCIFICADO!

Para Luis Murguía Guillén⁴³

Amo a Cristo.

Odio el martillo y los clavos tan profundamente como odio la Cruz.

Ha sido esta mañana cuando ha entrado en mi alma ese odio infinito, y ya nunca se apartará de mí.

Afirmaba el termómetro que tenía 42 grados de fiebre, y sentía en proximidad al estallido mi pobre cráneo torturado por la implacable jaqueca.

Y se ha metido en la cabeza —seguramente imbécil— de un sirviente del Hotel poner sus manos a remachar clavos sobre la tapa de una resonadora caja de madera.

¡Martirio! El ruido ha sido desesperante; ahora que extraordinariamente y milagrosamente la fiebre se me ha ido del cuerpo, no sin dejarme antes su huella dolorosa y debilitante, recuerdo y odio aquel ruido ensordecedor.

¡Cuántos siglos tardó aquel hombre para clavar una caja!

El ruido se repitió en efecto pocas veces, pero tuvo doloroso eco en mi pobre cabeza un millar de sucedidos.

¡Oh martillo odioso! ¡Oh clavos abominables!

Cuántas veces he pensado en aquel respetable y venerado adorador de la Humanidad, compañero mío, compañero sólo

43. «MURGUÍA GUILLÉN, LUIS (1874-1950). Periodista. N. en Purépero, Mich. Ingresó al Seminario de Zamora y terminó la Preparatoria en el Col. de San Nicolás, donde siguió la carrera de medicina, sin concluirla. En 1903, publica en Morelia el semanario *El Bien Social*, estimado como uno de los mejores periódicos michoacanos, pues además de los escritores regionales, divulgó a los mejores nacionales y españoles. Radicó en diversas poblaciones de su entidad, y en casi todas publicó periódicos semanarios, quincenales, etc. M. en Zamora, Mich.» (*Diccionario Porrúa...* 1986).

por lo iluso, por lo soñador en imposibles, no por el amor a la Humanidad, porque si bien específicamente soy como todos los hombres influenciado por las compasiones para todos los seres vivientes, como todos los animales accesible a los amores para los semejantes, en conjunto aborrezco a ratos y a ratos sólo desprecio al género humano, y lo aborrezco por fermentado, por criminal, ¡por humano! como me desprecio o me aborrezco por hombre.

Y he compadecido cristianamente —sólo a Cristo corresponde la caridad perfecta, sin fines egoístas, sin espera de ulterior recompensa: por eso se cree que no fue humano absolutamente, que no perdió su génesis divino; sólo a él corresponde la sana compasión, la verdadera caridad, la verdadera virtud— he compadecido cristianamente a aquel sublime loco Crucificado. Al género humano lo desprecio, por *despreciable* y lo aborrezco por *aborrecible*, por fermentado, por criminal, ¡por Humano! como me desprecio o me aborrezco por hombre.

Sin embargo; para sentir sinceramente esa misericordia he necesitado que el egoísmo me la despierte, que la egolatría me la excite —¡soy hombre!—, que el sufrimiento propio haya venido a recordarme, como siempre, el ajeno, como siempre viene también el ajeno sufrimiento a hacernos sufrir por el recuerdo del propio pasado o por el temor del futuro, en caso análogo.

Con ese martilleo, con ese claveteo que me ha dolido inmensamente más que a la caja que victimaba la necesidad del hombre, que perforaba la torpeza de ese mi martirizador incógnito, he llegado al amor a Cristo por el camino de la compasión —si yo fuera Cristo, y si a mí [me] amara alguien por compasión, yo le odiaría, porque siempre he preferido que me odien a que me amen, pero que no me compadezcan; amar y odiar —ya lo han dicho muchos intelectuales— es digno de almas grandes, y el amor y el odio están hechos para los que algo valen, mientras *Compasión* fue sentimiento fabricado

en alguna alma perversa que quiso disfrazarse de buena, para los seres pobres, para los hombres inválidos, para la gente despreciable.

Siempre he preferido que al referirse a mí profieran acompañada a mi nombre una injuria; y no que la acompañen con el despectivo «¡Pobre!».

Sí, Cristo; yo te he compadecido, yo me he reconciliado contigo de tus misericordias perjudiciales para ti, yo me he reconciliado contigo de tus caridades estériles para la Humanidad que, contra tus sueños en los cuales pervertiste a Spencer⁴⁴, no va camino de la Fraternidad y del amor universal, sino antes se pierde en el crimen, se esteriliza en el Delito, y, por fortuna, se degenera y se agota en el vicio; la única perfección posible para el género está en la muerte. Yo he sufrido en una mañana toda la locura de tu martirio; cada golpe de martillo sobre la férrea cabeza del clavo —¿por qué no me fabricarían en hierro?— ha sido un golpe sobre mi cabeza humana, y me ha causado el tristemente miserable dolor humano que se traduce en espasmo y que, a las veces, se ridiculiza en el gemido.

Cuando sentía yo sobre la cabeza el martillazo golpeando contra el cráneo del clavo, cuando me estremecía sobre el cerebelo el golpe aventado sobre el remache del fierro que iba a asegurar contra los humanos deseos de robo una docena de botellas de cerveza, he pensado en Cristo, lo he amado por el camino de la compasión. Me ha calenturado el cerebro la ilusión —¿delirio de tonta grandeza!— de que yo era Cristo, sólo que mi sufrimiento era mayor que el suyo; tendido en mi cama de alquiler, en la cama que en el Hotel da exiguo reposo a mis temblorosos miembros ¡he sido crucificado! Cada golpe del martillo vulgar que no sacrificaba, que no divinizaba a un Cristo, sino que empaquetaba doce botellas del lupuloso

44. ¿Herbert Spencer?

y alcohólico líquido espumeante, me caía sobre el cuerpo, y me fijaba sobre Cruz.

Ya sentía crucificados los pies, ya me dolían atravesadas las manos, cuando vino aún a engrandecer mi suplicio sólo explicable por mi fiebre, la coronación de espinas; sentí cuando me introdujeron la corona en la cabeza delirante; y lo que fue peor, ¡yo he sufrido más que Cristo, yo he sido infeliz! cada espina que me perforaba la cabeza, cada espina que me castigaba el cráneo era una culpa, era una maldad, era un vicio mío. ¿No sufrí más que Cristo? Él moría por las culpas de los hombres, y a mí me crucificaban por las mías; Cristo, amante de la Humanidad moría por ella, yo, amante de mí mismo, me crucificaba por mis culpas, por mi odio al género humano.

Y seguía el claveteo; los judíos, en este caso, los justicieros verdugos que me penaban mis culpas seguían crueles en su crucifixión, y el golpeteo era más decidido y más frecuente, como si estuvieran a cada segundo más convencidos de su razón, más satisfechos de su castigo, más seguros de mi culpabilidad.

Yo sentía deseos —¡naturalmente!— de escapar al castigo, y pensaba que podía hacerlo, que podía huir al claveteo que sonorizaba contra una caja de cerveza el imbécil amortajador de doce cascotes del lupuloso alcohólico y espumante líquido que a los teutones encanta; pero no podía huir; no podía yo excusarme al frío de los pies, al estremecimiento, al sudor del cuerpo entero, a la calentura y al delirio.

Por fin, vino el salvador, el misericordioso golpe de *Longino* y saltó la sangre. Entonces yo, ¡el Crucificado! resucité, volví a la vida, ¡y amé a Cristo!

Eso sí; desde esa mañana entró en mi alma el odio para el martillo, la repulsión para los clavos, el aborrecimiento para la Cruz; y el amor para Cristo, aunque por el camino de la compasión.

Amo a Cristo, y odio el martillo y los clavos, tan profundamente como odio la Cruz.

IX
UN INGRATO

Para Manuel Padilla⁴⁵

Había sido un día de angustias, y era una noche de pobreza, pero de relativo placer; ya teníamos dinero para cenar.

Fuimos al *puesto* en el cual nuestra amiga nos *despachaba* bien; «tres pollos» —¿serían de verdad pollos, y habrían muerto a manos de la pollera, o habrían fallecido por muerte natural, es decir, a causa de alguna enfermedad contagiosa?.

Y el pobre perro empapado en agua, flaco, hambriento, se nos acercó. La «pollera» lo expulsó; mi amigo quiso alejarlo y le arrojó un puntapié. Entonces yo que sentía el hambre, hice mi protesta: no, no, no, ¿por qué maltratar a aquel compañero de miseria? Creo que el perro me entendió, porque me miró, así, me miró con inteligencia, y creí que me daba las gracias y que pensaba en mí [—]¿por qué no han de pensar algunas veces los perros como los hombres, ya que muchos hombres desean como los perros sólo la comida?—. Cuando después de que a ruegos me permitió *aquella bohemia* compartir con el hambriento y vagabundo perro mi frugal cena, nos fuimos rumbo a la pocilga que titulábamos pomposamente: «nuestra casa».

El perro nos siguió; era agradecido como un perro, o interesante como un hombre.

45. «PADILLA, Manuel (1880-1951?). N. en Morelia, Mich. Concluyó sus estudios en el Inst. de Toluca. En la Esc. de Jurisprudencia de Michoacán se tituló abogado en 1904. Diputado en 1912 al Congr. Gral. Formó parte del Bloque Renovador. [...] Como periodista inició sus labores en la revista *El Bohemio*, 1898; colaboró en *Myosotis* y otras revistas de Morelia. [...]» (*Diccionario Porrúa...* 1986).

A pesar de todo, yo que estaba contento, porque había comido, le dejé el zaguán abierto cuando llegamos a la casa, y el perro entró.

¡Pobre, llovía mucho!, ¿por qué no dejarlo, cuando tan humilde se mostraba, dentro de mi propia recámara que era aunque pobre y sin muebles, amplia y abrigada? Pensé en las veces que el portero no me había abierto el zaguán de la casa cuando la tenía o en las que me había quedado a dormirar sobre una banca de la Plaza Pública.

Empecé a desnudarme.

El callejero, familiarmente, se echó a los pies de la cama.

Sentándose sobre los remos traseros y tensos los delanteros, me dijo: «gracias; al relamerme el hocico por el placer que me ha causado tu regalo, he sentido para ti agradecimiento, pero también me has inspirado compasión, pues ¿qué cuando apenas tienes para sustentarte, así desperdicias? ¡Te compadezco!

Creo que tu compasión, juzgo que tu caridad provienen de que estabas débil. (Cuando los hombres aman de veras, y se compadecen, es porque están débiles; éstos son los síntomas de debilidad; Compasión, Caridad, Amor...) Nunca confíes en los hombres, desconfía siempre de las mujeres».

Y en el aspecto más ridículo que un hombre puede presentar, en paños menores, cuando acababa yo de desvestirme para entrar en la cama, y sentía el consuelo de que tenía siquiera a mis pies quien me acompañase aquella noche, me levanté y le dije duramente: «mientes, mientes; la Humanidad no es tan mala; tú eres un mal perro».

Entonces el lanudo se rio ante mi crecida barba; vi la risa entre sus belfos, y principalmente en sus ojos pardos, y ya no pude contenerme; le ordené al mismo tiempo que abría yo la puerta, que saliera.

Gruñó, para mayor desesperación mía, y me irrité; con el pie desnudo lo intimidé.

[¡]El perro que me había hablado de gratitud me hincó los dientes en la pantorrilla!

Volví a pretender intimidarlo, y volvió a amenazarme una y otra vez; fue cuando juzgué que era preferible dejar al ingrato perro —y tienen fama de agradecidos!— que pasara la noche allí.

Ya en la cama, y curándome la herida, vi que el perro salía del cuarto, con la cola entre las piernas; yo le había dejado entreabierta la puerta para que saliera; no le tenía rencor, no le quería hacer mal; lo único que yo quería, era que saliese, que se alejara, que con su ausencia me dejase libre de la mala impresión; no verlo, era todo lo que yo quería.

En la puerta se volvió hacia mí, le brillaron en la sombra los dientes blanquísimos y me gruñó: «Compasión, Caridad, Amor, ¡Tonto!». En la frente me pareció descubrirle el estigma: «Ingratitud», y me quedé pensando que, si bien hasta ahora no he hallado hombres buenos, debo seguir buscándolos, y no apagar aún la *linterna diogenesca*; sí; ha de haber algunos hombres buenos; busquemoslos.

X
EL ALBAÑIL

Para José Ortiz Vidales⁴⁶

Tras la noche, durante la cual, a pesar del cansancio causado por el trabajo rudo del día, despertaba no pocas veces al ruido de la constante tos de la anciana, o a los gritos desesperados de la misma que exigía la medicina, se levantaba al toque del alba el infeliz muchacho albañil.

Daba a la septuagenaria y tomaba él un frugal desayuno, con el cual esperaba hasta las nueve en que su tía llevaba el almuerzo.

A la salida del cochitril, nunca faltaba la recomendación de la malhumorada madre, repetida siempre, porque la primera vez, como apenas la murmuraba, no la oía el albañil.

—¿Lo oyes?

—¿Mande?

—Que vengas luego que salgas de la obra.

—Siempre lo hago así, madre.

Y se iba al andamio, para pasar toda la mañana de frente a la pared que levantaban, y recibir desde el medio día, el baño del sol sobre el cuerpo enjuto y zahonado.

¿Por qué lo maltrataba tanto el maestro?, ¿por qué nada lo quería, si él procuraba trabajar, y atender a las indicaciones que se le hacían?

46. «ORTIZ VIDALES, José (1880-1905). Poeta. N. en Taretan, Mich. Estudió en Morelia; primero en el colegio que dirigía el Profr. Timoteo Carrasco, y luego en el Col. de San Nicolás, y en la Esc. de Jurisprudencia, en la propia capital michoacana. En 1903 se trasladó a Guadalajara, Jal., donde continuó sus estudios de derecho, hasta graduarse abogado. Publicó *Amor sombrío* (1902), y diversos poemas sueltos, entre ellos: “Labor de raza” y “Morelia”. En abr. de 1905 regresó a Morelia con el propósito de revalidar sus estudios y en ese viaje m. repentinamente» (*Diccionario Porrúa...* 1986).

¡Quién sabe! Pero así era.

El sábado por la noche, cuando salieron los trabajadores y fueron a beber a la taberna, en donde los dejó bien luego, se lo había dicho *el lagartija*:

—El maestro no te puede ver.

—¿Qué le has hecho que te tiene tirria?— había preguntado otro.

Y con sorna había agregado Pablo, quien de cuando en cuando, los domingos, iba al teatrillo para obreros que había en el barrio:

—No le digan, no sea que éste lo mate un día, como hacen en «La Cara de Dios»⁴⁷.

Celebraron con una carcajada y un sorbo la última frase; y el muchacho, inquieto porque le reñiría la mal humorada enferma, los dejó, y se fue pensando en «La Cara de Dios». ¿Por qué se habían reído? ¿Cómo sería eso de «La Cara de Dios»? ¿Si él pudiera disponer de unos centavos, iría al Teatro, pero... medicinas, comida, renta del cuartucho... y ¡ganaba tan poco! Ganaba poco, pero, eso sí, el maestro lo maltrataba mucho.

Un día lo golpeó el maestro; fue allí en los andamios. El muchacho iba a descargar sobre el cruel capataz la cuchara que empuñaba, pero le pareció oír el jadeante grito de la vieja:

—¡Mi cucharada!

El odio para el maestro alcanzó su completo desarrollo esa tarde.

Llegó al oscuro cuartucho, y cerca del pestilente jergón, casi llorando como un niño, contó a la madre su desgracia; se iba a separar; buscaría trabajo en otra parte.

—Eso es; y mientras lo hallas, yo me muero de hambre, y no hay ni para el ungüento que es lo único que me calma el dolor; aguántate como los hombres.

—Un día le pego, y me echan o me mandan a la cárcel.

47. ¿*La cara de Dios*, zarzuela de Carlos Arniches y Ruperto Tapí, estrenada en Madrid en 1899?

—Pues no le pegues, aguántate; el día en que yo me muera, harás lo que quieras, le pegas o lo matas.

¡Matarlo! y una oleada embrutecedora de odio que lo agobiaba le subió hasta el rostro que sintió ardoroso y le amargó la boca.

Siguieron los días odiosamente largos de la misma vida; en la obra, la obscenidad y hasta el golpe del maestro; en el hogar —¡irrisión!— el quejido constante, el grito descompuesto, la reprensión injustificada.

No vio «La Cara de Dios», pero preguntó a Pablo, tranquilamente, como por mera curiosidad, «cómo era esa comedia», y Pablo le dio a descifrar, con grandes dificultades de pensamiento y de palabra, la trama de la obra. Después le repitió con burla: «Pero no vayas a hacer una barbaridad ¿eh?» y se alejó riendo con sarcasmo.

El relato entristeció al muchacho que nunca había sentido un amor que le hubiera dado pesares y alegrías hondos y fuertes; porque aquellas relaciones con Juana y con Petra y con... habían sido rápidas, y satisfecho su capricho —fuerte siempre, como todos los caprichos del albañil, pero de eso por supuesto, él no se daba cuenta— apenas si las recordaba.

Tres semanas más, y aquel lunes al levantarse el desgraciado albañil, vio a la madre, y se entristeció profundamente: ¡se moría!

Salió en busca del atole para la enfisematosa, y al paso suplicó al médico que fuera.

Quedó esperándolo en la pocilga.

La vieja le dijo ahogándose:

—Pues, ¿a qué hora te vas a trabajar?

—Nomás que venga el médico.

[—]Qué médico ni qué médico, vete, vete...

—Al fin usted es hombre; no hay remedio— le dijo el facultativo a la puerta de la covacha, mientras la vieja se esforzaba por gritar:

—Que te largues a trabajar—, y se sofocaba y se le amorataba el rostro.

La tía quedó para acompañar a la septuagenaria en sus últimos momentos...

El maestro, desde lo alto de los andamios, lanzó una mirada mezcla de ira y de satisfacción al muchacho, que cabizbajo subía los planos inclinados del andamiaje.

—No hay trabajo para ti; puedes largarte.

¿Qué pasó ante sus ojos?

Saltó de sus labios resecos y empalidecidos una blasfemia, y con rapidez y maña de tigre se arrojó sobre el maestro, y lo oprimió con brazos atenaceantes. Este pretendió defenderse; mientras gritaba implorando auxilio, se abrazó al albañil. El muchacho con fuerzas de furor, lo arrastró hasta un pie derecho que había cercano, se asió rápidamente al poste, y desligando las manos del aterrorizado capataz, lo arrojó al vacío. Todavía pudo el hombre prenderse a la camisa del muchacho, y se llevó gran parte de ella en la mano. La sacudida fuerte que sufrió el albañil, lo hizo golpear la frente contra el poste.

Con un horrible grito sin palabras en la boca contraída, y con miradas de loco en los asustados ojos, fue a estrellarse el maestro contra el pavimento.

Todo pasó en unos segundos.

Los trabajadores suspensos en camino hacia donde estaba el albañil, veían estupefactos la escena desde abajo.

Se agrupó la gente.

Gritaron algunos: «que lo bajen, que lo bajen».

El muchacho con satánica sonrisa en los labios, hasta donde se escurría un hilillo de sangre que manaba de la frente, y que el homicida de rostro descompuesto sorbía con agitación, sin conciencia de hacerlo, contempló unos instantes el cuerpo destrozado y sangriento.

Se pasó el dorso de la mano por la frente y por la boca; gritó con fuerza, en momentos en que ya subían dificultosamente por el andamiaje, dos policías:

—¡Fuera abajo!— y como un nadador que se arroja al estanque, se lanzó al espacio sin que pudieran evitarlo.

El cuerpo del albañil fue a destrozarse muy cerca del maestro de aquella obra, en la calle del Amor de Dios.

POR UNA OBSESIÓN

Para José Sobreyra Ortiz⁴⁸

Por una obsesión he perdido hoy mi dicha ¿quién sabe si llegaré a recobrarla?

He aquí la carta que de una manera inesperada, y muy de mañana recibí:

«Y bien amigo mío; lo he resuelto, y por nada volvería atrás; necesitamos separarnos; debo separarme de ti; no obstante que te amo, porque, sí, te amo, y hoy al separarnos te amo más que nunca, porque te pierdo.

Pero no puedo, no podría vivir a tu lado; ¡nunca! Necesitaría arrancar de mi ser el recuerdo de nuestra reconciliación. Todas las reconciliaciones amorosas son dulces, son hermosas, tanto que se bendice la hora de la ruptura, por la llegada de la reconciliación; saboreamos entonces las ternuras que se nos brindan, y nos sentimos dispuestos por nuestra parte a corresponderlas, a prodigarlas, a darlas a saborear también; pero nuestra reconciliación tiene tintes sombríos, nuestra reunión de cariños tiene tintes negros; cuando pienso en ella, pienso en la Muerte, y pienso que somos tú y yo, unos amigos falsos, unos irrespetuosos ante lo desconocido, unos profanadores de cadáveres, unos criminales, y, te lo confieso, como me lo he confesado yo misma, me reconozco más culpable que tú,

48. «SOBREYRA ORTIZ, José (1877-1925). Poeta, dramaturgo. N. en la Hda. de Queréndaro, Mich. Estudió con maestros particulares y luego en el Col. de San Nicolás, en Morelia. Colaboró en la fundación de la revista *Flor de Loto* en 1909. Escribió tres libros de poemas: *Celajes y sombras*, *Canciones campestres* y *Bocetos rústicos*, y un drama: *Mancha en la honra*, que se estrenó en el Teatro Ocampo, de Morelia, el 10 de jul. de 1910. [...]» (*Diccionario Porrúa...* 1986).

porque la mujer debe ser siempre más misericordiosa, más respetuosa que el hombre.

¿Nunca has sentido el remordimiento ante el recuerdo de aquella noche?

¿Nunca ante el recuerdo de aquella noche —¡ay!— más negra a pesar de su luminosa Luna, que las noches sin luna, sin estrellas, y sí, con frío, con lluvia, con tempestades, has sentido calofriarte por el remordimiento, y por un oculto temor?

Si tú has olvidado aquel frío especial de esa noche, y más de ese amanecer, frío de madrugada y frío de remordimiento, frío de luna y frío de muerte, yo en cambio lo siento, sobre todo cuando te veo; muchos días, cuando tranquilamente, hago labor, o leo, estoy al piano o ante mi caballete, siento la invasión de aquel frío, y mi cuerpo se estremece; pero con más fuerza experimento esa dolorosa sensación cuando me hablas, y más aún, cuando me tocas; al contacto de tu mano con la mía, cuando me saludas, siento el baño frío de mis remordimientos, y sólo me vuelve el calor cuanto te veo alejar de mi ventana.

Nuestros amores pasados me olían a flores; nuestros amores de hoy me huelen a muerto. El recuerdo del primer día de nuestras relaciones me hacía sentir en el cuerpo el bienestar de una mañana primaveral en la que hemos sido felices; volvía a ver el Paseo amplio con sus camellones cercados de alambre y pletóricos de flores; después oía tus protestas de amor, y sentía el olor de la hermosa blanca gardenia, cortada por ti para mi pecho. El recuerdo del primer día de nuestros amores actuales me hace sentir el calofrío de una madrugada triste, en que sólo se oye, cerca, la acompasada respiración de unos padres infelices que por el cansancio de las veladas ante la cabecera de la enfermita, y deprimidos por los dolores del día mortuario, han entrado en el sueño; el chisporroteo de los cirios; el crujido de algún mueble; y allá lejos, el choque de los trastos en la cocina, en donde lavan los pozuelos en los cuales hemos tomado el amargo café que nos hará pasar sin sueño la velada pero que excita nuestros nervios ya excitados por los acontecimientos

del día, y siempre excitables ante las sensaciones poderosas; luego del lúgubre aullido de un perro; el silbato del guardián; un pitazo largo y como implorante de una locomotora; los pasos descompasados de unos trasnochadores; y por fin el clásico y siempre puntual canto del gallo. ¡Qué frío, qué frío tan mortal amigo mío!

Ahora mismo, al escribirte, he vuelto la cara, porque oí —¡lo oí!— el ruido que produjo la niña entre sus ropas blancas, como si quisiera levantarse, para vivir, para llegar a ser mujer, para no huir tan pronto a la vida cuando acababa de entrar en ella, en medio de alabanzas amistosas, de bendiciones paternas, de cuidados de todos; y siento en mi mano el mismo sudor frío que me hizo soltar la tuya, y en mi cuerpo el mismo temblor que me hizo aproximarlo al tuyo, cuando te decía: “¿Oíste? pareció que se movía; ¡Jesús qué miedo!”.

Sí amigo mío —de hoy en adelante no seremos más que amigos, y eso sin vernos—, siento, cuando te veo pasar por mi imaginación, por mis ojos, por mis oídos, por mi mano, por todo mi cuerpo, el recuerdo de aquella noche en que fuimos sacrílegos, en que turbamos con amores de esta vida la paz de aquel cuerpo que ya no vivía.

A cada paso reconstruyo la escena; tú debes de recordar el escenario: la habitación espaciosa con las sillas que seguían las líneas de la pared; los espejos cubiertos con velos negros; y en el centro, los cuatro cirios velando el cadáver que blanqueaba sobre la pequeña mesa.

Tú, yo, y aquella buena mujer, hermana de la madre sin hija, solos en la sala; ella cabeceaba, cuando no iba a traernos café, o despabilaba los cirios. Tú y yo, frente por frente, cruzábamos por sobre el cadáver, nuestras miradas de inteligencia; empezábamos a reconciliarnos; nuestros ojos se hablaban ya otra vez; algunas veces me estremecía por tus miradas; me parecían demasiado penetrantes y duras; tenían la dureza y la frialdad del acero; ¡se habían enfriado y enrigidecido al pasar sobre la muerta!

Entonces —ya nos entendíamos bien— hablé de salir al corredor, porque allí comenzaba a sentirse pesada la atmósfera, y flotaba el sueño en la habitación; la niña nos contagiaba de su sueño.

Y tú estuviste de acuerdo, y saliste tras de mí.

La hermana de la madre ya sin hija fue a traernos café.

La luna iluminaba unas piezas de ropa blanca pendientes de un «tendedero» que había en el patio, y retrataba su cara completa en las aguas de la fuente que parecía roncar allá abajo. ¡Qué extraño me pareció el gesto que había en la redonda cara amarillenta de nuestra testigo! Gesto de disgusto que le he encontrado muchas noches después, y que me ha obligado a bajar la cara, avergonzada, para no verla. No hace muchas noches todavía, me pareció que me miraba más hosca que de costumbre, porque recordaba nuestra falta, y he cerrado la ventana; fue una noche en que no te esperé; fui a acostarme, entristecida, y tú al día siguiente me enviaste una carta cruel que aumentó mi dolor, y me hizo llorar.

Apoyados en el barandal del corredor, guardábamos silencio los dos.

Tú parecías dispuesto a empezar, pero temeroso, a pesar de todo.

Al fin hablaste, ¿recuerdas tu pregunta?, yo no la he olvidado: «¿Por qué ha sido usted tan mala conmigo?». (Empezabas por hablarme de usted).

Y siguieron las aclaraciones, las recriminaciones, las disculpas; ni yo —la que aparecía como principal culpable— ni tú éramos responsables; lo eran aquellos mismos amigos que antes habían hecho nuestras relaciones, y entonces tenían empeño en deshacerlas, probablemente, como esos niños desocupados que se entretienen en hacer casitas, para ver después cómo se queman.

Después... nuevas protestas de amor; tú me querías, como siempre, más que antes; yo, pues también.

Y de repente aquel horrible maullido de un gato noctámbulo en el patio, me hizo estremecer, y acercarme a ti; me estrechaste suavemente.

Llegó la hermana de la madre, con el café.

Después llegaron todos mis sobresaltos, todos mis temores y alucinaciones, muchas de las cuales, para mayor culpabilidad mía, fueron mentidas; pero —¡ay!— que después han sido reales y espantosas, para mi justo castigo.

No es sólo ese frío mortal que me invade durante la vigilia; es lo que veo, lo que oigo, todo lo que siento muchas veces en los sueños.

Antes, cuando soñaba, en noches agitadas, llenas de pesadillas, los sueños que me perseguían, eran el de que rodaba yo de una escalera, caía de una azotea, de la torre de la iglesia, o de la orilla de una barranca; pero ahora el que más me persigue, es el de los recuerdos de aquella noche, y lleno y aumentado colosalmente de horribles detalles que me hacen despertar llena en sudores, en llanto y deseosa de no dormir más.

Ya es la voz de la niña que tantas veces me llama; ora es el ruido que hace entre sus ropas blancas, como si quisiera levantarse para vivir; ora su vestido hecho jirones se esparce por la habitación, y los pedazos revolotean como vampiros blancos, pero que horrorizan, chirriando en torno mío.

Otras veces su cabecita está a mi lado, sobre la almohada, y así, como estaba aquella noche, amarillenta y rígida; anoche sentí en mi frente el beso helado de su boca muerta, y al despertar tenía yo la frente fría y húmeda. En otras noches veo su cara multiplicada, calcomaniada en la pared, y de la boca le sale esta recriminación: “profanadora”, y el eco repite una y mil veces, “profanadora”. Después veo danzar delante de mí, y siempre sobre aquella mesa, en la cual blanqueaba el leve cuerpo de la muerta, una pierna aislada, o un brazo suelto, como vi en un teatro bailar desarticulados los miembros de un

esqueleto, sólo que aquí son todavía los miembros encarnados, aunque amarillentos, como de muerto.

Esto es insoportable; si tú y yo nos uniéramos, se interpondría siempre entre nosotros ese cadáver, y nos enfriaría nuestros besos, y nos mataría y nos corrompería nuestros amores.

He hecho —¡créelo por Dios!— muchos esfuerzos para alejar de mí esta obsesión; he forzado mucho a mi voluntad, y sin embargo, ¡nada he conseguido!

Soy una desgraciada y más aún, porque sé que voy a hacerte también desgraciado con mi resolución de nueva ruptura, pero no puedo más; he tenido que escribirte ésta, dividida en pedazos, durante los momentos en que he podido estar sola en el día, para no caer en el Miedo, me persigue el remordimiento de la profanación, me persigue la muerta, reclamándome en variadas formas, y castigándome por varios modos.

Me pesa hacerte desgraciado, porque, ya te lo he dicho, te amo, y te amo ahora más que nunca porque voy a perderte; créeme, al escribirte, estoy llorando, y los sollozos me sacuden el pecho.

He consultado mi resolución a mi confesor y a mi médico; aquél la aprobó desde luego y absolutamente, después de penitenciarme por mi falta, y el doctor me ha dicho que “no es mala la medida, como método curativo, para mi enfermedad”, una enfermedad de los nervios que tiene un nombre muy raro que yo no recuerdo; me ha dicho que me aplique esa medicina de aislamiento de ti, y que veremos si así me curo de mi obsesión; ya ves, todos aprueban mi resolución, y yo quisiera reprobarla, pero, te lo repito una vez más: debe ser. Espera un poco, y si me alivio de esa enfermedad de nervios, de nombre tan raro, que yo no recuerdo, yo misma te llamaré, dejando a un lado fórmulas tontas, para que vengas a hacer mi felicidad y la tuya; espera; te lo ruego; yo tengo mucha fe en mi curación; te amo con toda mi alma!

Adiós; no, adiós, no; hasta luego.

Siempre tuya, Luz».

II

*Cuentos sueltos*⁴⁹

49. Todos los cuentos reunidos en esta sección están firmados «Francisco Zárate Ruiz».

CUENTO BLANCO⁵⁰

Al Licenciado Don Vidal Castañeda y Nájera⁵¹

El viento helado, poderoso ayudante de *la cruel segadora de vidas*, se retuerce y se azota furioso contra las puertas de la abrigada alcoba, como se azota y se retuerce el boa, contra las férreas rejas de su aprisionadora jaula.

Apenas alumbra la raquítica luz de la vela, a la que apantalla una lámina que representa la salida de la cuadrilla en una plaza de toros.

En un rincón, la pequeña camita blanca, con su bordado pabellón, fuerte inexpugnable, que causa la ridícula desesperación de los dispersos enemigos mosquitos.

La cama, ancha, de latón, matrimonial, hace *pendant* al lecho de la niña enferma. Enfrente, sobre la cómoda humilde adornada (?)⁵² con porcelanas, pequeños caracoles y unos retratos, ante la Virgen de los Dolores, la lamparita parece, en las oscilaciones de la pequeña flama, murmurar las plegarias, elevar al cielo las oraciones, los fervorosos ruegos de la afligida madre, porque devuelva al angelito, su hija adorada —¡oh Virgen santa!— la preciosa salud perdida.

Muy cerca, la liliputiense niña, de azules ojos, de cabello rubio y de manos diminutas y rosadas, indiferente ante los dolorosos ayes de su cariñosa pequeña madre, eleva al techo sus azules ojos de vidrio; no se cuida de su desnudez que hace ocho días no cubre vestido alguno; no piensa, con su cerebro

50. *El Nacional*, México, 4 de julio de 1897.

51. Vidal Castañeda y Nájera fue director de la Escuela Nacional Preparatoria entre 1885-1901. Como se lee en Díaz y de Ovando: «La dirección de la Preparatoria quedaba a cargo de un director [Castañeda y Nájera] cuya intransigencia daría motivo a más de un alboroto» (2006, t. 1: 140).

52. Signo de interrogación entre paréntesis del original.

de porcelana, en la suerte que ha de caberle cuando su *niña madre* vuela hacia el cielo.

Sobre el buró, las redomas y frascos que contienen líquidos multicoloros, al lado de la última receta y de las monedas de cobre y plata que son el *vuelto* del último peso, cambiado en la cercana farmacia. El *pierrot* de hule, con su boca roja entreabierta, parece dispuesto a lanzar su ¡ay! de dolor, por el sufrir de su dueña, en cuanto una mano extraña le toque en el centro de sus dolores y emociones.

Sobre la alfombra, que mancharon las gotas desprendidas de la última cucharada, que se ofreció a la enfermita, allí muy próxima a la compañera de juegos que ahora es presa de la fiebre, dormita y lanza suspiros de cuando en cuando, la blanquinegra, la fiel Mimí.



Apoyando sobre las blancas ropas de la camita su cabeza de cabellera negra, en abandono el blanco brazo semidesnudo, reza, llora y blasfema la joven madre.

El tronar de la madera del techo, o de un mueble, la sobresalta.

El golpe metálico, seco, del reloj que se apercibe para hacer anunciar a la campana la nueva hora, la hace estremecer.

¡La una y *él* que no llega, ni porque está enferma su hijita!

El ruido de los pasos de un transeúnte, por la solitaria acera o el rodar pausado de algún coche viejo, la hacen concebir esperanzas.

¡Cómo aumenta el dolor cuando se sufre solo!

Después, el fuerte silbido de un trasnochador, el golpear de un bastón en la puerta de alguna casa, los destemplados cantos de algunos ebrios alegres, cuyos pies y cuyas voces tambalean; el triste aullar de algún perro allá a lo lejos.



Y el quejido es menos fuerte, más lento, más triste; la respiración más débil, la calentura más baja; ¡la niña se muere!

En su desesperación corre hacia la vidriera y aparta la cortina: la luna ilumina la mitad de la calle; un viejo, al parecer un mendigo, inclinado sobre su báculo, camina despacio, y un perro negro le sigue silencioso.

Retuércese las manos, y quisiera gritar, llorar desesperadamente; ¡la despertaría!



Parecía ya la moribunda criatura no respirar. No se quejaba.

Y pálida, como la muerte misma, el corazón latiente azotándosele contra las paredes del pecho, levantó a su hija por los aires; locamente la agitó, la sacudió, la estrujó, la llamó a gritos, la besó con besos empapados en lágrimas, ardientes por la fiebre, temblantes por el miedo.

La cabecita cayó sobre el pecho, inerte; los ojos entreabiertos no la miraron.



Él, tropezando con los muebles, el sombrero apabullado, el paletó abotonado hasta el cuello, el aspecto idiotesco, entró a la pieza procurando no hacer ruido para no despertar a la enferma.

¡Su hija estaba muy mala! ¡Qué dolor para el corazón de un padre! ¡Alcohol, más alcohol!

[¡] Vosotros no podéis comprender lo que un padre sufre cuando un hijo se le enferma!

Y tropezó con los cuerpos de su esposa y de su hija.



A la fuerza la arrancaron de junto al ataúd cubierto de coronas y ramos de frescas flores.



Nadie logró apartarla de la alcoba mortuoria. Siguió viviendo allí, en donde se moría.

Nadie intentó —¿lo hubiera acaso permitido?— vaciar la recamarita de todo aquello que de su hija muerta le hablaba: en su lugar la cama desnuda, en quietud la silla alta, en donde aprisionada para que no fuese a caer, sentaban ante la mesa a la criatura. Sobre la cómoda humilde, en absoluto silencio, la liliputiense niña de azules ojos, de cabello rubio y de manos diminutas y rosadas junto al pierrot de boca roja entreabierto que contiene el aliento para que no le salga su destemplado grito.

En un perchero, las prendas de vestir; la camisola llena de encajes, regalo de la madrina, y aquella bata lila que ya no pudo estrenar.

Por el suelo, los zapatillos blancos que tristes fruncen el entrecejo, hacen pucheros y van a llorar.

No se pueden olvidar las muecas graciosas que hacen los hijos para *caer en gracia* a los padres.

Y la manera tan especial de decir *papá, mamá...*



Pusiéronsele blancas las mejillas, como las de esas fotografías que tienen mucha luz y poca sombra; los labios blancos como si la muerte los hubiese besado. Y se le abrigaron los ojos negros que parecían único resto de vida en aquel rostro de muerte.

No hubo entre sus larguísimos períodos de tristeza, ni un pequeño paréntesis de alegría.



Al caer de una tarde triste, los pocos que la amaban, porque la conocían, sepultaron su cadáver, en un lugar apartado de la fosa de su hija, en el amplio cementerio.



Y cuando me contaron que por las noches en el panteón, la pálida luz de la luna tiñe el sudario de un fantasma que pasea por entre los cipreses y se escucha el rumor de sus pasos que alterna con los sollozos de las hojas secas que se deshacen bajo las plantas del esqueleto, cuando me contaron que por las noches, la joven madre despertando de su sueño de muerte, abandona su sepultura, recorre el vasto cementerio y va llorando fúnebremente hasta donde está su hija, a ofrecerle unas violetas, las margaritas y los myosothis⁵³ que a su paso corta y arregla, yo que nunca he dado oído a los hombres ignorantes que relatan esos cuentos, yo que nunca he temido encontrarme con la sombra de un mi abuelo que me llame y que me toque, he sentido calosfrío y he dudado a mi pesar: la que me dicen que resucita noche con noche ¡es una madre que busca a su hijo!

53. Nomeolvides.

¿QUIÉN SOY YO?⁵⁴

I

Fue ya inevitable; él había repetido sus burlas punzantes toda la noche, yo prometí castigarle si reincidía. Repitió su insulto, y en presencia de los amigos, a la salida del Teatro, le abofeteé.

Mucha gente lo vio; entre ellos, su novia. El lance era indudable. Nombró sus padrinos y yo los míos.

Cuando ya en la madrugada me separé de los amigos para retirarme a mi casa, sentí, ¿por qué no confesarlo?, un miedo grande, muy grande.

Apresuré el paso; sentía recorrer mi cuerpo un fuerte escalofrío que me hacía estremecer. En las calles desiertas, resonaban mis pasos como en el interior de una caja; hubo un momento en que oí clara y distintamente los pasos de un hombre que corría en seguimiento, de puntillas, por cautela, después, una mano se posaba en mi cuello; me volví violentamente; nadie; y sin embargo yo le había sentido a mis espaldas, corriendo tras de mí. Traté de convencerme de que el ruido había sido causado por un papel que arrastraba el viento por las baldosas de la acera. Una silueta se dibujó en la pared, y me horroricé. ¡Bah! Quizá hubiera sido mi propia sombra; acababa de dejar a mis espaldas un foco de luz eléctrica. Me habría olvidado de que tenía sombra, pero creo que no; aquella era larguísima y flaca, muy flaca.

54. *El Mundo*, México, 28 de agosto de 1898. Más conocida con el título de *El Mundo Ilustrado*, esta revista fundada por Rafael Reyes Spíndola en 1894 se tituló sucesivamente (Alfaro Cuevas 2013-2014) *El Mundo. Semanario ilustrado* (de octubre de 1894 a diciembre de 1896), *El Mundo* (de enero de 1897 a diciembre de 1899) y *El Mundo Ilustrado* (de enero de 1900 hasta septiembre de 1914).

Para dar vuelta a una esquina fui hasta la mitad del arroyo, el miedo que sentía era de algo indefinido, de algo no, de todo, pero de todo vago.

Me encerré en mi cuarto

Seguía sintiendo mucho frío, el frío del miedo; parecía que allí en el interior de mi recámara nevaba miedo.

Quise leer, ya arropado en el lecho, para entrar en calor; pero habría necesitado unas ropas de serenidad para calentarme.

Castañeteando los dientes leí algunos renglones. Algo se dibujó en la pared, algo siniestro; lo vi de soslayo, al volver la cara desapareció; volví a leer, y volvió a aparecer *aquello* moviéndose, como temblando; al dejar caer la mano se me ocurrió que podía ser el libro; eso era, ya lo sabía, y aún volví a colocarme en la posición en que estaba, para convencerme de que era el libro.

La vida de la vela se extinguió; lanzó un suspiro de luz, una llamita que se fue, que voló quien sabe a dónde.

En la obscuridad de la pieza, había muchas luces de variados colores y figuras azuladas, como violetas luminosas; amarillentas, como lunas; rojas, como glóbulos de sangre ígneos; blancas, de todos los colores, y varias incoloras. Bajaban en hilillos, como si del techo las arrojaran en cohetes, y atravesando el suelo, iban a estallar en chispas de obscuridad abajo, muy abajo, muy lejos.

Yo quería ver la obscuridad, nada más la obscuridad, y me cubrí la cara y la apreté contra las almohadas, pero los ojos seguían viendo todo aquello.

Después, como en caleidoscopio, pasaban muchos rostros haciéndome muecas, el de una joven, el de un niño, el de un viejo, el de otro, y otro más, todos viejos pero distintos, y se reían de mi angustia; debo haber estado ridículo en medio de mi espanto; sus carcajadas comenzaban ensordecedoras y se iban amortiguando hasta hundirse en el silencio, pero aún se oía, ya casi *callada*, la del viejo, cuando surgía la de una niña.

Después siguió el silencio y oía yo un rumor sordo, indefinible: el ruido del silencio. El silencio estaba formado por multitud de ruidos, que chocaban y se deshacían. Quería huir de todo, hasta de mí mismo, ¡Oh, mi ideal! Poder huir de mí mismo. Pugué en vano por levantarme; parecía de hierro mi cuerpo, y de pronto se alargó mucho, sobre todo las piernas, a lo lejos se veían convertidas en dos puntos las extremidades, ¡qué ansiedad! Yo quería recogerme; al fin lo conseguí y fue más de lo que yo deseaba. El cuerpo se metió en la cabeza, lo sentí muy bien; entonces podía yo menos levantarme; no tenía más que la cabeza que salía de las sábanas; más tarde ya sentí cuerpo, pero un cuerpo de aire. Vino un soplo, no sé de dónde y me impelió; ya estaba en pie. El cráneo que estaba en mi buró me miraba, así como estaba siempre, sin ojos, pero yo sentía sus miradas abatiendo las mías, y oía la respiración de la maldita cabeza hueca; ya no estaba aislada, tenía su cuerpo, un cuerpo luminoso, fosforescente, que se incrustaba tendido sobre el buró, prolongado en el interior de la pared, era un cuerpo hermoso, formado por líneas, por curvas, nada más por curvas, ni una recta, era de mujer.

Junto a mí se oía un ruido, como si latiera un corazón, pero no era el mío, era probablemente el de la maldita mujer.

En el fondo de la pieza se oyó un golpe; no era el de la puerta, a pesar de todo la abrí, nada, y sin embargo, al volverme ya estaban sentados, esperando a que me arreglase, mis padrinos vestidos de luto.

Entonces me serené. Juro que ya no tuve miedo. Yo mismo me asombraba de mi valor. Bien pronto me encontré en el campo. Apenas había luz. Pasaban los ganados, silbaban las fábricas, ya se ve que podía fijarme en todos los detalles. Se midieron las distancias, y se nos entregaron las armas... Hicimos fuegos a la señal, y caí sintiendo un dolor en la cabeza.

II

Al despertar, porque aquello sin duda fue despertar, me hallé en un cuarto de un hotel; tenía el sello especial que tienen los cuartos de los hoteles. Los ruidos llegaban amortiguados hasta mí, como llegan a la recámara de un enfermo: el toque de oración, la música de un organillo, los gritos de algunos vendedores. En casa debían de creer que yo había muerto. Me apresuré a llegar para desengañarles. Mi madre sufriría mucho en aquellos momentos: era lo que más dolor me causaba, porque yo la amaba mucho, aún cuando ella no lo creía, porque a pesar de las súplicas suyas yo seguía tomando alcohol y seguía inyectándome morfina...

Las puertas estaban abiertas todas; había mucha luz en mi recámara. Muchas personas estaban sentadas frente a ella.

Mis padres, que se hallaban en el corredor, al verme corrieron a esconderse en su alcoba y cerraron la puerta. ¿Tan irritados estarían contra mí?

En mi recámara alguien rezaba.

En una cama, sobre las tablas desnudas, había un cadáver alumbrado por cuatro cirios. Al verme, huyeron gritando los que rezaban ¿Por qué me huían? Y aquel cadáver ¿de quién era?

Resolví levantar el lienzo humedecido que le cubría el rostro. Aquello era terrible, ¡para volverse loco! ¡El muerto era yo! Es decir, aquel era mi cadáver. Le alcé los párpados, nos vimos, pero nada más, no nos miramos, aquellos ojos estaban tristes, opacos, mudos, muertos.

No sé de dónde me había llegado calma. Le tomé el pulso a aquel cuerpo; no había pulso y estaba frío, rígido, no cabía duda, estaba muerto, ¡y era el mío! Entonces yo que estaba allí, yo que le buscaba el pulso al cadáver ¿quién era? Y levanté de nuevo el paño de la cara; sin duda, era mi cuerpo.

Mi inteligencia estaba como una máquina eléctrica en acción, y relampagueaba pensamientos. ¿Éramos aquel cuerpo y yo, —quiero decir el que yo tenía en esos momentos vivo— dos *sinónimos* materialmente? Yo tenía cabales todos mis

sentidos, completo cada uno, luego ¿eran el cuerpo muerto y el que yo llevaba los de dos personas iguales con un mismo yo, con una misma alma? ¿éramos dos personas distintas y un solo yo? Si yo había muerto, ¿yo quién era?... Y corrí a golpear las puertas que habían cerrado mis deudos, mis dolientes, gritándoles: ábranme, ábranme, ¿quién soy yo? ¡eh! ¿quién soy yo?

Al fin, se abrió la puerta y dos parientes míos salieron, y luego otros más, y entre todos, ¡valientes cobardes! Trataron de asegurarme; me resistí, mas el número me venció. Uno de ellos me dijo, lo oí como entre sueños: «es necesario que se calme usted, váyase». Yo podía atender a todo, en aquellos momentos vivía mucho, pero con esa vida acelerada, palpitante y muriente de los fragmentos de una serpiente acabada de despedazar. ¿Serían los últimos restos de vida del alma de aquel mi cuerpo muerto, que se había *dualizado*?

«Bueno, pero ¿yo quién soy? Díganme y haré todo lo que ustedes quieran».

Entonces alguien dijo a mis espaldas —¡cuánto siento no saber quien fue!— «está loco», «está loco».

Llamaron a un guardia, ese atrajo con su silbato a otro, y otro más, y a muchos curiosos.

Yo seguía preguntándoles ¿quién soy yo? Pero aquellos imbéciles que me creían loco, ya lo habían dicho, —solo procuraban sujetarme.

Mis parientes, ¡siempre los malditos parientes! hablaron algo con el Inspector, y ni él, ni los escribientes, ni los practicantes me quisieron oír; unos, muchos de los curiosos, se reían de mí, y me silbaban, algunos me veían con horror, otros me compadecían.

«Un espejo, un espejo» grité; se me había [o]currido que era lo único que podía salvarme; él sí me diría cuál era mi exterior.

No me hacían caso, y eso que con pies y manos golpeaba la puerta de mi encierro.

Al fin quizá por ver si me tranquilizaba un poco me llevaron un espejito, de esos de bolsillo ¡al fin iba yo a conocerme! Encendí una cerilla... ¡Qué horror! ¡Yo era mi primo! es decir, el cuerpo que llevaba yo, era el del que había dado muerte a mi otro cuerpo, al verdaderamente mío. ¡Caso extraño! yo me había matado, y sin embargo no era un suicida. Aquella mano que entonces era mía, al disparar sobre mi cuerpo, aún no me pertenecía. ¿Y cómo fue aquello? ¡Habíamos muerto los dos, mi primo y yo, y había resucitado su cuerpo, pero con mi alma? Sí, eso debía ser; había habido en los cuerpos una muerte, la del mío, la del mío, y una separación de alma, la de la suya. En el cuerpo de mi primo, no había habido muerte; se había verificado una suspensión de vida, mientras había estado sin alma, y luego vivía ya su cuerpo, pero con una vida que era mía. ¿Y el alma de mi primo? ¿Habría ido a meterse en mi cuerpo? No: era un *avatar*⁵⁵, avatar espontáneo, incompleto: aquel cuerpo que yo había visto era un cadáver; no tenía alma; en el fondo de aquellos ojos no la había; me habían visto, como ven los ojos de los retratos, los ojos de vidrio de los muñecos.

Pensé en suicidarme, era el mejor medio de liberar a mi alma; pero reflexioné; después de todo al que daba yo su independencia, porque era el esclavo, era al cuerpo. No, ese no era el medio de vengarme de mi matador, debía yo sujetar a *mi* cuerpo a muchos sufrimientos. ¡Cómo iba a golpear a mi primo! ¡Cuánto iba a hacerle sufrir! Hambres, vigiliass, enfermedades, todo lo sufriría con gusto, sólo porque era en el cuerpo de mi matador!...

55. Documentando la importante influencia ejercida por Poe en Zárata Ruiz, Englekirk (1937: 517) argumenta lo siguiente: «In “¿Quién soy yo?” he employs a word of very rare occurrence —avatar; “era un avatar, avatar espontáneo, incompleto”. Is it not quite reasonable to suspect that Zárata Ruiz must have been moved to use the word he discovered in the initial paragraph of one of Poe’s tales that fascinated him most —“The Masque of the Red Death”? Poe uses the word thus: “The ‘Red Death’ had long devastated the country. No pestilence had ever been so fatal, or so hideous. Blood was its avatar and its seal —the redness and the horror of blood”».

Sólo a veces sufro y entonces sí soy yo quien sufre, porque pienso: y si no hay alma, y si todas son manifestaciones de la materia, entonces ¿quién soy yo? ¿qué me ha sucedido? ¡Oh! pero no quiero pensar en eso; entonces sí me volvería loco.

LA DEFUNCIÓN DE LA MUERTE⁵⁶

(Para Bernardo Couto Castillo)⁵⁷

Había sido indultada; por tanto, aquella noche debía morir.
Aun cuando fuese con una segunda *encarnación* a presentarse en otro planeta; se la desterraba de la Tierra.

¡Cómo han sido injustos los que hasta hoy la han descrito!
Y es que ninguno la conocía.

Mentira que vista de esqueleto, y que habiten nauseabundos gusanos en las concavidades de su descarnado cuerpo.

Por lo menos, en esa noche estaba hermosa. En sus mejillas había color, en sus negros ojos había vida.

¿Era la herencia de la doncella sepultada el mismo día?

Llevaba luto por las víctimas suyas, y un abanico blanquísimo formado con huesos de mujeres y finas vértebras de niños.

Iba al teatro; había una fiesta de caridad y el coliseo de seguro se llenaría de juventud, hermosura y riqueza.

El anarquista que no vio estallar su bomba, lo dijo: «¿Se habría muerto la muerte?»

Recibió la noticia de boca del viento, que fue el enviado, y comenzó a desandar la calzada. Pasó por entre los silenciosos árboles que, enfilados, la veían con respeto y sentían calofríos en sus robustos troncos; se encaminaba a la choza que a lo lejos prendía su nota de vida en la negrura de la noche.

56. *Revista Moderna*, México, núm. 5, 1 de octubre de 1898, pp. 77-79. Por un obvio error tipográfico, este cuento está firmado «Francisco Zárate Ruz».

57. «COUTO CASTILLO, Bernardo (1880-1901). Cuentista. N. en la cd. de Méx. Se le considera el auténtico fundador de la *Revista Moderna*, porque publicó un primer número, que es hoy extrema rareza bibliográfica [...]. Publicó solamente un libro de cuentos, *Asfódelos* (1897)» (*Diccionario Porrúa...* 1986).

El labrador sintió nublársele la vista y una sofocación desesperante.

Al apagarse la luz de la lamparilla, por un golpe de viento, se le entristeció inmensamente el alma; sintió el paso de la muerte y salió aspirando con avaricia el aire fresco de la noche.

Su compañero, el fiel amigo, partícipe de sus soledades, aullaba triste, larga, atterradoramente.

La enlutada Muerte, la siempre Virgen adorada de los desgraciados, entró.

En un banco de madera vulgar tomó asiento; apoyaba sobre la mesa un brazo nítido, de una blancura sólo suya, blancura no maculada por las azulosidades de las venas que lucen las mujeres.

Reflexionaba.

Al fin, tras tantos siglos, cuando ya juzgaba eterna su condena, se la indultaba.

¡Cómo se alegrarían los hombres cuando lo supieran!

Si esa noche lo saben, de seguro se habrían aglomerado tras ella, a silbarle, a befarla, como lo hacen los pilluelos con los ebrios que se ponen en ridículo.

¡La muerte muriéndose! ¡Qué ridículo!

Y ella se alegraba.

La noticia había venido con la tonalidad de lo nuevo, a romper la monotonía de su milenaria existencia.

Recordaba su advenimiento al mundo. Su caída, aquella caída *durante tantos siglos* que siguió a su expulsión del celeste paraíso.

Quién sabe qué crimen les atribuyeron los intrigantes de las antesalas del palacio celestial, y se les expulsó cruelmente.

Fueron los ángeles caídos.

No coparticiparon de sus mutuos dolores los calumniados de ángeles rebeldes.

Cada uno sufrió los suyos.

La desgracia no los unió; siguieron silenciosos descendiendo por siglos y siglos.

Los hombres los calumniaban también; a él, que en realidad es hermoso, unos cuernos y un rabo; y a ella... ¡mísera humanidad! Como los convirtiera en asquerosos y terríficos esqueletos, la representaban así, por un horroroso montón de huesos que se cobija con manto negro y que empuña deforme guadaña segadora de vidas. ¡Repulsiva materialidad! ¡Oh, si necesitara de guadaña!...

La maldita, la implacable, la cruel, la llamaban todos. Necios. Al principio, sí, comenzó con coraje, con desesperación, a cumplir su fúnebre encomienda, y hambrienta de venganza, mató con crueldad; se cebó en los buenos. ¿No era un virtuoso Abel?

Mas, después siguió con automatismos de sonámbulo en su tarea de abrir fosas, de coleccionar esqueletos. Y la Muerte, la Virgen furiosamente deseada por los desgraciados, bostezó largamente.

Dejó caer su vista sobre la mesa, y halló una botella de capitoso Gin.

Natural capricho; nunca había bebido alcohol puro, limpio; en los cementerios no lo hay. Sólo se encuentra el podrido que llevan los alcohólicos, los congestionados.

Y ella —¡qué vergüenza y qué asco!— en los momentos de supremo hastío, hidrófoba, había apagado su sed de alcohol, se había embriagado con ese aguardiente muerto, putrefacto, infecto, inclinándose sobre los cadáveres rebosantes de gusanos ebrios y sorbiéndoselos en nauseabundos besos.

...Y bebió el ríspido Gin *puro*, limpio, deleitoso.

¿Habría en la tierra quien, como ella, hubiera matado a tantos hombres?; todos los que llenan las listas de sus posesiones: ¡todos los cementerios del mundo!

Nadie había sospechado su desesperación; pasaba por la tierra repartiendo muerte a manos llenas y ella no podía morir; lo tenía prohibido. Acataba la orden, por temor de sufrir un castigo más grande, con la esperanza de alcanzar el perdón alguna vez, y volver a su patria: el cielo.

Y seguía amputando existencias y recibiendo por doquiera maldiciones. ¡Qué pocos la habían bendecido! Un pobre, un viejo, un sifilítico...

Si hubieran visto muchos jóvenes lo que les aguardaba en lo porvenir, en vez de la blasfemia que se había congelado en sus labios, una bendición los habría entibiado por última vez.

Verdaderamente, ella había sido una loca; nunca había seguido una misma línea de conducta.

Y era que había cumplido con su condena —¡naturalmente!— como los condenados, en medio de desesperaciones inenarrables, o llena de hastío infinito. Nunca había elegido sus víctimas; tenía que matar y mataba; poco le importó a quien fuese; eso es lo de menos para el verdugo.

Había sorprendido a muchos, cándidos, cuando eran por rareza criminales, y los había regalado a Luzbel, para aumentar los servidores en sus rojizos salones palaciegos.

Y a muchos que habían llevado vida desenfadada, les había enviado tontamente —entonces se arrepentía— uno de sus emisarios, Cáncer, Tisis... y habían tenido tiempo de volver los ojos al cielo.

Cuando su rojo compañero de desgracia la sentía llegar, se alejaba dando por terminada su obra, para no tener que confesar que ya no podía más; que su lucha era estéril.

Pero ella, ella sola era la verdadera Reina, la omnipotente diosa; había ido dejando a su paso cadáveres, inmovilidad, putrefacción, la santa putrefacción, generadora de vida. Ella había jugado con la materia; como con el barro juegan los niños; forman muñecos y los deshacen para modelar otros nuevos.

Al fin, iba a morir; ya era tiempo; estaba ahíta de destrucción y ansiaba el descanso. Y ¿a dónde iría? ¿Qué lugar digno de su grandeza elegiría para su tumba?

Y como si se la mostrara a sí misma, señaló con el índice aristocrático —dedo de mano regia— la faz dolorosa,

entristecida, pálida, cadavérica, de la luna que espiaba por la ventanilla entreabierta.

Mausoleo soberbio. Pero ¿habría habitantes allí? ¿Los selenitas tendrían su muerte? ¿Y si no había un ángel de destrucción y llegada ella volvía volvía a comenzar su tarea de homicida universal?

Ya no quería matar; los mismos matoides ¿no sentirán algún día deseo de no matar más?

«Mi muerte constituye un nuevo género de venganza; llevo sobre mis espaldas esqueletosas —y río con macábrica risa, empezaba su agonía— el odio de un mundo entero».

Iba a vengarse dejando a los hombres que fuesen inmortales. La vida jugaría con ellos; travesearía en sus cuerpos; les prendería pústulas hinchidas de pus; les arrebataría la fuerza a sus miembros; les pintaría de blanco las cabelleras y les dibujaría con el mismo cutis, en el rostro, una *calavera viva*; los habría viejos, muy viejos, eternos; y se desesperarían y desearían morir, y no podrían, ¡sería su mejor venganza de aquellos que la maldecían a diario!



Al fin quiso morir. Pudo haber sido la suya una occisión, pero no; deseó probar las congojas, deseó experimentar las angustias que había visto en todos los que había poseído —siempre Virgen inviolada e inviolable.

Quiso comenzar a morir y entró en la agonía; cayó del banco al terrado de la choza; la metamorfosis fue completa y horrible; se contrajeron los músculos de su rostro en gestos macabros; los gemidos roncós que se escaparon de su pecho repercutieron con tremantes ecos en los más recónditos parajes de la tierra. Las miradas fosfóricas de sus negros ojos, en los parpadeos agónicos alumbraron con resplandores de relámpago el mundo entero.

Sus dolores los sintió la tierra, que por todas partes se abrió en negras grietas, como carne corroída por el cáncer.

Las torres más altas y más fuertes, sintieron vértigo de anémico, se bambolearon, e inclinando la cabeza, se desplomaron inertes.

Su estertor se oyó como si fuese el estertor de una legión de moribundos. Sus convulsiones convulsionaron todo el planeta con movimientos de terremoto.

En los cementerios, los muertos golpearon hasta despedazar las paredes y las tapas de las tumbas.

Y arrojando miradas de fuegos fatuos por las huecas fosas orbitarias, llenas de pestilencia; en medio del ruidoso traqueo de sus miembros movibles, sueltos, corrieron avergonzados en busca de carne con que cubrir las desnudeces de sus huesos.

El alfeñique humanidad se estremeció con terror pánico.

El mundo se arrodilló implorando misericordia.

Y la Virgen furiosamente deseada por los desgraciados, la muerte inviolada e inviolable, se hundió, murió llevándose entre sus dedos, crispados por la agonía, millares de vidas, millares de hombres.

Todo había concluido. Naturalmente no hubo quien le arreglara funerales.

[¡]Se me ha fugado! Lo imaginaba y lo temía que me dejara muy pronto, pero no así; esperaba que muriese al fin, víctima de la terrible anemia que la iba consumiendo; nunca que me abandonase criminalmente. Se ha ido escapándoseme, cuando menos lo esperaba; su plan estaba bien preparado; su artificio me engañó; no conocí su acecho. ¡Hoy que tenía más esperanzas de que volviera a serme fiel! estuvo tan amable, tan complaciente, a todo accedió, y entré en el sueño tranquilo, y ¡qué horrible despertar! ha huido; no tiene duda; su casa está deshabitada; siento aquí el hueco que me dejó; siento su vacío; me duele el hueco; experimento los dolores que tienen las flores, cuando dedos femeninos, criminales les arrancan las hojas.

La he sentido salir como si en una incontenible hemorragia, a causa de la ruptura general de arterias y venas, se me escurriera la sangre por todos lados, —la he sentido salir a borbotones por los oídos, por los ojos, por la boca; hasta por las puntas de los dedos.

Los ojos, los oídos... ¡Ah traidora! acostumbrada a ver entrar por allí tantas sensaciones de que ella era mi depositaria, por allí mismo se me ha fugado.

Infame; engañosa, mujer, y ladrona; se me ha llevado mis secretos; me roba mi pasado. ¡Ya nada sé! ¡De nada me acuerdo! ¡Tengo una cabeza acéfala! ¡Un hombre sin memoria! ¡Qué horror!

Yo pienso bien ¿no es cierto? discierno con claridad, comprendo con exactitud, pero ¿y qué? si para mí no existe el recuerdo. ¡Ah! sólo uno me dejó la maldita; el de su huida ¿por qué no se lo llevó también?

58. *El Mundo*, México, 9 de octubre de 1898.

¡Pobre Andrés! ¡Si yo hubiera atendido sus indicaciones!

Me lo dijo cuando temblando, con el corazón que me saltaba como un desesperado, con las manos sudorosas y los labios pálidos y secos, —asustado como una mujer—, le conté los primeros síntomas:

«Higiene, higiene, agua fría; alimentos sanos; ningún excitante; nada de poesía en las bebidas, nada del licor que hace la vida más intensa y acerca más a la muerte. [¡]Campo, mucho campo y neurona! ¡Ah, los nervios!».

La mano que en horrible crispatura oprime el puñal y rompe el corazón, cuerpo que azota contra los muros en ridículos tambaleos y perdido el centro de gravedad, cae en la acera; la planta que se estremece al oír silbar el viento, la casa que tiene cimbramientos hasta sus entrañas; ¡nervios! ¡nervios!

¡He aquí el enemigo!

¿Y qué hace la ciencia que no descubre la manera de hacer una neurotomía general?

¡Nada de excitantes! no acelerar la tediosa y monótona vida, no vivir en otro mundo; vivir siempre despierto, no vibrar a los inigualables placeres cerebrales, y el campo, la naturaleza, lo normal; desesperante monotonía y neurosina; si la medicina fuera eficaz, a ningún ciudadano francés le faltaría en su casa.

—«Degenerescencia. Degenerescencia⁵⁹, y ¿el libre albedrío?».

—¡Bah!



La gradación fue aborrecible. Primero insomnio, viendo claro en la obscuridad de la noche cómo los muros arrastrando la puerta y la ventana, los tapices y los cuadros, bailaban ridícula y desvanecedora danza. Y era cierto que danzaban, las maderas de las puertas crujían con el movimiento.

59. Alusión a la obra del médico húngaro Max Nordau, *Entartung* (1892-93), traducida al francés ya en 1894 con el título de *Dégénérescence*, del que sin duda se inspira aquí nuestro autor.

Otras veces, era yo el que con todo y lecho recorría la pieza iluminada por la luz fosfórica; ya no estaba como antes negra, ya el espejo no era un cómplice de la negrura, y no sólo retrataba esa obscuridad de la alcoba, sino que reproducía por millares, como si hubiera tenido en frente un compañero, todos los objetos.

El ronco rumor de los árboles despertados por el viento, el aleteo y el canto del gallo en el próximo corral, las voces quejumbrosas, semi-humanas de los gatos en el patio, el vuelo de un moscardón⁶⁰ que se quedara por distraído, preso en la recámara, me provocaban el salto sobre la cama y me aceleraban los latidos del corazón.

¡Qué de temores pueriles, qué de sobresaltos femeninos!

Ya rendido conciliaba el sueño. ¡Y qué sueño! No el sueño pesado, espeso, que repara el sistema nervioso, no; un sueño lleno de ensueños. ¡Aún dentro del sueño había insomnio para mí!

—Exageradamente empequeñecido, emparedado en una canica, rodaba; unas veces la cabeza contra el suelo, otras hacia el Oriente.

Ora era un viaje *julivernesco* por los aires; y subir, y subir; ora el descenso, rápido, con sofocación y vértigo, abajo, muy abajo de la superficie de la tierra.

Allí miriadas de monstruos marinos y terrestres, en estrecho maridaje. Ejemplares nunca vistos en la fauna de la tierra.

Rocas animadas que reían con *risa de piedra*. Plantas vestidas a la europea sacando a guisa de cabeza por el cuello de la casaca, una hoja enorme de múltiple coloración.

Un lagarto grandísimo, antediluviano, se me acercaba a paso lento para mayor martirio, saboreándome de antemano,

60. En la animalería fantástica de Zárate Ruiz, junto al murciélago, el lagarto o el gato —que figura en diversos cuentos—, este insecto reaparece en «Una venganza» (1899) y «El moscardón», del libro *Cuentos de manicomio* (1903), así como en «La enfermera» (1904).

luciendo sus bien alineados dientes, dientes *goliates*⁶¹, amarillentos, sucios y afilados entre lágrimas y sollozos, contra las osamentas de sus víctimas. Y yo sin poder moverme; ¿por qué?, quién sabe, pero yo no podía correr, huir, salvarme. Y después, dentro de sus gigantescas fauces, enormes telarañas tendidas de mandíbula a mandíbula, y los insectos en difíciles actos de acrobacia.

Sentí cómo me tragaba. En su vientre gigantesco, crótalos asquerosos destilaban en mi rostro, por su lengua puntiaguda, y por sus dientes desiguales, movibles y huecos, baba pegajosa, emponzoñante y amarga.

Enrollaban en mi cuerpo los suyos anillados, parduzcos o verdosos y fríos, muy fríos, más fríos que el hielo.

Diablillos que por sus bocazas (vomitando fuego)⁶², se acercaban cabriolando hasta mi cabeza, y me encendían el cabello, y me perforaban con barrenas el occipucio. Duendes y tragos que me entraban por la boca, y celebraban extraño festín dentro de mi cráneo, con inusitada algazara, en escandalosa embriaguez. Brujas que, vampiros humanos, revoloteaban cerca del pecho y de las paredes del intestino del ofidiano, de cuando en cuando con las membranosas alas negras, me azotaban la frente, haciéndome estremecer.

¡Oh!, qué hubiera dado por detener aquella imaginación que volaba, volaba, pajarraco nocturno ¡qué hubiera dado por que durmiera mi pensamiento, cuando yo durmiera!...

Cuando mi sirvienta me habló, me pareció que con una red de finos hilillos de frío, me envolvían el cuerpo todo.

¡Qué asombroso parecido!

Me figuraba que era el saurio que se me acercaba a paso lento para mayor martirio, saboreándome de antemano; luciendo sus bien alineados dientes *goliates*, amarillentos,

61. ¿Por Goliat, el gigante bíblico?

62. Paréntesis del original.

sucios y afilados entre lágrimas y sollozos, contra las osamentas de sus víctimas...



Más tarde, muchos sueños, muchos. Yo tenía todas las noches una pesadilla horrible, muy horrible, y siempre la misma —estoy seguro— pero sólo en el sueño sabía cuál era. A la mañana siguiente... ¡nada! ni un recuerdo; sólo sobre el cerebelo una lápida de mármol, y en el cuerpo una insufrible flaccidez. ¡Ajenjo! ¡Ajenjo!

Terrible confusión entre las personas que realmente existían y me habían sido presentadas, y los extraños seres engendrados por mi excitado cerebro loco, en nauseabundo contubernio con la noche sombrosa y larga, muy larga y estrecha como mujer tísica.

Esfuerzos de titán con éxitos de enano, para recordar una fecha histórica, el nombre de algún héroe. Después, el olvido de lo que intentaba hacer en el momento de ir a llevarlo a la práctica.

¿Qué hice ayer? ¿qué hice? y *ella* muda; *ella* que debía *saberlo*, sin contestarme, causando mi desesperación.

En verdad que era injusta al tratarme así, porque el día anterior, no me había embriagado como otros, casi hasta la comatosidad.

¿Las aguas del Leteo contendrían alcohol? Y cada vez, estrechándose más el círculo de mis recuerdos; el presente viniéndose encima, lo pasado perdiéndose en la bruma del olvido; cubriéndose como por una capa más y más densa de polvillo negro. Sobre mi pasado caía una lluvia de hollín como la que cae en las inmediaciones de Newcastle.

Desapareció mi infancia; perdí la inefable consolación de vivir entre compañeros, verdaderos socialistas —lo de uno era de todos— entre almas niñas, con risas y juegos puros.

¿Comprenden ustedes mi suplicio? ¿se explican mi desesperación? ¿verdad que eso era para volverse loco?

Bien luego se me borró toda noción de mi adolescencia; ¿pero yo había sido joven alguna vez?

¿Y no creen ustedes que también para pensar, para acordarse de lo porvenir se necesita la memoria? ¡Yo estaba condenado a un presente inacabable, eterno! ¡Qué estrechos límites para una vida! Vida... ¡sin pasado ni porvenir!

Y la medicina inútil; los fosfatos impotentes; ineficaz el contraveneno; estériles los ejercicios gimnásticos de la memote[c]nia.

Un terror grande; un miedo espantoso, agobiador, se apoderaba de mí al pensar en la locura como epílogo inevitable de todo eso.

¿Al cabo se cumpliría el pronóstico general? ¡¡Loco!! ¡¡Loco!!...

Ya no hubo más transiciones violentas de una tristeza tan honda como inmotivada a una alegría explosiva, gritante que se traducía en gestos, saltos, cantos y abrazos injustificados a algún amigo. Se apagó el ansia inmensa de algo indefinido: mi memoria era lo que yo pedía, su falta mi obsesión.

Los días se hicieron más tristes y más largos. Una atmósfera fúnebre me envolvió; un aspecto [c]romático indignante, me bañó.

¡Cómo envidié a los buenos burgueses hiperhémicos, despidiendo felicidad por sus carnes abundantes! Y el opalino talismán perdió su virtud; nunca volvió a reanimarme; nunca volvió a darme una caridad de energías que ¡ay! duraban un minuto. Desde entonces hacen triste el Absintio; parece fabricado en algún cementerio; lleva hálitos de muerte.

¡Cómo arrancarme aquella placa marmórea que pesaba tanto y me dolía tanto? La imaginación, movediza unas veces, como ventilador eléctrico, giraba y giraba sin que yo pudiera detenerla en algún objeto determinado; otras, apenas podía

moverla; pesaba como la rueda de hierro de una máquina enmohecida.

¿Enmohecida? Sí, sí, eso me decía Andrés, que había dejado enmohecer mi memoria; las celdillas nerviosas psíquicas, habían ido perdiendo su estabilidad, pero repitiendo la irritación responderían al fin. ¡Necias teorías!



Es necesario no desperdiciar el resto de recuerdo que me ha dejado la odiada Mnemosynia, como la estela de perfume que dejan las mujeres tras de sí.

Si al menos como *Moirisse*⁶³ hubiera llevado un libro de memorias, tendría allí mi historia, y no sólo este proceso de mi desgracia...

Un día: ¿no me conoce usted? ¿no se acuerda de mí? me dijo, y en efecto, no sabía quién era aquel hombre, como no lo sé todavía; ¡un discípulo de los preferidos, un íntimo! Y cito fechas y nombres de amigos y de parientes míos a quienes yo no recuerdo. Luego, estaba irremisiblemente perdido, condenado sin esperanzas de indulto.

Y dentro de unas horas, no sabré quién es mi madre, ni mis parientes; quiénes mis amigos, cuáles mis enemigos. ¡Maldición! No me podré proporcionar el placer exquisito de la venganza.

Yo he deseado a algunas mujeres pero ¿cuáles? tengo una amante ¿quién es?

63. En el *Diccionario de seudónimos* de Ruiz Castañeda y Márquez Acevedo encontramos la siguiente —en este caso poco esclarecedora— información: «Moirisse véase TRUEBA», y luego «TRUEBA Moirisse» (1985: 165 y 249). En la *Revista Azul* encontramos esta otra mención: «Y todavía hay otros y buenos amigos: *La Neblina*, la nueva revista literaria que [José Santos] Chocano acaba de fundar en Lima; *Crisantema*, un simpático quincenal de arte, que ha aparecido en esta capital y que caudilla un distinguido colaborador de la *Revista Azul*, el Sr. Trueba, (Moirisse); *Crisálida*, una publicación análoga de Morelia...» (28 de junio de 1896: 144).

Y tendré que preguntar cuál es mi nombre, cuál es mi patria, y me creerán loco, y me mandarán con los locos ;y me volverán loco de veras!



Pero veamos; si no se me hubiera escapado, si este molde suyo que siento, lo hubiese dejado porque se había escondido en algún rincón de mi cerebro para burlarse de mí; que se haya enroscado como una serpiente en algún hueco del cráneo, y acaso pronto se desenrolle. ¡Entonces... sí, ya sé! cuando los recuerdos se desaten en catarata, me despedazarán la razón; mi cabeza estallará y... ¡siempre el manicomio! ¡Loco! ¡Loco!

Pero yo quiero que vean esto, que sepan que no lo estoy; que soy un amnésico. ¡Si olvidara también donde tengo este libro! ¿si en un acceso lo despedazo?

¡Una medicina! ¡Una medicina! ¿En dónde venden una memoria? ¿No hay en la terapéutica una fórmula para este caso? ¿No hay quien me pueda inyectar memoria? ¡Maldito manicomio! ¡Yo no quiero ir allí! ¡No quiero! ¡No estoy loco! ¡No estoy loco!... ¡No estoy loco!

CUENTOS DEL MANICOMIO. ¿HOMICIDA?⁶⁴

Es el ronquido horrible, el estertor humano de aquel maldito animal; sí, por mi desgracia lo oigo dentro de mí a todas horas.

¿Lo oye usted? Pero no; usted no puede oírlo. Y ¿no sería posible por algún medio hacérselo oír a los demás?...

...Y acaso sería inútil, porque los señores curiales se han empeñado en cometer una injusticia.

Pero ya pasó. Volvamos al asunto.

¿Que si me empeño en seguir sosteniendo eso que ustedes llaman fábula? ya lo creo; es la verdad: yo no he dado muerte a una mujer. He estrangulado eso sí —una venganza justa, exquisita, dulcísima— a mi gata morisca; pero yo lo sé bien, no hay en el Código un artículo para castigar el asesinato de una gata.

Usted no puede pensar como los demás, porque no es vulgar.

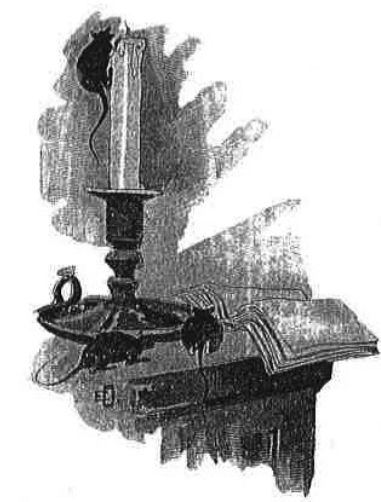
Mis defensores se empeñan en demostrar que estoy loco para que no me lleven a jurado. ¡Vaya una manera de defender! pero usted hará justicia, usted informará en conciencia, y me entregará a los jueces; y el jurado —usted lo verá—, el jurado me absuelve:

¡Si no pueden, si no deben condenarme!

Verá usted:

Aquello era ya una burla; no esperaban la noche para deslizar fuera de sus diminutas cavernas, cautelosamente, sus cuerpecillos color de sombra; no, a todas horas, en pleno día, se les veía trepar por mi mesa, y por mis estantes, asiéndose con sus rosadas manos a los lomos de los libros o a las molduras del mueble.

64. *El Mundo*, México, 4 de diciembre de 1898.



Y después, en mi habitación, siempre tranquila, ese ruidito que hacían sus dientes, dientes de roedor, contra las hojas de los pobres libros, rasgaba por todos lados el silencio.

Y un día la sirvienta la llevó. Fue en la mañana, cuando me aseaba para salir.

No corrió a esconderse temerosa bajo algún mueble; subió confiadamente a una vieja poltrona, y se instaló allí como un amigo que visita a otro.

Atentamente me observaba; y como vergonzada de que su pelaje parduzco no estuviese bien limpio, comenzó también su *toilette*; se pasaba las manos repetidas veces por la cara y se asomaba a inspeccionarse el pecho, luego, como para consultar, me miraba, y volvía a su tarea.

No me causó mala impresión. Hasta llegué a acariciarla. Enarcándose me dio las gracias.

Y eso, que nunca fui amigo de los animales domésticos.

Siempre he gustado de ver tras las rejas de una jaula al majestuoso carnicero revolviéndose inquieto, bramante, furioso, por no ser libre y no poder hincarme sus zarpas y sus dientes; las caricias torpes, empalagosas, del perro que nos retrata en el traje sus manos asquerosas, oh... siempre me han repugnado.

Llegó la noche.

(¿Por qué llegó?)

¡Qué felicidad! Ya los roedores no turbarían mi sueño, travesando sobre mi cuerpo, no cenarían con las estalactitas de la bujía ni la agrietarían por todos lados, con sus mordiscos.

Si desesperado por el insomnio, encendía luz para leer, ya no los vería corriendo junto a las paredes en busca de sus madrigueras, deslizándose rápidos, silenciosos, como si fueran siluetas, aéreos, fantasmagóricos.

Acaso ni saldrían. Dicen que les *huele a gato*.

Soñé con el silencio.

Pero ¡ay! así como los oigo ahora, así los oí aquella noche; mire usted como se me erizan hasta los pelos de la barba.

No era el ronquido natural de todos los gatos. Era un ronquido estertoroso, era la queja acompasada de un enfermo que dormita. Un lamento salpicado de ronquidos. Lo principal era el lamento, y sólo como la armonía del gorgoriteo, el ronquido espumajoso de esos felinos domésticos.

Más aún: ¿sabe usted? como si en una misa de *réquiem*, el mismo muerto rezara, y los frailes le hicieran coro con sus voces cavernosas.

Los ratones me pisaron.

Tuve paciencia; la desperté moviéndola sobre la poltrona; —me causa horror aquella poltrona cuando la recuerdo.

Tendría alguna pesadilla. ¡Pobre!

En efecto, me miró, como las personas a quienes se despierta repentinamente, cuando tienen una pesadilla.

Después se desperezó y acurrucóse de nuevo.

Cubierto hasta la cabeza, entrecerrando los párpados, comenzaba a ensombrecérseme la inteligencia, y de nuevo se levantó en medio del silencio el maldito quejido.

Pero ¿qué tendría aquella gata? ¿Padecería algún mal físico? ¿Qué sufrimiento moral la turbaría el sueño?

Otra vez, y otra más la desperté; me veía tristemente y volvía a hundirse, volvía a perderse en aquel para mí insondable océano de su sueño.

Y siempre, en medio de la silenciosa obscuridad, se alzaba aquel lamento salpicado de ronquidos, como se yergue en medio del templo oscurecido por negros paños, el catafalco cuajado de flamas amarillentas, severas, tristes, pavorosas. El silencio era un paralelepípedo truncado, ¡ay! muy irregularmente, espantosamente truncado por la voz de aflicción de aquella enferma; porque de seguro estaba enferma.

Entonces sentí curiosidad: sería útil saber qué enfermedad era la que provocaba en un gato ese quejido humanizado; un caso patológico curioso.

Y la dejé pasar en mi pobre cuarto el resto de la noche, a costa de mi tranquilidad.

¡No estaba enferma!

¡Me repugnó y la odié!

—¡Llévatela, lejos de aquí, y regálala, mátala, haz lo que quieras de ella, pero que no pase aquí la noche[!]; prefiero los ratones —aún cuando me devoren hasta a mí mismo—, le dije a la vieja, y se la llevó envuelta en un saco.

Al llegar tranquilo en busca de mi duro lecho —es higiénico ¿verdad Doctor? el colchón duro— allí estaba, allí instalada en su poltrona favorita.

Óigame usted: si todavía está en casa esa poltrona, que la quemem; no quiero encontrarla ahora que vuelva.

Se levantó y encorvándose, alargó la mano izquierda como lo hacen algunos chiquillos para saludar a sus conocidos.

La vieja sirvienta me lo dijo: la había llevado por la tarde muy lejos, a la casa de una comadre, y al anochecer había vuelto.

—Pobrecita, no la eche usted, mire como vino de tan lejos; quien sabe si ahora no lo moleste.

Y yo pensé; en verdad, quizá esta noche esté más tranquila. Puede haber sido pasajero ese estado de excitación nerviosa. Veremos.

No sé si fue que me venció el cansancio, o realmente ella estuvo tranquila en las primeras horas, pero después comenzó.

Al principio, entre sueños, fue como el ruido que hace un insecto que se nos mete en una oreja, y fue creciendo, creciendo.

¡Ya! el mismo quejido, el mismo ronquido estertoroso, el mismo lamento de muerte, y haciéndole coro los ratones en los libros; algunas veces, me parecía que con una risita chillona se burlaba de mí.

Calculé en la obscuridad adonde estaba la poltrona, y ¡zas! le arrojé la novela que estaba en mi buró. Lanzó un quejido débil: ¡ese sí era de gato!

Y cada vez que el lamento maldito volvía a revolotear como asqueroso murciélago por la alcoba, le asestaba un nuevo golpe;

la bujía, la palmatoria, rollos de papeles, y en el paroxismo de la desesperación hasta mi despertador, fueron a rodar sobre ella o en las inmediaciones.

Afortunadamente amaneció aquel día más temprano que otros.

...No parecía guardarme rencor. Me miraba con pupilas tiernas, inmensamente tiernas.

¿Se ha fijado usted alguna vez cómo miran a su amante las mujeres ofendidas por él mismo, cuando va a llegar la reconciliación? Pues así.

Alguna vez me pareció que salían de su pecho suspiros que procuraba ahogar. ¿Ese dolor que sofocaba durante el día en la plenitud de sus facultades, era el que por la noche, cuando la fatiga la rendía, hacía explosión?

A menudo me dirigía sus miradas, con aquellos ojos extrañamente brillantes y atractivos como los de una tísica.

Llegué a pensar si estaría aquella hembra enamorada de algún hombre, y generalizando con falacia, en su rudimentario intelecto, como lo hacen los niños que llaman *papá* a todo hombre que ven, me confundiría con el objeto de su amor.

No comió; en su poltrona pasó largas horas arrojando por la ventana sus miradas pardas, y dejándolas ir a perderse a lo infinito.

...Allí la encontré de nuevo la tercera noche.

No iba con excitaciones, nada de estado morbosos; en estado normal.

No bien sepulté la luz de la vela en la obscuridad de la alcoba, cuando brotó de su pecho el maldito quejido. Culebreaba por el suelo o trepaba hasta el techo por los ángulos diedros de mi aposento como lo hacían las ratas.

O salía en espirales que se elevaban como el humo, y así, así era, gaseoso, transparente, pero negro, muy negro.

Lamentaciones de joven enferma, dolorosos quejidos de mujer moribunda, pero muy humanos, más, sobrehumanos;

como la voz de un muerto que reza en su misa de *réquiem* y le hacen coro los frailes con voces cavernosas.

¿Qué me importaba ya averiguar qué ejército de fantasmas pasaban bailando danza macabra ante sus pupilas romboides, cuando corría el telón de sus párpados?

Sus dolores me hacían sufrir, por egoísmo; yo siempre he sido muy egoísta. Aunque ¿quién es altruista en el fondo, sinceramente?

¿No cree usted que puede haber habido desequilibrio en sus facultades mentales, Doctor?

¡Figúrese usted qué ridículo! Con mi traje blanco de dormir, pisando sin hacer ruido, y con la mano derecha, cogida por la parte posterior del cuello para que no me causara daño, la endiablada gata, esa endiablada.

¡Aquello fue horroroso!

Ya no era el quejido de niña enferma, de mujer moribunda.

Era grito desesperado de mujer furiosa.

Algunos congéneres suyos, atraídos por los gritos, llegaron.

¡Imbéciles!

Tomaban aquellos lamentos por los aullidos de la hembra en celo.

Se le acercaban y se les arrojaba encima, llena de odio, fiera, aterradora, y los hería.

¿Podía yo acaso dormir?

Le abrí.

A pesar de que sus gritos eran de mujer, usted comprende que no es fácil confundir una gata con una mujer, digo por el tamaño. No tenía remedio.

Yo no tendría temores de que viniese como en el *Gato Negro* a retratarse la figura de la víctima en la pared que estaba a la cabecera de la cama. No me arrepentiría como Poe en su personaje, de haber ejercido esa venganza justa. Como el par, tío de Byron que colgó del cielo de su cama la espada con que dio muerte a un pariente suyo, colgaría yo la calaverilla de la gata.

¿Usted ha visto un cráneo de gato? Son curiosos ¿verdad?
Yo lo hubiera hecho, si no me hubieran aprehendido.

¡Qué justicia!

¡Pobre país!

Si no fuera porque deseaba dormir y porque tenía miedo de salir con las manos acardenaladas, la hubiera dado muerte con crueldad, como dicen los timoratos.

¡Cómo me habría deleitado con sus sufrimientos, ya que ella me había causado tantos!

Primero un pinchazo en la nariz, luego sacarle un ojo; el otro no, para que pudiera verme a mí, a su verdugo; perforarle la lengua, cortársela y prenderla en sus propias garras; y para burlarme de ella, con su propia mano, separada ya, acariciarle la carilla para lavársela. Y luego sacarle el corazón para saber cuál era la causa de sus dolores.

¡Ja, ja, ja! Ahora sí creo que me estoy volviendo loco.

¡Ah! si no hubiera Códigos y jueces, y policías, vería usted cuantos hombres mataban a otros así, con esa crueldad. Yo no; ¡yo no he matado a esa mujer!

.....
.....
.....

Fue obra de segundos.

Allí estaba, en la sombra, brillándole fosfóricamente los ojos, chispeándole como dos faros lejanos ¿la vio usted?

Fue la última vez en que me miró con sus pupilas tiernas, inmensamente tiernas y poderosamente atractivas, como de ojos de tísica.

A mí nadie me quita que sus miradas eran amorosas.

Eso me exasperó más.

La acaricié, y cuando estaba confiada, rápidamente le oprimí el cuello con ambas manos.

¡¡Muerta!! Parecía que ya antes había matado a otras por el mismo método ¡qué seguridad!

¿Esto? ¡ah! es verdad; una convulsión la hizo arañarme. Yo creo que fue sin intención. Me ha de haber agradecido que la libertase de la vida.

Y arrojé su cadáver a la puerta de mi cuarto.

Oh, si he sabido lo que iba a pasar, antes me lo como.

Eso dicen: que allí a la puerta de mi alcoba miserable, se encontró el cadáver de una mujer con las huellas de la estrangulación.

¿Y no puede haber sido otro el criminal? ¿No puede ser una de tantas coincidencias?

Mire usted: yo creo que el vecino que declara que me vio entrar del brazo de una mujer, es el mismo asesino, el mismo homicida, que ha querido perjudicarme.

A mi cuarto de estudiante nunca llevé mujeres; yo lo juro a usted por... el alma de la gata, que no había visto ese cuerpo asqueroso, lleno de manchas y cicatrices, horrible, hasta que lo vi en la plancha.

Si antes la hubiera conocido puede ser que sí la hubiese matado por fea y por asquerosa, pero no.

¡Oh! rinda usted su informe favorable; que me lleven a jurado. Y se hará la luz.

El jurado —usted lo verá— el jurado me absuelve. No soy un homicida; soy un hombre que ha matado una gata.

O que se aprenda a todos los que han matado gatos.



.....
.....

Ya ustedes sabrían cual fue el informe que yo rendí, ¿verdad?

CUENTOS DEL MANICOMIO. WALPURGIS (?)⁶⁵

Ya sé que nadie va a darme crédito, pero yo necesito contarlo. Y es cierto. ¡Ojalá que no lo fuera!

Seis meses han transcurrido; los he contado minuto por minuto. Es decir, estoy en la mitad de la vida que entonces se me marcó, de esa vida patológica, dolorosa, siniestra, que llevo desde aquella noche.

Yo no era supersticioso, pero —¡si lo que engendra[n] siempre las supersticiones es eso: las coincidencias!

Aquellos buenos muchachos hablaron durante toda la velada de evocaciones de espíritus, de muertos, de aparecidos, de blancos sudarios empapados en la fría luz de la luna, de luces fosfóricas —miradas de esqueletos— circundadas por la noche.

Y entre bostezo y bostezo, me tragaba mucha risa, la que me causaba su imbécil credulidad.

Quince años antes hubiera necesitado de mi abuelita cerca de mi lecho, todos los temores hubieran comprimido mi espíritu, todos los miedos habrían estremecido mi cuerpo. Hubiera tenido gran horror a ver en la obscuridad, a entrar en el silencio. En una pieza oscura y callada, allí estaba, para mí, la muerte.

¿Por qué recordé esos miedos míos, de cuando era niño?

Salí de la casa de los crédulos muchachos.

Sentí calosfríos.

Como algún inexperto imberbe que comienza a dudar, y desafía con ofensas al que está a punto de dejar de ser su Dios, para que les muestre su existencia con un castigo, yo reté a los muertos.

65. *El Mundo*, México, 22 de enero de 1899. Signo de interrogación entre paréntesis del original.

.....
.....
¿Quién podía haber encendido la lámpara rosa de mi antesala?

¡Abiertas las puertas! a esa hora nadie podía esperarme; Andrés nada me había dicho.

¿A qué intentar describir lo que sentí; fue el miedo. Cualquiera lo sabe. ¿Quién no ha tenido miedo alguna vez?

Eso sí, los valientes son los que lo disimulan mejor. Entré.

Estaban en dos sillones, el uno junto del otro, silenciosos, inmóviles, yacentes, correctamente desnudos, como muertos, como muertos muy antiguos, como ejemplares de museo, el hueso al desnudo, y lavado, limpio, reluciente.

La luz de la lámpara que rodaba por sus cuerpos, los coloreaba fantásticamente.

Quise engañarme; quise hacerme creer que en mis labios se pintaba una sonrisa de valeroso desdén...; y me acerqué —¡pueril!— con la intención de tocar el fantasma, y desvanecer mi ilusión.

No tuve tiempo.

Los dos se levantaron, maquinales, automáticos, muñecos. Y me tendieron las diestras manos de huesos sin átomo de carne.

Nadie ha experimentado esa sensación; estoy seguro.

Ni sería fácil la experiencia. Se necesitaría un esqueleto galvanizado, que estrechase fuertemente la mano que se le tendiera.

También la muerte es contagiosa.

Sentí circular por mis venas la paralización de la sangre.

Con sus miradas me ataron las manos; una fuerza, la de las miradas, me las hizo llevar hacia atrás, y allí se me quedaron fijas, como las de un reo a quien llevan a presidio.

Los párpados se me cayeron pesadamente, y me vendaron los ojos.

Por un extraño fenómeno; conservé en medio del miedo un destello de serenidad. Recordé como caía al peso de dos trozos de plomo, el telón del teatrillo que tenía cuando yo era pequeño. Así me pareció, que tenía dos trozos de plomo en los párpados.

¿Anduvimos en tierra firme, rápidamente, vertiginosamente, o volamos por los aires en alas del mismo viento?

¡Cómo sonaban, en ruidoso craqueteo, los huesos de mis secuestradores!

¿No era aquello un secuestro?

Después... nada, silencio absoluto, impresión de vacío en derredor.

Al fin llegamos. Sentí cómo caíamos, pero no fue el choque violento que se siente al caer, cuando se ha volado... en sueños. El golpe se resiente en el cerebelo y se despierta.

Experimenté la sensación del nadador al chocar contra la superficie.

Y pude ver y oír; hablar no. Estábamos a la puerta del cementerio.

Las miradas anémicas de la luna, abarcaban toda la necrópolis.

Sólo en un rincón en donde había más muerte, bajo un sauce, un girón de sombra náufraga, se abrazaba magdalénicamente a los pies de una gran cruz.

No había criptas, ni túmulos, ni estatuas, ni mármoles, ni bronces; no había lápidas. Y, como sembradas sobre las sepulturas, las cruces de variados tamaños, enfiladas, las cruces angostas y serenas pero vacías, sin actitud dolorosa, sin expresión de misericordia, sin gesto de perdón, sin Crucificado.

Desde las ramas de los tristes cipreses, búhos, momias, lanzaban por sus ojos vidriosos, miradas de verdes pebeteros.

En un rincón yacían, en desordenado hacinamiento, todos los sarcófagos despedazados, todos los cenotafios desmenuzados.

La reja de hierro giró sobre sus goznes, con chirrido prolongado y agudísimo.

Mis secuestradores me hicieron seña de que entrase.

Los obedecí dócilmente, porque tenía curiosidad, como obedece al astrónomo el visitante del observatorio.

La curiosidad había matado al miedo.

Di un salto hacia atrás; trataban, al parecer, de desnudarme.

¿También los esqueletos roban?

Me obligaron por la fuerza, y me despojaron de mis vestidos; pero me despojaron con enormes descarnadores de mis vestidos carnales.

¡Qué horror!

Como registra el carcelero a la puerta de la prisión, me registraron, me esculcaron todas las cavidades del tronco, para que no me quedase ni una víscera.

Llegaron a la cabeza... ¡Nada me le quitaron!

Y volvieron a enlazar sus brazos a los míos, ya también descarnados.

¡Qué extraña sensación se experimenta cuando es un esqueleto!

Algunos salían a nuestro paso, dejaban sus fosas, brotaban sacudiéndose la tierra que rodaba por sus oquedades, como un cisne al salir del estanque sacude el agua de su plumaje.

Y nos seguían.

Allá al fondo, en donde se abre la calzada estrecha y sombría estaba la entrada de una catacumba, larga, muy larga y muy amplia.

¡Sorprendente, curioso, terriblemente hermoso, fue el espectáculo!

[¡] Mucha luz, luz de azufre! Diáfana, transparente, purísima la atmósfera.

Y ante una mesa inmensa, una muchedumbre de esqueletos, de pie, rígidos y severos.

En otra ocasión, más tranquilo, me habría reído. Al mismo tiempo, como un ejército de fantoches, me saludaron, inclinando sus cabezas calvas, en donde la misma luz se rio.

El lugar de preferencia fue para mí.

¡Un festín, festín de esqueletos!

Sobre la mesa había todo lo que hay en las mesas de los vivos.

Viandas y vinos.

Había flores, flores de cementerio, flores lloronas de colores tristes y de caras mustias.

En la atmósfera se reproducían por millares nuestras imágenes.

Allí, estaban los viejos luciendo sus cráneos deformes; la mandíbula inferior, como queriendo huir, saliente; la boca desdentada; por los huecos se veía la obscuridad del interior. Niños recién nacidos y recién muertos, asomaban sus carillas aplastadas y sus cabezas *redondas* (?)⁶⁶.

Y la luz arrancaba reflejos a los pulidos cráneos de frente estrecha, cráneos femeninos.

El cráneo de mi buró había sido devuelto a su dueño. Me saludó sonriente, como a un amigo.

Y entre todas las caras huesosas, resaltaba la mía, cara de ojos brillantes y de mejillas enrojecidas. Era yo su convidado de carne, de *carne y hueso*.

Comenzó a hacerse sentir la embriaguez.

Algunos daban el último sorbo del vino rojo y travieso que al resbalar les teñía las costillas, y rodaban bajo la mesa.

Todos charlaban alegremente en latín.

Yo los entendía muy bien, como algunos sordos entienden, por el movimiento de la boca. Hablaban silenciosamente, moviendo con rapidez sus bocas deslenguadas.

66. Signo de interrogación entre paréntesis del original.

Después... el viento encallejonándose entre los árboles, produjo sonidos de flauta, notas de pífano, acordes de violín, de arpa... una extraña melodía de Chopin.

Y empezaron el baile macabro. Al principio lenta, muy lentamente, cadenciosamente. Luego de risa, con rapidez, con vértigo, y con movimientos de epilépticos, de poseídos.

Era ensordecedor el castañeteo de sus miembros.

Yo contemplaba con atención aquel exótico espectáculo.

Un anciano se me acercó:

—A usted debe extrañarle mucho todo esto, ¿verdad? Este es el festín con que centenariamente celebramos el día nuestro, el día de los *muertos*. Como los escépticos que allá entre ustedes no creen en la existencia de otro mundo, nosotros no creemos en la existencia de esa vida por la que hemos pasado, la hemos olvidado por completo, y somos felices. Sólo cada siglo, aquí, en donde por la tarde, ante nuestra tumba, han vertido lágrimas falsas nuestros dolientes, ridículamente vestidos de luto, y provistos de un ramo de flores de a dos pesetas, celebramos nuestro advenimiento a la ciudad del absoluto reposo, del eterno bienestar.

Celebramos nuestro triunfo sobre la orgullosa Muerte; la hemos hecho nuestra; la hemos dominado; ¿podría matarnos? ¡Somos inmortales!

Usted lo será pronto, alégrese, sólo un año le resta de tratar con hipócritas, con malvados, con hombres. Un año. Yo lo sé muy bien. El próximo día de difuntos, lo espero allá al fondo del cementerio. Lo espero, —me repitió, y me largó la mano dura y fría.

...Se hundió en la negrura del cementerio.

La noche tendió por todas partes su manto de obscuridad y de frío.

El búho graznó lúgubrementemente y el grillo preludió su canción metálica.

En la sombra, distinguí a los danzantes; acompañaban a sus parejas hasta el borde de su sepulcro.

Ellas hacían una inclinación, ceremoniosa, reverente y se desplomaban. Después se oía —¡ah, yo lo oí repetidas veces!— el rebotar sus huesos contra las paredes de la fosa.

Muchos iban a un ángulo del panteón, y con un esfuerzo de voluntad que no parecía ser grande, se desbarataban, cruñían sus miembros al desarticularse, y quedaba un montón de huesos. Eran los del osario.

Y aumentó, aumentó prodigiosamente. Tibias y húmeros, fémures y radios astillados, cráneos incompletos...

El Miedo volvió a cobijarme con su manto helado.

Y eché a correr con toda la ligereza de que es capaz un esqueleto.

Me detuvieron en la puerta.

¿Iba a salir así?

Me entregaron mi veste carnal y volvieron a acompañarme.

Cuando volví en mí, aún tuve tiempo de ver brillar en la puerta los omóplatos de los dos habitantes del panteón que se alejaban.

Y allá, al fondo de la necrópolis, me esperaba el anciano. Allá me llevarán dentro de medio año.

¡Medio año!

¿Tendré valor para esperar?

¿No iré yo mismo a encerrarme en mi tumba?

No, no tendré valor para esperar.

Sí, yo mismo iré a encerrarme en mi tumba.

CUENTOS DEL MANICOMIO. ADULTERIO⁶⁷

Ya lo sé; no necesita usted decírmelo si a eso viene. Anoche lo supe sin que nadie me lo dijera; lo sabía hace mucho tiempo. A muerte ¿verdad?

Sólo le ruego que pronto cumplan su justa venganza. La justicia es la gran vengadora.

Si yo me vengué de ella, de la adúltera, [¿]por qué no han de vengarse otros de mí? No pretendo robarles ese placer, que me impongan el castigo a que, según ellos, me he hecho acreedor, que me ejecuten, pero que sea pronto.

Si como a otros sentenciados a muerte, me tienen encerrado durante mucho tiempo, o si mi defensor idiota consigue el indulto, entonces sí, sellaré esta vida de miserias y de imbecilidades, con el suicidio; no puedo más; mi memoria está a diario rumiando la historia de mi crimen, desde el principio hasta el fin. Que me maten, pero pronto... Hacen bien, todas las apariencias me condenan.

¿Que no hay prueba alguna de su falta? Ya lo creo; ¡oh! si la prueba existiese, no la habría matado; hubiera dado muerte a su amante.

A ella no; porque *se reunirían en el cementerio*.

La prueba pide la justicia; eso, la prueba fue lo que yo busqué inútilmente. Sin embargo, tengo la convicción de que fue adúltera, tengo la seguridad de su falta. Por eso la maté. Y no me arrepiento. Cuando lo deploro es solamente por la falta material que me hace. Siento el pesar que sentía cuando niño, después de haber roto un muñeco, para saciar mi apetito de destrucción o para saber qué tenía dentro. ¡Oh! si yo hubiera podido saber lo que ella tenía dentro de su alma.

67. *El Mundo*, México, 9 de abril de 1899.

Lo que me desespera es que desde entonces no vibra mi cerebro más que para esa idea, para la de mi crimen. No he podido sepultar en el negro hueco del olvido esa historia. Como las cajas de música que sólo tienen una pieza, y que cuando terminan vuelven a empezar, así en mi memoria llego al momento del uxoricidio y ella, la maldita, la adúltera, levanta su cuerpo acribillado de heridas y vuelve a desposarse conmigo y empieza de nuevo el drama terrible y sangriento, muy sangriento ¿no es verdad?

Esto nunca puede concluir. Yo la mato, y resucita; vuelve a provocar mis iras, y la vuelvo a asesinar, y así lo haría si de veras surgiese viva de su tumba.

Ese recuerdo, negro buitres odioso, me está royendo el cerebro.

Me siento agotado; que me maten pronto; que me maten pronto...

¿Sabe usted cuántas veces en un día puede una caja de música repetir la misma pieza?

¡Ah! figúrese cuántas veces releeré en mi cerebro esa historia. Como cuando me entregaba a los placeres del *haschich*, en una hora vivo muchas vidas; sólo que hoy todas esas vidas son mías; es la mía una y múltiple.

Ahora empieza otra vez, y como si a un espectador en un teatro, lo obligasen a presenciar la representación de su propia vida, de la tragedia de que es él mismo protagonista, me siento obligado a verla, a oírla, a sentirla, a representar dentro de mí mismo mi tragedia.

¡Qué feliz aquel día del casamiento! ¡Era tan hermosa!

Por eso me casé con ella.

Ya ve usted que los celos no son sólo privilegio del que ama.

¡Muy pronto se rompió la uniformidad de aquella monótona paz en mi hogar!

Un día sentí como si hubiese besado los labios de un oso marino; sus rojos y finos labios parecían congelados y en mi boca se coaguló el beso.

Miré sus ojos y estaban mudos. Tenían el brillo y el silencio de los ojos de esmalte.

Y sus brazos me estrecharon como podrían hacerlo los brazos de loza de una muñeca que tuviese cuerda para abrazar...

[¡]Qué! ¿tan pronto el hastío habría hecho de ella una nueva víctima? ¿Sería una decepcionada? ¿Habría esperado que fuese algo más el matrimonio?

Y bien, yo no podía darle más; así son todos los matrimonios.

Sin embargo, procuré ser más amante, más apasionado, más ardoroso.

¡Ojalá que hubiera podido ser menos feo!

Acaso sería una esteta intransigente.

Acaso abarcaba la horrible magnitud del contraste de mi cuerpo enjuto y zahonado al lado de su carne mórbida y blanca.

...Ella cumplía en todo como buena esposa. Era más, era una buena esclava.

¡Pero eso me desesperaba; a mi lado no era feliz!

Y la melancolía comenzó a hacer lacio su cuerpo, indolentes sus actitudes.

¿Era una mujer, o era un mármol hecho carne?

Yo gustaba de ella —creo habérselo dicho—, porque era hermosa. Gustaba de envolverme en sus cabellos blondos, gustaba de envolverme en sus miradas zafíricas, gustaba de que me envolviese y me embriagase con sus caricias, pero ya mi mujer se había vuelto muñeca. Era una Ruth que había vuelto a ser mujer.

Y cuando allí, ante la ventana, inmóvil y silenciosa, el crepúsculo la iba amortajando y ella dejaba hundirse sus miradas en la lluvia cada vez más densa de sombras que caía sobre la tierra ¿en qué pensaba?

Su laconismo era desesperante; me causaba su respuesta el dolor de un martillazo: «en nada» «en nada». ¿Se puede pensar en nada! ¿Cómo se paraliza esa máquina de movimiento continuo? yo no quiero ya pensar.

«En nada» ¡y un suspiro hondo y largo entreabría su boca!
¿Soñaría, tendría ansias infinitas, deseos inmensos, anhelos inexplicables de algo, de ese algo que nunca llega, que nunca se define bien?

¡Oh, no, no!; las nervaduras del mármol son ficticias, no corre sangre por las venas del jaspe.

Esas ansias nunca satisfechas, esos anhelos jamás colmados, son patrimonio de los elegidos de la Diosa Neurosis.

Y sus miradas eran más vacías, sus besos más insípidos, más automáticas sus caricias.

Aquella mujer no me amaba.

Pero ¿amaba a otro?

Y la flor negra de los celos se abrió en mi corazón. ¡Oh! si eso fuera la mataría.

Procuré sorprenderla. La espíe en sus habitaciones. Siempre el mismo canturreo cuando bordaba; siempre el mismo bostezo cuando leía.

Llegué a horas inesperadas. Nada, nadie.

Y sin embargo, la idea de que me era infiel se prendió a mi cerebro con tentáculos de pulpo.

Me parecía encontrar en aquellas carnes, en donde era una mancha mi mano simiana, huellas de caricias ajenas.

Y ¡ay! en sus labios ya no volví a hallar calor. A veces encontraba al juntarlos con los míos, un beso que no era de ellos para mí; el beso maldito del desconocido que estaba allí palpitante, vivo.

Y comenzó a arrastrarse por mi corazón como un repugnante caracol que dejara a su paso reguero de baba gelatinosa y envenenadora, el terrible odio.

¿Cuál era, si no amaba a alguien, la causa de sus hondas melancolías, de su eterna nostalgia[?]

Cuando sumergía mis miradas en sus ojos eternamente serenos, en sus ojos azules sin tempestades, Saharas de expresión, se perdían como la sonda en las profundidades del mar.

Intercepté su correspondencia. Ni un indicio.

Y por las noches, en vela, conteniendo el aliento allí muy cerca de ella, aguardaba oír un nombre que se le escapara.

Siempre su respiración acompasada. De cuando en cuando un suspiro, aquel suspiro desesperante que me irritaba, que hacía crecer más y más mi odio...

¿Había pertenecido aquella mujer, antes que a mí, a otro hombre por el cual anhelaba?

¡Ah! si así era cómo debía a solas burlarse de mi imbécil, de mi *inocente* credulidad.

En mi pecho se desarrolló alarmantemente el terrible odio y llegó hasta sus más apartadas cavernosidades.

Luego invadió todo mi ser, lo llenó como el gas que llenara un pobre aeróstato hasta que se sintiera próximo a reventar.

«Tú no me amas», le dije.

¿Cómo no había de amarme si yo era tan bueno?

Tan bueno. [¿]Comprende usted?... Aquella noche me sentí impelido, obligado, a salir del teatro.

Esperando oír cuchicheos amorosos, llegué. En efecto. Hasta oí un beso, ¿lo oí en realidad?

De un golpe hice saltar el picaporte de la puerta.

Una figura de hombre, de hombre joven, de hombre hermoso —mi eterno enemigo—, se deslizó rápidamente, pegado a la pared, y se agazapó en un ángulo de la pieza.

Una, dos, tres veces, disparé sobre él, y cuando se disipó el humo de la pólvora, aquel hombre había desaparecido. Me había burlado.

La hipócrita aparentaba tranquilidad. Había gritado con espanto y estaba agitada.

El ruido la había hecho romper su armadura de hielo.

—«Pero ¿estaba yo loco?».

Loco, sí; eso habría deseado ella. Era una buena causa ajena a su voluntad para deshacerse de mi repulsiva compañía y poder presentarse en todas partes tranquila, serena e inocente.

Yo creo que pensaba con tal fuerza en su amante, que se reprodujo su imagen en el muro. Usted comprende que yo no puedo haber visto visiones.

Y ¿qué importaba que no me fuese infiel materialmente?

Bastaba su infidelidad de pensamiento para que yo la odiase, para que la odiase inmensamente.

Mi odio era gigantesco, era mi amor —[¿]entiende usted?—, era el amor que antes no había podido tenerle y que se manifestaba cuando la creía perdida, bajo la forma de odio. Un odio infinito, generador de insoportables, de incontenibles ansias de venganza.

Mi amor de Sátiro por ella, se convertía en el odio de Minotauro celoso de una de sus mujeres.

Traté de convencerme de que estaba en un error.

La estreché fuertemente, la oprimí contra mi pecho repleto de aborrecimiento por ella. La besé ruidosamente en la frente, en las mejillas, en los ojos, en la boca, en el cuello, su cuello blando y blanco, afelpado.

Cuando la retiré, busqué en el fondo de sus ojos la verdad, y subió a ellos una oleada de perfidia. Pasó por sus celestes pupilas un relámpago de maldad. En sus labios finos y rojos, en sus labios de sangre coagulada, en sus labios de nieve roja, se balanceó una sonrisa *clownesca*, burlona, irónica, befante, escarnecedora.

Gozaba con su triunfo y le causaba yo lástima y desprecio. Había logrado engañarme.

¡Oh, no! eso nunca.

Pude haber oprimido su cuello con mis manos atenaceantes, pero habría caído muy pronto inerte sobre la alfombra. No hubiera sufrido mucho, como yo lo deseaba.

Así lo reflexioné con una rapidez notable.

Y acariciando con cariño, con prematura gratitud, con deleite, el pomo de mi puñal *veneciano* —una cabeza dantesca— esperé impacientemente.

Llegó la noche envuelta en su manto muy negro, taimada, hipócrita... y mala consejera. ¡Como si ella no tuviese parte en el crimen!

Quien sabe si la luz de la luna hubiese llegado hasta mi espíritu a disipar un tanto sus negruras.

Esperé yo tranquilamente —así tranquilamente esperarán mis verdugos en la víspera de mi ejecución— a que el sueño se extendiera por su cuerpo pecador.

Debo en justicia hacerme un elogio por la destreza y violencia con que la até con fuertes ligaduras a su propia cama.

Presintió su destino y gimió y se retorció desesperadamente como un enfermo a quien [ad]ministrara cloroformo.

Sus dolorosos y penetrantes gritos no entraron en mi alma. ¡Cómo me deleité con los temblores que imprimió a su cuerpo, el miedo! Le temblaban los brazos, las piernas, los labios, hasta las miradas y aquel miedo horrible, mortal ¡era yo quien se lo inspiraba!

Retardé un momento más el placer, para saborearlo mejor, y suavemente, delicadamente, hundí la hoja brillante y pura en la carne blanca... la sangre puso su nota roja.

Había sido en el muslo. No debía morir muy pronto y sin embargo murió; el miedo la asesinó. Fue una pequeña decepción para mí; después iba a saciar mi febril sed de venganza en carne muerta.

Una vez y otra y otra, hundí la hoja acerada.

¡Qué placer cuando sentía la resistencia de la carne maciza! Cómo oprimían las carnes abiertas al puñal justiciero, y cómo besaban las heridas con sus labios muy rojos —¿podrían no serlo?— la hoja homicida.

Y cada vez que se desgarraba la epidermis, cada que rompía los tejidos, abriendo nuevos manantiales de sangre tibia, muy tibia y muy roja, experimentaba placer infinito, inefable y enervante.

A cada puñalada sentía mayor desahogo; un peso enorme se desprendía de mi alma. El odio me salía ya satisfecho, en

enormes cantidades. Transpiraba odio por todos los poros. ¡Estaba yo sanando!

Mi brazo fue debilitándose; fueron más suaves los golpes, más pequeñas las heridas y no pude más.

Me encontraron desmayado, desmayado de placer, junto al cadáver.

Dicen que eran cuarenta y ocho heridas; es posible, —y me acusan de espantosa crueldad. Tienen razón: fue una imbécil crueldad, tanto herir un cuerpo muerto. ¡Si hubiera tenido vida hasta el último golpe!

Estoy vengado y ella está redimida. La hice impecable. La sacra putrefacción purifica su cuerpo del pecado y la salva de toda profanación humana, allá en el fondo de su tumba.

.....

.....

¿Ve usted? ya empieza de nuevo mi pesadilla.

Ya veo el velo blanco y los blancos azahares de la desposada. Ya siento el olor del incienso del templo.

.....

¡Oh! que me maten pronto, que me maten pronto.

DOS VECES MUERTO⁶⁸

—Pues bien, oye; sacia tu tenaz curiosidad aún cuando sea a costa de mi reputación de hombre cuerdo.

Veremos si sabes guardar el secreto.



Cuando Juan murió, no esta vez, la otra, recibí la noticia inesperadamente, bruscamente. Me hallaba en una cantina, y me produjo el espasmo que me hubiera causado una agresión violenta, a mano armada.

Lo de siempre: *me parecía mentira*. Me entró la tristeza de la muerte.

Ciertamente, era de muerto aquella inmovilidad. Estaba rígido, sobre las verdes tablas de su pobre cama desnuda. Tenía cruzados los brazos sobre el pecho, y un tanto inclinada hacia adelante la cabeza; así, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, durante los crepúsculo[s] se paseaba meditando por los sombreros corredores de la escuela.

¡Oh, qué hermoso cuadro, si se hubiera incorporado, para recorrer meditando las piezas de su casa!

Con una solución desinfectante le bañaron el rostro, —rostro de pergamino viejo— y el cuerpo esqueletudo, que tenía por mortaja, como él lo pidió, una blanquísima sábana. Ni un signo de protesta; ningún músculo de la cara se le contrajo.

¡Debía de estar bien muerto!

Siguió espionando por sus párpados entrecerrados y dejó, indiferente, que le rodaran las gotas venenosas por los ojos,

68. *El Mundo*, México, 6 de agosto de 1899.



por las mejillas, por la boca entreabierta. Era una lluvia de lágrimas que rodaba hasta el cuello.

Sus cabellos y su bigote desordenados, parecían entonces más negros que nunca, sobre el amarillo mate del cutis de tísico. Todos le tenían miedo, asco, y por precaución lo velaban desde la pieza inmediata, enfrente de su cadáver, y todos llevaban esencias en sus pañuelos.

¡Es tan horrible la tisis!

¡Cuán larga es una noche pasada en compañía de un cadáver!

Las horas se arrastraron muy lentamente, rodeadas del negro silencio.

Sólo cortaba el silencio del luto uno que otro suspiro periódico de dolor, de simple desahogo, o... de fastidio, y el cuchicheo de los que fumando charlaban de política, de medicina, de comercio... para no rodar al abismo del sueño.

De cuando en cuando, alguien se acercaba al infeliz Juan, y nuevo rocío desinfectante que hacía saltar, en la sábana blanca, manchas oscuras, y nueva despabiladura a los gruesos cirios que crepitaban acompasadamente, como si murmurasen una oración.

Andaban cautelosamente, sin producir ruido.

Era el temor de que se fuera a despertar de su espeso sueño.

Debe ser espantosísimo el que un muerto resucite. Hasta los que habían tomado parte más activa, en el coro de lamentaciones, de llanto y de sollozos, con que acompañaron el estertor de su agonía, hubieran emprendido la fuga aterrorizados, si lo hubieran visto moverse.

Al fin llegó la luz del día, levantando ruidos por todas partes: abrir y cerrar de puertas; toses de madrugadores, mugidos de ganados, gritos de vendedores, rodar de carruajes, llantos de chiquillos.

¡Cuánta cabellera en desorden, cuántos semblantes empalidecidos y manchados por las huellas de un río seco

ya, de lágrimas amargas, porque amargo es el sabor de toda secreción[!]

El anciano, eterno acompañante de los que por la última noche están visibles para los de este mundo, aquel que hizo rezar tantas oraciones, tenía[,] enrojecida hasta el escarlata, la esclerótica.

Comenzaron a vaciar la recámara; precisaba la desinfección, y urgía que la familia no encontrase el mismo aspecto para que no sufriera con los recuerdos. ¡Qué gran empeño tienen los vivos en olvidar pronto a los muertos!

¡Ah, si él pudiera haber asistido a las escenas que se desarrollaban ante su cadáver!

Siempre lo había dicho: «sería curioso presenciar todo lo que hacen los deudos y conocidos cuando uno acaba de morir».

Llegaron los enlutados enterradores, y procedieron como muy amaestrados a su tarea de recogedores de cuerpos inútiles, perjudiciales, en vísperas de putrefacción.

Los deudos se entregaron a los más desesperados y ruidosos desbordamientos de dolor.

Hubo gritos agudísimos, llantos escandalosos y frases impresionantes.

Una joven enamorada de Juan, se abrazó al cadáver y pretendía no separarse de él, besándole por todos lados el rostro duro y frío.

¡Qué repugnante!

Algunas frases me parecieron demasiado dolorosas.

¿Por qué te vas, y no me llevas contigo?

¡Hermosas escenas para un drama espeluznante!

Una sonrisa de incredulidades y de desprecio, se asomó por los entreabiertos labios del muerto.

Muchos lloraban, aun sin ser parientes del que se llevaban los enterradores.

Por egoísmo unos; por contagio otros.

Al pensar en el padre, en el hermano muertos, o valetudinarios, enfermos desahuciados.

Por contagio, como se ríe con los que ríen, y se bosteza, y se come con apetito, con los que bostezan, o comen con apetito frente a nosotros.

Recordé a los que alquilaban llorones para sus muertos.

Sacaron el ataúd.

El pobre Juan se estropeaba el cuerpo contra las paredes de su última casa tan fría, tan oscura, tan lóbrega como ninguna de las frías, oscuras y lóbregas que antes había habitado.

Después, la misa de *réquiem*.

La voz artificialmente triste, lúgubre del sacerdote, resonó en la iglesia espaciosa, fatídicamente.

¿Le bastarían para la salvación de su alma aquellas palabras dichas en latín con sonsonete y lentitud desesperantes?

Le hicieron ocupar su puesto en la carroza para que fuese delante de nosotros, como correspondía.

Y subimos al coche encortinado.

Las conversaciones eran obligadas a tema triste.

El aire del campo, *ese aire puro*, me hizo mucho mal.

Me pareció que aspiraba una cantidad enorme de gas ácido carbónico.

¡Cómo me repugnaron aquellos árboles que corrían en sentido contrario, como si vinieran huyendo del panteón, y al pasar rápidamente, nos hacían las más estrafalarias genuflexiones; contorsionaban sus troncos, como lo hacen con sus cuerpos, los cirqueros.

¡Qué extraño!

Sentía la angustiada sofocación que debe sentir la nube cargada de electricidad, antes de unirse a otra para que estalle la chispa. Mi cuerpo se convulsionaba —*interiormente*— con los estremecimientos que he visto en los hipnotizados.

Los latidos de mi corazón, que parecía asustado, repercutían dentro de mi cabeza, como si fuera mi cráneo la bóveda de una

gigante catedral en donde una multitud de herreros golpease fuertemente y a compás sobre un yunque descomunal.

Experimenté la impresión de que mi pobre cabeza era una bomba pletórica de dinamita, a la que lentamente se iba acercando el fuego de una mecha encendida para hacerla estallar. Me faltaba oxígeno, para la respiración.

Salí a la *plataforma*.

Me causé lástima, y me inspiré temores por mi salud. Intenté tranquilizarme...

De pronto subió al coche un hombre.

Vestía de negro y cubría su cara una gran bufanda.

Apenas se le veían los ojos, unos ojos negros, muy negros, de extraño y poderoso brillo.

Me tendió la mano y estrechó la mía, de manera significativa.

¡Su voz! No podía dudarle; la conocía bastante.

—¡Qué curiosas son estas escenas! [—]me dijo.

No había duda; era Juan.

Llamé todas mis energías, y creo que estuve sereno.

—He presenciado todo lo ocurrido anoche, y deseoso de ver las últimas pantomimas de esta gente, con un esfuerzo supremo de voluntad, he logrado venir hasta aquí[—]. Y con voz de ultratumba, me refirió todas las conversaciones que tuvieron frente a su cadáver.

Su voz resonaba como si saliera del fondo del ataúd.

—¡Lástima que no pueda yo presenciar la escena final de mis funerales. Tendré que regresar a tiempo para que me sepulsen.

Y río, río con risa macabra.

¡Oh desdicha! La bufanda se le cayó por el movimiento de las mandíbulas.

Y —¡estamos en el origen de la desgracia!— un joven anémico le vio y lanzó un grito horrible: «¡el muerto!».

Y cayó desmayado.

Todos lo atendieron compadeciéndolo por haber sido víctima de una alucinación.

Juan aprovechó la confusión, y descendió violentamente.

Le vi, le oí, con gran terror, alejarse de prisa, en sentido contrario del que llevábamos.

Se perdió entre los árboles de la calzada. Pero ¿a dónde iba? ¿a quién íbamos a sepultar entonces?

¡Qué angustia!

Llegamos; alguien quedó al cuidado del infeliz joven que tenía fiebre.

¿Ilusión? Éramos entonces dos los ilusionados.

Yo llevé en hombros el féretro.

¡¡Estaba vacío!!

Un sepulturero confirmó mi sospecha.

Al bajar a la fosa nueva la caja mortuoria, lo dijo: ¡Qué poco pesa este muerto!

La tierra resonaba sobre la tapa del ataúd como cuando se golpea una caja hueca.

Colocaron una cruz sobre la tumba y partió el severo cortejo.

El pobre Juan estaba condenado a quedar insepulto.

Esperaba hallarlo muerto, tendido en el camino.

¡Oh! y si lo encontraban ¡cuántos iban a morir de muerte; horrible muerte!

Nada; Juan no pareció.

Los dolientes se habían salvado de una impresión superior a las energías de sus vulgares espíritus, pero Juan ¡el infortunado Juan! ¿qué sería de su cadáver ambulante?

Cuando ya entrada la noche, la luna fingió fantasmas por todas partes con los árboles de la calzada, resolví volver a mi casa. Traté de convencerme de que era yo juguete de una pesadilla.

Y seguí muchos días con la duda siniestra, clavada en mi cerebro como un clavo monstruoso.

Y varias veces he visto pasar a ese hombre rápidamente, velozmente, junto a mí, en la calle.

El mismo traje negro ya deteriorado, la misma enorme bufanda cubriéndole el rostro.

Una noche, lo entreví en el fondo de una cantina de barrio.
¡Naturalmente no tomaba alcohol!

Tenía la vista perdida en el espacio. Ya no brillaban extraña y poderosamente sus negros ojos. ¡Mirada idiota! Cuando llegaba a mi casa, ha pasado no muy lejos de mí, como siempre, corriendo, como si le urgiese llegar a tiempo a alguna parte.

Estoy seguro de haber sentido olor de cuerpo putrefacto.

Y siempre el temor al ridículo me impidió hablar a ese hombre, llamar a ese cadáver.

¿Agotadas sus energías, seguía caminando por inercia, como un autómatas, sin saber a dónde iba, ni qué podía hacer? Si hubiera resucitado, si estuviera vivo, lo más fácil le hubiera sido volver a una vida de trabajo; pero ¡estaba muerto! ¿Y qué necesita un muerto?

Lo único que le hacía falta era una fosa. Pero acaso él mismo ya no lo sabía, porque ya no pensaba.

¡Y si era un trasunto de él!

Si mi imaginación cobarde, asustadiza, le había hallado parecido con aquel hombre que era acaso un limosnero vergonzante. ¿Y porqué corría?

Los mendigos no corren; siempre van despacio, abrumados bajo el peso de su miseria.

En todo caso yo no podía presentarme a denunciarlo ante una autoridad, ni detenerlo para darle sepultura.

Pero ayer, ayer han cesado todas mis dudas.

Ese hombre que has visto en la plancha del anfiteatro, que fue destrozado por un tren, ese cuerpo putrefacto, cuyas vísceras no hemos podido ya examinar, cuyos intestinos estaban vacíos de alimentos, ese ¡era Juan!

Ustedes han creído que es un infeliz que murió de hambre, y a quien ya muerto, trituró la locomotora. Bien, esa hipótesis robustece mi creencia o bien, ya faltar en absoluto de energías, de facultades mentales, lo ha sorprendido el tren, o acaso con

el último resto de inteligencia, comprendió su desesperante situación, y se arrojó a la vía, para que lo recogieran muerto y le diesen sepultura.

Debe de haberle repugnado mucho ir a compartir su lecho con toda clase de gente: a la fosa común.

¿Comprendes mi obstinación por que se me entregara?

Y yo solo lo he velado, y yo solo he asistido a sus funerales, pero ahora sí no me cabe duda; está sepultado. Esta vez no se escapó.

Ya ese cadáver no se pasará más por las calles.

Ya estoy tranquilo.

¡Y la ridícula romántica enamorada de Juan, si algún día quiere hacer ostentación de su dolor de oropel, depositará flores sobre una tumba sin muerto, sobre una fosa vacía!

AMOR DE GATO⁶⁹

Salió de su somnolencia, dentro de la cual *runruneando*, había pensado mucho tiempo con pesar en la llegada de esa hora. Irguió en el blando sillón su delicado cuerpo, con el que fingió el arco de un acueducto antiguo, y con felina suavidad descendió a la alfombra.

Con la boca llena de bostezos reveladores de fastidio, emprendió la marcha.

Sus ojos llameaban como foquillos de luz en medio de la sombra. Sacudió la cabeza para espantar el bochorno perezoso, y avanzó resueltamente moviendo la cola, como si por su finura, el viento la impeliese.

Se agitaba como serpiente gozosa, la cola negra, delgada, esbelta.

Y avanza entre la silenciosa negrura de la alcoba. Ya lo buscaban en la oscuridad, dos ojillos negros, dos brillazones de carbunco.

A la puerta de una amplia galería del sombroso castillo que agujereaba los muros de la casa, y al fondo se volvía subterráneo, estaba ya la amante esperándole.

Llega, y la apasionada con sus manecitas rosadas, acaricia la elegante cabeza felina.

El coloquio empieza

De la delicada boca de la roedora, ruedan promesas de un eterno amor, brotan dulces afirmaciones de una poderosa e inmortal pasión.

Él la acaricia, procurando ocultar del todo las curvas y afiladas uñas.

69. *El Mundo*, México, 1 de octubre de 1899. Este cuento se vuelve a publicar póstumamente en el *Diario del Hogar*, México, 22 de noviembre de 1907.

La historia de esa pasión empezó hace ya mucho tiempo, mucho, hace 60 noches.

Envuelto en un saco de recio lienzo, lo llevaron allí cuando era muy pequeño todavía.

Temeroso de los hombres y de las cosas desconocidas que allí miraba, fue a ocultar los temblores de su miedo bajo amplia cama de palo santo.

Ella salió a su acostumbrado paseo nocturno, seguida de una dama, y bruscamente, inesperadamente, sorprendentemente se halló cerca de él; se aterrorizó por el olor que revelaba la presencia de un enemigo temible.

El pobrecillo inexperto se echó a temblar y a maullar pidiendo auxilio.

Ella que conocía muy bien el idioma, cambió sus temores por confianza y lástima para el infante.

Se le acercó, y le prodigó palabras de consuelo.

Él se lo agradeció inmensamente. Podía haberle hecho mucho daño, porque era grande, era experimentada.

Desde aquella noche siguieron viéndose todos los días y siempre a la misma hora, cuando el silencio iba cubriendo toda la casa, cuando todas las voces morían y ningún paso resonaba.

Ella no volvió más cuando él creció; tenía la obligación de buscarla.

Y allí, envueltos en sombra, él recostado, y ella en pie algunas veces, otras dejando perder su negro cuerpo entre los pliegues del blanco y negro del amado, y siempre acariciándose con bocas y manos, pasaban las horas, viendo con ternura inmensa los ojos negros y brillantes, a los ojos verdes y lumíneos.

Hasta que un gallo amigo suyo les avisaba con su canto cortado por aletazos, que ya la aurora se había puesto en camino, se decían adiós... un adiós de enamorados.

La pobre enferma de absurdo amor, recorría entonces con cautela, silenciosamente, la amplia galería, para ir a su alcoba—celda de prisionera real— a soñar con él.

El centinela dormía.

Con sus pasos mudos, se alejaba el felino gozando con la idea del descanso y del sueño.

Después, ¡durante todo el día! encerrada al lado del odioso tirano del castillo eternamente oscuro, de su dueño, de aquel noble pardo de mirada inquisitiva e inquisidora, a quien su familia la había vendido.

¡Qué negros eran los días! cuánto tardaban en llegar las noches, esas noches que sí tenían luz, la luz fosforescente de unos ojos oblongos.

Sólo gozaba cuando no tenía encima el peso de aquellas miradas negras de su tirano, y podía pensar en las amorosas palabras que *él* le decía en su lenguaje de *emes*.

Él no había nacido para sentir el frío y el hambre de las azoteas. Era de estirpe real; una de las más puras noblezas de la raza de los felinos, era la nobleza suya.

Nadie se atrevía a arrojarle del cómodo sillón que había adoptado como lecho, y en donde *runruneando* pasaba las horas del día sumido en su incurable somnolencia, la somnolencia de los enfermos.

Muchas manos iban a prodigarle la voluptuosa caricia. Se incorporaba, [d]esperezábase y erguía la cola negra, delgada, esbelta, que levantada parecía culebra que quisiera salir de su triste situación de reptil.

Por supuesto, no pocas veces, cuando se hallaba mal-humorado, contestó a las caricias con un manotazo que acardenaló la mano humana.

De cuando en cuando, pensaba en la dama negra de ojos brillantes y redondos, en la cautiva que era su único amor.

¡No podía tener otro!

Algunos días bajaba, y se ponía a saltar, y correr por toda la casa, silenciosamente, sin que su cuerpo de terciopelo negro y blanco hiciera sonar un mueble, o derribarse un objeto.

Subía a las mesas cuajadas de *bibelots* y se complacía en andar por entre ellos, colocando las manos y las patitas en

los lugares más difíciles; ejercitaba su habilidad y bajaba triunfante.

De tarde en tarde, hacía sus visitas a la despensa, pero el ama reía de la travesura, y reprendía al que había dejado la puerta abierta.

Sólo una vez lo golpearon, pero no se fue porque allí estaba muy bien tratado. ¿Iba a vulgarizarse a las azoteas o al patio; a vivir en la miseria para encanallarse y ser un ladrón, un saltador?...

Una vez el tirano de su amada sospechó de la existencia de aquellos amores doblemente criminales. ¡Qué vergüenza! ¡Tender la mano a la odiada raza, a aquella con la cual tenían guerra declarada desde hacía tiempo, desde que sus antepasados riñeron en una Arca!

El noble pardo compró la mano de un asesino que fue a llevarle un tósigo en un apetitoso pedazo de carne. Pero el asesino nunca volvió. Aquella noche, después de las caricias del saludo, ella le dijo lo que ocurría.

Malas noticias. Él, su dueño, sabía la historia de los amores criminales.

Una sonrisa de Voltaire asomó a la boca del felino. De pronto se oyó ruido. Ella pegó a la puerta su fina oreja. Eran pasos, no había duda, los conocía muy bien.

Y sus redondos ojos negros y brillantes, se llenaron de angustia.

—«Él», dijo implorando ayuda de su amante.

El felino, sin contestar, sin moverse, hincó los agudos dientes en el femenino cuerpo negro, en donde la sangre pintó un listón chillante. La roedora dio un grito ríspido, metálico, y todo volvió al silencio.

A la puerta de la amplia galería del sombroso castillo que agujereaba los muros de la casa, y al fondo se volvía subterráneo, asomaron unos ojos de mirada inquisitiva e inquisidora.

Y el noble pardo, el odioso tirano del castillo eternamente obscuro, vio al felino que aún se relamía las fauces, y volviéndose atrás se alejó a paso lento royendo unas palabras:
«Amor de gato.»

¡MIEDO!⁷⁰

Sí, amigo mío, he resuelto aceptar esa defensa, y no voy a ser yo quien la haga, va a hacerla el mismo acusado; yo sólo repetiré lo que él me dijo:

—Si nunca ha probado usted ese agrio manjar, si nunca ha sentido calosfriársele la piel, mezclársele la sangre misma dentro de las venas, con el frío intenso del miedo, no acepte usted mi defensa; no sabrá defenderme, porque no comprenderá mi crimen —comenzó el imberbe encarcelado de mirada febril y ademán nervioso.

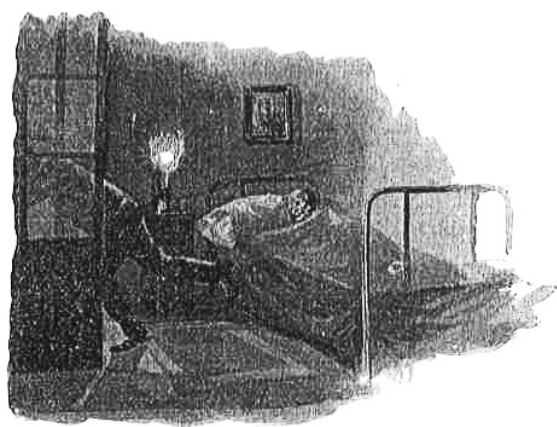
Jamás he experimentado la hermosa, la engrandecedora, la varonil impresión del valor. Nací cobarde, vergonzosamente cobarde, desesperantemente miedoso. No conozco más sentimiento que el miedo; como los ebrios experimentan todas sus sensaciones, al través del alcohol, yo he sentido todo, todo lo he visto al través del miedo; ahora mismo he deseado sentir el remordimiento, no lo conozco; he seguido sintiendo mi miedo *general*, un miedo a todo, sin particularizarlo, sin que me aterricen la figura del muerto por la noche.

Con mis primeros recuerdos de la infancia aparecen mis primeras aterradoras sensaciones de miedo.

¿Porqué me causaban, desde tan pequeño, impresión tan honda los atardeceres?

Cuando las campanas daban el pausado toque de oración, como si se quejasen porque iban a quedar sumidas en la obscura soledad de las torres, me invadía una tristeza infinita, sentía en mis ojos plétora de lágrimas y la tristeza era precursora de mi miedo. Llegaba mi inseparable compañero nocturno haciéndome sentir siempre su llegada, como en los

70. *El Mundo*, México, 29 de octubre de 1899.



rieles se siente la aproximación del tren, por estremecimientos, por vibraciones.

Odiaba yo la noche, deseaba para tranquilizarme que pronto encendieran luz.

Las hondas heridas abiertas en mi amor propio, por mis padres y hermanos, no bastaban a hacerme acometer la *temeraria* empresa de entrar en una habitación oscura. En una pieza negra y silenciosa, había para mí enorme cantidad de miedo que me bañaba al entrar. Se me desplomaba, abrumándome con su peso, sofocándome con sus mil brazos constrictores, como sofoca el boa con su anillado cuerpo cuando se desprende del árbol sobre la ternera.

Una noche mi padre me obligó a entrar en la sala sin luz.

Entré. ¡Cómo me aumentaron las pulsaciones!

Anduve despacio y en silencio; hubiérase creído que temía yo despertar a alguien.

Y cual si manos invisibles me hubieran oprimido bruscamente las costillas, me estremecí, enarqué el cuerpo hacia atrás, y volví violentamente la cara, con un grito de espanto.

Contra un mueble me descalabré, y a la carrera salí, chorreando sangre y lágrimas.

En la misma recámara dormíamos, muy cercanos nuestros lechos, mi hermano menor y yo.

Nuestro padre se había apiadado de aquel muchacho raquíto, endeble, delicado, femenino que deshonraba el mayorazgo, que sufría horribles pesadillas y prematuros insomnios, y había permitido que nos alumbrase durante la noche, velando nuestro sueño, una lamparilla que a veces como si quisiera también dormir, parpadeaba. Mi angustia era grande: ¡quedar a oscuras!

Envidiaba yo a los gatos que según el dicho de la abuelita sirvienta ven en la obscuridad; «ellos pueden huir del peligro, pueden defenderse de los enemigos».

Juntos entrábamos los dos hermanos en la recamarita, y me apresuraba a dormir antes que Felipe entrase en el sueño. ¡Qué horrible quedarme solo!

¡Y en la pieza contigua dormían mis padres!

No pocas veces, Felipe rendido al cansancio provocado por sus juegos de atleta, sus retozos de muchacho sano y fuerte, dormía con sueño macizo, invencible para él y para mí que pretendía me acompañara en mi temible soledad. (Yo prefería a la pelota y el trompo, una novela por entregas, prefería la inmovilidad a la carrera, y mi pequeño teatro era el que más me atraía entre mis juguetes)⁷¹. Entonces procuraba que despertasen mis padres; una tos persistente me atacaba o bien un dolor repentino, una neuralgia me hacía quejar ruidosamente.

Nunca en esas noches tuve valor, sino para descender de la cama castañeteándome los pocos dientes que me quedaban de los primeros que había tenido, y acercarme al bulto de ropa que, según mi consoladora presunción, era el que fingía en la pared, la figura de un burro enorme o de un hombre agazapado.

Alguna vez el catre estremecido por mis movimientos, chillaba como grillo, y no seguro de que fuese el catre necesitaba yo cambiarlo de lugar.

Una noche desperté bruscamente a Felipe, preguntando qué le sucedía, porque me pareció que no respiraba, yo no oía el ruido de su respiración en el silencio de la alcoba. ¿Estaría muerto? Me pidió indignado que le dejase dormir.

Parece que había una doble personalidad, y que yo, el menos cobarde, iba a convencer al *otro* yo de que no llevaba razón cuando se atemorizaba.

—«¿Lo ves? no tenías razón». Y sonriendo volvía a arroparme.

Pero me engañaba yo mismo; mientras apretaba los párpados y me cubría la cabeza con las sábanas, para protegerme de los

71. Paréntesis del original.

mosquitos que entonaban su monótona serenata, con el oído atento parecía cuidarme de enemigos invisibles, indefinidos, imaginarios.

Primero el ruido de un ratón que entretenía sus dientecllos contra la madera de un mueble, después la tos seca de la vieja criada allá lejos, luego el lúgubre maullido de un gato, y yo me echaba a temblar con un estremecimiento constante y suave, interrumpido a intervalos por fuertes sacudidas brevísimas, como sucedía a nuestro fino perro, cuando le ponían al sol después de bañarlo.

A veces empezaba yo a dormir y me descubría violentamente la cara, arrojaba lejos las ropas; había sentido, había tenido la seguridad de que un *fantasma* se me acercaba. *El coco*, ese *coco* nunca definido que era para mí hacía algunos años, según la voluntad de mi nodriza, un mendigo de voz ronca, «que iba a llevarme», o un montón de harapos verdosos que encuadraban una cara arrugada y negra, me hizo despertar todo en llanto muchas noches. Con su reaparición, yo sentía el mismo terror que cuando apenas empezaba a hablar. Me invadía todo el cuerpo, pero con especialidad la frente, un sudor frío.

¡Oh! sí, el sudor del miedo es frío, como el sudor de un bloque de hielo cuando siente calor.

Cuando me serenaba disminuía la impresión.

Los valientes deben sentir pocas veces calosfrío. ¡Qué raramente ha de enfriárseles el cuerpo!

Ahora aquí, en esta celda, he recordado muchas veces aquellas noches, por estas que paso; a misma impresión desesperante cuando, al despertar entre el silencio, sólo oigo las campanas del reloj vecino que indican los cuartos de hora. Esperaba impaciente, contándolos con cuidado y si daban cuatro ¡qué alegría! una hora más de marcha lenta, como marcha forzada, de la imponente noche hacia su ocaso.

¡Ah, la Aurora! Me producía el mismo efecto que he visto luego que causa a los enfermos que no logran conciliar el sueño.

Me volvía la calma, la confianza en los seres y en las cosas. Hasta la esperanza de que viviría más; muchas noches sentía ahogarme, me faltaba aire, ¡ignorante puerilidad! ¡el corazón no me latía! Entonces llamaba, gritaba... Siempre «¡la pesadilla!»; no me pedían explicaciones ya.

No olvidaré cuando subía la escalera, silbando fuertemente para ahuyentar *el susto*, y en el corredor, acurrucado, me aguardaba mi hermano. Saltó a mi paso, y gritó: ¡ahhh!

Las lágrimas, que procuré ocultar a miradas ajenas, fueron de dolor, de rabia, de desesperación, de impotencia, de vergüenza. ¡Mi hermano menor me había atemorizado!

Y bien, ¿no era yo hombre? ¿no tenía por mi sexo obligación de ser valiente? ¿no debía luchar?

Y yo trataba de convencerme: en resumen ¿qué era lo que temía? ¿qué lo que me causaba miedo?

¡Si hubiera sido algo definido! Yo no habría sido, no sería un infeliz cobarde. He conocido a un hombre que temía horriblemente a los perros, por pequeños que fuesen; pero sólo ellos le causaban temor.

Trataba yo de persuadirme: ¿por qué en las contiendas con mis compañeros, cuando preveía que terminaríamos en una lucha cuerpo a cuerpo, el temor me invadía las carnes, y mi cara se hacía pálida, como la cara de aquel viejo santo que en un nicho cuajado de prismas cristalinos estaba en nuestra recámara alzando al cielo sus miradas vidriosas?

En todo caso, si la derrota se declaraba por mi parte, no podía ser lo que sufriera sino un golpe más o menos doloroso que nada significaba.

Sin embargo, siempre lo mismo, entonces con ningún talento, y después con alguna diplomacia, hui de los asaltos de pugilato callejero, tan comunes entre los escolares.

Una vez, en los momentos en que se levantó, para descargarse sobre mí, la mano cerrada de un compañero, con quien reñía, la vi agigantarse, anticipadamente sentí con

descomunal fuerza el golpe, y grité y corrí miserablemente, sin intentar siquiera defenderme.

Por fortuna no había testigos, y rogué a mi adversario que al día siguiente no publicara mi deshonrosa derrota.

Lo hizo; seguramente pensó que esos triunfos no merecen publicarse. Sólo una vez recuerdo haber llevado en la cara, las huellas de una lucha corta y desigual; urgía demostrar que no tenía miedo y acepté ¡con qué gran esfuerzo de voluntad!

Pero Joaquín fue quien comprendió muy bien hasta qué punto era yo cobarde, y muchas veces me hizo con sus burlas, con sus sarcasmos, el ludibrio de todos los demás compañeros nuestros, en aquella escuela primaria.

Ni yo supe por qué aquel muchacho, distraído, juguetón, que parecía no observar hecho alguno, llegó a tener el conocimiento y la exacta medida de mi cobardía.

Yo habría sido muy feliz, si el destino nos hubiera separado al salir de aquel destartalado y sucio salón, en donde hiciéramos nuestros primeros estudios.

¡Juntos fuimos a la Escuela Superior!

Llegó a tratarme con cariño, pero su cariño que llevaba la ternura y la compasión y la frialdad del desprecio me ofendía, me injuriaba. Me quería porque no era yo digno de que me odiase.

Su orgullo le obligaba de cuando en cuando, a hacerme sentir su superioridad, a recordarme que me conocía, que había descubierto la vergonzante enfermedad; el asqueroso mal de que era víctima mi espíritu.

Comprenda usted todo lo grandioso de mis esfuerzos, para hallar siempre una contestación ingeniosa a la frase en que iba envuelta una injuria, una respuesta que les hiciera olvidarse de que yo debía proferir otra ofensa. Y les hacía reír con mis palabras, cuando la rabia me ahorcaba, y el miedo destilaba gota a gota helada en mi corazón.

Al separarme me entregaba a la desesperación de mi ira contra él, y contra mí que no podía dominarme. Yo empezaba

a pensar seriamente: ¿qué iba a ser de mí en la lucha por la vida, si no sabía, si no podía dominarme, vencerme a mí mismo?

Formaba mi resolución; le injuriaría, reñiría con él, aun cuando perdiese; eso ya no era mi culpa, sino obra de su notable superioridad física. Y, a la mañana siguiente, cuando le veía, y sobre todo, cuando él me veía, mi túnica de valor se me rodaba hasta los pies y me dejaba al descubierto, tal como yo era: un tembloroso cobarde.

Llegué a dominar mi amor propio, y una tarde, tarde tempestuosa, lo recuerdo... en esas tardes el relámpago y el rayo me producían tal impresión de terror, que huía de la soledad, iba a buscar compañeros; ría usted: ¡al lado de ellos temía menos al rayo! Esa tarde le supliqué: si era más fuerte, si era más valeroso, podía mejor protegerme contra los demás, que ridiculizarme ante ellos. Si era dueño de mi secreto ¿porqué no lo guardaba? Me oyó seriamente.

Aquel día sintió, es seguro, crecer su desprecio hacia mí, hasta el extremo de necesitar hacérselo sentir a los demás, y se los dijo; yo era un cobarde: ¿no habían visto cómo procuraba huir siempre las riñas? ¿no habían observado cómo me estremecía muchas veces, con sólo que me gritasen mi nombre cerca, para llamarme cuando estaba distraído?

¡Si era yo miedoso como una mujer, más, más cobarde que una niña! Lo verían. Y lo vieron. Al entrar a mi dormitorio di un grito, y salí corriendo.

Los brazos musculosos de Joaquín me sujetaron en la misma puerta, y tal fue el estruendo de las carcajadas, que deben de haber despertado de su profundo sueño al esqueleto que yacía en mi cama, y él mismo debe haber reído del terror que me inspiró su descarnado e inofensivo cuerpo.

—También los cobardes matan; cuídate —le dije enfáticamente, ridículamente, cuando estuvimos solos.

Un día puso en mis manos un revolver para que le matara y ¡¡no le maté!! Enfrente, con los brazos cruzados, sonriendo

y mirándome con fijeza, aguardó hasta que arrojé el arma al suelo.

Imposible, me estaba mirando.

¿Temí errar el tiro? ¿Temí las consecuencias si lo acertaba?

No sé; «¡tuve miedo!» es lo único que puedo afirmar.

Mi mal se exacerbó.

Cuando bebía alcohol, al contrario de lo que yo había notado en otros, me volvía aún más cobarde, y al siguiente día peor; sobre todo la soledad era lo que más me aterrorizaba. No quería hallarme solo.

A menudo, en las noches, cuando inclinado sobre el libro, procuraba la resolución de un problema, sentía entrarme el miedo por la cabeza, caerme como si fuera un chorro de agua.

Y muchas veces la misma palabra me abofeteó: «cobarde, cobarde»; en sueños la oía; salía de una garganta poderosa, me ensordecía, y después como si me rodeasen montañas y montañas, el eco me la arrojaba muchas veces a la cara: «cobarde, cobarde».

Decidí matarle; me vindicaría a los ojos de quienes me creían incapaz de dar muerte ni a un perro. Me vindicaría a mis propios ojos.

Me urgía confirmar lo dicho: «también los cobardes matan», y así me libraría de aquel dominador mío.

Me bañaba con sus terribles miradas, me recorría con la vista de la cabeza a los pies, y en el lugar en que más se detenía mirándome, allí mismo, sentía el pinchazo de las agujas de sus miradas y por allí me entraba la inyección del miedo que se difundía lentamente por el cuerpo. Necesitaba evitar que me viese, llegar sin que sintiera mi aproximación, matarle por la espalda.

Gozaba durante el día con la idea de mi venganza, pero por la noche mis sufrimientos eran grandes; despertaba sobresaltado buscando bajo la almohada mi acariciada arma, temía que me la robasen, que él, conocedor de mis intenciones,

se me adelantara y fuera a darme muerte. Y sin embargo no acababa de resolverme a llevar a cabo mis propósitos.

Pero ese día me injurió nuevamente: «Eres un cobarde», y me volvió con desprecio sus anchas espaldas presentando un magnífico blanco, aun para mi mala puntería.

Sin vacilar ya, hice fuego, y cuando le vi caer agitándose como culebra herida, temía que se levantara, y disparé, disparé, disparé hasta que ya no hubo proyectiles en el cilindro ¡qué lástima! ¿Qué habrá pensado cuando se revolcaba en la sangre que le brotaba de la herida abierta por la mano de este cobarde?

Y hoy, en la prisión, me siento libre, aligerado de aquella mirada abrumadora, independiente de aquel dominio.

Yo que he sido desesperantemente miedoso, irremisiblemente cobarde, me siento algunas veces curado de mi mal; ya no huyo a la soledad, y creo sentirme valiente.

Ahora comprenderá usted por qué maté a ese hombre.

UNA VENGANZA⁷²

El naturalista después de levantar el bordado gorro, para cosquillearse la cabeza calva, con los afilados dedos, y alzarse hasta la frente las gafas de color, para restregar los ojos irritados por la prolongada lectura, salió de la pieza en donde durante tantas noches como aquella, se había entregado a los estudios que constituían su especialidad, y le habían dado nombre entre la gente docta.

Y corriendo piezas amplias y solitarias, en cuyas paredes la bujía le dibujó, caricaturizándolo, su cuerpo envuelto en aquella larga bata floreada, empequeñeciéndolo y alargándolo, extraordinariamente, ridículamente, llegó al cuartucho húmedo, lóbrego, destinado a bodega y biblioteca.

La bujía señaló con su dedo luminoso las grotescas figuras de todos los deshechos de la casa que habían ido a sepultar allí, en desordenado hacinamiento, en abigarradísima multitud.

Unos zapatos viejos hacíanse guiños, burlándose de una antigua bañera que, reina destronada, ostentaba aún los brillos de la corona, y unos sabihondos librotes, muy serios y orgullosos, aunque vestidos de polvo, y olvidados en ridícula postura de vulgares ebrios que van a caer.

Dejó en el suelo la amarilla palmatoria para levantar el viejo diccionario, y vio entonces moverse algo muy cerca: ¡un animal! Y lo bañó de luz; era una lagartijilla entumecida,

72. *El Mundo*, México, 26 de noviembre de 1899. El grabado de la página siguiente (que figura igualmente en portada), firmado «Alcalde», corresponde a una de las ilustraciones de este cuento. Agradecemos al bibliotecario Michael Fiolka (IAI, Bibliothek, Berlin) su ayuda en la reproducción de la imagen. El dibujante Carlos Alcalde (México, 1871-1917) figuró entre «los ilustradores que trabajaron prácticamente durante todo el tiempo de vida de la revista» (Alfaro Cuevas 2013-14: 97).



asustada, acaso medio dormida o moribunda que, apenas podía menearse.

Y era preciosa, ¡qué piel! hubiérase creído que era un trozo de césped húmedo y animado.

¡Un ejemplar raro!

¡Un buen ejemplar!

Con la hoja brillante del pequeño cortaplumas de cubiertas de concha, la pinchó en mitad de la espalda, la prendió contra la madera del piso y ¡cosa rara!, sintió que un estremecimiento le recorrió el cuerpo, y le pareció que un quejido débil, apenas perceptible, quejido de lagartija, extraño como lamento de flor azotada, brutalmente golpeada por el viento, salió de la boca del animal herido.

Vio con tristeza cómo se retorció ansiosamente, cómo levantaba del suelo la cabeza, agitaba las manos y la delgada cola haciendo esfuerzos para huir a aquella mortal presión, y sólo conseguía hacerse mayor la herida. Deseó que muriera pronto, para ahorro de sus dolores y sus ansias; sintió en su pecho un pequeño peso de tristeza y de temor que bien pudiera ser remordimiento por el crimen cometido. Ante los agónicos estremecimientos del reptil, recordó a cuántos animales había dado muerte, sólo porque eran hermosos, para enriquecer su colección, a cuántas plantas había sorprendido en momentos de amorosa unión y con la misma hoja brillante del cortaplumas de cubiertas de concha, había roto esos coloquios con la muerte. Pensó en las muchas alegrías criminales que había experimentado cuando se apoderó de *esos buenos ejemplares*, y sintió un remordimiento equivalente a la suma de muertes que había causado. ¿Tenía él derecho sobre todas aquellas vidas?

Esperó; los movimientos se hicieron menos rápidos, menos fuertes, menos frecuentes, y al cabo vino la inmovilidad, se fue aquella pequeña vida.

Salió rumbo a la mesa de estudio con la palmatoria en una mano y el cadáver flexible en la otra; por el vientre blanquizco asomaba la punta brillante del arma.

Y tomando por pantalla la pared, nuevamente se entretuvo la bujía en dibujar, ridiculizándolos, los cuerpos del vivo y de la muerta.

Pareció en un momento que iba a saltarle a la cara el animal aún vivo, y en un temblor instantáneo, dejó caer su ejemplar el nervioso naturalista.

Cuando volvió a sentarse ante el tapete verde de la mesa, notó que llovía.

Hasta entonces, y toda la tarde, con aburridora constancia se había oído el repiqueteo de los dedos ociosos de la lluvia, en la vidriera de la pieza. Tuvo frío.

Tendió sobre la tapa del tintero el cuerpo de la infortunada criatura, y abrió nuevamente el libro.

En el fondo negro de la taza de café apareció un ojo brillante que le miraba atentamente. Retiró la bujía.

Se sentía fatigado, sentía en el rostro la calentura de la irritación, y resolvió ir a la cama.

Mientras se desnudaba oyó a un grillo que un rincón de pieza silbaba y silbaba. Otro le contestó; le despertaron la idea de esos bandoleros que en mitad de los oscuros caminos, se ponen de acuerdo para salir al encuentro de la víctima que se aproxima, por medio de silbidos significativos.

Luego un negro moscardón revoloteó en torno suyo. Quién sabe qué le dijo en su lenguaje y con una voz ronca y solemne, como la de un fiscal acusador ante los jueces.

Con el cuerpo ya cubierto por las blancas sábanas del lecho, y la cabeza oculta entre el espeso velo de la obscuridad tendido sobre la alcoba, quedó pensando: «¡si los deudos de los animales muertos por los naturalistas, se vengasen!».

Y los grillos silbaban en los rincones de la alcoba. Había aumentado el número. Dentro de la escala aguda de sus

voces, había infinita variedad; eran muchas voces distintas, seguramente de muchos grillos iguales.

Y el negro moscardón zumbaba diciendo quién sabe qué en su lenguaje silbado y con voz ronca y solemne.

En el techo los alacranes gritaron algunas palabras, gorgoritearon algunas frases.

Sobre el buró se oyeron pasos menudos y discretos, y cautelosas palabras, apenas murmuradas.

Después le pareció sentir esos pasos ligeros, menudos, sobre sus piernas, como si un ratón corretease por encima de él.

Algunos cuerpos poco pesados caían desde el techo sobre el suyo. Pero eran tan leves los golpes que, sólo por su excesiva sensibilidad, el naturalista podía darse cuenta de ellos. ¿Sería aprensión suya? ¿De veras estarían cayéndole encima algunos animales?...

Sintió en la cara la misma ligera molestia que había sentido tantas veces, al tropezar en un jardín con una telaraña tendida de un árbol a otro cercano, y quiso pasarse la mano por la cara pero una ligera presión ejercida en el brazo se lo impidió, la presión de una ligadura hecha con delgado hilo; ¡y no pudo vencerla!; era un hilo delgado y fuerte como finísimo alambre de acero, un extraordinario hilo de araña.

Pretendió incorporarse; no pudo; iguales ligaduras le oprimieron en las piernas, en los brazos, en el tórax, en todo el cuerpo, y le oprimía más y más, como si alguien estrechara las mallas de aquella grande y extraña red. Cuando no pudo absolutamente moverse sintió sobre el cuerpo el cosquilloso y horripilante andar de innumerables arañas.

Y las vio, las pudo ver milagrosamente, a través de la compacta sombra. Entonces pudo darse cuenta de su angustiada situación.

Un golpe de horror lo hizo estremecer.

Las arañas recorrían por todas partes el techo, entrando y saliendo por las ropas que mostraban algunos agujeros. Los ratones con tesón trabajaban y abrían otras nuevas bocas en

las sábanas despedazadas, y mientras roían incansablemente, moviendo sus hociquillos en donde temblaban los largos bigotes, hacíanle muecas, y le clavaban en la cara, como desafiándole, sus miradas brillantes, negras, vivarachas.

Bien pronto la obra estuvo concluida.

Las ropas roídas con furia, le rodaban sobre el cuerpo en pelmazas, como grumos espesos de jabón, y hasta como cenizas volaban los más pequeños pedazos.

Entonces comenzó una invasión inesperada.

Del cielo de la pieza se descolgaban las arañas, bajaban por sus hilos, cabrioleando y deteniéndose a trechos, como esos saltimbancos que en los circos descienden de los trapecios por una cuerda, poco a poco, tomando figuras efectistas o ridículas. Luego se desprendían cerca de su cara y oía la agitada respiración de los pulmones de las arañas funambulescas.

Se desató una lluvia negra, muy negra; los alacranes chirriaron, agitando sus tenazas, caían, se revolcaban sobre él, lograban tomar su posición, y ligeramente se resbalaban por la cama. Algunos como por distracción le hirieron con sus armas. El dolor le atrofió los órganos vocales y no pudo gritar.

Alguna colmena se vació y el enjambre invadió la pieza. Todas las abejas seguían a su reina; el ruido que producían era ensordecedor, y reíanse cuando él, el desgraciado naturalista, cerraba instintivamente los ojos al verlas acercársele aterradoramente, hasta rozarle las mejillas con sus alas.

¡Las abejas! y pensó en la miel y en los cirios.

Anunciándose a la puerta con ruidosos aletazos, llegaron aviones y salangos que rompían a gritar como si viesan a una ave de rapiña. No salía aún del nuevo temblor miedoso que le causaba la reciente aparición, cuando hizo su entrada triunfal, como todas las suyas, una nube de langostas que hacían retumbar el aire con su estruendoso vuelo.

Bandadas espesas de mosquitos revoloteaban por todos los ámbitos de la pieza museo.

Sólo él, él que era un notable naturalista, podía distinguir las voces de tantos animales, y podía distinguir unas de otras las variadas especies. Mientras se fijaba en los mosquitos, cuyas picaduras tanta molestia le causaron siempre, un enjambre de cantáridas le llamó la atención. No pudo fijarse en el hermoso color de los élitros, porque pensó en la fiebre que iba a causarle el olor de ellos; y sintió la fiebre, [¡]y quiso escaparse al delirio que *veía* aproximársele!

Bajó la vista; el suelo estaba alfombrado; desagradable alfombra animada. Por los pies del catre subían escorpiones rabiosos agitando desesperadamente los garfios de sus colas ya henchidos de veneno, y sobre ellos cabalgaban las tarántulas.

Se arrastraban penosamente incontables *aligátore*s iguales a los del Nilo, —con los ojos desbordantes de sangre y los cortantes dientes descubiertos—, pero empequeñecidos hasta como una lagartijilla; ¡ah, la lagartijilla muerta!

Tortugas que andaban inusualmente despacio, tortugas viejas, subían también produciendo con sus carapachos al chocar, ruido de castañuelas rotas, manejadas por manos torpes. Y abrían las bocas para morderle y le mordían, ¡qué dolor!

Había en la movediza alfombra un fragmento rojizo que se agitaba sin cesar, y brillaba a intervalos, como las lentejuelas de un traje fantástico, cuando las golpea la luz: las hormigas. Subían, subían y cubrían completamente las cuatro piernas de la cama. En los cuatro extremos del catre vio a cuatro cuervos que graznaban a compás.

Describiendo elipsoides, voltejaron entonces en derredor de sus ojos unas falenas. Se le ocurrió: ¿despedirían luz sus ojos? ¿Él estaría viendo a favor de esa luz?

Y parpadeó repetidas veces.

Sintió en los pies un hormigueo y logró ver a dos hormigas que se colocaban riendo —de veras reían— en una misma línea, y se preparaban a correr. Empezaron la carrera en línea recta, cada una por una pierna.

Ellas creían que era carrera, y el cosquilleo le molestaba profundamente.

Un hidrófilo se le clavó en los labios, y empezó a chupar la sangre, hasta dejarlos pálidos, muy pálidos, ceráceos, «Debían llamarse hemófilos» —quiso gritar.

Una abeja se le había prendido en el vientre, y empezaba a introducirle poco a poco el aguijón.

El naturalista recordaba el suplicio de Prometeo y él se creyó un sentenciado de los dioses.

El piquete de la abeja fue la señal de ataque.

Todos los animales se abalanzaron sobre él y le picaban o le mordían por todas partes, hasta los de ordinario más inofensivos, como las golondrinas. Algunos no contentos con herirlo, le arrancaban pequeños pedazos de carne. Le pareció que era un caballo muerto arrojado en mitad de un muladar poblado de hambrientos zopilotes.

En un ángulo de la alcoba convertida en jaula, una triste tórtola lanzó su lúgubre *cucú*.

Las hormigas fatigadas, seguían sin tomar descanso, su carrera a través del cuerpo del infeliz sabio, lleno de piquetes y mordeduras, salvaban las zanjas abiertas y desbordantes de sangre, y les dejaban paso libre las arañas, los alacranes, los grillos, y las hormigas sus compañeras. Él las vio aproximarse y apretó los labios blancos, temía que le entrasen por la boca, pero no llegaron y siguieron su camino.

Creció su angustia, ¿a dónde iban?

Al llegar a los ojos se detuvieron: era el punto marcado para final de su carrera. Todos los animales celebraron la llegada con gritos.

¡Apareció una lagartija con un cortaplumas de cachas de concha clavado en la espalda!

Se arrastraba penosamente, quejábase con amargura.

Y empezó su peregrinación sobre el cuerpo destrozado.

Por última vez quiso gritar, llorar, moverse, correr, huir. ¡Imposible! Cuando ella llegó al corazón se detuvo.

Muchas hormigas comenzaron a subir por el cortaplumas, como a una percha.

¡Iban hundiéndolo poco a poco en el pecho del naturalista!

Las dos hormigas se arrojaron al fondo de los ojos como dos nadadores a un estanque.

Su desfallecimiento creció grandemente.

Y lo último que vio, con los ojos ya ciegos, fue otro naturalista igual a él, quizá él mismo, dentro del vientre de una gran vaca que se exhibía en un tablado, y un mono con la cabeza llena de canas que le hacía muecas de burla y de desprecio.



LA CABEZA DEL MUÑECO⁷³

¡Al fin!, las últimas palabras aletearon en la habitación; toda quedó repleta de silencio, y dejaron al muñeco rodeado de la atmósfera viciada con el humo de los cigarros que consumieron aquellos hombres, durante todo el tiempo en que habían permanecido allí encerrados, sosteniendo una charla para ellos amena y para él detestable. No pocas veces pareció que esta charla iba a caer, pero alguien la apuntalaba, como edificio en peligro; alguno lo levantaba, como en los frontones los buenos jugadores lo hacen con la pelota cuando va rebotando muy cerca del suelo, próxima ya a rodar solamente.

Se desesperó porque no podía abrir la ventana y estaba condenado a pasar así, envuelto en la gasa azul del humo, la noche entera.

Y con el pensamiento suspiró largamente, hondamente, ¡qué suplicio!

Tras unos cuantos instantes que pasó encerrado en una caja de cartón, lo desenvolvieron, lo desabrigaron del papel de china que se le enroscaba en el cuerpo, lo desnudaron a la vista de toda la familia.

¡Cómo lo alabaron!

Pasó de mano en mano: ¡qué bonito!

Y cada uno que lo examinaba, al darle vueltas entre los dedos, le hacía temblar la cabeza, aquella cabeza, fuente y receptáculo de sus padeceres.

73. *El Mundo Ilustrado*, México, 4 de febrero de 1900. En nuestra edición de *Cuentos fantásticos modernistas de Hispanoamérica* (2003) —en la que ya integrábamos el presente cuento— no pudimos precisar la fecha de su publicación por tomar entonces como fuente la antología de *Cuentos mexicanos del siglo XIX* de José Mancisidor Ortiz, en la que no constaba esta indicación.

Temblando lo dejaron despiadadamente sobre la mesa, con el peso enorme de la sombra sobre sus débiles espaldas.

Desde aquel día sus sufrimientos fueron mayores de los que había experimentado en el escaparate de la Mercería.

Casi no tuvo desde esa vez una hora de reposo.

Continuamente tenía en movimiento la cabeza, su cabeza buena y pesada, su cabeza de plomo, cabeza de estúpido, ¡ojalá que de veras lo hubiese sido!

Con esa cabeza, siempre estremeciéndosele, sentía revolotearle en el interior el pensamiento, como ave asustadiza que caída por una ventana dentro de la iglesia, se azota contra las bóvedas, buscando torpemente la salida.

Los primeros días, cuando lo dejaron olvidado sobre algún mueble, aquel niño de cabellera rubia y tez brillante, iguales a las del gran rorro que en la tienda había, y el cual llamaba «Papá» y «Mamá» si le oprimían un botoncito oculto bajo las ropas, abrigaba la esperanza de que iba a descansar, de que se le sosegaría la cabeza y podría dormir, dormir con su pesado sueño de plomo.

Pero no, alguien pasaba pisando fuerte, por cerca de él, y se estremecía el mueble, y nuevamente empezaba a temblarle la cabeza, a vibrarle el cerebro.

Otras veces, en medio del silencio de la noche, un carruaje pasaba a toda prisa, y la casa se estremecía, y la cabeza coronada con pesadísimo sombrero puesto de través empezaba a columpiársele de atrás a adelante.

Algunas veces no se explicaba la causa de sus estremecimientos; ¿sería que hasta el movimiento de la tierra le hacía daño?, porque él había oído decir un día, que la Tierra giraba.

El rorro que en la juguetería había sido su compañero de escaparate, hablaba cuando le introducían aire pero no pensaba; al igual del [*sic*] caballo de madera, y el «clown» de porcelana, tenía siempre quieta la cabeza.

¡Pero él! ¡Qué injusto había sido su creador! ¿Por qué le había hecho un cuerpo de muñeco y le había puesto cabeza de hombre, cabeza que pensaba?

Si al menos le hubiese sido dado hablar, habría pedido que se la arrancasen.

El niño de cabellera teñida por el sol y tez brillante como la de porcelana del rorro de la tienda, había roto en su presencia muchos muñecos caros; al llevárselos el Papá le había recomendado que los cuidase.

Él había acariciado la esperanza de que también le arrancara algún día la cabeza temblorosa, se la separase de aquella varilla delgada y larga que, como espina, tenía clavada en mitad del cráneo.

Y no; era su favorito, era su juguete querido, el único que con su presencia le estancaba el llanto, en los ojos brillantes y azules, como lagos que retratan el cielo.

Tras las noches sin sueño, largas noches pasadas sintiendo el frío de la soledad, venía el niño inconscientemente cruel, inocente de las torturas que con sus manecitas hoyueladas y blancas provocaba, y reía, reía hasta enrojecer y fatigarse, ante aquel temblor de la cabeza, esclava de todos y nunca de su dueño.

La tarde en que se vio parado en el barandal del balcón, cuánto deseó que lo dejaran caer; un paso, un paso solamente y se habría estrellado contra las losas de la acera, pero ¡no podía mover los pies!

Por aquel cariño dañoso del chicuelo, rara vez cumplía con sus deberes de pisapapel. Rodaba por todos los muebles de la casa; unas veces en la sala de espera; allí una niña que tenía quince años y los ojos muy negros, lo tomó entre las manos; y repetidas veces sonriente, le sacudió con fuerza; no supo qué grande era el mal que causaba.

Muchas horas había pensado él en aquella niña, y había sentido no verla cerca, no estar sufriendo entre sus manos.

¿Por qué no habría vuelto? Ya que él no podía ir en su busca, ¡si casualmente se le hubiera prendido a los encajes de su vestido y se lo hubiera llevado!

Un día lo habían dejado sobre el piano; cuando el temblor de su pobre cabeza empezó a hacerle pensar, vio en derredor mucha gente; miró muchos ojos hermosos, sintió perfume de mujer, los dedos de la joven sentada ante el mueble, travesaban sobre las teclas, y un hombre apoyado en la cubierta, allí en donde «él» estaba de pie, decía acompasadamente frases amorosas y deceptivas.

Cómo gozó y sufrió con las notas que saltaban por debajo de él.

Sintió deseos, unos deseos inmensos, de llorar y las lágrimas agolpadas ante sus ojos cerrados para el exterior, le rodaron sólidas y pesadas por dentro de la cabeza y al rebotarle le hicieron aún más daño, le provocaron dolores más grandes. Alguien lo tomó y al volver a colocarlo sobre el mueble, lo volvió de espaldas hacia la ejecutante.

Entonces pudo verse en el espejo. Hasta entonces se conoció; con la mirada siempre hacia el frente, no sabía qué cuerpo le sostenía la cabeza, qué cuerpo le sostenía a «él», porque ¿él no era su cabeza?

Y él mismo, agitando la cabeza se contestaba materialmente y con acción sentenciosa que sí, que sí...

Se entristeció, pues, ¿no tenía aspecto de estúpido?

El traje multicoloro, de pésimo gusto, con las manos —aparentaba tener manos— «perdidas» en los bolsillos del pantalón, replegaba hacia atrás el largo abrigo que le cubría. Y tenía abdomen redondo y abultado como de hombre satisfecho, como de burgués rechoncho; él que, si alguna ventaja tenía, era la de no comer, porque no lo necesitaba.

¿Su cara?, una cara amplia y carnosa, cara de hércules cándido, bueno, bonachón, tonto.

Si hubiera podido hablar, y hubiese dicho qué pensaba, nadie le hubiera creído, sólo por el aspecto de idiota que

tenía. Si embargo, pensaba, y pensaba como hombre barbudo —aunque ridículamente barbado—. Además, el sufrimiento le había despertado extraordinariamente la inteligencia.

Mucho tiempo estuvo contemplándose en el espejo hasta que, agobiado, desvanecido, triste, se le detuvo el pensamiento, entró en reposo absoluto su cerebro, con la cesación del movimiento de la cabeza que tanto odiaba; se odiaba a sí mismo, con odio destructor, odio mortal.

Sólo unos cuantos días, muy pocos, tres, había sido feliz; no había pensado.

Por la noche, el niño rubio lo dejó acostado en un librero y cuando él mismo fue a sacarlo de allí, llevaba el rostro muy pálido, como si lo hubiesen bañado con cera, y los ojos muy hundidos, como si hubiesen estado a punto de sepultarse en sus propias órbitas.

Pobre niño; él le amaba a pesar de todo.

¡Ah!, él había sufrido no sólo con sus dolores; estaba sentenciado a ser testigo mudo del drama que se desarrollaba como entre bastidores en aquella casa. Él había asistido a las aterradoras desesperaciones de aquel hombre, dueño suyo, que, creyéndose solo se mesaba los cabellos y rugía por sollozar. Alguna vez ese hombre clavó sus ojos que destilaban lágrimas en el muñeco de cabeza fuertemente estremecida y quedó pensativo; tal vez sospechó por un momento el suplicio de aquella cabeza.

Otra vez fue despertado bruscamente; la dueña de la casa tomó entre sus manos un papel que él pisaba y la vio caer sin sentido sobre la alfombra, y contra la mesa hacerse sangre y ¡no pudo auxiliarla!

La cabeza le temblaba inusitadamente; pensaba, pensaba mucho, recorría su pasado y miraba hacia el horizonte de lo porvenir y se miraba desesperante, desgraciado, extraordinariamente infeliz.

Aquellos hombres se habían estado allí toda la tarde; iban a descansar, iban a ver a sus mujeres, iban a gozar, a vivir, ¡¡a dormir!!

Y él no, él no tenía afectos, no tenía comodidades, él ni siquiera podía haberles gritado: «yo también pienso, también siento; yo también amo y odio, también vivo, pero con una vida de muñeco que tiene cabeza de hombre, con una vida sin igual, con la vida de una cabeza que separada de su tronco, siguiera viviendo muchos días».

Y la cabeza seguía balanceándose sobre la varilla elástica.

Le dolía por todos lados; parecía que le enterraban en muchas partes gruesos clavos, y sentía la vibración continuada como debe sentir el estremecimiento el alambre telegráfico cuando le pasa la corriente.

El trozo de plomo desprendido de la bóveda craneana le rebotaba dentro de la cabeza; y a veces se le quedaba quieto en alguna sinuosidad como doloroso tumor.

Ese trozo de la misma sustancia que estaba hecha su cabeza, ¿no sería su pensamiento?

Por la calle pasó despacio un carro cargado con rieles, levantando mucho ruido, y haciendo temblar el piso.

El estremecimiento se le acentuó, se hizo más fuerte y continuado el temblequeo, y nuevamente se desesperó.

Sus dolores aumentaron; sintió como si se le derritiera por el interior la cabeza; igual sensación habría experimentado, cuando lo fundieron en el molde, si ya entonces hubiera tenido vida, si hubiera entonces podido sentir ya: pero no; la vida se la había dado fatalmente aquel bamboleo.

Al menos los hombres cuando odian la vida, pueden dejarla a un lado.

Y bien, ¿no dicen que la cabeza manda y gobierna al cuerpo?

¿Por qué él no podía ni levantar una mano?

Y el esfuerzo del muñeco fue terrible...

En la mañana encontraron la cabeza caída a los pies del muñeco, y las manos, ¡las manos que había sacado de los

bolsillos del pantalón!, crispadas y en alto, cerca de la varilla elástica, ya quieta, rígida, y en la cual antes se balanceaba la desgracia del pisapapel.

En plena sala de la Exposición de la Academia, se lo dijo aquel hombre conceptuado por todos como maestro, se lo dijo en voz baja, cortando la frase con sonrisitas que hicieron el efecto de alfilerazos al pobre joven pintor.

—En efecto: ese Judas está bien muerto; pero no porque se haya ahorcado, no; usted es quien lo ha matado; igual estaría si lo hubiese presentado vendiendo a Cristo; falta expresión, falta vida. ¿En dónde están las huellas que dejó esa vida al desprenderse de este cuerpo? Decididamente tienen razón los cronistas: usted nunca podrá pintar más que cadáveres. Esa figura acaso con un soplo de vida...

—Qué crueldad— y el infortunado creyó que todos los visitantes habían oído la opinión, que todos iban a verle saltar la vergüenza que sintió subirle al rostro en una gran oleada; y hubiera deseado arrancar de la pared su cuadro y echar a correr con él a cuestras para ir a esconderlo en donde nadie pudiese hallarlo.

Desde entonces fue su constante pesadilla esa opinión: «no podría pintar más que cadáveres».

¡Y aquel soplo de vida!

Bien; trabajaría mucho, estudiaría mucho, y pasaría la mañana y la tarde,... y la noche en su taller.

¿Porqué no habría de dar vida a sus figuras al trasladarlas al lienzo, si las sentía con vida en su interior?

Y en el taller pasó muchas horas en mangas de camisa, con el vestido manchado, el cabello en desorden, y con el pincel en la mano. Y siempre su obra era coronada, con corona de espinas, por el fracaso.

74. *El Mundo ilustrado*, México, 1 de abril de 1900.

Sentía las palpitaciones de la concepción, con placer materno, pero luego experimentaba la dolorosísima tristeza de la madre que esperaba ansiosa ver el fruto de su vientre lleno de vida, y mira después nacer un cadáver.

A cada nueva derrota que sufría, pasado el momento de desesperación furiosa, acopiaba nuevas energías, nuevos bríos para la lucha.

Triunfaría al fin, porque perseveraba.

Un día se lo dijo un compañero: «Deja los cuadros y dedícate a algo más práctico; que vas a volverte loco, y sin conseguir el triunfo».

Todos lo desalentaban, [¡]todos lo creían inútil! Él demostraría con el tiempo que se habían equivocado.

¿Volverse loco? ¡Ah! sería volver a volverse loco, porque a despecho de las precauciones tomadas por su familia, para que no lo supiese, un buen amigo se lo había hecho saber.

Había sido al cumplir los 11 años. En efecto; él lo recordaba muy bien; es decir, recordar que había estado loco, precisamente no, eso no.

Y ¿porqué se había vuelto loco? ¿Cuál habría sido su locura? ¡Era extraño! no lo recordaba; que no sepa el loco cuál es su locura, es natural; pero ¿porqué no ha de saberlo después? Si no está ya loco, debería recordar al loco que él [había] representado durante una época de su vida, el loco que él había sido antes. A ver, haría un esfuerzo de memoria. Si se pudiera haciendo un esfuerzo, alcanzar en la memoria lo que se desea y se ve muy alto, muy lejos, lo mismo que en los gimnasios se llega a alcanzar el techo, asiéndose de un cable, y subiendo por él.

Pero no, no tenía ni un hilo de cuyo extremo tirar y tirar, hasta que llegara lo que había más allá, dentro de una caja por donde se asomara el cabo del hilo mismo.

Sentía entre los dedos las canicas, sentía el atractivo desvanecimiento del columpio, se veía en aquel gran patio acompañado de sus primos lidiando al hermoso perro negro;

pero después, después contra el paréntesis que se abría en su vida, caía en una honda laguna, una laguna de hondas negras, muy negras, que se le presentaban en su pasado.

Y se perdía, se hundía, en aquella laguna, por más que luchaba desesperadamente para alcanzar la superficie y mantenerse en ella caminando en la dirección que deseara.

Experimentaba la angustiada sensación que experimentaría perdido en un amplio salón oscuro, sin poder hallar la salida.

Sentía una inexplicable impresión de vacío dentro de él mismo, primero, y después fuera, pero de vacío cercano, como si estuviera en peligro de caer en un pozo próximo, oscuro y profundo, muy oscuro y muy profundo.

Y deseaba no pensar más en aquello. Inconscientemente imprimía fuertes sacudidas a su cabeza, como para ahuyentar una idea que hecha moscardón le cosquillase con necia insistencia en el cráneo.

—¡Diablo! Sería grave eso de volverse loco.

Y comenzaba a recorrer a grandes pasos la habitación, procurando recorrer y silbar con precisión un trozo de ópera, o recitar sin equivocarse, una poesía que él había aprendido muy bien.

Sentado, tranquilo, empezaría.

¡El segundo verso lo había olvidado! y ¿desde cuando? ¿desde el día anterior!

Era serio que empezaran a escapársele las ideas, como se le escapaban las mariposas, cuando ya creía tenerlas apretadas bajo su sombrero, allá por la época de sus 8 años.

Tomó el sombrero y se descubrió la cabeza.

Siguió repitiendo el primer verso, y el segundo no llegaba.

Se pasó la mano por la frente, y tropezó con el sombrero.

Derribó la silla al ponerse de pie en un salto.

Y se vio al espejo el rostro encendido, y sintió sudores...

No, pero no estaba loco; estaba excitado.

Desde el momento en que pensaba que podía estar loco, ya no lo estaba.

Ya vendría la tranquilidad

¡Ah! pero ese sí era un mal síntoma: ¡él mismo trataba de convencerse de que no estaba loco! ¿No sería ese el principio?...

El aire fresco de la noche lo tranquilizaría; era bueno un soplo que apagara aquella fragua que tenía en la frente.

No quería estar solo; tenía horror a la soledad, horror a la locura: ese era ¡el horror al vacío! tenía miedo al loco que quería asaltarlo.

Fue en busca de amigos; ¡ellos también! «¿Qué tienes? ¿Traes algo raro? En verdad, vienes extraño».

Al acostarse, menos excitado, repetía que tendría que confesar alguna vez que se habían equivocado; sus figuras vivirían y sonriendo añadió: yo encontraré ese soplo que ha de darles vida.

En sueños vio a una Venus suya que paseaba de bracero con un capitán del ejército, por la Gran Avenida; ¡vivía, vivía! Luego una gran torre en actitud de arrojarse encima (¿Sería la de Pisa?) Y él, tendido en la orilla de la convexa cúpula de una catedral, sentía que un sueño irresistible lo iba dominando poco a poco; al pensar en que rodaría a la muerte, si se dormía, hizo esfuerzos grandes para no dejarse vencer por aquel sueño traidor, y... ¡de veras despertó!

Repuesto un tanto del susto, sonrió, sonrió de él mismo; también reirían de él los demás si se volvía loco. Unos lo compadec[er]ían, otros se reirían, los demás allá se horrorizarían. Y él ¡ignorándolo!

Él no quería que lo comprendieran; siempre le había repugnado inspirar lástima; y necesitaba tener completo el pentágono de sus sentimientos para poder corresponder a los que inspirase, y poder odiar, y despreciar...

Seguramente por el tiempo que había descansado del peso agobiador de su miedo, lo sentía más fuerte que antes.

.....
.....

Y ahora, suponiendo que volviese a estar loco, ¿cuál sería su locura?

¡Cualquiera!; una repetición continuada del tema que tuviera entre manos, cuando lo asaltara la locura; una frase,... ¡quién sabe!; su tía la loca, repetía constantemente: «Yo, soy yo».

Y después de todo, ¡aquella loca tenía razón!

Pero no, él no llegaría a estar loco otra vez; se mataría antes que consentir en llegar a estar loco.

Llegó a la fonda ya muy entrada la tarde.

Los sirvientes sonreían al verlo; sirvió especias al vino; se llevó a la boca el tapón de corcho en vez de un pedazo de pan; y como la servilleta no quisiera estársele fija en un lugar, la azotó con furia contra el suelo.

Cuando las sombras comenzaron a entrar en el gabinete, aún permanecía allí, agitando nerviosamente, entre los dedos, un pedazo de miga de pan. Escapósele de entre los dedos el esferoide, y al verlo caer, sintió la misma impresión de terror que habría sentido, si se le hubiese caído algún objeto quebradizo, estimadísimo para él.

Se inclinó, y ayudado por la luz de un fósforo, buscó hasta encontrarlo, el esferoide de miga de pan.

Tenía una grieta, que le pareció una boca que reía grandemente.

Podía servir aquella bola para una cabeza, y empezó a modelar un cuerpo para la cabeza.

Quién sabe si a Dios le saldría por casualidad la cabeza del hombre, cuando luchaba por dar forma, una forma humana, al barro que revolvía entre las manos.

Y le hizo mucha gracia la idea, y rio estrepitosamente.

Cuando acabó el muñeco, lo apoyó contra la botella que tenía enfrente. Le pareció que se movía, girando de un lado para otro, sobre un pie.

Y lo rodeó con un soplido ¡se movía!

Gritó con furia: «he triunfado, he triunfado; encontré el soplo, ¡lo encontré!» —y echó a correr entre gritos y gesticulaciones.

Las paredes de la celda estaban apretadas de figuras a lápiz unas y pinceladas otras.

Apoyados contra la pared, a lo largo del muro, en los rincones, o tendidos en el suelo, estaban los futuros hombres, los muñecos de barro. Unos con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos caídos, en postura de ebrios que ya no pueden llegar a su casa. Otros con la f[r]ente levantada, en actitud orgullosa, como si pretendieran desafiar con la mirada que les falta.

Caras tristes, muy tristes algunas, y desbordantes de alegría otras, como si hubieran retratado la expresión del semblante de su creador, en los momentos en los que les dio forma.

Algunos sentados recordaban los ídolos indios.

Los tendidos con la cara al cielo, y los brazos a lo largo del cuerpo, parecían cadáveres que, en la plancha del anfiteatro aguardasen el cruel bisturí del disector.

Y él con las ropas manchadas, barrosas la cara y las manos, se abstraía en la fabricación de un nuevo hombre, o iba de un lado para otro, entablando conversaciones con sus fantoches, explicándoles proyectos de creación. Por momentos, se quedaba fijo en la mitad de la pieza, teniendo ansiosas miradas en derredor, mirando atentamente a alguno que le parecía haber visto moverse.

A un visitante le explicó durante una tarde, cómo debía de ser la «combinación química perfecta que necesitaba obtener en un soplo preparado, para que pudiera volver hombre a un muñeco», —y con gritos destemplados, gritos furiosos, crispadores, gritos locos, pidió retortas y matraces.

La lluvia de sombras que caía sobre la tierra se hacía más copiosa, más densa.

Ya habían sido recogidos y aprisionados en sus celdas todos los asilados que antes vagaban por el jardín y los patios.

A lo lejos se oían gritos destemplados, y se veían temblar las flamas de las lamparillas, en las farolas de los corredores.

El loquero, al dar vuelta a la llave de la puerta que cerraba una celda, lanzaba al cielo sus últimos bostezos de la tarde, ya consolado con la idea del próximo descanso, cuando fue llamado de la Administración.

—Qué fastidio —y a paso lento se encaminó a la pieza en donde el Administrador, calada la vieja gorra, como era su incurable costumbre, y saboreando de cuando en cuando el cigarrillo, inscribía en el registro las generales del último huésped llegado.

Le entregaron, como un fardo aquel bulto humano, y él lo tomó bruscamente por un brazo, y lo hizo caminar, lo remolcó hacia adentro.

Al recorrer el patio, de cuando en cuando, el idiota volvía la cara y veía al loquero, con esa risa especial de los idiotas que sale breve, seca y cortada, como entre golpes de hipo.

—Y ahora a buscarle lugar —se dijo el loquero.

Pasaban por el frente de la celda repleta de futuros hombres.

—Aquí puedes quedarte por lo pronto —y lo empujó a la celda.

El creador sumido en la penumbra de un rincón, no pareció advertir la visita...

De pronto, se oyeron gritos fortísimos, gritos que llenaban al asilo.

Acudieron.

El infeliz idiota era sacudido con fuerza, por su compañero de celda, que gritaba:

—He triunfado, he triunfado; se mueve, se mueve.

El idiota fijaba el él sus ojos sin mirada, reía con una risa hiposa, balbucía palabras incomprensibles.

El loco seguía sacudiéndolo, y en tono que no se definía si era de mando o admiración, agregaba: «habla, habla y luego: [¡]he triunfado, he triunfado!».



Cuando se lo contaron al maestro, sonrió y añadió:
—Nunca habría podido pintar más que cadáveres.

EL TUERTO⁷⁵

Como si no bastara para mi desesperación el vocerío de los chiquillos en retozo, allá en el patio que quedaba a mis espaldas, vino a tomar parte en mi desgracia «El tuerto».

Hasta ese día lo conocí, era nuevo en el gallinero de la corraliza que se extendía a mi vista, un poco abajo de la ventana ante la cual solía yo trabajar, tarde con tarde.

¡Qué ridículo era! un ridículo pisaverde.

Horriblemente crestado, con la cresta amoratada, con esa coloración que toma la cara de los viejos enfisematosos, y asquerosamente calvo. El ojo derecho perpetuamente clausurado.

La coloración de las plumas le fingía un chaleco enorme de piqué amarillo con salpicaduras negras; pantalón blanco muy corto y ajustado, y las plumas de la cola, verdosas y brillantes, flotándole, como los faldones de un levitón viejo enorme.

Caminaba con fingida y grotesca gallardía; doblando exageradamente las piernas, contoneándose volviendo con brusquedad de un lado para otro la cabeza, y lanzando orgulloso, imbécilmente orgulloso, su mirada izquierda en derredor.

De cuando en cuando, se detenía, y lanzaba al viento su grito ronco, destemplado; ¿era el canto del gallo? No; ese no era el canto del gallo; era un graznido extraño. Su compañero de habitación sí cant[a]ba; había en su voz inflexiones, había dulzura; ¡oh! pero «el tuerto» no tenía más que una horrible aspereza en la garganta, una voz asperjada de púas, como cuerpo de erizo.

El ki-ki-ri-kí sonoro del rey del gallinero, se convertía en su pico en un hi-hi-hí angustiosamente aspirado.

75. *El Mundo Ilustrado*, México, 20 de mayo de 1900.

Yo experimentaba la misma molestia que se siente cuando se oye hablar a una persona enferma, cuya voz apenas suena.

«El tuerto» me fue antipático; pero no le odiaba yo, como he odiado a muchos animales y a muchos hombres, con deseos de muerte para ellos; lo despreciaba con un desprecio lleno de risa.

Y él, como si creyera que su voz tenía bellezas dignas de mostrarse, seguía lanzando su ronquísimo grito. Perseguía con tenacidad a una hermosa gallina blanca, con blancura deslumbradora.

El contraste era grande y vergonzoso para él.

Él la perseguía y la perseguía, y ella se le fugaba.

Cuando vi que estaba a punto de darle alcance, arrojé a la cabeza una pelotilla de papel: se detuvo, y nuevamente gritó; esa vez con susto.

Repuesto un tanto, volvió a su persecución. Muchas veces evité de igual modo que se aproximara demasiado a ella. Gustaba yo de verlo un poco cerca, porque resultaba más la hermosura blanca de la perseguida.

Cada vez que le asestaba un nuevo golpe de papel, mientras él me arrojaba encima una «sinistra» mirada, ella se le burlaba, cuchicheando con el compañero de vida. Ese sí que era hermoso y joven; con razón se disputaban su amor ellas.

Era fuerte y grande; por eso veía al «Tuerto» con desprecio, y no se ocupaba en ir a castigarlo. Sólo se reía cada vez que yo lanzaba al ridículo gallináceo, una nueva pelotilla de papel.

Repetidas veces pasó por la carita del ovíparo tenorio la risa de su burla. Y para hacer mayor esa burla, se fingía asustado por lo que pasaba al compañero, y después daba a su canto notas de carcajadas.

Hubo momentos en que me guiñó los ojos, como para interrogarme qué pensaba yo de su rival. Y me reía con él, y nos reíamos del «Tuerto».

También la graciosa cara de ella, la vi bañada de risa a menudo.

Lejos del perseguidor rascaba la tierra, como si buscara algo que hubiera perdido, y luego con miradas de soslayo lo provocaba hasta que él emprendía nuevamente su tarea, y ella emprendía nuevamente la carrera de la huida.

Y allí permanecí gastando muchos cigarros y ninguna tinta, hasta que, apenas se veían ya a lo lejos las nubes que perezosas bajan a recostarse sobre las montañas.

Para ellos era muy tarde. Acaso yo era quien los había desvelado.

Todos fueron a recogerse.

Desde la reja de entrada de su común habitación, «El tuerto» me aventó por despedida su mirada rabiosa.

Al reírme de él por última vez en el día, estuve a punto de hacerle una mueca, como un chiquillo mal educado reñido con otro.

Cuando lo vi la segunda tarde, seguramente porque la noticia de nuestra burla había circulado por el gallinero, todos los habitantes de allí se mofaban de él.

A veces se escuchaba un coro de risas que de seguro habían ensayado cuidadosamente de antemano, para que resultase muy uniforme.

«El tuerto» me demostraba su odio, un inofensivo y ridículo odio de gallo, con su mirada dura, muy dura, que, para ir a clavármelo en el cuerpo, le salía constantemente de su ojo—ojo enrojecido y brillante que hacía imaginarse una lamparilla colocada detrás de él.

Estaba encaprichado en que había de ser su amante la gallina blanca, y no perseguía a alguna otra; desde que le abrían el pequeño gallinero, para que gozasen de una relativa libertad en el corral, renovaba su labor de persecución tras ella.

Salía a paso majestuoso, después de inclinar la cabeza al pasar bajo la puerta bastante alta; ¡temía, convencido de su talla, lastimarse la cresta amoratada[!]

Sacudía las alas, como esos hombres que al salir de una pieza en donde sintieran sofocante calor, se dan aire agitando el saco contra el cuerpo.

Después, como siempre, levantaba pausadamente la pierna, y avanzaba pavoneándose.

Me miraba con amenaza, previniéndome que no fuese a empezar mi cotidiana y desesperante burla, que luego secundaban sus congéneres.

Alguna vez me causaba lástima, y me retiraba de la ventana; pero casi siempre, al contrario, deseaba mortificarlo; pues qué, ¿no comprendería qué ridículo era su papel?

Por las madrugadas, cuando oía yo su cavernosa voz, cuando se complacía en romper el silencio con su ronco grito, me lo imaginaba «medio despierto», con su pobre ojo cerrado, ya pensando en sus planes de conquista, y me reía entre las sábanas.

Una tarde observé que el gallo joven ya no reía; parecía disgustado, parecía que encontraba demasiado tenaz la persecución del «Tuerto».

Ya no había notas de carcajada en su canto, y se paseaba cabizbajo; golpeaba nerviosamente el suelo con las patitas, y pasaba el pico, lo arrastraba contra la tierra de uno y otro lado, como los carniceros afilan su cuchillo antes de cortar.

En momentos en que el necio se acercaba a la dama blanca, quién sabe qué gritó el joven; los compañeros de gallineros no se rieron en coro, sino que, uno tras otro murmuraron muy por lo bajo, algo que no pude entender. Un pavo viejo que reía siempre larga y estrepitosamente, dio un chillido breve, cortado, lúgubre, y se acerco a un pavipollo, con el cual se puso a cuchichear.

«El tuerto» pareció entristecerse.

Y todos en silencio, entraron temprano en el dormitorio, y subieron a sus camas. (?)⁷⁶

76. Signo de interrogación entre paréntesis del original.

Desde entonces disminuyeron las burlas.

Dos gallinas serias, matronas respetables, se paseaban juntas, comentando el caso.

Las pollas veían con indiferencia al enamorado.

El gallo joven, taciturno, vigilaba contantemente a su horrible rival. Éste lo veía también con rabia, con desesperación algunas veces, o no lo veía otras; permanecía triste, meditabundo, ¡fúnebre! olvidado en un rincón.

Y, ¡ya no gritaba!

La gallina blanca no salía del gallinero.

Sólo un perico de la vecindad ayudaba a mi risa, pues sabía imitar perfectamente el grito ronco y destemplado que, antes[,] brotaba tan a menudo de la garganta del «Tuerto», lleno de aspereza, aquel hi-hi-hí angustiosamente aspirado que hacía sentir la molestia que se experimentaba oyendo hablar a una persona enferma, cuya voz apenas suena.

En la noche, desde que hubo silencio, trabajaba yo ante mi mesa pobre.

Serían las doce, cuando se oyó el grito del «Tuerto». Era extraño que graznase otra vez, y a esa hora.

Después, todos lo secundaron con gritos desesperantes, y el perro despertado de su buen sueño por aquella gritería, empezó a ladrar con furia.

El ruido se prolongaba, y yo no podía trabajar.

Las gallinas cacareaban dolorosamente; pedían auxilio; y el perro[,] protestaba, porque no lo dejaban volver a su sueño.

Un drama de gallinero: «El tuerto», insistiendo neciamente en sus imbéciles pretensiones, habría provocado la ira del gallo joven, y reñirían; o bien, el malvado habría dado muerte, traidoramente, con premeditación... era capaz de todo; a mí, si hubiera podido, me habría asesinado.

La algarabía era insoportable.

Abrí de par en par la ventana, y por ella salté al corralillo.

¡Qué viento y qué frío! las estrellas temblaban.

Llegué; el espectáculo fue original: «El tuerto», cerca del techo del gallinero, se columpiaba enredado entre una cuerda vieja del tendedero que le oprimía el cuello.

Aproximé la luz, y lo vi estremecerse por la última vez, y por la última vez, lanzarme una siniestra mirada del redondo ojo brillante y enrojecido.

El gallo joven y hermoso, fuerte y grande, me veía atentamente. Estaba tranquilo; él no había gritado; nada había hecho.

Cerré la puerta del gallinero, y todo volvió al silencio.

.....

.....

Al día siguiente, empecé a enfermar del ojo derecho, y al fin lo perdí.

Algunos dicen que me felicite de no haber perdido los dos; opinan como los médicos, que fue la enfermedad causada, porque salí violentamente de la habitación en que había estado trabajando durante tanto tiempo.

Eso los médicos, pero me parece una extraña coincidencia.

¡Oh! aquella última mirada siniestra del ojo enrojecido y brillante...

—Ustedes ¿qué piensan?

Al fin, toda anegada en llanto, rodándoseme por las mejillas las lágrimas que iban a humedecer el velo enlutado con que cubría mi cara pálida y ojerosa por el insomnio, me hallé frente al cadáver mutilado de mi infeliz compañero de vida.

Al fin; estaba en presencia de la acre satisfacción de mi enfermo deseo: mirándolo allí, tendido sobre la plancha, horriblemente descabezado.

Entonces sí, perdí unas pocas de mis energías, entonces sí, me saltaron las lágrimas que había represado durante la ejecución. Porque yo asistí a la ejecución; creí que si en alguna parte necesitaba de mí, era en el cadalso. Y mis ojos fueron a buscar los suyos, allí, sobre la mortuoria plataforma. Nuestras miradas se encontraron, y se besaron sobre las gradas de su patíbulo.

¿Porqué sólo se ha de acompañar a los que mueren poco a poco, tranquilamente, entre los blandos almohadones del lecho, y no ir a despedirse del que la justicia arranca del mundo sobre el duro tablado infamante?

Él necesitaba acaso de una mirada amiga en el momento último. ¿Quién sabe si se tiene más serenidad para entregar la cabeza al verdugo cuando enfrente hay unos ojos amados?

Fui a cumplir con el deber, cruelmente impuesto por los hombres, de despedirse de los que mueren.

Además entre la curiosa multitud que se arremolinaría, en derredor de su cadalso, sería yo la única que le mirase con cariño, la única que no sintiera asco por el crimen, y horror e indignación para el criminal que iba a expiar su delito, el delito cometido por el amor que me tenía; un amor loco que lo engendró unos celos imbeciles, pero amor al fin.

77. *El Mundo Ilustrado*, México, 15 de julio de 1900.

Por mí había partido de un certero golpe de puñal, el corazón de aquel infeliz, de aquel inofensivo, [i]a quien hizo la injuria de juzgar peligroso, tentador, perverso!... Se condujo como un valiente: no llevaba miedo en el semblante, no, el pavor no le había arrancado los colores de la cara; solamente sus labios, secos por la fiebre, habían perdido el carmín; no recorrió su cuerpo estremecimiento visible, mientras estuvo completo. Sólo, cuando el horripilante cuchillo tronchó aquella cabeza, cuya frente yo había besado tantas veces, cuando la sangre saltó parabólicamente de los vasos rotos, cuando cayó el cuerpo ya separado de su cabeza, se convulsionaron aquellos brazos que tantas veces me habían estrechado, se retorcieron un momento, como miembros de epiléptico.

Cuando vi[,] sobre la bandeja de estaño, su cabeza chorreante, sentí más precisamente definida, más claramente terrible, la impresión de gran miedo que experimenté, cuando, siendo muy niña, me llevaron a un salón, en donde había una cabeza ensangrentada que respondía a las preguntas que se le dirigían.

Después... ¡al cesto!

¡Cuánto odié a todos los que tomaban parte en la tragedia, tranquilos, con seriedad afectada, y a los curiosos que fueron a satisfacer, como a una corrida de toros, sus ansias de impresiones fuertes, sus deseos de ver sangre.

Un beodo cercano a mí, se burló de sí mismo, después de haberse enternecido; «¡pues no había llegado hasta el punto de afligirse!»...

¡Desgraciado! La cabeza estaba entre las dos piernas, reclinada sobre uno de sus muslos; los ojos entrecerrados, como si dormitase, y por la boca entreabierta, se le asomaban hacia adentro, algunos de los bigotes, desordenados y marchitos.

¡Oh! así, con los ojos entrecerrados, pero llena de vida, así había yo tenido recostada sobre mi hombro, aquella cabeza, entonces ya hueca, mustia, que no abriría los ojos al sentir mis besos, que ya no buscaría con sus labios siempre frescos, tersos

siempre y en esa hora, secos, hoyuelados y lívidos, los míos que le esquivaba para aumentar su deseo.

De cuando en cuando, desde el cuello rebanado, en donde comenzaban a prenderse negruzcos coágulos, rodaba silenciosamente un hilillo de sangre, que iba culebreando por el metal de la plancha, hasta detenerse contra la mano crispada, a la que coloraba.

Las fuerzas me faltaban: empezaba a sentir miedo, horror, y —¿por qué no confesarlo?— asco, sí, asco que comenzaba a causarme aquel cadáver sangriento del decapitado.

Pensé en salir; yo ni siquiera podría dar el último beso a mi muerto; habría necesitado tomar entre las manos su cabeza divorciada del tronco, y mancharme los dedos y las ropas, y acaso ¡los labios! con su sangre derramada por el implacable verdugo, por el mayor asesino, investido de impunidad por la misma Ley.

Iba a volver la espalda al cuerpo ensangrentado, cuando vi que aquella cabeza, parpadeaba, ¡parpadeaba! como cuando sentimos la pesadez del sueño y no queremos dormir, como cuando no queremos dejarnos vencer por un beleño. Sentí el resortazo del susto; sentí lo mismo que si alguien hubiera aplicado a mi cuerpo bruscamente una esponja empapada en agua fría.

Quise huir, pero no pude; mis piernas temblaron, mi vista se nubló, y para no caer, apoyé la mano sobre la plancha, cerca de su pie derecho que comenzaba a ponerse horizontal.

Miré atentamente a la cabeza; ¡ilusión mía! seguramente. No: en aquellos ojos había vida; no tenían la vidriosa opacidad de los ojos muertos.

¿Sería posible que aún viviese aquella cabeza? ¡Qué horror!
Y seguía parpadeando, seguía parpadeando.

Al fin abrió los ojos completamente, y su mirada puntiaguda se clavó en mí. Sus ojos querían hablarme, pretendían decir algo, pero yo, ¡oh Dios! no los entendía.

Y desbordaban desesperación.

Su boca se entreabrió varias veces, como por un esfuerzo supremo; castañeteáronle los dientes, y cuando el corazón me latía apresuradamente y un sudor frío me humedecía el cuerpo, oí clara, distintamente, mi nombre pronunciado por aquella cabeza tronchada: «¡Ana, Ana!».

¿Era posible?

Mi pavor fue ilimitado; quise correr, gritar, moverme al menos; nada pude, y con la mano apoyada cerca de su pie derecho, que comenzaba a ponerse horizontal, quedé inmóvil.

—¡Ana, Ana mía!— repitió con voz humana, con entonación que nada tenía de sobrenatural.

Entonces, más tranquila, con una mezcla de cruel curiosidad malsana, de complacencia cariñosa para el pobre ajusticiado, y de presuntuoso valor de mujer colocada en espantosa situación me aproximé un poco a la cabeza de mi marido.

Apenas entreabriéndole los labios lívidos, volvió a salir claro y distinto mi nombre:

—«¡Ana, Ana mía!».

Quise contestar, darle ánimo, inspirarle confianza en mi serenidad, por la que de seguro temblaba, y sólo pude articular un tembloroso: ¿Qué? —como si apenas me atreviese a hablar.

El esfuerzo de la cabeza creció, creció grandemente; la vi congestionarse; tomó la marcada coloración del esfuerzo, y lanzando un suspiro, como para descansar del trabajo ejecutado, como de satisfacción por el triunfo, empezó a hablar con voz débil.

—¡Oh! Ana mía, qué inesperada dicha; verte a mi lado, acompañándome en mis últimos horribles momentos, cuando yo creí que, la vez en que nos miramos allí en el cadalso, era la última.

Como sufro, Ana; mis dolores en esta gran herida son insoportables. Cuánto he sufrido en unos pocos momentos. Mentira que no se sufra con esta muerte, mentira Ana, mentira; yo he padecido horriblemente.

Nada son los sufrimientos de la víspera comparados con los del día de la ejecución. ¡Nada valen!

Cuando pasé la noche oprimido en la camisa de fuerza, oyendo desde la celda lóbrega, el ruido que hacían al clavar el tablado afuera, en la plaza, para matarme allí, oyéndolo como oyen los espectadores en un teatro el claveteo detrás del telón, cuando durante el entreacto preparan la escena, ¡estaba yo completo! Y ahora... ahora sufro horriblemente mutilado, sufre mi cabeza que vive, aquí sujeta entre su cuerpo muerto, al que antes gobernaba, y el que ahora le presta un punto de apoyo, para que no rueda hasta el suelo. Siento en la cabeza, cómo comienza a enfriarse mi cuerpo.

¿Comprendes mi extraña situación?

¡Ay, cómo me duele el cuello cortado!

Oye, es mentira que no se sienta dolor...

Al principio, la fuerza del golpe me dejó inconsciente, pero después, como se vuelve de la inconsciencia de una fiebre, volví a pensar, y con la misma violencia con que piensan los cerebros débiles de los febricitantes.

Mi pensamiento se aceleró en su marcha; se avivó mi memoria. Allí, dentro del cesto obscuro, he pensado rápidamente en mi pasado, en mi presente, en mi porvenir.

He recordado nuestros días de ventura, perdida para siempre; he recordado la noche de mi crimen.

¡Ojalá que a ese maldito lo hubiesen guillotinado para que hubiese sufrido mucho, tanto como yo.

Siento como me destila la sangre por los agujeros abiertos, y me siento a cada instante más débil.

Y ya quiero morir; sería atroz que cuando vengan los que han de hacer la necropsia de mi cuerpo —porque éste sí está muerto— pudiera ver aún, cómo lo despedazaban. Si así es, si llegan, toma mi cabeza entre tus manos, y como si fuese una cabeza de yeso, arrójala contra el suelo, hasta que salte en pedazos mi masa encefálica. Tú que quedas, diles que es muy

cruel este castigo, que es cruelísimo cortar una cabeza para que piense y sienta junto a su cuerpo degollado, muerto.

¿Por qué no parten mejor de un hachazo el cráneo del sentenciado? Así destruirían de una vez el «yo».

Cuando me depositaron aquí sobre la plancha, y pude ver mi pobre cuerpo contraído por las últimas convulsiones, ¡cuánto desee huir! nunca como entonces he sentido deseos poderosos de correr, y «sentí» la ausencia de mis piernas, he «sentido la falta» de mis miembros: no pude acostumbrarme a la idea de no tener cuerpo, y me lo figuraba aéreo, insensible para mí, pero existiendo, y distinto del que tenía a mi alrededor, sangriento y desfigurado.

Si el espíritu sobrevive, después de mi completa muerte, porque esta es incompleta, ¡ay horriblemente incompleta! ¿experimentará esta misma molestia por la falta de cuerpo, sentirá este mismo vacío que ya siento después de la cabeza?

La cabeza se agitaba, temblaba nerviosamente su respiración (?)⁷⁸, se hacía fatigosa, y empezaba a parpadear de nuevo.

Ahora siento en palpitaciones con interrupción de breves instantes, repetida la crispadora caída del cuchillo de la guillotina.

Siento más clara la impresión del contundente y mordicante aparato cayendo sobre mi pobre cuello.

—¡Dame la mano, dame la mano!— gritó ferozmente la cabeza de mi marido, y empezó a boquear.

Confusamente dijo por último: «nuestro amor, nuestra hija». Sentí que yo boqueaba también; experimenté en derredor la impresión del vacío, la falta de mis miembros.

Para cerciorarme de que estaba yo completa, me llevé los ojos a la mano derecha que estaba pintada con la sangre del muerto, y... no sé más.

Aquí, en esta cama del Asilo, he venido a despertar.

78. Signo de interrogación entre paréntesis del original.

¡Me siento tan débil!

¿Cómo sentiría él, que sentía la destilación de la sangre, la destilación de la vida de su cabeza, en presencia de su cuerpo que empezaba a rigidarse?

Cuando ya sólo se oía en la cárcel el alerta de los centinelas que rodaba por todo el espacioso edificio, y el alerta de la campana de voz sorda y pausada, alertas igualmente lúgubres, tristes, con tristeza desesperante, él y yo en nuestra celda de distinción, jugábamos a las cartas el pocker, para pasar el tiempo.

Él me decía mientras barajaba:

Sí; en esta vez en que mi crimen es más disculpable, en esta vez en que soy, relativamente, por supuesto, menos criminal que en las otras, cuando he vivido aquí durante algunos meses, va a ser cuando la justicia, popular, esa justicia un poco risible, me va a imponer mayor pena que todas las que he cumplido «obedientemente»; ¡quién sabe si la de la muerte!

Es que ellos no pueden comprender que haya un hombre que cometa el crimen en las circunstancias en que yo lo cometí.

Pero usted que es literato, puede comprender ese crimen que parece tan repugnante, sólo por un olvido mío, sólo por una torpeza.

Ese olvido, esa torpeza y una cobardía pueril que me avergüenza, son las causas de que yo esté aquí; pero si no fuera por nuestras torpezas, por nuestros olvidos, por esos defectos que hacen la imperfección del crimen, no habría en esta cárcel tantos infelices, y no estaría tan ufana la policía de sus triunfos.

Bien; volvamos al asunto —y sin consultarme suspendió nuestro juego, y siguió barajando a veces nerviosamente, a veces echando las cartas ante su vista en «albures» que parecía jugar en la memoria. —Éste es el caso —siguió, mientras procuraba destilar en el vaso las últimas gotas de la botella visiblemente vacía[—]. Llegué huyendo de aquel pueblo, en

79. *El Mundo Ilustrado*, México, 26 de agosto de 1900.

donde amaneció muerto uno de los vecinos ricos, y luciendo elegante traje de marcada hechura norteamericana.

Mi lujo llevaba a mis amigos a buscarme para que cambiase a su vista, y en pago de algún banquete de que habían disfrutado, una moneda de oro, cuyo valor propio subía por el alza del cambio.

Todos creyeron que efectivamente volvía de Estados Unidos.

Al principio todo fue bien; disfrutaba de mi dinero y disfrutaban de él también mis amigos y los dueños de cantinas, cafés, etc. Los garitos no, porque a menudo ganaba yo.

¡Oh! pero una noche, ya bien entrada la noche, pasaba por el Portal solitario; las alacenas estaban cerradas, y sólo de trecho en trecho, en el escalón de las casas de comercio, se veían a algunos muchachos, «pilluelos», ¿sabe usted? y algunos perros junto a ellos. Yo caminaba de prisa, distraído, acaso preocupado.

De pronto, por junto a una columna de los arcos, entró al Portal «ella».

¡Qué impresión tan extraña y tan grande me causó su horrible figura!

Vieja, nauseabundamente vieja; apenas dejaba asomar por entre el tápalo que parecía pegado a ambos lados de la cabeza, una cara blanquísima, de blancura de cadáver; en la obscuridad brilló un momento rodando de arriba a abajo, por el cuerpo, su mirada torva dirigida de soslayo por sus ojos pequeños y brillantes, ¡oh! como los de un lobo que encontré otra noche en mi camino peligroso hacia una ranchería.

Harto encorvada, parecía llevar enorme giba, y parecía más chaparra de lo que en realidad era.

El tápalo negro —así parecía, en la noche, pero era verdoso— formaba sobre su frente vértice de ángulo y caía sobre una enagua también obscura muy amplia, ampliada redondamente por la anticuada «crinolina».

Al columpiársele las enaguas, descubrían las chancletas que calzaba la vieja, y un pedazo de la media blanca.

¡Oh! yo no creo haber sido cobarde, pero esa noche, al pasar rápidamente a su lado para dejarla atrás, sentí un calofrío que me entró por el cerebelo y me bañó todo el cuerpo.

Al llegar a la esquina, volví la cabeza, avanzaba poco a poco, balanceando las amplias enaguas que le dejaban al descubierto las chancletas y las medias. Eran las dos manchas blancas que se destacaban de la obscuridad de su cuerpo: la cara y las medias. Aquella cara de cadáver que aterrorizaba; yo no creo en apariciones de muerto, por supuesto, ni en la existencia de las brujas, pero de ambas figuras tenía; de muerta y de bruja.

Aquella noche la vi en el sueño; la misma cara cadavéricamente blanca; los ojos pequeños de mirada torva y las enaguas redondeadas que se balanceaban descubriendo las medias blancas.

¡Bah! la preocupación de una noche.

No; al día siguiente duraba mi fea impresión.

Y al tercer día creí verla al volver una esquina, y temblé.

En la noche me propuse ir al portal; quizá por allí fuera a su casa todas las noches; y la vería de cerca, y me desimpresionaría yo; sólo quedaría, naturalmente, la impresión de asco, porque eso sí; era asquerosa la vieja, la arpía, la bruja, con su cara abundantemente enharinada. Supe que se ponía polvo de almidón sobre el cutis engrasado.

Llegó; la distinguí a lo lejos, atravesaba la plaza, viniendo del Zócalo.

Por junto a una columna entró.

Me acerqué, y mi impresión se afianzó, se fijó lamentablemente.

El mismo calofrío me entró; me crispó los nervios; y sentí grandes deseos de arrojármele encima y hacerle daño.

Una mañana con amigos que me acompañaban, la encontré por el mismo Portal, seguramente era su costumbre pasar por ahí para ir a su tugurio; un cuchitril tan asqueroso como ella,

sería su dormitorio, su habitación no, porque habitaba en la calle: [¿]quién sabe en dónde?

Interrogué a mis amigos; ¿quién era, qué hacía aquella mujer, o lo que fuera?

¡Ah! me contestaron; era «La Bruja», una limosnera vergonzante, una miserable beata que vivía de la caridad pública, con las caridades de los ricos.

«La Bruja»; así me había parecido. Era su aspecto, el de las legendarias brujas que figuran en los cuentos fantásticos.

Y cuantas veces la encontraba, y la encontraba, desventuradamente, muy a menudo, me horripiló de igual modo, y sentí los mismos impulsos de arrojármele encima y maltratarla.

En muchos años la vi. Llegué a temerla, y en cada mujer que vestía de negro, y que miraba yo venir a lo lejos, creía encontrarla.

Un día observé que a cada paso mi capital se iba consumiendo, y mis negocios iban siendo más malos; perdía yo en el juego, y una tarde, en que en unos Boliches intenté extraer del saco de un elegante amigo mío que jugaba en pechos de camisa, la cartera que yo había visto henchida de billetes de Banco, lo vio, y tuve que hacerle creer que era una broma. Acaso lo creyó o aparentó creerlo; me había visto gastar demasiado, y enseñarle poco antes, [¡]al dar una limosna! no pocas monedas de oro que aún le⁸⁰ quedaban.

Comencé a sentirme verdaderamente enfermo. Sentía una gran intranquilidad, un sobresalto constante.

Algunas veces me parecía que yo era víctima de una persecución oculta. Sin embargo, las autoridades no me buscaban; se habían olvidado un poco de mí... ¿No era «La Bruja»?

Y me avergoncé de haberlo pensado siquiera un momento.

Una noche a la salida del teatro, cuando ya habían apagado todas las luces, en el interior, y sólo una puerta quedaba

80. Debería ser «me».

entrecerrada para que salieran los artistas, al salir del brazo de una corista la vi o creí verla, yo no sé a punto fijo, pero sentí el peso de su mirada torva encima de mí.

La luz roja de los focos del pórtico le chorreaba por el cuerpo, y le daba un aspecto extraordinariamente fantástico, temible en verdad.

Mi deseo de arrojármele encima y golpearla, se hizo imperioso, intolerable.

¡Si no hubiese sido por la suripanta!

Como si alguien me la hubiese disparado enfrente, con certera puntería, se me entró en el cráneo y allí se me adhirió la idea de que mi malhechora era «La Bruja».

Seguí encontrándola con frecuencia; me crispaba los nervios, no podía yo remediarlo, y me entraban las ganas de arrojármele encima, y tomarla por la cabeza, y sacudirla haciéndola describir con los pies un elipsoide; así he visto a algunas mujeres dar muerte a las gallinas.

«La Bruja», y a mi pesar pensaba yo en las madejas de cabellos y en los brebajes de que se oye hablar a los sirvientes, y con los cuales han embrujado a sus parientes o amigos.

A veces me parecía que, como en las comedias, por artes ocultas, aquella vieja asquerosa sabía de mi último crimen, y me vigilaba, y me amenazaba con su mirada torva.

¿Sería esa mujer la causante de mi aprehensión y mi sentencia?

Pero, ¿era eso posible?...

Bueno seguramente que no existen las brujas, pero si existieran, ¿sentirían así, tan desagradablemente, tan atrocemente, los embrujados?

Y me volví huraño y malhumorado.

A menudo volvía la cara, cuando caminaba, porque temía que me siguiera. Una noche, al llegar a la esquina de la calle en que yo vivía, tuve la seguridad de que la encontraba en esa calle aguardándome hipócritamente para luego pasar como

si nos hubiéramos encontrado por casualidad, y me volví en busca de mis amigos.

(El prisionero se levantó repentinamente sonriendo, como si hubiera tenido una feliz idea y se dirigió al lugar en que estaba la lamparilla de alcohol, con la cual calentábamos algunas veces nuestros alimentos; vació en la copa el aguardiente que había, lo mezcló con agua y lo bebió. Después, haciendo chasquear la lengua volvió a sentarse).

—La encontré al atardecer y me ocurrió seguirla por entre la multitud que a esa hora se arremolinaba en las calles.

Acaso era mejor hacerme su amigo, pero ¿cómo? Tendría desconfianza; le extrañaría mi resolución.

Veremos —me dije— y la seguí.

Pareció notarlo con disgusto, ¿y qué? Cuando tuvo la seguridad de que la seguía, aceleró su marcha; casi corría, con torpe carrera de vieja. Entonces ¿era ella la que me temía?

¡Ah! la seguiría a cualquier parte que fuese, y me quedé atrás, bastante atrás; podría yo distinguirla desde lejos; harto particular era su aspecto, ¡ay! demasiado fija llevaba su imagen.

Después de cruzar callejones sin empedrar, llenos de baches pestilentes, llegamos a una callejuela muy estrecha y oscura. Sólo un farol opaco, a la mitad del arroyo, dejaba caer su luz lánguida desde el alambre en que se columpiaba tristemente, como el cadáver de un ahorcado.

Llegó a una puerta baja y estrecha, y sacó la llave. A tientas halló la cerradura y abrió.

Cerró tras de sí la puerta, antes de encender la luz, y cuando prendió la cerilla, se iluminó una ventana que había al lado de la puerta.

La vieja fue pausadamente a cerrar con toda precaución, las maderas de la ventana.

¿Habría yo emprendido en balde mi larga caminata?

Con una última esperanza atravesé la calle, y llegué a la ventana.

Por una amplia hendidura de la madera vieja, se asomaba la luz.

Sosteniéndome a pulso con las manos fuertemente prendidas a los hierros fríos de la ventana, apenas rozando con las puntas de los pies la pared, quedé espiando al interior del cuartocho.

Con la juiciosa lentitud de los viejos, «La Bruja» plegó cuidadosamente su tápalo verdoso, desanudó de su cuello una mascada blanca, y la dejó sobre la cabecera de la cama.

Hasta ese día le vi el busto, pues siempre lo cubría completamente el verdoso tápalo.

Del cuello le pendía una camándula de toscas cuentas negras, y rematada por un gran crucifijo. Al lado izquierdo, como condecoraciones, tenía prendidas medallas con listones azules.

De pronto la perdí; se alejó, y no la alcanzaba mi vista, pero luego volvió.

¿Qué iba a hacer?

Levantó el colchón, y de debajo levantó un bulto.

Tomó asiento sobre la cama, y en la confianza de que estaba sola, cruzó una pierna con la cual dejó al descubierto la otra, horriblemente flaca, forrada con la media blanca que remedaba las arrugas que cubría.

El bulto era algo envuelto en un pañuelo. Lo desanudó ayudándose con su desdentada boca, lo desenrolló, y después otro lienzo que también envolvía aquello. Al fin apareció un sobre de carta viejo, surcado de arrugas y dobleces, y sacó, ¡un paquete de Billetes de Banco!

Entonces abrió su chaquetilla, y de junto al seno plano, negruzco, ajado, sacó otros billetes, y los unió a los atesorados.

El producto del día, ¡explotaba bien la caridad pública!

Confieso que el ladrón saltó en mí, y mi deseo de arrojármele encima, se hizo mayormente irresistible, intolerable, imponente.

Era un magnífico pretexto ante mí mismo, para darle muerte.

Además, la ocasión era propicia; había soledad y negrura.

Pero ¿cómo iba a hacerlo? Yo sólo llevaba un revólver, y la detonación llamaría impertinentes.

¡Ahorcándola! ¿era tan fácil! fácil sí, pero me asqueaba tocar aquel cuerpo. ¿No me acobardaría con su mirada torva? ¿no iría ella a darme muerte, al contrario de que yo se la diera?

Entonces...

Y ¿cómo llamar? ¿fingiría la voz? No sabía su nombre ni el de una amiga suya; no era un buen pretexto.

¿Un desconocido? No abriría.

¡Ah! la policía; un reo que se había ocultado.

¡Bah! me lavaría las manos después, como aquella vez en que despedacé un sombrero grasiento que me ensució los dedos.

Esperé a que guardara de nuevo el dinero, y llamé con fuerza.

La vi por el ojo de la cerradura, lividecer extraordinariamente, temblar, temblar fuertemente, cubrirse mejor con las ropas de cama; ir de un lado para otro, quitando de sus lugares los objetos y volviendo a dejarlos allí mismo, y gritando que no sabía, que no sabía, haciendo señas desesperadas con la mano derecha sobre el hombro, como para que me alejara, como de que no quería oír: «allí no tenía a nadie; era sola».

¡Sola! ¡Ya lo sabía!

La intimidé; si no abría, ¡la autoridad! abriría por la fuerza.

Cuando apenas entreabrió, de un fuerte empujón la separé, y le apliqué violentamente su cabeza abrazada con mi brazo izquierdo, contra mi pecho, mientras con la mano derecha daba vuelta a la llave prendida en la chapa.

Se resistía, y la codicia y el temor le daban fuerzas a la maldita vieja; pero unas fuerzas muy relativas, fuerza senil.

La llevé hasta su misma cama, y allí la tendí y le introduje en la boca su propia mascada blanca.

Después puse mi mano en su cuello, y oprimí, oprimí.
¡Qué horror! ¡Cómo sentía yo sus nervios viejos bajo mis dedos ateneantes!

Se retorció, se sacudía, levantando los brazos y las piernas, enseñándome su cuerpo apergaminado, y yo oprimía, oprimía con gran horror, con «miedo». En medio de sus ansias, tendía la mano y buscaba algo, algo que le interesaba mucho en sus últimos momentos; los billetes; después lo he pensado.

Entonces sólo pensé en el horror que me inspiraba; sus ojos se abrieron desmesuradamente; nunca se abrirían tanto en su vida, como en el momento de su muerte. Se redondeó su boca desdentada de labios amoratados y secos, y asomó la lengua colgante.

Por última vez me arrojó a la cara su aliento ya muy débil, un aliento fétido.

Y cuando desprendí de su cuello mi mano, y la vi muerta, y me vi solo en aquel cuartucho, un terror incomparable se apoderó de mí; me miraba, es decir, tenía los ojos abiertos fijos en mí, y sentí el mismo calofrío en mi cuerpo que cuando me miraba estando viva.

Me pareció que iba a levantarse; unos deseos insensatos de echar a correr, me entraron de repente, y abrí, y corrí desesperadamente. Corría por los callejones oscuros y estrechos, haciendo saltar el lodo al pisar, y enfangándome las ropas y la cara.

La sentía detrás de mí, sentía su mirada, y corría más y más.

En una esquina un policía me detuvo; ¿a dónde iba yo, corriendo, sin sombrero, con el traje enfangado, y el rostro enrojecido, sin poder hablar por la sofocación?

¿Lo sabía yo acaso?

Y no quiso oír mis ruegos que, ya un poco sereno, le dirigí para que no me aprehendiera, y me llevó a la inspección de policía.

Poco después llegó otro guardián pidiendo una camilla; ¡llevaba mi sombrero! el sombrero «que había dejado junto a la muerta el asesino»...

Y si hubiera sido para robarla, se explicarían los jurados un asesinato así; pero no, ni eso. Se necesita tener el vicio de matar —como me decía el Juez— para dar muerte a una pobre vieja indefensa, con tanta crueldad, para gozar con ese crimen.

¡Gozar! cuando ha sido la vez en que, con más asco he puesto mis manos en un cuerpo.

Recuerdo horr[or]izado la impresión de sus nervios viejos bajo mis dedos atenaceantes; la impresión de su piel ajada y sudorosa; y la vista de su cuerpo apergaminado.

Y ¿ve usted como mis presentimientos se cumplieron? «La Bruja» fue la causante de mi aprehensión, y lo será de mi sentencia, de mi desgracia.

Aún después de muerta sigue siendo mi malhechora.

El prisionero se llevó por manía, el vaso vacío hasta sus labios febriles, y dijo suspirando:

—Lo que siento es que esta noche no podré dormir, por el recuerdo de «La bruja», además, ¡sin una gota de alcohol!

GUSANOS⁸¹

Había llegado cuando ya estaban en clase todos los alumnos sus compañeros, y allí en el escalón de la puerta del Gimnasio tomó asiento.

Balanceando presurosamente la pierna cruzada sobre la otra, el estudiante repetía sin entender los renglones franceses del tratado de Química que sostenía abierto sobre la rodilla.

Sus nervios inquietos, le impedían fijar la atención en lo que leía.

Estaba triste por no haber entrado a la clase; era natural que hubiese llegado tarde; ¡había acabado su trabajo cuando ya iba tan avanzada la noche!

Pensaba en su vergonzosa miseria —¡es una vergüenza ser pobre!— en aquella miseria subrayada ante sus ojos, por el desprecio soez del sirviente imbécil, de aquella casa a donde fue en busca de apoyo, la casa de un poderoso, a quien ni siquiera llegó a hablar.

Pensaba en su desventura, en la mala hora en que sus padres, pobres por honrados, cometieron el error de hundirlo en la escuela Preparatoria cuando bien hubieran podido llevarlo a un taller, haberlo puesto a disposición de la industria, de la agricultura. Así habría sido más útil a sí mismo y a la Humanidad, lo sería, si llegaba a obtener el dificultoso título, defendiendo malas causas porque de seguro, si quería prosperar, tendría que aceptar todas las que se le ofrecieran: ¡comenzaba a sentirse con pocas fuerzas para ser honrado!

Pensaba en las injusticias, y recordaba a aquellos figurines sus compañeros de banco en las aulas que, si en la Escuela solían recurrir a él en consulta, cuando no entendían bien un problema científico, apenas si le saludaban en la calle,

81. *El Mundo Ilustrado*, México, 21 de octubre de 1900.

disimuladamente, avergonzadamente, porque los vieran sus iguales, los aristócratas.

¡Oh! sus compañeros de banco, que sólo consumían su tiempo en los corredores, gastando tabaco, y a fin de año iban a presentar ante sus sinodales los rostros enrojecidos y sudorosos, acaso por un resto de vergüenza, acaso porque en esos momentos sentían lo poco que valían, pero que, casi siempre eran aprobados, y después, repuestos, dueños de sí salían sonrientes, orgullosos; porque sabían que, si lo deseaban, podían descalabrar con monedas arrojadas a distancia a los atrevidos que se refirieran a su ineptitud.

Y ellos no tenían que hacer traducciones que tan mal pagaban para poder comer.

Pensaba que aquellos cuyo ideal era un hermosos caballo, y cuyo orgullo hinchaba la posesión de una hermosa levita, no tenían lucha.

Y bien, si llegaba a triunfar, mayor sería su mérito: más grande su triunfo, cuanto más cruenta fuese la lucha; pero empezaba a flaquear; ¡se sentía tan débil moral y físicamente!

La enfermedad a cada paso mordía su cuerpo delicado, y lo hacía más inepto.

Cuando veía tan lejos el día de la recepción, el día en que iba a adquirir una arma que después necesitaba aprender a manejar, entonces sentía deseos de arrojar lejos el libro y salir a emplear sus energías, aquellas energías que sentía en su interior reveladas por el inquieto deseo de hacer algo, algo indefinidamente.

Pero, y ¿qué iba a hacer? ¿en qué iba a trabajar? ¿Sabía hacer algo que no fuera estudiar?

Recordó a sus dos compañeros que habían cambiado los asientos de las aulas, por el alto banco de un escritorio en una Notaría, y por la desvencijada silla ante la mesa constelada de periódicos, de una Redacción.

¡Pobre amigo que gastaba sus energías en la abrumadora tarea de «hacer gacetilla»!

Si él hubiera tenido dinero, otra fuera su suerte; y aquellos que seguían en la Escuela, porque tenían el mérito de ser ricos, aquellos que con tantas facilidades alcanzarían el triunfo, mañana cuando encontraran al pobre gacetillero, le negarían el saludo, y ¡el gacetillero tenía talento, más talento que muchos de ellos!

¡Oh! él también empezaba a sentir la rabiosa envidia de la impotencia.

Quiso tranquilizar sus nervios inquietos, y con cuidado puso la vista en el libro, pero sin mirada después de vagar locamente por los renglones científicos, después de saltar por entre ellos distraídamente, como mujer insubstancial, rodó hasta el suelo.

Dos gusanos se arrastraban, alejándose del césped, por las losas húmedas del patio.

Y el estudiante con el codo apoyado sobre el libro y sobre la mano la barba, quedó mirando fijamente a la pareja de insectos.

Plegaban y desplegaban pausadamente, como si les costara gran esfuerzo, los anillos de sus redondeados cuerpos y avanzaban poco a poco, muy poco a poco, sobre el suelo, arrastrando como penosamente los cuerpos aterciopelados.

¡Oh! cuánto trabajo para avanzar tan poco, y ¡qué manera de avanzar, arrastrándose contra el suelo!

¡Qué pena!

Recordó a su buena madre que, cuando él se desesperaba por su mala suerte, le aconsejaba que viera hacia abajo.

Y ¿por qué? Aquella desgracia no lo consolaba...

¡Infelices gusanos! Con que temor avanzarían, sintiendo en los anillos de sus cuerpecitos el frío del miedo: cualquiera que pasase distraído, los podía matar.

Era tan fácil para el hombre matarlos, y ¡sin peligro!

Si hubiera[n] podido defenderse, igualar con una arma las fuerzas, como pueden hacerlo los hombres, no los apresar[í]an

tan fácilmente, ni los matarían los desocupados niños que recorren los jardines.

¡Qué vida! sin poder nunca levantarse del césped, sin poder nunca erguirse.

A merced del primer pie brutalmente humano que deseara despedazarlos.

Sin tener un agujijón para la mano aprisionadora; sin poder defenderse del picotazo de una gallinácea.

Eternamente, siendo víctimas de la injusta ley del más fuerte.

¡Oh! aquella monotonía del verde.

Así como los hombres desean algunas veces dejar la ciudad, cambiarla por el campo, así ellos desearían alguna vez dejar aquel campo, su campo, para ir a cualquiera otra parte; por eso huían del jardín, se alejaban arrastrando sus vientres por las negruzcas losas húmedas del patio.

Si hubieran podido cambiar la patriarcal agua insalobre, por el negro café engendrador de ensueños, pero...

Y seguían los infelices, gusaneando, arrastrando con pena, contra las losas húmedas, los anillos de sus redondeados cuerpos.

¡Vida triste e inútil!

¿Y sus placeres?

¿Cuáles serían esos placeres de gusanos a que pudieran entregarse?

Su placer sería el amor, el eterno amor impuesto por la Naturaleza a todos los seres.

Y cuando fueran felices, con esa su única felicidad de gusanos, un pajarillo que saltara por entre la yerba, se los sepultaría en el estómago.

¡Triste condición de gusanos!

Y sintió compasión por ellos, por su desgracia.

¿Desgracia?

¿Serían de veras infelices? Y ¿por qué?

Seguían caminando muy poco a poco, plegando y desplegando con suave elasticidad, con delicadeza, casi con elegancia, los anillos de sus cuerpos de un hermoso negro con salpicaduras de oro.

Parecían gozar acercando sus cuerpos, y al caminar parecían contorsionarse de un lado para otro, con la contorsión de la voluptuosidad.

¿Quién sabe si eran amantes, y se iban a buscar un sitio a cubierto de miradas ajenas, lleno de sombra, en donde entregarse a las delicias de su amor?

¿Amor?... y palpó los bolsillos de su chaleco, vacíos, mustios, con las bocas plegadas.

En aquellos pequeñísimos cerebros no podían haber esos temores, no podía haber la conciencia de su desgracia, no podían ennegrecerse con las tristezas. ¿Quién sabe si eran felices en su desgracia!

Se entregaban a los goces que podían proporcionarse, y vivían ajenos a los peligros que pasaban cerca de ellos.

Vivirían su corta vida en medio de la felicidad, una estúpida felicidad, pero felicidad al fin.

Para él eran desgraciados, porque él podía pensar su desgracia, ¡pero ellos!

Arrastraban su vida por el suelo, sin pensar en más —¿en más o en nada?— como encogiéndose continuamente con el mohín del desprecio, para todo lo que les rodeaba, el desprecio absoluto para todo, el desprecio general de la atrevida estupidez.

Tenían su alimento y su lecho verdes. ¿Qué más? Sus dolores... Un sabio cita para apoyar su teoría de que no sufren dolores los insectos, el caso de la mariposa, que no sólo sobrevive largo tiempo con un alfiler atravesado en el cuerpo, sino que toma ávidamente el alimento que se le acerca.

¡Eran felices! Más felices que él... menos desgraciados puesto que no podían como él saborear su desgracia.

Y se levantó, y fue violentamente hasta el lugar donde los gusanos, delicadamente, voluptuosamente, arrastraban sus

cuerpos aterciopelados, de un hermoso negro con salpicaduras de oro.

Los contempló un instante, y puso el pie sobre ellos frotándolo después contra el suelo para desmenuzarlos.

Se había acabado el amor de los gusanos, porque, de seguro, eran amantes.

Ya que no podía compartir con ellos la felicidad, se las arrebató, arrebatándoles la vida, que era su felicidad.

Quiso nuevamente fijar su atención, y abrió el libro, lo abrió al azar.

Tropezó con unas palabras: «rien se perd, rien se creee [*sic*]⁸² y dirigiendo sonriente su vista hacia el sitio en que la sangre blanca de los gusanos prendía una mancha sobre las negruzcas losas húmedas del patio, dijo:

—Después de todo, no he hecho más que ayudar a la Naturaleza en su gran obra de eterna transformación.

82. Transcripción parcial de la famosa fórmula «Rien ne se perd, rien ne se crée, tout se transforme» del químico francés Antoine Laurent de Lavoisier.

EL RÍO HONDO⁸³

Aquel río era malo, muy malo, perverso, vengativo, odioso, inhumano.

Cuando a diario se retorció siguiendo con su cuerpo sinuoso la misma ruta, amoldándose siempre a la misma forma, refunfuñaba frases de odio inmenso, odio que, porque no podía desbordarse, aumentaba a cada instante, y crecía, crecía hasta mortificar a él mismo su desarrollo, hasta incomodarlo, porque no le cabía dentro del pecho.

«Río Hondo» le llamaban, seguramente por burla; [i]a él que, apenas si tenía profundidad para cubrir a un lechón!

Después de mucho tiempo en que corrió libremente por el camino que desde su primer momento de vida, amorosamente le trazara su buena madre Naturaleza, después de mucho tiempo en que anduvo inconscientemente por la casa que ella le había dado, un día un hombre vino a esclavizarlo; verdaderamente odiaba con mucha justicia a esos hombres que habían venido a transformarle su casa, que habían venido a obligarlo a seguir el camino que más convenía a los intereses de ellos mismos, y temerosos de que, como un perro fiel dejara algún día la casa a que había sido llevado por la fuerza para volver a la de su antiguo amo, le habían formado con gigantescos bloques de talladas piedras una gran cárcel.

Después sobre su cuerpo viboresco, humillándolo, vilipendiándolo, habían hecho pasar la locomotora audaz que trasladaba a los maldecidos hombres de ciudad a ciudad.

Y en vano, él rumiando a diario su odio, había mordido las piernas férreas del puente; sólo se llevaba en la boca desesperante sabor ferruginoso, y el puente esbelto, arrogante,

83. *El Mundo Ilustrado*, México, 2 de junio de 1901.

seguía con orgullo enlazando las dos montañas para que sobre ellas corriera el tren.

Muchas veces había deseado tragar en sus aguas frías, espumosas, coléricas, al tren que infatuado pasaba resoplando arriba de él.

Cuando la Naturaleza toda se enrojecía de cólera, cuando el rayo tronaba y teñía de púrpura el espacio, cuando por rabia lloraban los cielos abundantemente, empapando la tierra, cuando se oía por todas partes el grito de Natura furiosa, él había querido tomar parte en el concierto de furor, y desbordarse y arrastrar árboles torcidos, ganados moribundos, hombres agonizantes, sobre todo hombres; y no había podido salir de su jaula; la rabia le había congestionado el rostro, le había amarillecido el semblante, y ¡nada más!

¡Cómo había deseado arrebatar alguna vez a un hombre, aprisionarlo entre sus garras, envolverlo entre sus brazos líquidos, arrastrarlo contra las rocas, golpearlo contra las pulidas piedras, arredondadas y brillantes como cabezas calvas, y obligarlo a beber agua, mucha agua, hasta ahitarlo para que se desesperara; llevarlo hasta allá, hasta aquel desnivel de su lecho, en donde al caer, él reía estrepitosamente, con risa gritante, borbótica, espumajosa, colérica, como risa de atacado, y después arrojarlo, despeñarlo, para ver cómo saltaba en pedazos el cuerpo, y cómo la sangre teñía las aguas rojizamente; entonces habría podido saciar sus ansias de venganza, saboreando con sabor tigresco la caliente sangre humana.

Sólo una vez había llevado en sus aguas el cuerpo de un hombre, y eso había sido un hombre muerto, un infeliz, cuyo matador había pretendido ocultar el crimen, pero él no, nunca había matado a un humano: los más débiles, cuando estaba más airado y había pretendido ahogarlos, lo habían dominado, lo habían vencido rasgándole las entrañas con las manos, abriéndose paso a brazadas entre las ondas, cuya perfidia resultaba estéril.

Todos lo burlaban; hasta un niño una vez, desde la ventanilla de un coche del convoy, le había lanzado un escupitajo, y él, el «Río Hondo», que llevaba agua de sobra para haber ahogado al soberbio chiquillo, ¡no había podido contestar el ultraje!

Todos lo ofendían, lo despreciaban; los toros se complacían en profanarlo con las groseras pezuñas, y los cerdos iban a saciar la sed en sus aguas, las pobres aguas de un río infeliz. Las mujeres iban a la orilla, y se inclinaban sobre él para mancharle las aguas, para teñírselas con el jabón.

¿Cuáles eran en cambio sus goces? Bien escasos; recordaba solamente con placer, el acre y aromoso sabor de las flores que se le deshojaban en el seno, y las caricias con que había los cuerpos blancos de unas doncellas que habían ido a buscar frescor en las ondas ese día limpias y puras... Tenía razón para haberse vuelto malo, perverso, vengativo, odioso, inhumano.

Aquella tarde calurosa, provocadora de bochornos, ondulaba perezosamente, bostezando su fastidio; miraba con indiferencia a los pájaros que en sus ondas iban a saciar la sed y arrastraba sin conciencia las flores que, como desvanecidas, como poseídas del vértigo del abismo, se le venían encima, se le hundían en sus aguas, cuando él les besaba los pies de los tallos.

Respirando como siempre, fuertemente, acompasadamente, seguía su paseo forzado, interminable, mirando al cielo con fijeza, como interrogándolo perennemente.

Sólo acompañaba al rumor de su deslizamiento, uno que otro mugido, el suave trinar de algunas aves y el chirrido de las serpientes que arrastraban como él los cuerpos sinuosos como el suyo, por entre la maleza enmarañada.

Vio aparecer a lo lejos una indígena que llevaba a cuestas sujeto en el rebozo, al último fruto de sus amores con el hombre que la había abandonado, y en las manos y en la cabeza y junto al pecho cargaba los vegetales para vender en el mercado.

Detrás de la indígena y cargando también ya un haz de yerbas sobre la espalda, caminaba dificultosamente una

chiquilla. Las dos seguían la ruta del «Río Hondo» y el río ondulaba perezosamente mirando con fijeza al cielo, cuyas azulosidades y blancuras se le retrataban en la pupila. La niña se inclinó para recoger en el hueco de su manecita negra y maltratada un poco de líquido con que apagar su sed de caminante. La madre seguía trotando, con las verduras para vender en el mercado, cargadas sobre la cabeza junto al pecho y en las manos.

La niña resbaló bajo el peso de su fardo, y cayó violentamente al río, sin servirle las ramas a que se asió, y que llevó empuñadas al agua. Su grito, su ¡ay! de doloroso espanto, hizo volver la cara a la indígena cuya tez oscura se empalideció.

—¡Hija, hija!— gritó la indígena, como si quisiera detenerla, pero el río, como un ladrón que halla inesperadamente la oportunidad de saciar sus ansias de cleptómano, corría ya abrazando entre sus brazos líquidos el cuerpecito inocente.

La madre corrió también; dejó caer los cestos que llevaba en las manos, y asegurando al chiquillo que llevaba en las espaldas corría con todas las fuerzas de sus piernas nervudas y negras, y con toda la velocidad que le permitía el peso que soportaba.

—¡Hija, hija, Virgen Santísima!— gritaba mientras perseguía el cuerpo volteado mil veces por la fuerza de la corriente contra las pulidas piedras, arredondadas y brillantes, como cabezas calvas.

El «Río Hondo» dejaba oír su murmullo, como risa burlona, criminal, y jugaba felinamente con su presa.

Hubo un momento en que unas ramas salvadoras afianzaron las ropas de la niña, pero luego el río cuidadosamente las desprendió, y siguió adelante en su carrera, llevando el cuerpecito en mortales voltejeos. Contra el vértice de una piedra piramidal golpeó la pequeña cabeza, y las aguas se colorearon con la sangre que brotó de la herida.

La indígena, sudorosa, con los labios secos, los pies sangrándole, y la cabellera opaca y lacia arrebatada por el viento, seguía corriendo y gritando tras el cuerpo de su hija.

Al fin llegó el río con su presa al «salto», al despeñadero, y se detuvo un instante como para tomar fuerzas y para gozarse más en su perversa labor; balanceó un momento, cual si la arrullase para que entrara en el sueño eterno, a la débil criatura, y la empujó, la arrojó entre las aguas espumosas que caían estrepitosamente, con sonidos de carcajada.

La madre vio, vio horriblemente como rebotaba contra las rocas el cuerpo hijo de su cuerpo, aquel cuerpo casi desnudo, de carnes oscuras, en las que había muchos labios rojos de las heridas recién abiertas, vio cómo se despedazaba contra los peñascos lavados continuamente por las aguas espumosas y coléricas.

Ya no pudo ver más el cuerpo que tragarón ávidamente las aguas criminales; y asomándole la palidez de la angustia por las mejillas oscuras, sudorosa, con los labios secos, con las lágrimas rodando, con la cabellera lacia y opaca azotada por el viento, cayó de rodillas la indígena al borde del abismo. Y a sus frases cortadas, oraciones o quejas, y al llanto de la criatura aterrorizada que llevaba a las espaldas, hacía eco el «Río Hondo», que después de su «salto», seguía allá abajo, muy abajo, en el fondo del abismo, deslizándose tranquilamente, ondulando hipócritamente, remedando con su murmullo, el sonido de las plegarias de la indígena; aquel río era malo, muy malo, perverso, odioso, vengativo, inhumano; el «Río Hondo» se había vengado de los hombres en aquella niña, su primera víctima.

Y la noche dejaba caer lentamente sobre aquel cuadro, su pesado y espeso telón de sombras.

Éste es el caso; ustedes resolverán si mi hombre estaba loco o no lo estaba. El practicante —un buen chico— me aseguró que en su concepto era un farsante, un hombre que tenía la suficiente fuerza de voluntad para fingir «su locura» cada día, con objeto de pasársela entre los locos, que es siempre menos odioso que vivir entre criminales, menos doloroso que trabajar en un castillo embutido en el mar, y vestir el uniforme a rayas azules. Ustedes sabrán si es creíble ese fingimiento, sin que a fuerza de repetirla llegara un día en que se convirtiese en loco real.

Tengo que apretarme bien el cráneo para que no se me salga esta idea. A ver (contando) una; ya oigo una; la oí bien; a ver, otra; ya oigo otra. Esto es lo malo, que es otra, que son otras; no son aquellas mismas que no oí, y que debía haber oído. ¡Qué torpe es la imaginación que yo tengo! ¿La que yo tengo, o la que tienen todos los locos? porque dicen que yo estoy loco —¿la que yo tengo, o la que tienen todos los hombres? Todos, sí. ¡Qué bien abarcan estas palabras al conjunto[!]: todos los hombres, ¡todos los locos![—.] Es muy torpe, decididamente; yo no he podido oír esas campanadas que necesitaba oír; no puedo.

Si las hubiera oído, no sería extraño que pudiera oírlas otra y otra vez, así como escucho muchas veces la voz de aquel maldito: «Urge, pues, señores jurados un castigo ejemplar para el acusado...».

Pero ¡por Dios! ¿porqué no podré oír en la imaginación aquellas seis de aquella mañana? No; y culpa del reloj no fue; es decir, yo creo que no fue. ¡Ah! el reloj es un gran invento; pero deberían tener repetición, no sólo una vez, sino muchas;

84. *El Mundo Ilustrado*, México, 22 de junio de 1902.

una, dos, tres, cuatro, cinco y seis, y luego, una, dos, tres, cinco, seis; ¡qué tonto soy! entonces se confundirían y tampoco habría oído yo la hora que necesitaba; ¿cómo saber cuándo acababa una vez, y cuándo empezaba la repetición? Una, dos... hasta seis, y luego siete, quince, veinte, ¡imposible! un repique continuado... ¡eterno! La eternidad sería insoportable; ¡qué fastidio!

Esto es lo curioso; yo me figuro bien y oigo bien todo, menos aquellas seis campanadas, hasta este repique que oigo ahora. ¡Ea! basta; basta: me aturden esas campanas; ya he oído como ochenta horas; al fin; ya nada; como si las campanas se hubieran vuelto de papel, como en aquella mañana; las campanas de papel, con lenguas de trapo.

¡Si hubieran podido guardarme aquellos sonidos para hacérmelos oír cuando desperté[!]; pero no; y eso que existe otro gran invento; el fonógrafo, y ¿de qué me sirve el fonógrafo, y el cinematógrafo, y todo eso? Todo está muy bueno; se puede volver a oír y volver a ver, y a oler, y a saborear; no, eso no; entonces se habría copiado bien la vida; cuando asistiendo a una escena puesta en un aparato, veamos y oigamos y oíamos y gustemos y toquemos todo, todo como era en aquel instante, ¡qué hermoso descubrimiento! Pero ¿por qué no podemos oír lo que nunca hemos oído?

Aunque sí podemos, sí, sí; yo oigo todo lo que quiero, sin haberlo oído antes; a ver, ¿cómo rugen las fieras en un bosque?

Así; así. ¿Cómo reirá el Diablo? Así; así. Ahora, ¡vamos! me ayudaré. Me levanto precipitadamente de mi pobre cama; ya deben ser las seis; sí. ¡Qué! ¿no han sonado? Voy a oírlas; una, otra... ¡nada más! ¡se han vuelto de papel las campanas, campanas de papel con lenguas de trapo!

Verdaderamente, yo tuve la culpa; ya estaba resignado con mi suerte: había oído con admirable precisión todas las horas; ¿quién iba a creer que cuando sólo faltaba una, me durmiera? Y me dormí, y soñé con el perdón de la Justicia; ¿quién sabe cuántas cosas más? Esos ensueños, y lo que entre dos sueños

he pensado, he visto, he oído —¡oh, qué palabra: «oído»!— lo he olvidado siempre fácilmente: he desperdiciado por eso muy buenas ideas, porque luego no he podido recordarlas.

El despertar fue horrible: aún me parece ver a aquellos hombres de caras negruzcas, inmovibles, mudos, como los muertos, cuando les preguntaba yo si habían sonado las seis, si ya iban por eso a agujerearme el cuerpo, para hacer justicia al otro, a mi muerto, es decir, al que yo quité de esta vida.

Nada me quisieron contestar, y ya se oían los pasos «rechinantes» en aquel corredor largo, estrecho y oscuro, como cañón de fusil, por donde me habían llevado tantas veces a la reja del Juzgado; y ya se oía el ruido de las armas, pero las seis no sonaban, ¿por qué no sonaban ya? ¡Campana cruel, campana maldita, reloj maldito!

Al menos el personaje del drama veía en el reloj los momentos que le quedaban de vida, pero para mí se había muerto aquel reloj.

¿También habría matado a un semejante, a otro reloj, y también lo habrían fusilado?

¿Quién sabe qué sería peor? Yo me asomé una vez a una ventana, y allá abajo, un viejo, parecido al tiempo, marcaba en un libro los momentos de mi vida que pasaban, y ya había muchas hojas marcadas, y muy pocas en blanco; ¡por poco muero esa noche! ¡Ajaja!; ahora oigo un ruido metálico semejante al de mi reloj de comedor cuando se apercibe para dar la hora. ¿Serán las seis que no pude oír? Porque hasta eso; las seis me persiguen todas las mañanas, pero yo me tapo las orejas, porque no quiero oírlas, porque no son aquellas seis que no pude oír, y que —¡como si fuera un delito no oírlas!— son el origen de que me hayan traído aquí.

En efecto, grité que no había oído las seis, y después me trajeron a este nuevo encierro.

Cuando ya era hora, es decir, debe haber sido la hora, porque yo nunca miento, yo no la oí, entraron unos hombres,

y me dijeron algo del Juez, y ¡qué sé yo qué relación tenía el Juez con un nombre de mujer[!]: ¿era Soledad?

Creo que sí; debe haber sido, porque me tienen aquí solo, absolutamente solo con mi pensamiento, que corre, corre mucho, y luego salta y rueda, o se levanta y vuela, o se hunde y baja, baja mucho, hasta allá debajo de la tierra; va a visitar a mi muerto.

Cuando corre y salta o vuela y sube, nada importa; lo malo es cuando se detiene, cuando se para en una idea: las seis; entonces rompe con una horripilante solución de continuidad la paz de mi espíritu. ¡Las seis!

¿Cuándo oiré aquellas seis? Estoy seguro de que en cuanto las oiga, moriré, porque es la hora marcada para mi fusilamiento, y es preferible morir a llevar esta vida.

Ahora oigo horas una, una... ¡sólo una! Como si se arrepintiera de seguir ese reloj; ¡los relojes que se burlan de mí! se quedan riendo después de que suena la última hora. Por eso me parecen muy naturales los cariños y los odios que yo siento por las cosas creo que nunca he querido a una persona como quiero a ese portaplumas negro, regalo de un amigo. ¡Pobre portaplumas! Él debe extrañarme mucho si es agradecido y es bueno. Quiero a ese portaplumas con un gran cariño paternal, paternal, ¡qué raro y que curioso fuera eso[!] ¡un hombre que tiene un hijo portaplumas, y luego negro!

En cambio, tengo un odio a los relojes, un odio a los fusiles, un odio a ese hidrante que arrojaba agua perennemente. ¡Qué grandes odios! creo que no es posible odiar a una persona con ese odio, porque es mucho, ni es posible amar a un hijo con este amor que profeso a mi portaplumas negro; [¡]es mucho amor!

Y hay que convenir en que tengo razón cuando amo con esa fuerza a las cosas; estas son merecedoras, porque son absolutamente buenas o absolutamente malas; todo depende de la utilidad que prestan; mi espejo roto es absolutamente malo, siempre malo; y las personas tenemos esta mezcla de

bondad y de nulidad que nos hacen menos dignos de amor y menos dignos de odio.

¿Ven ustedes? Ahora se ha ido el pensamiento; ahora es cuando me salta, y corre, y tropieza y cae, para levantarse nuevamente, pero no, se ha detenido haciéndome mucho ruido dentro del cráneo, como esos focos eléctricos que se apagan, y se quedan murmurando quién sabe cuántas cosas, runrunando fuertemente.

Así me pasa; ya oigo una, dos, tres; oh los relojes de eterna repetición; hasta seis, veinte, ochenta... pero no son las seis que necesito oír; ¿porqué no podré oír las seis de aquella mañana? Esto es lo que me canso de preguntar.

Y así, todo sucede; no se llegará la hora de mi fusilamiento, la hora de mi muerte, y entonces... ¡nunca moriré! quedaré ¡toda la vida! en este martirio enorme, esperando unas seis que no llegan, que no pueden llegar, porque ya pasaron, porque ya se fueron.

¡Y así habrá tontos que no quieran morir!

CUENTOS DE MANICOMIO.
LOS QUE NO LLEGAN A SAN HIPÓLITO. LA ENFERMERA⁸⁵

(Pensando en «Sor Filomena»,
de los Hermanos Goncourt.)

El demacrado moribundo llamaba a la gentil enfermera y le decía:

—¡Hermana, no me deje usted solo tanto tiempo[!]— y con la impertinencia febril le pedía: —esté usted aquí a mi lado; hábleme de Dios, de Amor, de Vida, y no me deje entregado a la desesperante idea de que la muerte está para mí muy cercana; me desespera horriblemente esa idea; yo que antes he deseado la muerte muchas veces, y que la entreví en lontananza ofreciéndome su eterno abrazo frío, como una salvación del continuo sufrimiento de vivir, como una solución del problema eterno del incierto mañana, hoy que la veo rondar en derredor de mi lecho, me siento aferrado a la vida, creo que si viviera sería feliz, que progresaría, que realizaría mis aspiraciones, y me desespero; no quiero morir; hermana, no quiero; pero al menos, si ha de ser, inspíreme usted conformidad, hágame creer que hay algo tras ese momento indispensable para los humanos, en que se pierde uno de la vida... consuélame usted; haga algo por mi tranquilidad.

Y la mujer, enternecida, le prodigaba el exiguo consuelo de una mujer cuya educación se ha concretado a la que puede

85. *El Mundo Ilustrado*, México, 3 de abril de 1904. Después de la firma, Zárate Ruiz indica «Morelia, 1904». Precediendo este cuento, *El Mundo Ilustrado* publica —bajo el título genérico de «Cuentos del Manicomio. Los que no llegan a S. Hipólito» adoptado para su libro de 1903— los cuentos siguientes: «I. El idiota. II. ¡Yo cura! III. El loco pacífico», el 1 de marzo de 1903; «IV. El moscardón», el 19 de abril de 1903; y «Crucificado», el 24 de enero de 1904.

adquirirse a la cabecera de enfermos de hospital, y como enfermera práctica, ve en la faz del paciente la aproximación de la muerte:

—No, hermano; no desespere usted, ni piense en que va a morir. Verá usted cómo se alivia; Dios ha de querer mandarle la salud.

Pero le temblaba la voz, la contradecía en sus palabras la tristeza de entonación con que las pronunciaba; y delataba sus temores y su cariñoso sentimiento por la próxima partida, el gesto de dolor que le contraía el rostro, a pesar del esfuerzo para conservar su serenidad. Durante los días que llevaba el pálido mozo de recibir de la mano de la gentil enfermera las oscuras «cucharadas» y la blanca leche, ella había encontrado en el interesante aspecto del «incurable», la revelación de quién sabe cuántos sufrimientos pasados, la huella de muchas desilusiones sufridas, y la simpatía había nacido para el enjuto y pálido mozo.

Después se había hecho a aquellas impertinencias febriles del enfermo, que no era como todos los enfermos de hospital; que se diferenciaba de ellos en aquella cariñosa súplica para que la enfermera no se fuese de su lado.

Durante las tardes largas y calurosas, cuando los enfermos quedan sumidos en el sopor provocado por la «hora sofocante», y ella tenía algún reposo, iba a sentarse cerca de la cama, en cuyo colchón se hundía el cuerpo ya esqueletado, momificado del joven, harto pronto envejecido; la atraía aquel rostro varonilmente hermoso, que, de cuando en cuando, contraía un gesto de amargura.

A menudo, durante su inquieto sueño se le oía hablar, y sólo salían de sus labios palabras incoherentes:

—Dios, Amor, Vida, María, Delito, Conciencia, Desesperación, Muerte...

Y la joven del mandil blanco, la gentil enfermera, fija la mirada en aquel cuerpo, al cual se acercaba la Muerte de rato en rato, ahogaba mal los suspiros y pretendía fijar la atención, para

el cumplimiento de su deber, en los demás enfermos, pero casi todos dormían. Sólo se oía en el largo y ancho salón de camas, paralelamente colocadas a trechos, el gemido acompasado, el grito intermitente del «23», y el zumbido pertinaz de un moscardón que se colara por una de las ventanillas.



A la madrugada fue: ella, que allá lejos, en el falso concepto de los demás dormía, pero que en verdad pagaba a su atávica histeria el natural tributo, escuchó el aviso por medio de la campana eléctrica: alguien necesitaba de auxilio, y ese alguien era «él».

En efecto, «el incurable», como le llamaban ya en el hospital, porque él les había dado el nombre, moría, y cuando ella llegó, no en cumplimiento de sus deberes, pero sí en satisfacción de sus deseos, los ojos y la boca del moribundo se entreabrieron —para ya no cerrarse más a voluntad del sujeto, sino por mano ajena— como si el «incurable» hubiese dado un adiós a la paciente cuidadora.

¿Lo creerán ustedes? Yo lo creo: a los ojos grises de la gentil enfermera asomaron lágrimas, y en la boca empezó una tartamudeante oración.

Después, dos hombres sacaron en hombros, depositado en una camilla —la improvisada camilla de hospital—, el cuerpo envuelto sólo con el largo camisón del muerto, y ella a hurtadillas, con represión de su conciencia, traducida en sincero rubor para el rostro, contempló aquel cuerpo unos instantes, los que el paso rítmico de los camilleros duró en el pasillo que conducía al anfiteatro.

Entonces maldijo la curiosidad de los practicantes que iban a despedazar aquel cuerpo que ya amaba ella.



Su amor —entre oración y oración, para salvarse de aquellas mundanas tentaciones, entre arrepentimiento y arrepentimiento, se lo confesó a ella misma—, su amor a aquel muerto la llevó a la falta: cuando ya todos habían salido del anfiteatro, cuando ya la luz solar acababa, entró hasta la plancha, se aproximó al cadáver y cortó el rizo de la cabellera negra que se desbordaba sobre la frente fría. Fue entonces cuando de rodillas pidió a Dios perdón por sus amores; eran puros; eran los amores que iniciaba con un muerto.

Desde aquel día se aman. Ella lo mira todas las noches, cuando «él» viene a buscarla, y sus amores siguen siendo puros —¡los amores de un muerto!

Sólo una vez «él», atrevido, pretendió besarla en la frente, pero ella no lo consintió: «Dios se enoja», le dijo; y «él», ¡claro!, como muerto no insistió.

Ella, la gentil enfermera, la enferma también, enferma de amor, seguía creyendo que sólo Dios y ella sabían de sus amores.

Sin embargo, ya ustedes lo saben, y como buenos amigos, como buenos hombres, lo contarán a sus conocidos, recomendando, por supuesto, «el secreto».

¡Pobre enfermera; mañana todos conocerán sus amores que ella cree puros y secretos porque son con un muerto, y ello habrá sido porque yo lo conté a ustedes! Me arrepiento, pero ya no tiene remedio.

LA MUERTE ARTIFICIAL⁸⁶

Para Salvador C. Sifuentes⁸⁷

El caso ocurrió en París hace pocos meses.

Ya reunidos en el laboratorio, casi todos los galenos invitados por el compañero propietario de la gran casa, en la cual iba a verificarse la experiencia, cada cual tomó el puesto que mejor cuadrara a su gusto y siguieron así la recomendación del Dr. Fournot que les había advertido:

—Como si cada uno de Uds. estuviese en su consultorio, hace lo que le plazca, y ocupa el lugar que más le acomode.

Cuando el Dr. Fournot opinaba que ya nadie llegaría, pues era mucho más tarde de la hora de la cita, un hombre preguntó:

—¿Ya puede pasar el *paciente*?— A fuerza de oír el término, lo había aprendido al servicio del Doctor.

—Sí; que pase— fue la respuesta.

Los facultativos se agrupaban en torno de las mesas consteladas de instrumentos y aparatos, de retortas y matraces. Junto al brillante y afilado bisturí, el tosco y macizo forceps; la fina tijera de corte compite en brillo con la delgada pinza; y allá enfrente, un horrible feto dobla sobre las rodillas la enorme cabeza empapada en alcohol, encurtida en aguardiente, como la de muchos que no son fetos, pero que desearían no haber pasado al desarrollo, porque no habrían arrastrado

86. *Savia moderna*, Revista mensual de arte, México, Número 5, julio de 1906. [Secretario de redacción de los núms. 4-5: Pedro Henríquez Ureña].

87. Maestro, inspector de instrucción primaria, Salvador C. Sifuentes fue director de *La Evolución Escolar* (Periódico Quincenal Pedagógico), México, 2ª época, 1/06/1899-1/12/1899. Posiblemente autor en 1892 de la letra para la *Marcha de Zacatecas*, como consta en *El Sol de Zacatecas* (González Ramírez 2012: sin paginar).

una miserable vida que ha de acabar en una muerte más miserable. Así pensaba, frente al frasco, unos de los cirujanos invitados, un hombre de ojos enrojecidos, que, a pesar de la conciencia que tenía del mal que causa el alcohol, a despecho de su práctica dolorosa del mal enorme con que destruye el organismo la enloquecedora morfina, ingería el alcohol en grandes cantidades y se inyectaba la morfina; tras de un chasquido de lengua, dijo, triste, en voz relativamente alta, como si hablase con alguien:

—Sin embargo ¡ya no tengo remedio!

Más allá, en la misma mesa, junto a una sierra, había una caja de lentes y unas probetas que contenían líquidos de diversas coloraciones, todo en desorden; había hasta un libro abierto que estaba manchado por el líquido que contuviera el frasquillo, aún recostado sobre una lámina anatómica.

En los estantes, los libros, en desorden y empolvados, se recostaban unos sobre otros, extrañando la ausencia de sus compañeros, muchos de los cuales yacían sobre la mesa como mujeres despreciadas que de rodillas sollozan ante el amante; abiertos parecían los ojos de las letras hacia el cielo del techo, implorando misericordia, para no sufrir la mala suerte de sus compañeros que lloraban desde la alfombra.

Al oír la orden que diera el Dr. Fournot para que entrase el paciente, un ginecólogo que, con las manos a la espalda, revisaba los instrumentos que había en un estante, se acercó al grupo que empezaba a formarse en semicírculo, frente al inventor; un especialista cerró un Dieulafoy⁸⁸, que hojeaba con desdén, y se levantó del asiento, desprendiéndose de la nariz las obscuras gafas. El recién titulado, el imberbe de lentes sin graduación, pero que servían para darle aspecto de doctor, fue majestuosamente hasta donde estaba una escupidera, para arrojar la colilla del cigarro que fumaba, y después, entallándose la levita se agrupó a sus compañeros —así le decían con aire

88. Pierre Georges Dieulafoy, famoso médico cirujano francés de la época.

de protección sus antiguos profesores: «Compañerito»— un alienista de bigote, barbilla y ojos mefistofélicos, arrojó sobre la mesa el periódico en el cual había revisado distraídamente los fotograbados.

Todos acudieron frente al descubridor que los llamaba a su casa, para que presenciasen una experiencia de los beneficiosos efectos de su elíxir.

Entonces el Dr. Fournot, con ademán de invitación, les suplicó que pasaran a la sala contigua.

Se oyeron el «pase Ud.», «gracias», algunas fingidas toses doctorales, y no se oyeron los pasos de los invitados a la experiencia porque la espesa alfombra de la sala guardó discretamente el ruido; todos pasaron bajo el umbral de la puerta que separaba el laboratorio de piso de madera, del alfombrado y bien tapizado salón.

Aquí había muebles lujosos, espejos grandes, vistosos jarrones, artísticos cuadros, dos retratos de familia, una gran piel de tigre —el doctor era gran aficionado a la caza— y una *chaise-longue* que iba a servir para lecho del paciente.

Repartidos y sentados o casi recostados en sofás y sillones los doctores en medicina, volvió el cetrino hombre, que ya sabía decir *paciente*, a desinfectar pinzas, agujas, y, como un introductor de embajadores, presentó a la puerta de la sala al ya esperado *sujeto*.

—Pase Ud. y siéntese— casi le ordenó el Dr. Fournot, como un altanero y parcial Presidente de los Debates, en un jurado popular.

El *sujeto* era un hombre mortalmente empalidecido, de mirada vaga, titubeante, hirsuta cabellera de poeta o de loco; vestía de riguroso luto. Tomó asiento.

El Dr. Fournot desde su amplio sillón empezó:

—Ilustrados compañeros: ante todo hago a Uds. presentes mis agradecimientos por haber atendido la súplica que les hice para que honraran la primera prueba de mi descubrimiento, que juzgo, sin falsas modestias, útil para los que sufren,

beneficioso para la degenerada humanidad. En mi práctica profesional he hallado a muchos hombres que sufren, y muchos que sufren por causas hasta hoy no combatidas, vistas con desdén, tan sólo porque se trata, según dicen las llamadas eminencias médicas, de degeneraciones. ¡Como si los degenerados no fueran los que más necesitan que la ciencia los atienda, y que la ciencia procure redimirlos y ahorrarles sus dolores, porque, como Uds. saben bien, el que más sufre es el que comprende que es un degenerado, y no puede vencer sus pasiones que tantas amarguras le producen!

El cirujano que antes había balbucido «no tengo remedio» se revolvió en su asiento nerviosamente, y el imberbe recién titulado sonrió con intención de aparecer maquiavélico.

—Esos casos que se me han presentado, me han movido a estudiar para en algo hacer el ahorro de dolores agudos, ya que los dolores más agudos son los morales. Entre esos *casos* he hallado muchos que muevan a compasión, pero... tenga Ud. la bondad de pasar al baño, antes de la experiencia, Mr. Larrivière; nos habíamos olvidado de este detalle —así se interrumpió en su discurso el Dr. Fournot, y cuando el paciente salió de la sala silencioso, humilde, continuó el facultativo:

—No he querido que oyese el resto; prosiguió: si he hallado *casos* que muevan a compasión, que despierten los sentimientos de humanitarismo, ninguno ha logrado fundir nuestra glacial indiferencia profesional —perdón, compañeros, por las agrias verdades— como el *caso* del que va a ser *sujeto* para mi experiencia. Este hombre se ha presentado y me ha dicho, no sólo como muchos otros, con la desesperación en el semblante, con la súplica en la mirada: «Doctor, recéteme Ud. algo para que duerma; no puedo cerrar los ojos en toda la noche»; no, sino que este Mr. Larrivière me ha implorado: «Doctor invente Ud. *algo* para que los enfermos podamos dormir con sueño compacto, con sueño espeso, sin horribles soluciones de continuidad, que son las *pesadillas*, que son los horripilantes ensueños. ¿Ud. no sabe lo que es magullarse el

cuerpo, a fuerza de dar vueltas en el lecho de insomnio? ¿Ud. no sabe lo que es revolverse la cabellera contra una almohada que, a pesar de cambiar por uno y otro lado para buscar la frescura, resulta calenturienta, porque calenturienta está la cabeza que en ella quería descansar? ¿Ud. no lo sabe? ¡Es verdad! ¡Ud. es normal y no un degenerado! Pues bien, eso es horrible; es horrible temer la llegada de la noche, lo que otros esperan con ansia, porque ellos van a descansar, y nosotros los enfermos, los degenerados si Ud. quiere, vamos a sufrir aún más que durante el día, porque vamos a encontrarnos solos con el insomnio, solos con nosotros mismos, y es entonces cuando vienen todas las consideraciones de nuestra desgracia, todos los arrepentimientos de nuestras malas acciones, todas las vergüenzas por no tener fuerza de voluntad para reprimir nuestros ímpetus, todos los temores por un incierto porvenir, todos los afanes por ser buenos, todas las preocupaciones por resolver el eterno y difícil problema de la vida.

Eso es horrible; cuando tras toda una noche, va a conciliarse el sueño provocado por el cansancio del insomnio, caer en esa desesperante somnolencia dentro de la cual se sufren *pesadillas*, y acuden a nuestros oídos voces en tropel y desfilan ante nuestra vista en macabras contorsiones mezclados extraños hombres, animales deformes y caras conocidas hacía mucho tiempo olvidadas; y se comprende que con sólo abrir los ojos y ver la luz de la *veladora* se ahuyentarían todas esas apariciones; se desespera porque haya noche, porque esté obligado el hombre a acostarse a dormir para vivir; se odia la noche, se desea un día prolongado hasta que llegara una sola noche, noche eterna, la noche de la muerte.

¡Cómo es desesperante que las horas destinadas al descanso, sean las horas de mayor sufrimiento! Y eso cuando no se puede ni recurrir al consuelo de la compañía de los hombres amigos, ni de sus representantes los libros, porque los hombres duermen y también se desesperan insomnes en sus lechos, y porque los libros no los admite nuestra excitación nerviosa.

¿Para qué leer páginas y páginas, sin entenderlas, porque nuestro pensamiento está muy lejos de aquellas páginas? [»]...

En fin, compañeros, afortunadamente se expresó así mi sujeto, y por último agregó: [«]Ya que no se puede, ni aun en sueños, paralizar el pensamiento, para que haya un verdadero descanso, ya que no se puede dejar sobre el buró y en un recipiente de agua clara, el cerebro, como se dejara una dentadura postiza, para que lo recogiese uno a la mañana siguiente, limpio y fresco, por lo menos invente Ud. alguna substancia para que, ingerida o inyectada, preste al enfermo el sueño completo, el sueño, verdadera imagen del amor, de absoluto reposo temporal, para que no se sufra ni por falta de sueño ni por sobra de ensueños dentro del sueño. ¡Vamos; una muerte artificial! [»]

—He de advertir a Uds. que el asunto me interesó, que el *caso* llamó fuertemente mi atención, y por el amor sincero que profeso a la Humanidad, empecé a estudiar, e inauguré mis experiencias.

Ahora se explicarán mi alejamiento de Uds., mi aparente misantropía, mi aparente resolución de prescindir de clientela que me remuneraba bien, de amigos cuyo trato me deleitaba, de esa gimnasia intelectual que en la compañía de Uds. practicaba. Porque urgía buscar el indispensable remedio para los que sufren, paralizar el pensamiento de los que aun durante el sueño piensan.

Advertido esto, encuentro inútil para Uds. que conocen la renuencia de los pacientes en general para *medicarse*, pero con mayor razón la de los degenerados, explicarles cuánto habré luchado consigo mismo ese *sujeto* a quien vamos a someter a la prueba; yo no he tenido que luchar para convencerlo, porque él ha sido quien me solicitó.

Sofocado un tanto, el Dr. Fournot respiró con fuerza, y el alienista de bigote, barbilla y mirada de Mefistófeles aprovechó la oportunidad para dirigir en torno una mirada que reía burlescamente. Por supuesto, casi todos los profesionistas

presentes inclinaron la cabeza para no contestar la mirada que habían sentido, interrogante y comprometedora.

Después, el temible experimentador, temible como los que hacen experiencias con la vida de los semejantes, agregó con la palabra ya claudicante porque le había llegado el cansancio:

—La experiencia a la cual va a someterse este sujeto y el descubrimiento que voy a sujetar a la opinión de Uds. consiste en la aplicación al *paciente* de dos inyecciones; la primera para que duerma el tiempo que desee —vamos a hacerlo dormir ocho horas, que son suficientes para que un hombre de su edad viva perfectamente— y la segunda inyección aplicada al cabo de ocho horas para que resucite, por decirlo así, puesto que, como he dicho, la primera inyección constituye La Muerte Artificial, y es la segunda inyección la que representa la resurrección. Al llegar a esta parte el doctor, llamó a la puerta el sirviente y preguntó:

—¿Puede pasar el señor?

—Adelante— y dirigiéndose a los nueve galenos que asistían al discurso, terminó el doctor:

—Vamos, señores, a aplicar la inyección para la experiencia, para la cual se ha prestado bondadosamente el Sr. Larrivière.

Y cuando el *sujeto* se despojó de su jaquet y se levantó la manga de la camisa, con mano trémula, silenciosa y resignadamente, el mozo presentó al doctor la jeringuilla que contenía la inyección, el Dr. Fournot, también trémulo, acaso desconfiado, tras pasar por encima de la región glútea del enfermo un algodón empapado en éter, hundió la aguja de la jeringuilla.

El paciente se tendió sobre la *chaise-longue* y el doctor lo cubrió con un cobertor.

Poco después, el inyectado empezó a parpadear; su palidez llegó a un tinte marfilino que en verdad pasaría por la decoloración de un cadáver; y quedó, tras un ligero sacudimiento, como una mortal convulsión, inmóvil, muerto artificialmente, como decía el temible experimentador.

Mientras los galenos se agrupaban frente al sujeto, y el imberbe recién titulado abría desmesuradamente, antiestéticamente, los ojos, el alienista recorría la sala, revisando las pinturas...

Los asistentes apuraron una copa de licor, fumaron un tabaco y cuando ya descendían las escaleras, unos sonreían, otros cuchicheábanse quién sabe cuántas cosas, y el alienista susurró compasivamente al oído del cirujano de ojos enrojecidos:

—¡Pobre Fournot, y pobre Larrivière...!



Eran las doce del día; lo anunciaban las campanas de las torres; se hacía sentir un calor sofocante; heríanse los ojos con los destellos de los cristales de los escaparates bañados por el sol; recorrían la avenida muchos carruajes; se saludaban muchos transeúntes; era la hora de plena luz y de gran movimiento; era la hora de plena vida en el boulevard.



A las 9 de la noche, sólo había en la casa del Dr. Fournot tres de los doctores invitados a la prueba definitiva: el cirujano de ojos enrojecidos, el alienista mefistofélico y el imberbe recién titulado.

Fournot había esperado con impaciencia, recorriendo nerviosamente la sala; negras líneas le subrayaban los ojos, y en su amplia frente temblaban gotas de sudor.

Quiso abreviar la experiencia; casi no habló, y como en la prueba primera, aplicó la prueba *resucitadora* al enfermo.

Siguió un silencio de voces, como en un desierto...

Después, los asistentes a la experiencia reconocieron al sujeto y movieron tristemente la cabeza. El Dr. Fournot aplicó el estetoscopio al corazón del enfermo, y se pasó

desesperadamente la mano por la cabeza. Hicieron todas las pruebas; por último, el experimentador practicó un corte con un bisturí en el cuerpo del enfermo, y ¡no saltó sangre! Todavía hizo un segundo corte... ¡Lo mismo!

Entre tristes y burlones, sin comentar el caso, sin dar el pésame al fracasado, se alejaron los tres testigos del homicidio.



A la mañana siguiente, cuando el alienista estaba aún entre sábanas, llegó el imberbe recién titulado notablemente pálido y dijo:

—Oiga Ud. lo que dice «Le Journal»: «La experiencia del Dr. Fournot». —“La muerte artificial”— La experiencia de cuya verificación ya tenían conocimiento nuestros lectores, ha tenido un funesto resultado; esta mañana se encontró junto a la *chaise-longue* donde reposaba exánime el cuerpo del infortunado *sujeto* Larrivière, el cadáver del Dr. Fournot. Éste presentaba todos los síntomas del envenenamiento por cianuro de potasio. —Búsquese el próximo número con detalles».

—¿Qué opina Ud?

El alienista, con su risa mefistofélica, respondió:

—¡La Muerte Artificial! ¡Qué asombro! ¡Causó dos muertes reales! Y... ¿el Dr. Fournot se decidiría a suicidarse por arrepentimiento de haber causado una muerte más, o instigado por el amor profesional porque sufrió un enorme fracaso?... ¡Quién sabe! ¿Verdad, «Compañerito?»

III

*Traducciones, cuento y semblanza-crónica ficticia*⁸⁹

89. Los cuatro textos aquí reunidos no llevan firma. John Englekirk (1937: 516) los atribuye a Francisco Zárate Ruiz: «I shall attempt to prove that Zárate Ruiz is the translator of “The Tell-Tale Heart” [“El corazón revelador”] and “The Black Cat” [“La embriaguez. Musa trágica”], the author of “Edgardo Poe”, and the one responsible for “el último cuento de Edgar Poe”».

EL CORAZÓN REVELADOR⁹⁰

EDGARDO POE

¡Creedme! Yo soy muy nervioso, espantosamente nervioso, siempre lo he sido. Mas, ¿por qué os empeñáis en que estoy loco? La enfermedad ha dado mayor importancia a mis sentidos; no los ha destruido ni embotado. Entre todos se distingue, sin embargo, el oído, como superior en fineza; yo he oído todas las cosas del cielo y de la tierra y no pocas del infierno. ¿Cómo, pues, he de estar loco? ¡Atención! Y contemplad con cuanta calma y cordura puedo contaros mi historia.

No es posible explicar cómo me pasó por primera vez; pero ya que me pasó, no cesó de perseguirme noche y día. Verdaderamente no había en ella objeto ni pasión de mi parte.

Yo quería al pobre viejo: él no me había hecho mal ninguno: jamás me había insultado; yo no codiciaba su oro... ¡Ah! ¡sí, esto es! uno de sus ojos parecía de buitre; era un ojo azul, apagado y con una catarata. Cada vez que aquel ojo se fijaba en mí, la sangre se me helaba; así fue que lentamente y por grados se me puso matar aquel viejo para de este modo librarme de aquel ojo para siempre.

He aquí, pues, la dificultad. Me creéis loco; pues bien, los locos no saben nada; pero si me hubierais visto!, ¡si hubierais visto con qué sagacidad me conduje! ¡Con qué precaución, con qué previsión y disimulo acometí mi empresa! Nunca estuve tan amable con el viejo como durante la semana que precedió al asesinato. Y cada noche, hacia la media, recorría el prestillo de su puerta y abría, ¡oh, tan suavemente! Y cuando había entreabierto lo suficiente para que cupiese mi cabeza; ¡cómo os hubieras reído de ver cuán distraídamente metía la cabeza! Movíala lentamente, para no turbar el sueño del viejo.

90. *El Mundo*, México, 8 de noviembre de 1896. Sin firma.

Una hora empleaba, cuando menos, en introducir la cabeza por la abertura, hasta ver al viejo acostado en su cama. ¿Un loco habría sido por ventura tan prudente? Y cuando había metido toda la cabeza abría la linterna con precaución, ¡oh, con qué precaución porque rechinaba el gozne! Abría nomás lo preciso para que un rayo imperceptible de luz cayese sobre los ojos del buitre. Repetí la operación durante siete interminables noches, a media noche exactamente; pero como siempre encontrase el ojo cerrado, no pude realizar mi propósito porque no era el viejo mi eterna pesadilla, sino su maldito ojo. Cada mañana apenas amanecía, entraba yo resueltamente a su cuarto y le hablaba con desparpajo, llamándole cordialmente por su nombre, e informándome de cómo había pasado la noche. Muy listo debía ser el viejo para sospechar que cada noche, a media noche, lo espiaba durante su sueño.

La octava noche redoblé las precauciones para abrir la puerta. El horario de un reloj se mueve con más velocidad que en aquel momento se movía mi mano. Hasta aquella noche no había yo meditado todo el alcance de mis facultades y de mi sagacidad. Apenas podía contener la sensación que me causaba el triunfo. ¿Pensar que yo estaba allí, abriendo poco a poco la puerta, y que él no soñaba siquiera ni mis intentos?

Esta idea me arrancó una ligera sonrisa, que él oyó sin duda, porque se revolvió súbitamente en la cama como si despertase. Creeréis quizá que me retiré, pues no. La habitación estaba tan negra como la pez, según que eran de espesas las tinieblas, porque las ventanas estaban cuidadosamente cerradas por miedo a los ladrones. Así, pues, en la inteligencia de que él no podía ver la abertura de la puerta, continué abriéndola más y más.

Ya había metido la cabeza y principiaba a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló sobre el hierro de hoja de lata, y el viejo se incorporó en la cama gritando:

—¿Quién anda ahí?

Quedéme absolutamente inmóvil y sin decir una palabra. Durante una hora entera no moví ni un músculo, y en todo ese tiempo no oí que se volviera a acostar.

Permanecía incorporado y alerta, lo mismo que yo había hecho noches enteras escuchando las arañas en la pared.

Mas, he aquí que oí un débil gemido y conocí que era producido por un terror mortal; no era un gemido de dolor o de disgusto, ¡oh, no! era el ruido sordo de una alma sobrecogida de espanto. Yo conocía bien este ruido: bastantes noches, a media noche en punto, mientras el mundo entero dormía, se había escapado de mi propio seno, aumentando con su terrible eco los terrores que me asaltaban. Digo pues, que conocía bien aquel ruido. Yo sabía lo que el viejo estaba pasando y tenía piedad de él, aunque mi corazón estaba alegre.

Sabía que estaba despierto desde que, al oír el primer ruido, se había aumentado por momentos; había querido convencerse de que su terror no tenía causa, pero no había podido. Habíase dicho a sí mismo: ¡esto no es más que el viento que suena en la chimenea, o un ratón que corre por el entarimado! Sí, había querido recobrar el valor con semejantes hipótesis; pero en vano, *en vano*, porque la muerte que se acercaba había pasado por delante de él, envolviendo con su sombra negra a su víctima. La influencia de aquella sombra fúnebre era la que le hacía adivinar, aunque nada había visto ni oído, la presencia de mi cabeza en su habitación.

Después de esperar largo tiempo, y con gran paciencia, sin oír que volviera a acostarse, me resolví a entreabrir un poco la linterna, pero tan poco, tan poco que no podía ser menos. Abríla, pues, ¡tan suavemente! que fuera imposible imaginarlo, hasta que al fin un rayo de luz, pálido como un hilo de araña penetró por la abertura y fue a dar en el ojo del buitre.

Estaba abierto, abierto del todo, y yo apenas le miré, me encendí de cólera. Le vi clara y distintamente, entero, de un azul empañado y cubierto de una tela horrible, que me heló hasta la médula de los huesos; pero no pude ver ni la cara ni

el cuerpo del viejo, porque se había dirigido el rayo como por instinto, precisamente al sitio maldito.

Ahora bien, ¿no os dije que lo que tomáis por locura no es más que un refinamiento de los sentidos? Pues bien, he aquí que oí un ruido sordo, apagado y frecuente, semejante al que haría un reloj envuelto en algodón, y lo reconocí perfectamente; era el latido del corazón del viejo. Con él creció mi furor, como el coraje del soldado se exaspera con el redoble del tambor.

Contúveme, sin embargo, y permanecí inmóvil y respirando apenas. Emplé mi esfuerzo en sostener fija la linterna y el rayo de luz en derecha del ojo. Al mismo tiempo el latir infernal del corazón era cada vez más fuerte y más precipitado, y sobre todo más alto. El terror del viejo debía ser extremo. Estos latidos, dije yo entre mí, son cada minuto más fuertes. ¿Me comprendéis bien? Yo os he dicho que soy nervioso: por lo tanto aquel ruido tan extraño, en medio de la noche y del medroso silencio que reinaba en aquella vieja casa, me causaba un terror irresistible. Aún pude, sin embargo, contenerme durante algunos minutos, pero los latidos iban siendo aún más fuertes. Yo creí que el corazón iba a reventar; y he aquí que una nueva angustia se apoderó de mí; aquel ruido podía ser oído por algún vecino. La hora del viejo había sonado. Di un alarido, abrí bruscamente la linterna y me precipité en la habitación. El viejo no dio un grito, ni un solo grito. En un momento le arrojé sobre el entarimado y cargué sobre él con todo el peso aplastador de la cama. Entonces sonreí de satisfacción al ver tan adelantada mi obra. Durante algunos minutos latió todavía el corazón con un sonido ahogado, pero esto ya no me atormentó como antes, porque el ruido no podía ser escuchado a través del muro. Al fin, el ruido cesó; el viejo había ya muerto. Levanté la cama y examiné el cuerpo: estaba rígido e inerte. Púsele la mano sobre el corazón y la mantuve así durante algunos minutos: ninguna pulsación; estaba rígido e inerte. El ojo no podía atormentarme más.

Si persistís en creerme loco, vuestra creencia se desvanecerá cuando os diga los ingeniosos medios que empleé para ocultar el cadáver. La noche avanzaba: yo trabajaba velozmente, pero en silencio. Primeramente le corté la cabeza, después los brazos y por último las piernas. Luego arranqué tres tablas del entarimado, y coloqué debajo aquellos restos, volviendo a colocarlas tan hábil y discretamente, que ningún ojo humano —¡ni aun el suyo!— hubiera podido descubrir algún indicio sospechoso. No había nada que dudar; ni un rastro de sangre; yo había tenido gran precaución y había puesto una cubeta para que recibiera toda la sangre. ¡Ah! ¡ah!

Cuando hube concluido estos trabajos, eran las cuatro; pero estaba tan oscuro como a media noche. Daba el reloj la hora, cuando llamaron a la puerta de la calle. Bajé a abrir con el corazón sereno, porque ¿qué tenía yo que temer? Entraron tres hombres que se me dieron a conocer como agentes de policía. Un vecino había oído un grito durante la noche, y sospechando alguna desgracia, había dado aviso a la oficina de policía, en vista de lo cual habían sido enviados aquellos señores para reconocer el sitio de donde había salido el grito.

Yo me sonreí; porque ¿qué tenía que temer? Saludé a los agentes y les dije que el grito lo había dado yo en sueños. El viejo, añadió, está de viaje.

Llevé a mis visitantes por toda la casa y les invité a que registrasen bien. Por último, los conduje a su habitación, y les enseñé sus tesoros en perfecto orden y seguridad.

En el entusiasmo de mi confianza, llevé sillas a la habitación y supliqué a los agentes que descansaran, mientras que yo con la loca audacia de un completo triunfo, coloqué mi silla sobre el sitio mismo en que estaba escondido el cuerpo de la víctima.

Los agentes estaban satisfechos: mi tranquilidad había disipado toda sospecha. Yo me encontraba perfectamente sereno. Sentáronse, pues, y hablaron familiarmente, alternando yo con igual familiaridad. Pero al cabo de un corto rato conocí que me ponía yo pálido y principié a desear que se fueran. Sentía

mal mi cabeza y me parecía que me zumbaban los oídos, pero los agentes permanecieron sentados y hablando. El zumbido principió a ser más precipitado, poco después más perceptible y claro aún; yo animé entonces la conversación y hablé cuanto pude para desembarazarme de aquella sensación tan tenaz; mas el ruido continuó hasta ser tan claro y determinado que conocí que no estaba en mis oídos.

Sin duda debí ponerme entonces muy pálido; pero seguí hablando con más rapidez y alzando la voz. El ruido seguía, sin embargo, en aumento, ¿qué podía yo hacer? Era un ruido sordo, apagado, frecuente, semejante al que haría un reloj envuelto en algodón... Yo respiraba trabajosamente; los agentes no oían nada todavía. Aceleré aún más la conversación y hablé con mayor vehemencia; pero el ruido crecía sin cesar. Levantéme y disputé sobre futilidades en alta voz y con una gesticulación violenta: pero el ruido crecía, crecía cada vez más. ¿Por qué no *querían* irse? Yo medí el entarimado a grandes y ruidosos pasos, como exasperado por las observaciones que los agentes me hacían; pero el ruido crecía, crecía por grados. ¡Oh Dios! ¿Qué podía yo hacer? Hablé, pateé y juré, arrastré mi silla y la hice resonar sobre el entarimado; pero el ruido lo dominaba todo y crecía indefinidamente. ¡Más fuerte, más fuerte! Siempre más fuerte. Y los hombres continuaban hablando, bromeando y sonriendo. ¿Era posible que no oyeran? ¡Dios todopoderoso!, ¡no!, ¡no!, ¡ellos oían! ¡Sabían, se burlaban de mi espanto! yo lo creí entonces y todavía lo creo. Cualquier cosa hubiera sido más tolerable que esta burla. Yo no podía soportar por más tiempo aquellas hipócritas *sonrisas*: y entretanto el ruido, ¿lo oís?, escuchad, más alto, siempre más alto. ¡*Siempre más alto!*

—¡Miserables!, grité. No disimuléis más tiempo! ¡Yo lo confieso! ¡Arrancad esas tablas! ¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Ése es el latido de su horrible corazón!

LA EMBRIAGUEZ. MUSA TRÁGICA⁹¹

I

En lo que concierne a la singular, pero al mismo tiempo familiar historia que voy a relatar, yo no espero ni solicito de nadie que me crea. Sería un loco si lo exigiese, pues mis mismos sentidos rechazan su propio testimonio. Esto, sin embargo, no estoy soñando. Pero mañana puedo morir y quiero contar todo en descargo de mi conciencia. El objeto que me propongo es colocar ante el mundo, clara, sucintamente y sin comentarios, una serie de hechos que tienen simple y llanamente el carácter de domésticos. Estos hechos —habidas sus consecuencias— me han torturado, aplastado, aterrorizado.

Esto no obstante, no me propongo ocultarlos. A mí sólo me han ofrecido el horror; mas a ciertas personas les parecerán menos terribles que barrocos. Quizás más tarde se dé con una inteligencia que reducirá mi fantasma a una cosa vulgar; una inteligencia más tranquila, más lógica y menos excitable que la mía, que no hallará en los hechos que voy a contar horrorizado, más que una serie de causas y hechos naturalísimos.

II

Cuando yo era niño me distinguía por la docilidad y humildad de mi carácter. La sensibilidad de mi corazón era tan grande, que más de una vez me convertí en juguete de mis camaradas. Sentía una verdadera pasión hacia los animales, y mis padres me permitían criar de ellos un buen número. Yo pasaba casi todo mi tiempo con ellos, y nunca me sentía tan feliz como cuando les daba comida o podía acariciarles. Esta singularidad de mi carácter fue creciendo con la edad, y cuando llegué a hombre, el trato con los animales constituía

91. *El Mundo*, México, 17 de abril de 1898. Sin firma.

uno de mis placeres. A los que han profesado cariño a un perro fiel o inteligente no necesito explicarles la naturaleza e intensidad de los goces que proporciona el trato con ciertos animales. Existe en el amor desinteresado de una bestia, en ese sacrificio de sí misma, algo que va directamente al corazón de aquél que ha tenido ocasión de aquilatar la frágil amistad, la fidelidad quebradiza del *hombre*.

Me casé muy joven y tuve la dicha de hallar en mi mujer un carácter que simpatizaba con el mío. Viendo mi gusto por los animales, hacía cuanto le era dable para proporcionarme aquéllos que más me gustaban. Criamos aves, peces de dorada escama, un perro hermosísimo, conejos, un mono y un *gato*.

Éste último era un animal preciosísimo, enteramente negro y de una sagacidad maravillosa. Hablando de su inteligencia mi mujer, que en el fondo no era supersticiosa, aludía frecuentemente a la vieja creencia popular de que los gatos negros eran brujos disfrazados. No insistía de un modo serio en este punto; y si yo hago mención de esto, es porque se me viene a la memoria.

Plutón —que este era el nombre del gato— era mi preferido, mi compañero inseparable. Dábale su comida y me seguía dentro de mi casa, allí donde yo iba. Sólo contrariándole mucho podía alcanzar que no me siguiera por la calle.

III

Nuestra amistad subsistió así muchos años, durante los cuales mi carácter, influido por el Demonio de la intemperancia (debo así confesarlo), sufrió una radical alteración en mal sentido. Volvíme de día en día más triste, más silencioso, **[[más susceptible y cuidadoso, respecto al sentimiento ajeno]]**.⁹²

92. O es cinismo, o se trata de un contrasentido de la traducción, pues en el cuento de Poe, «The Black Cat», leemos: «more regardless of the feelings of others» (1984: 598). Como indicamos en nuestra introducción («En la órbita de Poe»), en esta traducción, los pasajes ajenos al original de Poe se señalan mediante corchetes dobles en negrita **[[]]**.

Permitíme emplear un lenguaje brutal con mi esposa, hasta que concluí por pegarle. Mis pobres animales sufrieron naturalmente el cambio de mi carácter. No sólo los olvidaba, sino que les maltrataba. Pero en lo que se refiere a Plutón, yo le guardaba ciertas consideraciones que me impedían cebarme en él, mientras que descargaba la irascibilidad de mi carácter en los conejos, el mono y hasta el perro, cuando por casualidad, o por el cariño que me tenían, se cruzaban a mi paso. Pero mi mal se hacía cada día más invasor y terrible —¿qué es lo que se puede comparar a los efectos del alcohol?— y al fin y al cabo Plutón, que se hacía ya viejo y que naturalmente era huraño, Plutón empezó a conocer también los efectos de mi mal carácter.

Cierta noche, al regresar a mi casa muy beodo, como salía de la taberna que yo visitaba con frecuencia, me pareció que el gato me evitaba. Le cogí; pero asustado el animal con mi violencia, mordió ligeramente mi mano. Apoderóse de mí toda la rabia del infierno. Me olvidé de mí propio.

Pareció que mi alma volaba de repente de mi cuerpo y una diabólica maldad, saturada de *gin*, penetraba una tras otra las fibras de mi ser. ¡Saqué de mi bolsillo una navaja y la abrí; después cogí al pobre animal por la garganta y le hice saltar con deliberada crueldad, un ojo de su órbita! ¡Al consignar este acto de salvajismo, tiemblo, ardo, me estremezco y me ruborizo!

Cuando a la mañana siguiente volví a recobrar mi juicio, cuando ya no sentí los vapores de la embriaguez, no pude menos que sentir cierto horror y cierto remordimiento a la vez, por el crimen que había cometido; pero este sentimiento era un tanto débil y equívoco para que torturase por mucho tiempo mi alma. Volví a mis excesos y no tardé mucho en ahogar con vino la memoria de aquel acto.

Entre tanto el desgraciado animal iba curando. Cierto que la órbita de su ojo ofrecía un aspecto horrible; mas me pareció que no sufría. Iba y venía, según costumbre, en el interior

de mi casa; pero, como se debía esperar, me huía con terror visible. Aún me quedaba suficiente corazón para afligirme con la evidente antipatía por parte de un animal que en otro tiempo tanto me había amado. Pero este sentimiento hubo de ceder al coraje. Y entonces apareció, como fin de mi irrevocable caída, el demonio de la *Perversidad*. De este demonio, de este espíritu, la filosofía no da ninguna idea. Pero tan cierto como que el alma existe, yo creo que la perversidad es uno de los primeros impulsos del corazón humano, una de las primeras facultades o sentimientos invisibles que imprimen su dirección al carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cien veces cometiendo una acción torpe o vil, por la sola y única razón de que sabía que *no debía* cometerla? ¿Acaso no tenemos, a pesar de nuestro buen juicio, una perpetua inclinación a violar lo que es la *Ley* por la sencilla y única razón de que comprendemos que es la *Ley*? Este demonio de la perversidad ocasionó, según decía, mi caída final.

Ese deseo ardiente, insondable, que tiene el alma de *torturarse a sí misma*, de violentar su propia naturaleza, me impulsaba a continuar y finalmente a consumir el suplicio a que yo había condenado a aquel animal inofensivo.

IV

[[Me latían las sienes con fuerza como si mi cabeza fuera a estallar; profunda ira me minaba con sus estragos; todo lo veía yo negro con manchas rojas que parecían manchas de sangre; y en mi frenesí de destrucción y aniquilamiento, habría querido reducir a menudo polvo, a voladoras cenizas cuanto tiene vida sobre la tierra, pero particularmente al gato, al odioso Plutón, al horrendo gato grande, negro y tuerto que parecía un trago de pesadilla.

Con cierta especie de deleite insano, estuve meditando mi crimen y revisando y pensando todos los medios que podrían conducir a la destrucción del aborrecido animal.

Deseché la idea del veneno porque, aunque me halagara la perspectiva del espectáculo que se ofrecería a mi vista con la lenta y dolorosa muerte del gato, temí que mi mujer descubriera el caso y a escondidas le diese algún contraveneno que dejara ilusoriada mi venganza.

Por otra parte, consideraba que aunque siendo *yo* el que daba el veneno, *yo* sería la única y eficiente causa de la muerte y de los sufrimientos que causara, estos sufrimientos no satisfarían mi crueldad, como no la satisfaría un pistoletazo. Mi bárbaro deseo era saborear el placer de herir y que esa voluptuosidad salvaje del asesinato se transmitiera por el puñal, desde los miembros sangrientos y palpitantes de la víctima hasta lo más profundo de mis entrañas.

Con incesantes vasos de *gin* ya en la taberna, ya en casa, avivaba yo la hoguera de mis crueles y sanguinarios pensamientos.

Un cuchillo bien filoso, mi navaja estaba muy a propósito, le dividiría el cuello poco a poco, después de haber previamente asegurado al animal en algún mueble para que no pudiera defenderse.

Pero por lentamente que se hiciera esa operación, una vez cortada cualquiera vena del cuello la muerte no tardaría en venir. ¡Mejor era encerrarme en un cuarto con él y matarlo a palos!

Y así lo resolví en definitiva.

Pero ¡qué lucha! ¡qué horrible y fatigosa lucha!

Desde que recibió a traición el primer bastonazo, comprendió seguramente la suerte que le esperaba y empezó su defensa. Yo no lo había querido amarrar para que la persecución por el cuarto hiciera mi tarea más grata y tardía. Eso me perdió.

Como disparado por el cañón de una escopeta, Plutón daba saltos vertiginosos que lo hacían llegar hasta el techo, se encaramaba en los armarios, se escurría bajo los muebles y me costaba un triunfo sacarlo de cada escondite. Sin embargo, algo había adelantado en mi horrorosa empresa, pues más de

treinta veces mi palo había caído con fuerza brutal sobre la cabeza y costillas del infeliz.

Pero me había entrado el cansancio y ya era tiempo de llegar al fin. Entonces me vino una idea: ¡ahorcarlo! Hice un lazo corredizo, lo coloqué de modo que el gato cayera en él, y poco después llevaba yo a mi víctima casi arrastrándola con dirección al jardín.

Allí escogí un árbol, colgué de una rama la cuerda y el gato, y mi crimen se consumó por fin.

Ya nada faltaba a mi venganza]].

En la noche que siguió al día en que estuve tan cruel, fui interrumpido en mi sueño a los gritos de *¡fuego!* Los cortinajes de mi lecho ardían. La casa era víctima de un incendio. Mi mujer, un criado y yo logramos escapar de él con gran pena. La destrucción fue completa. Quedé arruinado y me entregué a una desesperación sin consuelo. Las paredes habían resistido la acción del fuego y yo lo atribuí a que habían sido frescamente renovadas. Cerca de una de ellas se reunió una gran muchedumbre de gente, la cual parecía examinar con grande y viva atención una de aquellas paredes. Todo el mundo exclamaba: «¡Es extraño!»... ¡cosa más singular!... añadiendo otras expresiones que llamaron mi atención de una manera irresistible. Acerquéme a los grupos y vi, semejante a un bajo relieve esculpido en una superficie blanca, la figura de un gato enorme. La figura se ofrecía a los ojos con una exactitud maravillosa. En torno al cuello, el gato llevaba una cuerda.

Al pronto, viendo esta aparición —yo solo podía considerar aquello como una aparición—, sentí una extrañeza y un terror indescriptibles. Pero la reflexión hubo de calmarme. El gato —según yo perfectamente recordaba— había sido colgado en un jardín adyacente a la casa. Al darse los gritos de alarma, ese jardín había sido invadido por la multitud y alguien, desatando el gato del árbol, lo había lanzado a mi dormitorio por una ventana abierta. Esto se habría arrojado sin más objeto que el de arrancarme al sueño. La caída de otra

pared había comprimido a la víctima de mi crueldad en el yeso frescamente rebozado, y éste, combinado a las llamas y al amoniaco del cadáver, había creado aquella imagen, tal como yo la veía.

Aunque yo satisficiera así mi razón —bien que no mi conciencia— el hecho que acabo de contar no por esto dejó de impresionarme hondamente. Durante muchos meses no pude desembarazarme del fantasma de aquel gato; y durante este período de apoderó de mi alma un triste sentimiento que parecía ser, aunque no lo fuese, el mismo remordimiento. Yo casi deploraba la pérdida del gato, y buscaba en torno mío y en los sitios que frecuentaba, otro favorito de igual especie y que tuviera su mismo color y forma.

Cierta noche, sentado en un antro más que infame, mi atención hubo de fijarse en un objeto negro que permanecía en cuclillas sobre uno de los inmensos toneles de *gin* o de ron que componían el principal menaje. Hacía algunos minutos que miraba fijamente la cumbre de aquel tonel, y quedé sorprendido al observar que a pesar de que mis ojos estaban hacía rato fijados en él, yo no había percibido aún aquel objeto. Me acerqué a él y quise tocarlo con mi mano. Era un enorme gato, por lo menos tan grueso como Plutón que no tenía en su cuerpo un solo pelo blanco, mientras éste llevaba una mancha larga y blanca, pero de forma indecisa, que le cubría la región del pecho.

No bien le toqué, cuando se levantó con presteza, maulló con fuerza, rozó sus miembros en mi mano y pareció contentísimo de mis caricias. Era el animal que yo buscaba. Hice al tabernero proposiciones, a fin de que me lo vendiese, pero aquel hombre no lo dio por suyo y me dijo que no sabía de quién era y que nunca lo había visto.

Seguí acariciándole, y cuando determiné volver a mi casa, vi que el animal estaba dispuesto a acompañarme. Se lo permití y hasta de cuando en cuando me bajaba hacia él para acariciarle.

Cuando llegué a mi casa se encontró en ella como en la suya propia y se hizo en seguida muy amigo de mi mujer.

V

No tardé mucho en sentir contra él una antipatía invencible. Yo no creía que algo así sucediese; pero no sé por qué su fiel ternura hacia mí me hastiaba y fatigaba. Este hastío, esta fatiga, se convirtieron poco a poco en un odio invencible.

Yo evitaba al gato: cierto sentimiento de vergüenza y el recuerdo de mi crueldad usada con el otro animal, me impedían maltratarle. Durante algunas semanas me abstuve de pegarle; después gradualmente, por modo casi insensible, terminé por mirarle con indecible horror, y por evitar su odiosa presencia como si fuera el soplo de una peste.

Lo que acrecentó mi odio al animal, fue que al día siguiente a la noche en que lo llevé a mi casa, vi que, como Plutón, carecía de un ojo. Esto sin embargo, no dio otro resultado que hacerlo más simpático a mi mujer, que según ya dije, poseía en alto grado esa ternura que en otro tiempo había formado el rasgo principal de mi carácter y el frecuente origen de mis más puros y sencillos placeres.

El cariño del gato hacia mí parecía crecer a medida que mi aversión hacia él se acrecentaba. El animal seguía mis pasos con una tenacidad que sería difícil hacerla comprender al lector. Cada vez que yo me sentaba, se acurrucaba debajo de mi silla o bien saltaba a mis rodillas, prodigándome sus horribles caricias. Si me levantaba para andar se metía entre mis piernas haciéndome tropezar, o bien hundía sus largas y afiladas uñas en mi vestido y se encaramaba de este modo hasta mi pecho. En esos momentos aunque yo deseaba matarle de un buen golpe, no me atrevía a ello por el recuerdo de mi primer crimen: pero más principalmente porque no podía vencer el *terror* que aquel gato me inspiraba.

Este terror era, a no dudarlo, un terror a un mal físico. No sé calificarlo de otro modo. Me avergüenzo de confesar aún

en la cárcel donde vivo encerrado, me avergüenzo de confesar que ese terror, ese horror que aquel animal me infundía, estaba acrecentado por una de las más singulares quimeras que pueden concebirse.

VI

Mi mujer, en ciertas ocasiones había llamado mi atención sobre la mancha blanca que el gato llevaba en su cuerpo y que constituía la única diferencia visible que había entre él y aquél que yo había matado. El lector sin duda recordará que esta mancha, aunque grande, se hallaba primitivamente indefinida en su forma; pero después lentamente y como por grados —por grados *imperceptibles* y que mi razón se esforzó por mucho tiempo en considerar imaginarios— aquella mancha había adquirido una rigurosa limpieza de contornos.

Representaba un objeto cuyo solo nombre me estremece (esto fue lo que más me hizo odiar a aquel monstruo, y del cual yo me hubiese librado a *atreverme a ello*), aquél objeto representaba la imagen de una cosa terrible, de una cosa espantosa: ¡*La horca!* ¡Oh!, ¡qué lúgubre y repugnante máquina...[!] ¡La máquina del Horror, y del Crimen, de la Agonía y de la Muerte!

A decir verdad, yo era el hombre más miserable que podía haber más allá del círculo de la miseria humana. Un *bruto*, una *bestia*, cuyo hermano o semejante había destruido, un *bruto* me inspiraba a mí —hombre formado según la imagen del Todo-Poderoso— un terror tan grande, que labraba mi infortunio. ¡Ay!, ¡ya no conocí más, de día ni de noche, la tranquilidad y dulzura del reposo! De día, el gato no me dejaba ni un instante; de noche, cuando me emancipaba a mis inquietos y angustiosos sueños, sentía el aliento de aquella horrible *cosa* sobre mi rostro y su inmenso peso —encarnación de una horrible pesadilla que yo me sentía impotente a sacudir— gravitaba sobre mi corazón eternamente.

Bajo la presión de tormento semejante, lo poco bueno que en mí quedaba, fue perdiéndose lentamente. Yo acariciaba los más sombríos y terribles pensamientos. Mi tristeza habitual se convirtió en odio a todas las cosas y hasta a la humanidad entera. A pesar de esto mi mujer no se quejaba. ¡Ay!, la desgraciada era mi paño de lágrimas, la paciente víctima de las frecuentes, repentinas e indomables explosiones de una furia, a la cual yo me abandoné de un modo ciego.

VII

Un día, para no sé qué tarea doméstica, mi infeliz esposa me acompañó a la bodega de una vieja casa donde nos había relegado la miseria. El gato me seguía, bajando lentamente la lisa y húmeda escalera. De pronto dio un brinco y saltó por encima de mi cabeza. Esto me sacó de tino. Cogí un hacha y olvidando en mi coraje el miedo pueril que hasta entonces me había contenido, dirigí al gato un golpe que hubiese sido mortal, si la mano de mi mujer no me hubiese detenido. La intervención de mi esposa acrecentó mi furia: perdida la cabeza, sacudí mi brazo, que mi mujer detenía con el suyo, y hundí el hacha en su cráneo. La pobre cayó muerta a mis pies sin exhalar un gemido.

Realizado tan espantoso crimen, me dispuse deliberada e inmediatamente a ocultar el cuerpo. Vi que no lo podía hacer desaparecer de mi casa, ya fuese de día, ya de noche, sin correr el riesgo de que me descubrieran los vecinos. En mi espíritu cruzaron mil proyectos. Se me ocurrió por un momento la idea de cortar el cadáver en pequeños trozos y destruirlos por medio del fuego.

Después quise enterrarlo en una fosa que se podía abrir en el pavimento de la cueva.

Luego pensé en embalarla en una caja como si fuese una mercancía y hacerla sacar por un mozo de cordel fuera de aquella casa.

Por fin opté por un medio que yo consideré el mejor de todos: resolví emparedarla en la bodega, al modo como los frailes de la Edad Media emparedaban —según se dice— a sus víctimas.

La cueva para ello estaba muy bien dispuesta. Sus paredes se hallaban construidas muy flojamente y habían sido rebozadas no hacía mucho con cal, que no había permitido endurecer la humedad de la atmósfera. En una de aquellas paredes había un sitio algo saliente que en otro tiempo debía haber sido una chimenea, pero que se había rellenado y blanqueado como el resto de la bodega. Vi que no sería difícil quitar de allí los ladrillos, introducir el cuerpo en aquel sitio y volverlo a cubrir de forma que nadie pudiera sospechar que allí se ocultaba un cadáver.

VIII

No me engañé en mi cálculo. Gracias a una escarpia⁹³ no me fue difícil quitar de allí los ladrillos, y metiendo con cuidado el cuerpo de mi mujer en aquel hueco, le sostuve en posición vertical hasta que mi obra de albañilería quedó por completo terminada. Luego reparé con cal y arena, un mortero que fuese igual al de las otras paredes y reboqué con él los ladrillos. Cuando hube concluido, vi con satisfacción que todo quedaba perfectamente. La pared no había dejado ni una huella de haber sido reconstruida. Barrí el pavimento, y en seguida, mirando triunfalmente alrededor mío, dije para mi sayo: «¡Aquí no habré perdido cuando menos mi trabajo!»

Lo primero que hice fue buscar al gato, que había sido el principal autor de aquel crimen, pues me hallaba resuelto a matarlo; pero el muy pícaro, alarmado tal vez por mi coraje, había tenido la precaución de fugarse. Así por lo menos yo lo creía. No es posible describir la honda, la agradable sensación que yo experimenté al ver que no se hallaba ya en mi presencia

93. ¿escarpia?

aquel animal detestable. No le vi tampoco durante toda la noche, y aquélla, desde que entró en mi casa, fue la primera en que dormí algo tranquilo, si bien con el peso del reciente crimen en el alma.

Corrieron tres días más, y esto sin embargo, el gato, mi horrible verdugo, no se ofreció a mis ojos. Volví a respirar como el hombre que se siente libre. ¡El monstruo, en su terror, había dejado mi casa para siempre! ¡Ya no le vería más! ¡Mi felicidad era suprema!... La criminalidad de mi última acción no me inquietaba mucho. La policía había hecho investigaciones; pero no había descubierto lo más mínimo. Consideré mi dicha asegurada.

[[Dichas investigaciones, como siempre, tuvieron su origen en la chismografía de la vecindad. Alguien creyó verme salir preocupado, luego extrañó no oír la voz de mi mujer y atando cabos nació la sospecha de un crimen.

Cuando llegó la policía me encontró sereno y prevenido. Hablé con mucha seguridad de un viaje inesperado cuya dirección yo mismo ignoraba, y relaté en fin toda una historia que, aunque incoherente, coja y falta de verosimilitud, fue creída seguramente por la cínica naturalidad con que la presenté, y por lo bien que supe representar mi vil comedia.

Luego pensé en lo conveniente que me sería huir a un país extranjero o por lo menos a otra población, puesto que, si no, tarde o temprano se descubriría mi delito.

Pero le tenía yo mucho amor a la taberna cercana; en mi casa misma no me faltaban algunos toneles de *gin*, y eso me detenía haciéndome ver como ilusorio todo peligro.

Por eso me quedé cada momento más tranquilo y feliz de no ver ni al gato, mi eterno verdugo, ni a mi pobre mujer que me martirizaba impíamente con su eterna, dulce y bondadosa resignación]].

IX

Al cuarto día después del asesinato, algunos polizones invadían repentinamente mi casa e hicieron nuevas pesquisas.

Fiando sin embargo en la impenetrabilidad del sitio donde se ocultaba el cadáver, yo me mantuve sereno. Los agentes me invitaron a que los acompañara a su registro. Nada dejaron por explorar. Por fin bajaron por tercera o cuarta vez a la cueva. No se estremeció ni uno de mis músculos. Mi corazón latía lentamente como el del hombre que duerme el sueño de la inocencia. Yo estaba en la bodega con los brazos cruzados y me paseaba lleno de confianza.

El júbilo que sentía era demasiado fuerte para que pudiese contenerlo. Ardía por soltar cuando menos una frase a guisa de triunfo y con el deseo de hacer más palpable mi inocencia.

—Caballeros, dije a los polizontes cuando subían ya a la escalera: celebro el que no tengáis ya sospechas. A todos os deseo salud y alguna mayor cortesía. Sea dicho al despedirnos, caballeros; mas es lo cierto que esta casa se halla perfectamente construida.

Y en mi deseo de decir algo que apareciese bien dicho, pero sin saber realmente lo que me decía, proseguí:

—Sí; es una casa *admirablemente* construida. Ved esas paredes: ¡cómo!... ¿Ya os marcháis, señores? ¡Ved esas paredes cuán sólidas están!

Y aquí, por vía de frenético desafío, herí con mi bastón la parte de la chimenea, tras la cual estaba emparedado el cadáver de mi esposa.

¡Cielo santo! ¡Que Dios me proteja y me libre de las garras del diablo! No bien el eco de mis golpes resonó en el silencio de la bodega, cuando una voz respondió desde el fondo de aquella tumba! Era la voz primeramente velada de un niño, pero luego se convirtió en un grito prolongado, sonoro, continuo, anormal, y, por decirlo así, anti-humano. Era un rugido, un quejido que podía indicar el horror como el triunfo: algo que sólo podía brotar del infierno; una terrible armonía saliendo a un mismo tiempo de la garganta de los condenados a las satánicas torturas y de las risotadas de los diablos.

Sería una locura el describir lo que yo pensé y sentí en aquel instante. Vacilé sobre mis pies y me apoyé en la pared. Durante un momento los agentes permanecieron inmóviles, estupefactos; llenos de miedo y de terror. Pasado un instante, dos robustos brazos se precipitaban a la pared de la chimenea. Ésta cayó de un golpe. El cadáver de mi esposa, ya descompuesto y manchado de sangre coagulada, se mantenía en pie enfrente de nosotros. Encima de su cabeza, con su boca dilatada y su único ojo echando llamas, se veía la terrible bestia que me había inducido al asesinato, y cuya voz reveladora acababa de entregarme al verdugo. ¡Yo había emparedado también al horrible monstruo en la tumba!

[[Detalle horroroso. Acaban de notificarme mi sentencia de muerte, y debo morir ahorcado. En toda mi causa no hablé ni una sola vez del gato origen de todas mis desdichas, y sin embargo, en la carátula del expediente algún escribano ocioso había dibujado a pluma un gato negro al cual, ¡le faltaba un ojo!]]

EL ÚLTIMO CUENTO DE EDGARD POE. MI PESADILLA⁹⁴

Desde que admitieron a aquel niño en el servicio de la redacción me fue profundamente antipático. Su figura grotesca me hacía daño: la cabeza abultada, los pies deformes, las piernas en paréntesis, los brazos largos, muy largos, como si acabara de ponerse en dos pies después de usar muchos años de las cuatro extremidades, me producían el efecto de un mozo hecho hombre para escarnio de la raza y para tortura mía especialmente.

De nariz tenía la precisa para el servicio sucio a que está destinada y no lo bastante para presumir; la boca mellada y encogida, parecía hecha con tijeras, y los ojos... ¡ah!, los ojos incubaron en mi alma el torpe afán del crimen.

Nunca supe de su color, y hasta juraría que lo cambiaba exprofeso para atormentarme; sólo recuerdo que entre las hendiduras de sus párpados carnosos se notaba como una ascua muy viva que ya giraba diabólicamente, ya se apagaba de improviso, coincidiendo tan extraña mudanza con la forma en que cumplía mis encargos.

No pude más. La obsesión de saber qué había dentro de aquella cabeza de cuadrumano llegó al paroxismo, y cierta noche, después de tomar mi ajenjo, le llamé, y cuando entraba, como todos los días, con su «portaviandas» para la comida de los redactores, le asesté el golpe y reí de ver bailar por última vez los malditos ojos del diablo.

¡Horrible desilusión! El mono me miraba, como nunca las acuillas que brillaban insolentes, me desafiaban, se burlaban de mi ira, excitaban mi pasión de venganza...

94. *El Mundo Ilustrado*, México, 9 de marzo de 1902. Sin firma.

Entre mis manos sentía yo el bullir de puchero de la cabeza miserable; ésta, pensé, es la máquina que mueve al odioso muñeco, y loco, la abrí pasmado de tal larga cuerda.

La maquinilla deshecha ya no me atormentaba; pero los ojos, los malditos ojos, seguían guiñando sin descanso, burlones y amenazadores a un tiempo.

Allí quedó. Vencido y confuso enterré los cuatro huesos que componían el escrúpulo de hombre. No tuve mucho que trabajar: en el espacio de seis losas dejé perfectamente «acomodado» el residuo de mi venganza... y le enterré con tartera y todo, recordando que mis mayores sufrimientos me los había causado al traerme la mísera comida del bodegón, siempre minorada por su gula insaciable.

¡Ah, «mico» odiado! ¡Engáñame ahora, desafíame con tu mirada de zorra hambrienta, silba por la comisura de tu boca de bruja, escucha mis conversaciones con tus orejas de murciélago, turba mis siestas con el desahogo ruidoso de tu nariz de gato!

¡Con qué tranquilidad he de cenar, no baboseando tú mi postre, no chupando de mi vino, no riéndote de mis digestiones!

Pasaron días. Ni sé cuántos ni me importa, ni el ajeno me permite contarlos. Sólo sé que comí, que dormí, que trabajé tranquilo y que debieron ser pocos, muy pocos; tan breves y escasos como son en la vida los momentos felices.

Una mañana aporrearon mi puerta, y unos señores mal afeitados, sucios y de gesto repulsivo, invadieron la habitación. Eran los representantes del juzgado, que venían a denunciar el último número de mi periódico y a recoger la tirada.

Tampoco recuerdo a quién le había faltado, ni me explico semejante atropello. Les recibí todo lo afectuoso que mi despertar permitía, les entregué los originales, se hicieron cargo del papel, quisieron registrar la casa, hambrientos sin duda de botín, y allá fuimos, al olvidado rincón del sotabanco...

No pude franquear aquella puerta; del interior venía un ruido extraño que me helaba la sangre. Rota la cerradura, penetraron todos y... allí estaba, allí, de pie, con las tarteras en la mano, bailando espantosa danza, el desmedrado esqueleto de mi víctima.

Reía como nunca, con aquellos ojos incoloros, asomándose por los enormes agujeros de la deforme calavera, y marcando con el sonar de sus huesos, en la macabra agitación, el rítmico compás de un canto de triunfo.

Como comprenden mis lectores, todo esto no pasa de ser un efecto del «Kirsh» y de la mala digestión de una lectura terrorífica.

Yo, ¡lo juro!, soy incapaz de matar una mosca.

EDGARDO POE⁹⁵

Cuenta un capitán de marina mercante americana, gran amigo de Edgardo Pöe⁹⁶, que la noche antes de morir éste, reunióse con él en la taberna «Shoi Tower» de Baltimore, refugio predilecto del gran poeta. Era la primera vez que se veían después de la muerte de Virginia Clemm, mujer y prima de Edgardo.

El capitán notó por el aspecto de su amigo que éste, además de sufrir mucho, se hallaba muy enfermo. En efecto, ya había tenido por entonces dos accesos de «delírium tremens», ocasionados por el alcoholismo.

La hermosa y altanera cabeza del poeta, de ancha frente despejada, nariz de líneas correctas y boca fina y triste, mostraba una palidez enfermiza. Sus grandes ojos violetas parecían a la vez más tenebrosos y más luminosos que nunca: tal era su doble y fascinador aspecto. Sentáronse los dos amigos a una mesa colocada en el hueco de una ventana, y Edgardo Pöe se quejó al capitán de que lo tuviera por demente, cuando tan sólo se hallaba aquejado de una neurosis.

En aquel momento cruzaba la calle una dama de aspecto enfermizo, apoyada en el brazo de un señor.

El novelista, presa de un temblor religioso, dijo, tendiendo su mano delicada y fría:

—«Yo sé por qué esa mujer se halla en punto de muerte, y voy a referirte lo que los médicos no han adivinado ni podrán adivinar nunca.»

95. *El Mundo Ilustrado*, México, 29 de junio de 1902. Sin firma.

96. Esta particular grafía *imita* la grafía “a la francesa” en boga hacia finales del siglo XIX: Poë. Se encuentra, en particular, bajo la pluma de Stéphane Mallarmé, quien acerca así el apellido del poeta norteamericano a ese absoluto poético que Mallarmé designaba escribiendo “poëte” o “poëme” con insistencia en la diéresis.

Y con una seriedad que no daba lugar a dudas, comenzó el relato siguiente:

—[«]Invitado una vez a un baile de carnaval dado en Baltimore, fui el primer convidado que llegó a la casa.

La gran puerta estaba abierta de par en par, proyectando sobre la calle oscura una viva claridad, como la lente luminosa de una linterna mágica. Sobre aquel fondo encendido resaltaban los carruajes que a cada instante se detenían, dejando a los invitados, que bajaban, se agitaban un momento e iban en seguida a perderse en la interna.... En el vestíbulo se agrupaban los lacayos y se veían los muros guarnecidos por los paletós de los hombres y los abrigos de las señoras.

Al contemplar aquella escena, asistía yo a un espectáculo terrible. Cada uno de los concurrentes al baile dejaba colgada en la percha su envoltura humana; vestido de etiqueta, salía convertido en esqueleto completamente montado.

Quedaban en las perchas todos aquellos cuerpos sin osamentas, semejantes al personal de un teatro de títeres, los unos rígidos, retenidos por el cuello, los otros doblados por la mitad en las posturas más raras.

En seguida cada pareja, dos esqueletos, uno más grande y otro más chico, franqueaban la puerta del salón, y dándose el brazo, iban a saludar a los dueños de la casa, únicos personajes de carne y hueso allí presentes.

Lo más extraño era que ni éstos ni aquéllos parecían notar la metamorfosis, agrupándose los esqueletos, conversando y paseándose sin extrañeza ni confusión.

Una pareja retardada llegó en esto al vestíbulo. Era un voluminoso personaje de imponentes bigotes, y una mujercita de ojos lánguidos, que llevaba una camelia. Poco después los dos personajes hacían su entrada como todos los demás, pero sobre el cráneo de la dama había quedado fijada la camelia como por la opresión de un beso. Nada más lúgubramente bello que aquella viva flor roja sobre una blanca cabeza macabra.

Quedé como clavado en el umbral del salón, aterrado y sin saber si había perdido a mi vez mi pálido cuerpo.

Saqué entonces mi reloj y observé que podía contar razonadamente sus golpecitos.

En el salón se bailaba con horripilantes arrebatos de alegría, formándose y deshaciéndose las cuadrillas al compás de la música oculta por cortinajes, o girando las parejas valsadoras en vertiginosas espirales. No se oía en medio de aquella agitación y mezcolanza ni el crujido de la seda, ni el roce de las alhajas, sino un choque seco y continuado, semejante al rasgamiento de las ramas secas en el fuego de una hornilla.

Mientras tanto, permanecía yo inmóvil; pero mis miradas seguían con insistencia la camelia roja, graciosa y petulante, que me encantaba, haciéndome sentir esa primera efervescencia del amor que me recordaba a mi querida Virginia Clemm.

Terminado el baile, apresurábanse los concurrentes en el vestíbulo para acercarse a la percha. Les vi endosar sin dolor ni dificultad su envoltura de vivos: los hombres con sus paletós, las mujeres con sus abrigos de pieles. En seguida salían tranquilamente, después de cambiar los cumplidos de costumbre.

La pareja que había sido la última en llegar fue la última en salir. De pronto el precioso y esbelto esqueleto de la camelia roja lanzó una exclamación:

—¡Ah!, —dijo— se han llevado mi abrigo de raso blanco y me han dejado este otro de raso amarillo. —Y riéndose, cubrióse con él.

Al instante vi aparecer pliegues sobre su rostro, sobre sus hombros y sus brazos desnudos. La infeliz habíase revestido con el abrigo ajeno, la encarnación de otro cuerpo que no ajustaba a su armazón anatómico, sobre el cual puede decirse que quedaba ondulando. Espantado de aquello, salí disparado del palacio del baile.

Pues bien, acabo de reconocer a la mujer de la camelia roja en ésa que pasó hace poco arrastrándose casi.

Los médicos se empeñan en vano, con toda su ciencia, por descubrir lo que llaman una enfermedad extraordinaria. ¡Tontos...!»

**CRONOLOGÍA
Y
RESEÑA**

A falta de una biografía centrada en Francisco Zárate Ruiz, la siguiente cronología queda establecida a partir de todas las menciones (en negrita) —muchas de ellas muy periféricas— que pudimos registrar en la prensa de la época⁹⁷, así como en algunos estudios sobre periodismo mexicano. Se perfila así una biografía fragmentaria de nuestro autor, por lo que los trazos aquí presentados deberán cruzarse con el listado de publicaciones de Francisco Zárate Ruiz que completará esta semblanza biobibliográfica. A modo de cierre se encuentra «Francisco Zárate Ruiz», reseña por Domingo S. Trueba (1920: 110-113).



Francisco Zárate Ruiz⁹⁸

97. Salvo mención contraria, los periódicos aquí citados se publicaron en México (CDMX). Sin el importantísimo acervo puesto en línea por la Hemeroteca Nacional Digital de México (HNDM) esta búsqueda hubiera resultado imposible.

98. Imagen extraída de *Toluca antigua y moderna* (1901).

1890

El Universal (23 de febrero): «Pide la Comisión de Instrucción Pública que se autorice el gasto de \$60 para gratificar al joven **Francisco Zárate** las labores que desempeñó como ayudante de la escuela n°18».

El Tiempo (27 de febrero): «Se aprueba sin discusión el dictamen de la Comisión de Instrucción Pública en que ésta pide se autorice el gasto de \$60 como gratificación para el Sr. **Francisco Zárate y Ruiz** por los buenos servicios que prestó como ayudante de la Escuela número 18 para niños».

El Municipio Libre (19 de marzo): «Se mandó pasar a la comisión de Hacienda el dictamen de la Instrucción pública que consulta se autorice el gasto de \$60 que se darán como gratificación al joven **Francisco Zárate y Ruiz** por haber auxiliado las labores de la escuela núm. 18 durante el año próximo pasado».

1893

Consta una primera publicación —ensayo— (no encontrada) de **Francisco Zárate Ruiz**: *¡Suicida!*, México, Imp. de J. F. Jens, 1893, 23 p. (Iguíniz 1926: 400).

1894

El Siglo Diez y Nueve (18 de julio) —entonces bajo la dirección de Luis Pombo, el periódico se vuelve «oficialista», o sea porfirista—: «Otra velada en honor de Juárez.— La Junta Directiva de alumnos de la Escuela Preparatoria, ha organizado para esta noche una velada en honor de Juárez, bajo la presidencia de Lic. Vidal de Castañeda y Nájera. La velada se verificará en el Teatro del Conservatorio y comenzará a las ocho de la noche. Pronunciarán discursos los Sres. **Francisco Zárate Ruiz** y Lic. Ezequiel A. Cháves. Recitarán poesías, el Sr. Antonio del Sordo, en italiano, y los Sres. Anselmo Alfaro y José M. Bustillos».

El Siglo Diez y Nueve (20 de julio): comenta los detalles de la velada: «En el fondo se destacaba un dosel rojo, bajo el cual se hallaba la mesa presidencial. A los lados del Sr. Castañeda y Nájera, tomaron asiento los Sres. Francisco de P. Taboada, **Francisco Zárate y Ruiz**, Gustavo Durán y Francisco Canseco, miembros de la junta organizadora de la velada».

1895

El Diario del Hogar (12 de mayo) edita una reseña teatral de la pieza *Magda* de Hermann Sudermann⁹⁹ titulada sencillamente «Magda». Firmada por José P. Rivera¹⁰⁰, lleva dedicatoria «A **FRANCISCO ZÁRATE RUIZ**».

El Tiempo (24 de diciembre): «La solemnidad en honor del Sr. D. José María Morelos y Pavón¹⁰¹.— [...] Dio principio el acto con el discurso oficial del Sr. D. **Francisco Zárate Ruiz**, quien tuvo muy poco tacto en su discurso, haciéndose solidario de tantas vulgaridades como han propagado los pseudo historiadores liberales. [...] El Sr. Heriberto Frías, redactor del *DEMÓCRATA*, pronunció una brillante poesía [...] Hubo un punto negro al regreso. Algunos imprudentes lanzaron al viento gritos de “Viva Cuba Libre” lo cual nos pareció muy poco correcto, más aún cuando entre los viajeros que tomaron parte en la solemnidad se encontraba un estimable caballero de nacionalidad española».

99. Refiriéndose a las exitosas representaciones de la Compañía dramática italiana de Andrea Maggi en el Gran Teatro Nacional de México, Enrique de Olavarría y Ferrari (1895: t. IV, 534) hace constar, para el jueves 9 de mayo de 1895, el «estreno de la comedia *Magda o la casa paterna*, del alemán Hermann Sudermann»; representación a la que sin duda asistió José P. Rivera, autor de la reseña. En su lengua original, la pieza de Sudermann se titula *Heimat* (1893).

100. «RIVERA, JOSÉ PRIMITIVO (1869-1916). Escritor. N. y m. en el Pto. de Veracruz. [...] Figura entre los liberales radicales. Colaborador de *El Monitor Republicano* y el *Diario del Hogar*. [...]» (*Diccionario Porrúa...* 1986).

101. Por la fecha, se deduce que es un acto en conmemoración de los ochenta años de la muerte de Morelos (fusilado el 22 de diciembre de 1815). Según hace constar el artículo, el acto se celebró en la plaza del pueblo de San Cristóbal Ecatepec, donde murió Morelos.

El Municipio Libre (25 de diciembre): «Los de la Prensa de la Capital que asistieron a la fiesta patriótica de Ecatepec fueron los siguientes: Por “Monitor Republicano”, Sr. **Francisco Zárate Ruiz**. Por “El Demócrata”, Sr. Heriberto Frías [...]».

El Demócrata (26 de diciembre): se repite textualmente la anterior información.

1896

El Correo Español (4 de marzo): «Otros dos periodistas en la cárcel. Ayer en la mañana fueron reducidos a prisión los señores Manuel Villa y **Francisco Zárate**, gacetilleros de *El Monitor Republicano*, pues al comparecer ante el Juzgado 2° Correccional confesaron ser ellos los únicos responsables de los párrafos publicados que denunció Don Vidal Castañeda y Nájera». ¹⁰²

El Amigo de la Verdad (Puebla, 7 de marzo): «Periodistas presos. Fueron encarcelados los periodistas siguientes: [...] José Manuel Villa y **Francisco Zárate Ruiz**, del *Monitor Republicano* [...]» ¹⁰³. Acusados de ... cualquier cosa, algunos han obtenido ya su libertad bajo fianza y otros siguen presos, pero el proceso de todos continúa».

El Universal (21 de marzo): refiere el encarcelamiento de varios periodistas en la cárcel de Belén «por delitos de imprenta» e indica: «Actualmente se encuentran [...] en libertad bajo caución de 3000 pesos cada uno, los Sres. Villa y **Zárate** de *El Monitor Republicano*».

Francisco Zárate Ruiz publica su primer cuento conocido: «Historias vulgares. ¡Pobre!» (con dedicatoria «A Bartolomé

102. Vidal de Castañeda y Nájera fue director de la Escuela Nacional Preparatoria de México, «con el tinte de intransigente», de «1885 hasta 1901» (Díaz Zermeno 2010: 54-55).

103. Acusados de difamación por el entonces director de la Escuela Preparatoria Vidal de Castañeda y Nájera, fueron encarcelados junto con unos siete periodistas más de otros títulos, por haber denunciado «desórdenes» y «vejaciones» ocurridos en la Preparatoria (un historial del asunto de estos supuestos rumores se publicó en *El Monitor Republicano* del 3 de marzo de 1896, redactado por el cronista Luis del Toro).

Carbajal Rosas)»¹⁰⁴, en la *Revista Azul*, México, Tomo V, núm. 2, 10 de mayo de 1896; siendo entonces Carlos Díaz Dufoo su único director, tras la muerte de Manuel Gutiérrez Nájera en febrero de 1895.

El Foro (22 de mayo): «Han quedado en absoluta libertad, por no haber delito que perseguir, los Sres. **Francisco Zárate Ruiz** y Manuel Villa, redactores de “El Monitor Republicano” acusados de difamación por el asunto de la Escuela Preparatoria».

La Voz de México (23 de mayo): «Los Sres. **Francisco Zárate Ruiz** y Manuel Villa, gacetilleros del “Monitor Republicano” han quedado en absoluta libertad».

1897

«Z.R. Iniciales de los apellidos de **Zárate Ruiz, Francisco**. Periodista. Fue uno de los redactores de *Gil Blas*¹⁰⁵ hasta su renuncia en marzo de 1897; hizo las veces de secretario de redacción y articulista en ese periódico. Suscribió párrafos de gacetilla en *Gil Blas* (cfr. 9 mar. 1897, p. 11)» (Ruiz Castañeda 2000).

El Diario del Hogar (25 de marzo): «EL SR. FRANCISCO ZARATE RUIZ.— Por no estar conforme el Sr. **Francisco Zárate Ruiz** con las ideas que últimamente ha manifestado *Gil Blas*, periódico del que era secretario y articulista, se ha separado de la redacción aquel colega. El *Gil Blas* publica una carta en que así lo expresa el Sr. **Zárate**, y en la que añade que su separación obedece a diversidad de ideas, no porque él en *Gil Blas* haya observado falta de honradez».

104. Cuento más bien costumbrista, y por ello no incluido en la presente antología.

105. Francisco Montes de Oca fue fundador y director de *Gil Blas*, “Periódico jocoserio ilustrado” (1892-1897). José Guadalupe Posada colabora en esta publicación entre 1892 y 1896. Sigue *Gil Blas Cómic*. *Gil Blas* consta como una publicación que durante la reelección mercadista de 1896 asumió una actitud abiertamente opositora al régimen (Cortés Zavala 1987). No hemos podido encontrar los artículos o párrafos de gacetilla de Zárate Ruiz en este periódico.

«El 4 de julio de 1897, *El Nacional* publica “Cuento blanco” del prefecto de la Preparatoria **Francisco Zárate Ruiz**, dedicado al licenciado Vidal Castañeda y Nájera» (Díaz y de Ovando 2006, t. I: 209).

1898

«El 9 de mayo de 1898, *El Imparcial* publicó “Historias vulgares ¡Pobre!” un testimonio de la vida estudiantil preparatoria, escrito por el prefecto de la Escuela **Francisco Zárate Ruiz**» (Díaz y de Ovando 2006, t. II: 213).

The Mexican Herald (29 de julio): refiere la presencia de «Mr. **Francisco Zárate Ruiz**» en la misa de réquiem celebrada en el primer aniversario de la muerte de Mrs. Orrin, en la iglesia de San Lorenzo.

1899

The Mexican Herald (12 de enero) comenta el «absurdo rumor» difundido por varios órganos de prensa según el cual Eduardo Orrín (propietario junto con su hermano Jorge del «circo Orrín») habría propuesto al ayuntamiento plantar jardines públicos en cada plaza vacía de la ciudad bajo la condición de no permitir a otros empresarios montar carpas de circo en éstos. El artículo desmiente la «falsa» noticia y precisa: «Mr. **Francisco Zarate Ruiz** has addressed a letter to Secretary Bribiesca of the city council asking him whether any such proposal has been presented by Mr. Orrin and the answer is that nothing of the kind has been proposed by Mr. Orrin».

El Tiempo (12 de enero) recoge la misma información, añadiendo algunas precisiones: «Según nos dice el referido Sr. **Zárate**, el Sr. Orrín no solo no ha presentado la solicitud de que se habla, sino que no ha pensado nunca en hacerlo. Dice el Sr. **Zárate** que el Sr. Orrín piensa atraerse el mayor número de espectadores posible, pero no usando de medios reprobados y poco dignos, sino presentando siempre novedades y grandes atractivos en el Circo de su propiedad».

El Universal (3 de marzo): «Riña entre literatos.— El decadentismo acaba de dar un resultado tan práctico como doloroso. Los jóvenes **F. Z. R.** [estas iniciales designan con toda probabilidad a Francisco Zárate Ruiz] y R. M. que desde hace tiempo cultivaban una amistad verdaderamente cariñosa, tuvieron anteayer en el pórtico de un teatro, un encuentro del que afortunadamente no tomó nota la policía. La causa fue que uno de ellos sostenía que todos los decadentistas son una cuadrilla de bárbaros, en tanto que el otro los defendía incondicionalmente. El epílogo de la literaria discusión, fue que los dos jóvenes quedaron con un carrillo morado».

El Tiempo (5 de mayo): «El sábado próximo se dará en el teatro de Villamil una función en beneficio del caballeroso joven D. **Francisco Zárate Ruiz**, representante de los Hnos. Orrín en Méjico [sic]. [...] El Sr. **Zárate** se ha distinguido por las atenciones con que trata a la prensa y a los concurrentes al Circo».

The Mexican Herald (6 de mayo), editado por la mañana, anuncia la función del circo Orrín prevista por la noche: «Tonight's performance at Orrin's circus is a benefit for Mr. **Francisco Zarate Ruiz**, the press representative and Mexico agent of the company, who has won so many sympathies for the combination».

The Mexican Herald (7 de mayo): «The benefit performance last night at Orrin's to Sr. **Francisco Zárate Ruiz**, agent in this city for the Orrin's was fairly well attended and a select program was presented».

El Diario del Hogar (28 de mayo): en un listado de «Representantes de empresas» figura el nombre de «**Zárate Ruiz, Francisco**, México».

El Universal (14 de julio): «Profesor enfermo. El Sr. Profesor D. Francisco Zárate, padre de nuestro amigo y compañero de periodismo el joven escritor D. **Francisco Zárate y Ruiz**, se encuentra enfermo del estómago. A la diaria labor de la enseñanza, a las privaciones y contrariedades que trae consigo la profesión, debe el Sr. Zárate la enfermedad que le aqueja, sin que por ella

deje su faena y se haga difícil por lo mismo el restablecimiento, el cual sinceramente le deseamos»¹⁰⁶.

El Diario del Hogar (30 de julio): «FUNCIÓN SELECTA. — La Academia de Profesores celebró la noche del viernes último, en la Cámara de Diputados, el 5° aniversario de su fundación¹⁰⁷. Presidió el acto el Señor Ministro de Justicia¹⁰⁸ y la concurrencia llenó el local en todos sus departamentos. La fiesta resultó incidísima, dando principio a las 7 y 40. El joven **Francisco Zárate Ruiz**, en nombre del señor su padre, que es Secretario de la Academia, dio lectura a un concienzudo y correcto informe, de todos los trabajos de la benemérita asociación [...] El señor Profesor D. Abraham Gómez, leyó una síntesis de un trabajo suyo que había sido premiado por la misma Academia»¹⁰⁹.

El Correo Español (30 de julio): se repite la misma información.

El Imparcial (28 de agosto) publica la noticia de que «uno de los prefectos» de la Escuela Preparatoria (como se verá: **FZR**) expulsa a dos jóvenes por «haber cometido una grave falta». Los hechos se averiguan y comprueban, y se identifican los jóvenes: el primero es de «una de las principales familias de Puebla»,

106. En *El Tiempo* (27 de septiembre de 1895) ya constaba: «El Sr. Profesor Don Francisco Zárate, Secretario de la Academia de Profesores, se encuentra muy mejorado de la enfermedad que le impidió dedicarse a las labores escolares. Celebramos tal alivio».

107. «[...] en 1894 el Dr. Nicolás Ramírez de Arellano, inteligente Regidor de Instrucción Pública en esa época, constituyó una Academia con los Profesores Municipales, cuyo Presidente fue él» (Ruiz 1900: 257).

108. De 1882 a 1901 es Joaquín Baranda y Quijano el Secretario de Justicia e Instrucción Pública de México. Como informa Mílada Bazant de Saldaña, «[d]espués de veinte años como ministro de la misma [Secretaría de Justicia e Instrucción Pública], Joaquín Baranda renunció por “causas políticas” en febrero de 1901»; Porfirio Díaz —ya en su sexto periodo presidencial— nombró entonces como nuevo ministro a Justino Fernández, de 73 años, y éste designó a su vez a Justo Sierra «como subsecretario de Instrucción» (2006: 35).

109. «[...] en el trabajo del profesor Abraham Gómez, que acaba de premiar la Academia de Maestros de esta ciudad, se inicia la idea, que lo mismo que hay bibliotecas para la cultura intelectual, haya gimnasios públicos para el perfeccionamiento físico» (Ruiz 1900: 143-144).

siendo el segundo de «una de esta capital». «[...] se ordenó que fuesen expulsados para ejemplo de los demás educandos. Estando los alumnos reunidos, se hizo salir de la Escuela a los jóvenes expulsados con la nota de que no volverán a ser admitidos en ningún establecimiento de instrucción en México» (Díaz y de Ovando 2006, t. I: 218).

El Imparcial (29 de agosto) aclara que la expulsión de los dos alumnos de Preparatoria era «sólo temporal, pues la falta cometida no ameritaba un castigo tan drástico. [...] El que sí fue separado de la Escuela Preparatoria fue el Prefecto que acusó a los alumnos» (Díaz y de Ovando 2006, t. I: 218-219) (el prefecto despedido es **FZR**, como se lee en *El Imparcial* del 4 de septiembre).

El Imparcial (4 de septiembre): «El apreciable y caballeroso joven, señor don **Francisco Zárate Ruiz**, acaba de separarse del puesto que ocupaba en la Escuela Nacional Preparatoria, con el carácter de Prefecto de ese Establecimiento, relacionándose la renuncia que presentó el Sr. **Zárate**, con el asunto a que se refirió nuestra noticia de días pasados, con motivo de la expulsión de unos alumnos, que no se llegó a efectuar» (Díaz y de Ovando 2006, t. I: 218-219).

El Tiempo (7 de septiembre): «El joven literato Sr. **Francisco Zárate Ruiz** ha presentado su renuncia del puesto de prefecto de estudios que desempeñaba en la Escuela N. Preparatoria».

*La Patria. Diario de México*¹¹⁰ (23 de noviembre): «EL PADRÓN ESCOLAR. Preparaciones a los empadronadores. [...] Se previene a los empadronadores, que tienen obligación de atender las indicaciones que les fueren hechas, tanto por el comisionado, Sr. **Zárate Ruiz**, como por los Inspectores que nombre la Dirección General».

El Municipio Libre (25 de noviembre) reproduce la misma indicación a los empadronadores con mención del «comisionado Sr. **Zárate Ruiz**».

110. Director y propietario: Irene Paz.

La Convención Radical Obrera (3 de diciembre): «El 18 de este mes deberán quedar entregados todos los documentos referidos al C. **Francisco Zárate Ruiz**, comisionado para dirigir e inspeccionar todos los trabajos del Padrón escolar, por la Dirección General».

1900

El Tiempo (2 de febrero): «PERSONAL. Ayer en la mañana, por el Ferrocarril Nacional Mejicano [*sic*], salió de esta capital para Toluca el joven literato **Francisco Zárate Ruiz** quien va a hacerse cargo de la Secretaría Particular del Gobernador del Estado»¹¹¹.

El Diario del Hogar (6 de febrero): «EL SR. D. FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.— Este buen amigo nuestro, conocido ventajosamente como literato, ha sido nombrado oficial de correspondencia en la Secretaría particular del señor Gobernador D. Vicente Villada. Después de permanecer unos días en México arreglando sus asuntos propios, marchó ayer a Toluca al desempeño de su cargo. Le deseamos todo género de felicidades en el desempeño de sus nuevas labores».

El Universal (6 de febrero): «El joven literato don **Francisco Zárate Ruiz** fue nombrado Oficial de Correspondencia del Gobierno del Estado de México. El jueves en la mañana partió el joven **Zárate** para Toluca a fin de hacerse cargo del puesto para que fue nombrado y el viernes a medio día tomó la protesta de la ley».

La Patria (8 de febrero) rectifica: «El Secretario Particular del General Villada. Algunos periódicos de la capital han dado la noticia de que Don **Francisco Zárate Ruiz**, había sido nombrado Secretario particular del señor Gobernador del Estado de México. La noticia es completamente inexacta; dicho señor ha sido nombrado escribiente, y continúa siendo Secretario D. José M. Pastor, que lleva diez años de inteligentes servicios en ese puesto de confianza».

111. Se trata de José Vicente Villada, gobernador del Estado de México (capital Toluca) de 1889 a 1895 y de 1897 a 1904.

El País (14 de octubre): se relatan los pormenores del viaje y la visita del presidente Porfirio Díaz a Toluca el 13 de octubre de 1900 para inaugurar un monumento a Colón, y en una de las Comisiones de recepción figura «**Francisco Zárate Ruiz**».

La Patria. Diario de México (16 de octubre): la extensa información sobre el viaje de P. Díaz a Toluca se repite, con idéntico tono triunfalista.

El Tiempo (27 de noviembre): «Club político.— El viernes quedó instalado en Toluca el “Club Demócrata” formado por jóvenes en su mayor parte. La Mesa Directiva es la siguiente: Presidente, Sr. **Francisco Zárate Ruiz**; Vicepresidente, señor Escribano Miguel Amador y Frías; Secretario, Sr. Sebastián Hernández Serrano; Prosecretario, Enrique Castillo; Tesorero, Raymundo Cárdenas. La primera sesión solemne se verificará mañana en el teatro Principal. Figuran como socios honorarios del Club, muchas personas ilustradas de esta capital».

1901

La Voz de México (27 de enero): «Anoche, por el Ferrocarril Mexicano y en tren especial, llegó a esta capital la numerosa Compañía de Circo de los Hermanos Orrin. En la estación esperaban [...] **Francisco Zárate** y algunos otros empleados de la empresa».

El Diario del Hogar (31 de enero): «ESTADO DE MÉXICO.— Toluca, Enero 27 de 1901. Señor Director del “Diario del Hogar”, México. Muy Señor mío: Anoche se verificó en los salones del Palacio de Gobierno la primera sesión de la sociedad “Arte y Ciencia” de creación muy reciente, la cual se debe a la iniciativa del Sr. Gobernador Villada. A las 9.30 p.m., hora en que estuvieron reunidos los socios, se dio lectura al acta de la anterior sesión, —que había sido la de la inauguración— la que fue aprobada. Ocupó la presidencia el Sr. Villada, como Presidente honorario, dándose a conocer el siguiente programa de

la velada: I. Obertura por la orquesta. II. Prosa. “¿Homicida?”¹¹² — **Francisco Zárate Ruiz**. [...] **Pancho Zárate** muy bien, como sabe hacerlo. Su cuento fue recibido con extrañeza, acaso porque ese género de literatura es aún poco entendido; pero en nada se amengua por eso su mérito literario, y como sabe leer muy bien, hubo momentos en que algunos de los socios expresaron verdadera curiosidad por su historia de la “Gata”, esa historia cruel y afligianada que el artista supo cuajar de bellezas y sublimidades. Escuchó verdaderos aplausos». Firma esta carta «EL CORRESPONSAL».

El Diario del Hogar (15 de febrero) reproduce una carta firmada en Toluca, a 11 de febrero de 1901, por S. Hernández Serrano: «Han comenzado a imprimirse las planchas litográficas que servirán para los grabados de la obra “Toluca Antigua y Moderna” de nuestro compañero el Sr. **Francisco Zárate Ruiz**. El texto va muy adelantado y sólo falta para darlo a la estampa, que el autor concluya el arreglo del papel. Por lo que hemos visto de dichos preparativos, podemos asegurar que la obra resultará de suma utilidad».

El Imparcial (10 de marzo): «Muerte de un Antiguo Profesor.— Ayer tarde dejó de existir el señor Don Francisco Zárate uno de los más respetados miembros del Cuerpo de Profesores de Instrucción Primaria y quien tenía a su cargo la dirección de la Escuela Nacional Primaria Elemental para niños, número 53. El señor Zárate era padre del joven literato **Francisco Zárate Ruiz** quien al llegar anoche de Toluca recibió terrible sorpresa, pues ignoraba el triste suceso. Al sepelio, que se efectuará hoy, concurrirá el Cuerpo de Profesores».

El Diario del Hogar (10 de marzo): «Sensible defunción. Ayer al mediodía falleció en esta Capital el por todos títulos honorable y caballeroso Profesor Sr. Francisco Zárate [padre]».

El Diario del Hogar (23 de marzo): «Toluca, Marzo 20 de 1901. [...] ayer noche se inauguraron los trabajos de la Academia

112. «Cuentos del manicomio. ¿Homicida?», ya publicado en *El Mundo*, México, 4 de diciembre de 1898.

Verdi, que tendrá por objeto el cultivo de las clases de música, canto y declamación, siendo profesores respectivos de ellas los Sres. Guadalupe Rodríguez y Rafael Valenzuela; José Torres Ovando y **Francisco Zárate Ruiz**. Apadrinaron el acto los Sres. Brigadier José Vicente Villada, Mayor Felipe Quiñones [...]». Firma esta carta «EL CORRESPONSAL».

El Diario del Hogar (31 de marzo): «Distinción merecida. En el Cabildo del viernes último acordó el Ayuntamiento que se cediera una fosa de primera clase al Sr. Profesor Don Francisco Zárate [padre], por sus múltiples e importantes servicios que prestó durante su larga carrera».

El Imparcial (8 de abril): «DON FRANCISCO ZÁRATE RUIZ. Ha sido nombrado Oficial Mayor del Gobierno del Estado de México, el joven Don **Francisco Zárate Ruiz**, quien empezó ya a ejercer sus funciones».

La Patria. Diario de México (5 de julio): «El 18 de julio en Toluca. [...] la ceremonia con que este año [se] conmemorará el aniversario de la muerte del Benemérito Juárez, será en extremo suntuosa. [...] Por la noche se dará en el Teatro principal, una velada literaria. [...] Los señores Francisco M. de Olaguíbel, **Francisco Zárate Ruiz** y Efrén Rebolledo, serán también invitados para tomar parte en la solemnidad, como oradores».

El Diario del Hogar (10 de julio): «Álbum interesante. Con el título de “Una obra útil” dice un colega lo siguiente: “Hemos tenido oportunidad de ver el álbum que con el título de ‘Toluca Antigua y Moderna’ han publicado los señores **Francisco Zárate Ruiz** y Manuel Moreno Casasola¹¹³. Dicho álbum, perfectamente impreso en magnífico papel, está ilustrado por el conocido señor Mario Durán, propietario del taller artístico establecido en la calle de Victoria número 2 de Toluca. Felicítamos a nuestros amigos **Zárate** y Moreno Casasola por su publicación”».

113. Además de Zárate Ruiz (editor y director) y Moreno Casasola (agente general), colaboraron a la redacción y fabricación de *Toluca antigua y moderna*: Antonio Gama Galván, Andrés R. García, Sebastián Hernández Serrano, Gonzalo Pichardo, Otilio Ramírez y Manuel Urbina.

El Imparcial (12 de septiembre): «Toluca Antigua y Moderna.— Es en nuestro poder uno de los primeros ejemplares del Álbum que lleva por título el de estas líneas, y que ha sido editado por el Sr. Don **Francisco Zárate Ruiz**. La obra tiene por objeto dar a conocer los adelantos alcanzados en el Estado de México, durante los últimos años, y el autor debe estar satisfecho de haber cumplido el fin que se propuso, pues en las páginas del álbum, profusamente ilustrado, puede el lector formarse cabal idea de los progresos realizados en todos los ramos de la actividad humana en la importante entidad federativa mencionada. Artes, letras, agricultura, minería e industria, están bien descritas en la obra, que es por sí misma una muestra de adelanto tipográfico alcanzado en la capital del Estado, donde se imprimió».

La Patria. Diario de México (25 de septiembre): «TOLUCA. Antigua y moderna. El distinguido literato D. **Francisco Zárate Ruiz**, acaba de editar en la simpática ciudad de Toluca, un álbum descriptivo del Estado de México [...]. El libro que el Sr. **Zárate** [...] ha lanzado a la luz pública en estos días, llena dignamente un vacío, que se hacía sentir imperiosamente en aquel progresista Gobierno».

Comenta Elvia Montes de Oca (1998, 18) que «Toluca, capital del Estado de México, fue la ciudad más favorecida por la labor urbanística de Villada, así lo muestran algunas obras de la época»: es el caso de *Toluca antigua y moderna* de **Francisco Zárate Ruiz**. Comprende el cuatrienio 1896-1900 del General José Vicente Villada (Montes de Oca apunta erróneamente 1900 como fecha de publicación de esta obra).

1902

El Tiempo (21 de enero): «Libro aprobado. La Subsecretaría de Instrucción Pública¹¹⁴ ha aprobado, para uso de las escuelas primarias, el libro titulado “Cuentos mexicanos de moral”, del cual es autor el conocido literato **Francisco Zárate Ruiz**. En nuestro número próximo del “Semanao Ilustrado”, daremos a conocer

114. El subsecretario de Instrucción es entonces Justo Sierra, como consta en nuestra nota 108.

uno de esos cuentos, que son verdaderamente recomendables para uso y conocimiento de los niños. Recomendamos a los padres de familia el mencionado libro, que sólo vale 62 centavos y es de gran utilidad».

Semanario Literario Ilustrado («Dedicado especialmente a las familias católicas de la República») dirigido por Lic. Victoriano Agüero publica el 3 de febrero «La Oveja», indicando en nota: «Del libro (inédito) “Cuentos mexicanos de moral”, aprobado por la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública para uso de las escuelas oficiales, escrito por **Francisco Zárate Ruiz**».

El Diario del Hogar (4 de febrero): «Ha sido nombrado representante de la compañía Orrín nuestro muy estimado y fino amigo don **Francisco Zárate Ruiz**».

El Tiempo (6 de febrero): «AGENTE GENERAL DEL CIRCO ORRÍN. El conocido literato y periodista, señor **Francisco Zárate Ruiz**, ha vuelto a ocupar el puesto de Agente General de la empresa Orrín, que hace tiempo, por su inteligencia y caballerosidad, desempeñó con beneplácito de la empresa y del público».

El Imparcial (18 de junio) publica una carta enviada por **Francisco Zárate Ruiz** desde Pachuca (Estado de Hidalgo) y dirigida al mismo Rafael Reyes Spíndola, su director: «El Sr. **Francisco Zárate Ruiz**. — Pachuca, Junio 12 de 1902. Sr. Lic. Rafael Reyes Spíndola, Director de “El Imparcial”. Muy estimado Sr. Licenciado: Acabo de leer en el número de “El Entreacto”¹¹⁵ de fecha de ayer, un párrafo en el que se dice que me encuentro en esta ciudad porque viajo en unión del señor García Alba con una comisión de usted. Como pudiera no convenir a los intereses de usted como no conviene a los míos, que se creyera en público que la empresa que tengo es por cuenta de usted, le ruego que haga constar —publicando ésta en las columnas de su acreditado diario— que si bien tengo carta de usted que me autoriza como Redactor Corresponsal de sus periódicos: en la empresa principal mía, soy independiente de aquella honorable

115. Se trata del «Bisemanal de espectáculos, literatura y arte (1901-1909)», editado y dirigido en México capital por Manuel Caballero (Pereira 2004: 165).

Redacción. Anticipo a usted las gracias por este nuevo servicio, y me repito una vez más su muy atto. seguro y adicto amigo, que lo aprecia sinceramente. **F. ZÁRATE RUIZ**».

El Popular (22 de agosto): «Solemne inauguración. — Para el próximo 6 de septiembre, los miembros del “Círculo Recreativo y Literario” preparan la fiesta inaugural de su asociación la cual se celebrará en el teatro de la Villa de Guadalupe. Entre otros números del programa habrá los siguientes: [...] Disertación por el Sr. Heriberto Frías bajo el tema de: Influencia de la Literatura en la educación de las masas populares. Discurso oficial por el Sr. Manuel Moreno Casasola. Cuento literario ‘El Ocaso’¹¹⁶, por el Sr. **Francisco Zárate Ruiz**».

Según Ochoa Serrano (1995: 302), **F. Zárate Ruiz** figura entre los «Redactores e impresores» de *Primaveral*: Semanario independiente de literatura y variedades. Morelia, mayo-oct 1902. Director responsable y administrador: José Ortiz Vidales.¹¹⁷

Según Ochoa Serrano (1995: 154), **Francisco Zárate Ruiz** es colaborador de *El Estudiante*: «Semanario»¹¹⁸ de información y literatura. Morelia, ago-oct 1902. Director: Alfredo Iturbide. Colaboradores: F. de S. Menocal, José Ortiz Vidales, Rodolfo García Torres, Luis G. Ortiz, **Francisco Zárate Ruiz**».

116. Cuento no encontrado.

117. Según indica Cortés Zavala en su estudio sobre la prensa michoacana (1987: 44), se conformó el periódico literario *Primaveral* sobre arte, desde 1892. Sin embargo, la vigencia apuntada por Ochoa Serrano (1995: 302) para este periódico es: mayo-octubre 1902. Tras revisión de *Primaveral* (17 números publicados en Morelia entre el 4 de mayo de 1902 y el 2 de octubre de 1902) pudimos constatar que el nombre de Zárate Ruiz no figura entre los redactores. Tan sólo en el último número figura su nombre entre quienes contribuyeron a la «Subscripción de *Primaveral* para la estatua del Generalísimo José María Morelos y Pavón» (núm. 17, 02/10/1902: página 3). Agradecemos la ayuda de la Hemeroteca «Mariano de Jesús Torres» (Biblioteca de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia) por habernos facilitado copia de este material (en especial Lic. M^a Abigail González Ojeda y Eduardo A. Vázquez Ferreyra).

118. En su número 3 (5 de octubre de 1902) cambia a «quincenal».

La Patria. Diario de México (3 de septiembre): desde Morelia, con fecha del 30 de agosto, se informa: «El señor **Francisco Zárate Ruiz** fue nombrado redactor interino del PERIÓDICO OFICIAL, habiéndose encargado ya de la publicación».¹¹⁹

El Estudiante (Morelia), núm. 2 (7 de septiembre): «**Francisco Zárate Ruiz**. Este apreciable caballero, distinguido escritor de la Metrópoli, ha sido nombrado director del Periódico oficial del Estado. Acertado estuvo el nombramiento antes dicho, y por el cual nos es grato felicitar al Señor **Zárate Ruiz**».¹²⁰

Ochoa Serrano (1995: 296) también apunta que **Francisco Zárate Ruiz** es director en 1902 del *Periódico Oficial del Gobierno de Michoacán de Ocampo*, Morelia.

1903

Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo (4 de febrero, en Pachuca): «“Hidalgo Moderno. Álbum Descriptivo del Estado”. Acaba de salir de las Oficinas Tipográficas del Gobierno del Estado esta interesante obra editada con apoyo del Gobierno, por los Señores Federico García y Alva y **Francisco Zárate Ruiz**. [...] La obra es ligera, importante y amena y su precio *un peso el ejemplar*. Está de venta en la librería del Sr. J. Parres, Plaza de la Constitución, esquina de la Parroquia».

La Patria. Diario de México (7 de octubre): «MICHOCÁN. [...] [El 30 de septiembre] fue celebrado con brillantes demostraciones de regocijo público el natalicio del inmortal cura D. José María

119. El *Catálogo de la Biblioteca y Hemeroteca nacionales de México* indica que Francisco Zárate Ruiz fue redactor responsable del *Periódico oficial del Gobierno del Estado de Michoacán* a partir del 28 de agosto de 1902 (T. 10, n° 69) hasta el 20 de abril de 1904 (T. 12, n° 34).

120. Al revisar los núms. 1 (31 de agosto de 1902), 2 (7 de septiembre de 1902) y 3 (5 de octubre de 1902) de *El Estudiante* (Morelia) no encontramos otra mención de nuestro autor. Estos tres números parecen ser los únicos dirigidos por Alfredo Iturbide. Agradecemos la ayuda de la Hemeroteca «Mariano de Jesús Torres» (Biblioteca de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia) por habernos facilitado copia de este material (en especial Lic. M^ª Abigaíl González Ojeda y Eduardo A. Vázquez Ferreyra).

Morelos y Pavón [...]. La parte literaria estuvo a cargo de los señores **Francisco Zárate Ruiz**, Manuel Padilla y Fidel Silva, siendo muy aplaudidos por sus piezas oratorias. [...] La velada fue un brillante éxito artístico y literario».

1904

Se da una creciente oposición en el Estado de Michoacán durante la campaña reeleccionista de Aristeo Mercado: «A su vez el señor Mercado con el objeto de promover su candidatura y ganar simpatías trajo a Morelia a los periodistas **Francisco Zárate** y Felipe de la Serna integrantes de *El Imparcial* de la ciudad de México, quienes como trabajo propagandístico tuvieron la formación del diario *El Voto*. [...] Otros órganos informativos de oposición fueron *El Monitor Republicano* y *El Anunciador Michoacano*» (Cortés Zavala 1987: 44-45)¹²¹.

El Diario del Hogar (9 de enero): «Las últimas felicitaciones de año nuevo que hemos recibido, las hacemos constar, retornando a los amables remitentes sus buenos deseos; estas son: Señor **Francisco Zárate Ruiz**, de Morelia [etc.]».

La Patria. Diario de México (12 de enero): «Morelia, Enero 9 [...] A la inauguración del nuevo Salón dormitorio en el Internado, concurrieron muy distinguidas familias, entre otras la del Sr. Gobernador Mercado [...]. Entre los invitados estuvieron **Francisco Zárate Ruiz** y el que esto escribe, corresponsales de este diario».

La Voz de México (13 de abril): «Enérgica protesta de las damas morelianas. En la capital de Michoacán ha circulado con profusión una enérgica protesta contra las “cartas” que el Sr. **Zárate Ruiz**, Director del “Periódico Oficial” ha venido publicando en el ‘Voto Michoacano’ y quien tuvo el atrevimiento de hablar en términos más que irrespetuosos de las solemnidades de la Semana Santa».

121. Según Cortés Zavala, ya en 1895, «ante el advenimiento de las elecciones estatales y nacionales el periodismo michoacano se vio fuertemente impulsado con el surgimiento de periódicos que postulaban para gobernador a Aristeo Mercado y para presidente a Porfirio Díaz» (1987: 43).

Sigue una larga lista de las damas «honorables y distinguidas» que suscribieron la protesta.

La Voz de México (14 de abril) reproduce «un enérgico y bien escrito artículo» de *El Progreso Cristiano* (Morelia)¹²² que se suma a las protestas en contra de **Francisco Zárate Ruiz**, aunque, nombrándose éste siempre indirectamente, como el «folletinista vulgar» o el «Redactor del “Periódico Oficial”» quien también ha firmado, se dice, «los artículos jacobinos de “El Voto”» denunciados. Con vehemencia, el redactor de este artículo protesta: «Lo que sobre todo nos ha llenado de indignación y quisiéramos haber evitado aun a costa de nuestra sangre es que un *articulillo decadentista* del mismo periódico; copiado probablemente de *alguna de esas novelas pornográficas* que con desdoro de la sociedad, circulan últimamente, se injurie horriblemente a la Santísima Virgen María, atribuyéndola *epítetos paganos*, que solo el recordar nos horroriza...»¹²³. Y concluye considerando: «En cuanto a la persona del Redactor de ese periódico [**FZR**], no quisiéramos ocuparnos de ella, porque los principios y no las personas es lo que importa combatir; pero la verdad es que sí nos ha parecido sumamente extraño que, teniendo como tiene, un empleo de confianza en el Gobierno; siendo como es, extraño a esta sociedad y hace poco tiempo venido a ella¹²⁴, dirigiéndose en sus artículos a las damas¹²⁵, a

122. Gabriela Díaz Patiño refiere que: «En Michoacán, a partir de 1901, el periodismo católico cobró nuevo impulso. [...] en Morelia se fundaron varios periódicos, uno de ellos fue *El Progreso Cristiano* (1901-1907), a iniciativa del propio Atenógenes Silva (2003: 127). Sobre el fundador del periódico, añade Díaz Patiño: «El 15 de diciembre de 1900 fue nombrado nuevo arzobispo de Michoacán Atenógenes Silva y Álvarez Tostado, quien había fungido anteriormente como obispo de Colima» (2003: 106).

123. Énfasis nuestros.

124. Como vimos, Francisco Zárate Ruiz había sido nombrado director del *Periódico Oficial del Gobierno de Michoacán de Ocampo* en septiembre de 1902.

125. El artículo citado, dedicado «a las damas», y contra el cual éstas protestaron, es: «El Santo Entierro», que «injuria de una manera poco decorosa un culto tan tierno y tan querido para los católicos» (*La Voz de México*, 14 de abril de 1904).

quienes él, como caballero, debería ser el primero en respetar, nos parece extraño, repetimos, que haya tomado este camino que acabará por desprestigiarle y perderle».

El Tiempo (16 de abril) también se hace eco de la noticia moreliana: «Las principales damas de ésta [Morelia] han elevado una protesta en contra del señor **Zárate Ruiz**, redactor del “Periódico Oficial” y del “Voto Michoacano” a causa de un mal forjado artículo que escribió el citado periodista, y en el cual hace burla de los misterios más sagrados de nuestra religión. [...] No sabemos qué actitud tomará el señor **Zárate Ruiz** y creemos que se irá de ésta, al ver que toda la sociedad lo rechaza».

El Tiempo (27 de abril) refiere los contenidos de una carta recibida desde Michoacán, donde se lee: «Le remito un ejemplar de “La Bandera Liberal”, periódico mercadista, que se ha distinguido por su audacia y su lenguaje digno de personas sumamente ignorantes [...] Ha llamado la atención que este periódico (“La Bandera”) diga que las damas han sido sorprendidas por una persona, al llevarles a que firmasen la protesta contra Don **Francisco Zárate Ruiz**, sabiendo perfectamente que todas las damas que la firmaron, lo hicieron en pleno consentimiento, y que nadie las ha sorprendido».

La Voz de México, «Diario político y religioso. Órgano de los católicos mexicanos» (7 de junio): en carta del corresponsal del 4 de junio, se lee: «De Morelia. [...] Don **Francisco Zárate Ruiz** se ha separado temporalmente de la redacción del ‘Periódico Oficial’».

1906

Francisco Zárate Ruiz publica su último cuento conocido: «La muerte artificial», en la Revista mensual de arte *Savia moderna*, México, Número 5, 1 de julio de 1906; siendo entonces secretario de redacción del núm. 5: Pedro Henríquez Ureña.

1907

El Popular (viernes 17 de mayo) anuncia, escuetamente: «Muerte de un periodista.— Ha dejado de existir en esta capital el conocido periodista D. **Francisco Zárate Ruiz**».

El País (17 de mayo): «En el Panteón de Dolores se efectuaron los funerales del señor Don **Francisco Zárate Ruiz**, periodista muy conocido en esta capital».

El Tiempo (25 de mayo): «Velada.— Un grupo de amigos del finado literato y periodista Sr. Don **Francisco Zárate Ruiz**, están organizando en su honor una velada literario-musical en la que se desea que tomen parte artis[tas] conocidos y varios escritores, a los que se invitará al efecto».

El Diario del Hogar (22 de noviembre) publica el cuento titulado «Amor de gato»¹²⁶, firmado por «**FRANCISCO ZÁRATE RUIZ**».

126. El cuento de Zárate Ruiz «Amor de gato», se publicó anteriormente en *El Mundo*, México, el 1 de octubre de 1899.

HEMEROGRAFÍA:

El Amigo de la Verdad (Puebla)

El Correo Español

El Demócrata

El Diario del Hogar

El Estudiante (Morelia)

El Foro

El Imparcial

El Municipio Libre

El Nacional

El País

El Popular

El Siglo Diez y Nueve

El Tiempo

El Universal

La Convención Radical Obrera

La Patria. Diario de México

La Voz de México

POE Hidalgo (Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo, Pachuca)

Primaveral (Morelia)

Semanario Literario Ilustrado (de *El Tiempo*)

The Mexican Herald

RESEÑA

«Francisco Zárate Ruiz» (1904), por Domingo S. Trueba

Al acabar de leer dos tomos de cuentos de este bohemio de abundante cabellera lacia, de este literato melancólico, que ha colaborado en las principales revistas ilustradas del país, me he sentido bruscamente invadido por una dulce tristeza. Si el arte es la «manifestación externa de emociones internas, producida por líneas, por colores o por palabras», en los cuentos de Francisco Zárate Ruiz, hay arte, un arte triste y doloroso como la vida.

En los «Cuentos de Manicomio», efímeros, rápidos, violentos, escritos, sin duda, a vuela pluma, descuidadamente, con defectos de estilo, si se quiere, incoherentes, locos, en apariencia, se persigue, sin embargo con verdadera obsesión, una idea inmensamente triste: el dolor y el sufrimiento humanos, como factores, como elementos indispensables para la conservación de la existencia. El autor parece que ha sentido, que ha vivido la vida por el único lado que la sienten y la viven algunos artistas de talento: por el lado sombrío, por el lado del escepticismo, por el lado de la desesperación y de las lágrimas. Para ellos —para esos artistas decepcionados de todo— el placer más grande, la emoción más intensa, no compensa la enorme desgracia de vivir. Por eso sus obras son profundamente dolorosas.

Los sufrimientos, las impresiones que reciben, las devuelven convertidas en lágrimas muy amargas, muy crueles, en gritos de rebelión, agudos como puñales, en blasfemias o en sollozos bruscamente contenidos, sofocados, por una voluntad enclenque y enfermiza, en desesperaciones mudas, angustiosas. De ahí que en todas sus obras palpite una alma

afligida, poseída de una gran sensibilidad e impregnada de un gran dolor.

Vive con una vida latente, en los «Cuentos de Manicomio», un sufrimiento muy hondo. Diríase que han sido escritos bajo la acción de alguno de los agentes que producen la locura: el alcohol o la morfina.

El alcohol en estos cuentos desempeña un importante papel, porque el alcohol da el olvido y da la muerte, solo que mata, que degrada, que infama, antes de que la vida se extinga en la última molécula del cuerpo. Y este descenso angustioso, esta muerte es más horrible que la otra, que la que produce la inmovilidad y la quietud completas.

Todos los actos que producen dolor en el alma humana, desfilan sombríos, como espectros en esos cuentos dolorosos: el amor, la ingratitud, la hipocresía, la falsedad, la traición, la infamia...

«El idiota» quiere irse a las nubes, porque las bajezas, los crímenes, las abominaciones de la humanidad lo tienen ya hastiados... ¡oh! sí, a las nubes, al éter, al infierno, [¡]mejor que estar entre los hombres!...

«Los que no llegan a San Hipólito» somos todos los que no estamos dentro del manicomio, porque nuestras locuras no han llegado al período agudo que las hace estallar en actos inconcebibles de salvajismo, en atentados brutales contra la vida de los demás. Los locos mansos, tranquilos, pacíficos, andamos sueltos, vivimos en sociedad, vamos al teatro, al café, a visitar a un amigo, a pesar de que nuestras acciones meditadas y calculadas, son muchas veces peores que las de los locos furiosos. De éstos es fácil cuidarse, de aquellos es casi imposible. ¿No estamos todos lesionados cerebralmente?



Los cuentos «Funambulescos», como los cuentos de «Manicomio», están marcados con el mismo sello de tristeza vaga y de dolor indefinible. El colorido, el movimiento, la vida

que se desborda en ellos, refleja lo amargamente dolorosa que es la lucha por la existencia.

Francisco Zárate Ruiz es un buen observador que transmite claramente sus impresiones, después de haberlas nutrido con el dolor que le causa el sufrimiento de los demás, de esos desgraciados que se exhiben en público, en la pista de un circo, grotescos, ridículos o profundamente cómicos, para ganarse un aplauso y un puñado de monedas, que muchas veces se quedan en el mostrador de la cantina encharcada de alcohol.

Con los personajes de sus cuentos, ha vivido, se ha codeado, los ha visto muy de cerca, y por lo mismo conoce sus dolores, sus defectos y sus vicios, sus egoísmos y sus virtudes, sabe que le tienen profunda aversión a la vida, que se dejan llevar de sus pasiones y de sus impulsos, porque no tienen ideales ni ambiciones. Los aplausos y los entusiasmos del público no les interesan ni les preocupan, porque saben que es voluble y caprichoso como el viento. Muchos de ellos trabajan porque sienten la imperiosa necesidad de beber, de olvidar sus sufrimientos y el cruel egoísmo del empresario que explota con las risas y la curiosidad morbosa que arrancan y despiertan en la masa humana que llenan las gradas del circo. «Toto» es uno de esos infelices.

En los cuentos «Funambulescos», escritos con facilidad, con soltura, se nota, sin embargo, como en los de «Manicomio», cierta deficiencia en la forma. Parece que han sido escritos precipitada, festinadamente, como si el autor estuviera muy de prisa y deseara terminar cuanto antes su tarea. Sus emociones y sus impresiones las vierte al papel descuidadamente, seguro de que agradarán porque tienen color y vida. Pero si la forma no es la obra de un lapidario, en cambio, el fondo, es muy humano y muy bello.

BIBLIOGRAFÍA

Estudios citados

- ALFARO CUEVAS, Martha Eugenia. «Revisión histórica del semanario *El Mundo Ilustrado* (1894-1914), en sus diez etapas, a partir del análisis de sus carátulas y portadas», *Diseño y Sociedad*, 35-36, otoño 2013-primavera 2014, pp. 96-106.
- BARRÓN CRUZ, Martín Gabriel. «Carlos Roumagnac: primeros estudios criminológicos en México», *Revista Cenipec*, Universidad de los Andes, Mérida (Venezuela), núm. 22, enero-diciembre 2003, pp. 165-196, <<http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/23528/1/articulo6-22.pdf>> [fecha de consulta: 19/03/14)].
- BAUDELAIRE, Charles. *Œuvres complètes* (Yves Florenne, ed.), Paris, Le club français du livre, 1966.
- BAZANT DE SALDAÑA, Mílada. *Historia de la educación durante el porfiriato*, México, El Colegio de México, 2006.
- BUFFINGTON, Robert M. *Criminal and Citizen in Modern Mexico*, Lincoln [etc.], University of Nebraska Press, 2000.
- CARTER, Boyd G. *Las revistas literarias de Hispanoamérica*, México, De Andrea, 1959.
- CLARK DE LARA, Belem / ZAVALA DÍAZ, Ana Laura. *La construcción del Modernismo (Antología)*, México, UNAM, 2002.
- CORTÉS ZAVALA, María Teresa. «Bosquejo de la prensa michoacana en el siglo XIX», *Tzintzun*, Revista de Estudios Históricos, Morelia, núm. 81, enero-diciembre 1987, pp. 33-46.
- DÍAZ PATIÑO, Gabriela. «El catolicismo social en la arquidiócesis de Morelia, Michoacán (1897-1913)», *Tzintzun*, Revista de Estudios Históricos, núm. 38, Morelia, julio-diciembre 2003, pp. 97-134.
- DÍAZ RUIZ, Ignacio (ed.). *El cuento mexicano en el Modernismo (Antología)*, México, UNAM, 2006.
- DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina / GARCÍA BARRAGÁN, Elisa. *La escuela nacional preparatoria. Los afanes y los días*,

- 1867-1910, México, UNAM, Dirección General de Publicaciones, 2006.
- DÍAZ ZERMEÑO, Héctor. «La función de la prensa en torno a los intelectuales y el poder durante el porfiriato 1867-1910», *Multidisciplina*, núm. 8, 2010, pp. 49-57.
- DÍEZ-CANEDO, Enrique. «Poe, traducido... del español», *El Sol*, Madrid, 22 de noviembre de 1931.
- Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, (Miguel-León Portilla, dir.), México, Porrúa, 1986, 3 vols., 5ª ed.
- ENGLEKIRK, John. «The Song of Hollands, an Inedited Tale Adscribe to Poe», *New Mexico Quarterly*, vol. I, num. 3, august, 1931, pp. 247-269.
- . *Edgar Allan Poe in hispanic literature*, New York, Instituto de las Españas, 1934.
- . «“My nightmare”. The last tale by Poe», *PMLA*, vol. LII, n°2, june 1937, pp. 511-527.
- GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel. «Singular y merecido homenaje al ilustre Genaro Codina en Zacatecas», *El Sol de Zacatecas*, 11 de septiembre de 2012, sin paginar, <<http://www.oem.com.mx/elsoldezacatecas/notas/n2691523.htm>> [fecha de consulta: 20/01/16].
- HERMANS, Theo. *Translation in Systems. Descriptive and Systemic Approaches Explained*, Manchester, St. Jerome, 1999.
- HERNÁNDEZ ROURA, Sergio Armando. *La recepción e influencia de Edgar Allan Poe en México (1859-1922)*, tesis doctoral (dirs. Ana Laura Zavala y David Roas), Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 2016, <<http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/384938/sahr1de1.pdf?sequence=1&isAllowed=y>> [fecha de consulta: 30/09/16].
- IGUÍNIZ, Juan Bautista. *Bibliografía de novelistas mexicanos: ensayo biográfico, bibliográfico y crítico*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1926.
- JACKSON, Rosemary. *Fantasy: the literature of subversion*, New York, Routledge, 1981.

- JUÁREZ OÑATE, Rafael David (ed.). *Antología del cuento siniestro mexicano*, México, Editores Mexicanos Unidos, 2001.
- LEAL, Luis. *Bibliografía del cuento mexicano*, Emory (Georgia) / México, Emory University / De Andrea, 1958.
- . «La revolución mexicana y el cuento», en E. Valadés / L. Leal (eds.), *La revolución y las letras*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1960.
- LEFEVERE, André. «Translation and Canon Formation: Nine Decades of Drama in the United States», en R. Álvarez / M^a C. A. Vidal (eds.), *Translation, Power, Subversion*, Clevedon, Multilingual Matters, 1996, pp. 138-155.
- . *Traducción, reescritura y la manipulación del canon literario*. Salamanca, Colegio de España, 1997. (trad. española de M^a C. A. Vidal y R. Álvarez)
- LÓPEZ MARTÍN, Lola. *Formación y desarrollo del cuento fantástico hispanoamericano en el siglo XIX*, tesis doctoral (dir. Eduardo Becerra), Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2009, <https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/3174/22978_lopez_martin_lola.pdf?sequence=1> [fecha de consulta: 30/09/16].
- LOVECRAFT, H. P. *Supernatural horror in literature*, New York, Dover Publications, 1973.
- MANCISIDOR ORTIZ, José. *Cuentos mexicanos del siglo XIX*, México, Nueva España, 1946.
- MEJÍA SÁNCHEZ, Ernesto. «Edgar Allan Poe en México», *Repertorio americano* (Costa Rica), n°1129, 15 agosto 1951, p. 144.
- MONTES DE OCA NAVAS, Elvia. «Bibliografía comentada. El Estado de México durante el Porfiriato (1876-1910)», *Documentos de investigación*, El Colegio Mexiquense, núm. 13, 1998, pp. 5-22.
- MUÑOZ, Daniel Vicencio. «Locos criminales en los años del Porfiriato: los discursos científicos frente a la realidad clínica, 1895-1910», *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, 47, enero-junio 2014, pp. 79-119.

- OCHOA SERRANO, Álvaro. *Repertorio michoacano, 1889-1926*, Zamora: Michoacán, El Colegio de Michoacán, 1995, pp. 154, 296 y 302.
- OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de. *Reseña histórica del teatro en México*, tomo IV, México, «La Europea», 1895.
- PEREIRA, Armando (coord.). *Diccionario de literatura mexicana. Siglo XX*, México, UNAM, 2004.
- PHILLIPPS-LÓPEZ, Dolores (ed.). *Cuentos fantásticos modernistas de Hispanoamérica*, Madrid, Cátedra, 2003.
- PINEDA FRANCO, Adela. «El cosmopolitismo de la *Revista Moderna* (1898-1911): una vocación porfiriana», en B. Clark de Lara / E. Speckman Guerra (eds.), *La república de las letras. Asomo a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. II, México, UNAM, 2005, pp. 223-238.
- POE, Edgar Allan. *Poetry and Tales* (Patrick F. Quinn, ed.), New York, Literary Classics of the United States, 1984.
- RAMOS VELÁZQUEZ, Jesús Miguel. «La locura en el banquillo. La enajenación mental como recurso contra el castigo penal en la ciudad de México, 1884-1910», *Historia 2.0, Conocimiento Histórico en clave Digital*, enero-junio 2013, núm. 6, pp. 56-65.
- ROAS, David. *La sombra del cuervo. Edgar Allan Poe y la literatura fantástica española del siglo XIX*, Madrid, Devenir Ensayos, 2011.
- RUIZ, Luis E., *Tratado elemental de pedagogía*, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1900.
- RUIZ CASTAÑEDA, M^a del Carmen / MÁRQUEZ ACEVEDO, Sergio (eds.), *Catálogo de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1985.
- SACRISTÁN, M^a Cristina. «La locura y la psiquiatría en México: un balance historiográfico», *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, pp. 165-171.

- TODOROV, Tzvetan. *Introducción a la literatura fantástica*, trad. de Silvia Delpy, México, Ediciones Coyoacán, 1998.
- TRUEBA, Domingo S. «Francisco Zárate Ruiz» (1904), en *Prosas frívolas*, Toluca, Linotipografía de la Escuela Industrial de Artes y Oficios, 1920, pp. 110-113.
- VAX, Louis. *L'art et la littérature fantastiques*, Paris, Presses Universitaires de France, 1974.
- WEINER, Richard. «El declive económico de México en el siglo XIX: una perspectiva cultural», *Signos históricos*, 12, julio-diciembre, 2004, pp. 67-93.

Estudios consultados

- BELEVAN, Harry. «Huella de Poe en América Latina», *El Comercio*, Diario, Perú, 18 de enero de 2009.
- CARBALLO, Emmanuel. *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara / Xalli, 1991.
- . *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*, México, Océano, 2001.
- CARTER, Boyd G. *Historia de la literatura hispanoamericana a través de sus revistas*, México, De Andrea, 1968.
- CASTRO, Andrea. «Edgar A. Poe en castellano y sus reescritores: el caso de “The oval portrait”», *Anales. Nueva Época*, Departamento de Estudios Globales, Universidad de Gotemburgo, Vol. 11, 2008, pp. 97-125.
- COSTA, Analía. «Tradición y traducción en el modernismo hispanoamericano», *1611 Revista de historia de la traducción*, núm. 5, 2011, sin paginar, <<http://www.traduccionliteraria.org/1611/art/costa.htm>> [fecha de consulta: 03/12/12].
- DE BOOP, Marianne O. *Contribución al estudio de las letras alemanas en México*, México, UNAM, 1961.
- DOSTOIEVSKI, Fiodor. «Edgar Allan Poe: el poder del detalle» (trad. Ana Useros), *Minerva*, Revista del Círculo de Bellas Artes, IV, 8, 2008, p. 50.

- ENGLEKIRK, John. «Bibliografía. Obras norteamericanas en traducción española», *Revista Iberoamericana*, 16, noviembre de 1944, pp. 379-450.
- EZAMA GIL, Ángeles. «Cuentos de locos y literatura fantástica. Aproximación a su historia entre 1868-1910», *Anthropos*; monográfico: Literatura fantástica, núms. 154-155, marzo-abril 1994, pp. 77-82.
- GARCÍA RIVAS, Heriberto. *Historia de la literatura mexicana*, vol. III, siglo XX, 1901-1950, México, Porrúa, 1973.
- GÓMEZ, Carolina. «El traductor contra el escritor. Traducciones de Poe bajo la lupa», en Josefina Coisson / Guillermo Badenes (eds.), *Traducción periodística y literaria*, Córdoba (Argentina), Comunicarte, 2007, pp. 75-82.
- JIMÉNEZ RUEDA, Julio. «Edgar Allan Poe, en Iberoamérica», *Revista Iberoamericana*, vol. XVI, núm. 31, julio 1950, pp. 9-11.
- LANERO, Juan José / SANTOYO, Julio César / VILLORIA, Secundino. «50 años de traductores, críticos e imitadores de Edgar Allan Poe (1857-1913) », *Livius*, 3, 1993, pp. 159-184.
- LEVINE, Susan F. / LEVINE, Stuart. «Poe in Spanish America», en Lois David Vines (ed.), *Poe abroad. Influence. Reputation. Affinities*, Iowa, University of Iowa Press, 1999, pp. 121-129.
- LÓPEZ GUIX, Juan Gabriel. «Sobre la primera traducción de Edgar Allan Poe al castellano», *1611 Revista de historia de la traducción*, núm. 3, 2009, sin paginar, <<http://www.traduccionliteraria.org/1611/art/lopezguix2.htm>> [fecha de consulta: 30/11/12].
- MOLINA PORRAS, Juan. «Poe en España: las primeras influencias», *ConNotas*, Revista de crítica y teoría literarias, vol. VI, núm. 11, 2008, pp. 189-197.
- OLEA FRANCO, Rafael. «Federico Gamboa, lector de Edgar Allan Poe», en Concepción Reverte Bernal (ed.), *Diálogos culturales en la literatura iberoamericana*, Madrid, Verbum, 2013, pp. 546-557.

- OLEA FRANCO, Rafael / VICENTEÑO BRAVO, Pamela. «Encountering the Melancholy Swan: Edgar Allan Poe and nineteenth-century Mexican culture», en Emron Esplin / Margarida Vale de Gato (eds.), *Translated Poe*, Bethlehem, Lehigh University Press, 2014, pp. 141-150.
- PAVÓN, Alfredo. «El cuento mexicano decimonónico ante la crítica», *Texto crítico*, Nueva época, n° 9, julio-diciembre, 2001, pp. 31-44.
- PINEDA SOTO, Adriana. «La prensa michoacana como un instrumento en la educación nacional», *Economía y Sociedad*, Universidad michoacana de San Nicolás de Hidalgo, núm. 6, julio-diciembre 1999, sin paginar, <http://www.economia.umich.mx/eco_old/publicaciones/EconYSoc/ES06_03_01.html> [fecha de consulta: 07/11/12].
- . «La prensa pro cultural de Michoacán hacia finales del siglo XIX», *Revista Universidad de Guadalajara*, núm. 28, verano 2003, sin paginar, <<http://www.cge.udg.mx/revistaudg/rug28/art1.html>> [fecha de consulta: 03/03/14].
- QUIRARTE, Vicente. «Poe entre nosotros», *Revista de la Universidad de México*, núm. 68, octubre 2009, pp. 61-66.
- RIGAL-ARAGÓN, Margarita. «Spanish ‘misreadings’ of Poe’s life and works at the beginning of the twenty-first century», *The Edgar Allan Poe Review*, vol. 10, núm. 2, fall 2009, pp. 36-48.
- RIGAL-ARAGÓN, Margarita (ed.). *Los legados de Poe*, Madrid, Síntesis, 2011.
- RÍOS MOLINA, Andrés. «Locura y encierro psiquiátrico en México: el caso del manicomio La Castañeda, 1910», *Antípoda*, n°6, enero-junio, 2008, pp. 73-90. <<http://antipoda.uniandes.edu.co/view.php/82/index.php?id=82>> [fecha de consulta: 24/04/14].
- RODRÍGUEZ MONROY, Amalia. «La traducción como transculturación: Edgar Poe y el fin de siglo», en Luis Pegenaute Rodríguez (ed.), *La traducción en la Edad de Plata*, Barcelona, PPU, 2001, pp. 271-282.

- ROJAS, Armando. «Edgar Allan Poe en la América hispana», *Revista nacional de cultura*, Caracas, n. 142-143, sept.-dic. 1960, pp. 152-161.
- SÁNCHEZ-BLAKE, Elvira. «Locura y literatura: la otra mirada», *La manzana de la discordia*, año 2, núm. 8, diciembre 2009, pp. 15-23.
- SAVOY, Eric. «The rise of american gothic», en Jerrold E. Hogle (ed.), *The cambridge companion to gothic fiction*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 167-188. (Poe: pp. 180-187)
- SPELL, Jefferson Rea. «Mexican literary periodicals», *PMLA*, 52, mar. 1937, pp. 272-312.
- VALLE, Rafael Heliodoro. «Fichas para la bibliografía de Poe en Hispanoamérica», *Revista Iberoamericana*, vol. XVI, núm. 31, julio 1950, pp. 199-214.
- VARGAS, Ángel. «Edgar Allan Poe y los mexicanos», *Noticias/prensafondo.com/FCE*, 26 de enero de 2009, <http://www.fondodeculturaeconomica.com/editorial/prensa/Impresion2.aspx?fec=26/01/2009%2009:40:00%20a.m.&id_desp=22701> [fecha de consulta: 26/01/09].
- VIGIL BATISTA, Alejandra. «Bibliografía de la imprenta en México: 1855-1910 (Fondos de la Biblioteca Nacional de México) », *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, UNAM-México, vol. 3, núms. 1-2, ene.-dic. 1998, pp. 173-361.
- VIQUEIRA, Carmen. «Los hospitales para locos e ‘inocentes’ en Hispanoamérica y sus antecedentes españoles», *Revista Española de Antropología Americana*, 5, 1970, pp. 341-384.
- WOODBIDGE, Hensley C. «Poe in Spanish America: a bibliographical supplement», *Poe Newsletter*, vol. II, issue 1, january 1969, pp. 18-19.¹²⁷

127. En este suplemento bibliográfico, Woodbridge indica: Torres-Rioseco, Arturo. «El caso de Edgar Allan Poe en la literatura hispano-americana», *Atenea*, Concepción, XXVII, 1934, pp. 398-407. La indicación es errónea: donde dice «hispano-americana», debería decir «americana».

WOODBRIDGE, Hensley C. «Poe in Spanish America: addenda and corrigenda», *Poe Studies*, vol. IV, n°2, december 1971, p. 46.

ZAVALA DÍAZ, Ana Laura. «Retóricas de la enfermedad en el México porfiriano: el caso modernista», *Decires* (México, D.F.), 10 (1011), 2008, pp. 167-180.

ILUSTRACIONES

- p. 116: «Cuentos del manicomio. ¿Homicida?», *El Mundo*, 4 de diciembre de 1898.
- p. 140 : «Dos veces muerto», *El Mundo*, 6 de agosto de 1899.
- p. 154: «¡Miedo!», *El Mundo*, 29 de octubre de 1899.
- p. 164: «Una venganza», *El Mundo*, 26 de noviembre de 1899.
- p. 172: «La cabeza del muñeco», *El Mundo Ilustrado*, 4 de febrero de 1900.
- p. 270: Retrato de Francisco Zárate Ruiz, *Toluca antigua y moderna* (1901).

Achévé d'imprimer en janvier 2017

Dépôt légal : janvier 2017

ISSN : 2265-0776

Imprimé en Espagne

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ

CUENTOS DE HORROR Y DE LOCURA EN EL DECADENTISMO MEXICANO

Francisco Zárate Ruiz (ca. 1875-1907) perteneció a esa generación de escritores a caballo entre los siglos XIX y XX que remodelaron el paisaje literario mexicano. Fue prefecto de la Escuela Nacional Preparatoria, redactor en *El Monitor Republicano* y *Gil Blas* entre otros periódicos de la época, y escribiente para el gobierno del Estado de México.

Publicados entre 1897 y 1906, los cuentos aquí recogidos, al alternar horror, locura y crimen, muestran una de las primeras influencias decisivas del decadentismo mexicano: Edgar Allan Poe. Su producción cuentística refleja algunas de las inquietudes de aquella sociedad finisecular mexicana y urbana y de un arte embebidos en los discursos científicos del biologicismo positivista. Esta colección de cuentos pone al alcance del lector el universo oscuro y grotesco, pero también fascinante, de este escritor mexicano olvidado.

info@editionorbistertius.com

www.editionorbistertius.com